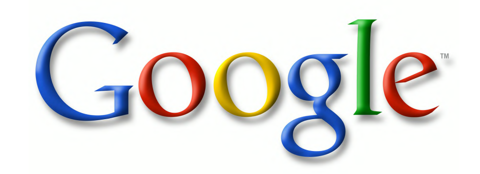
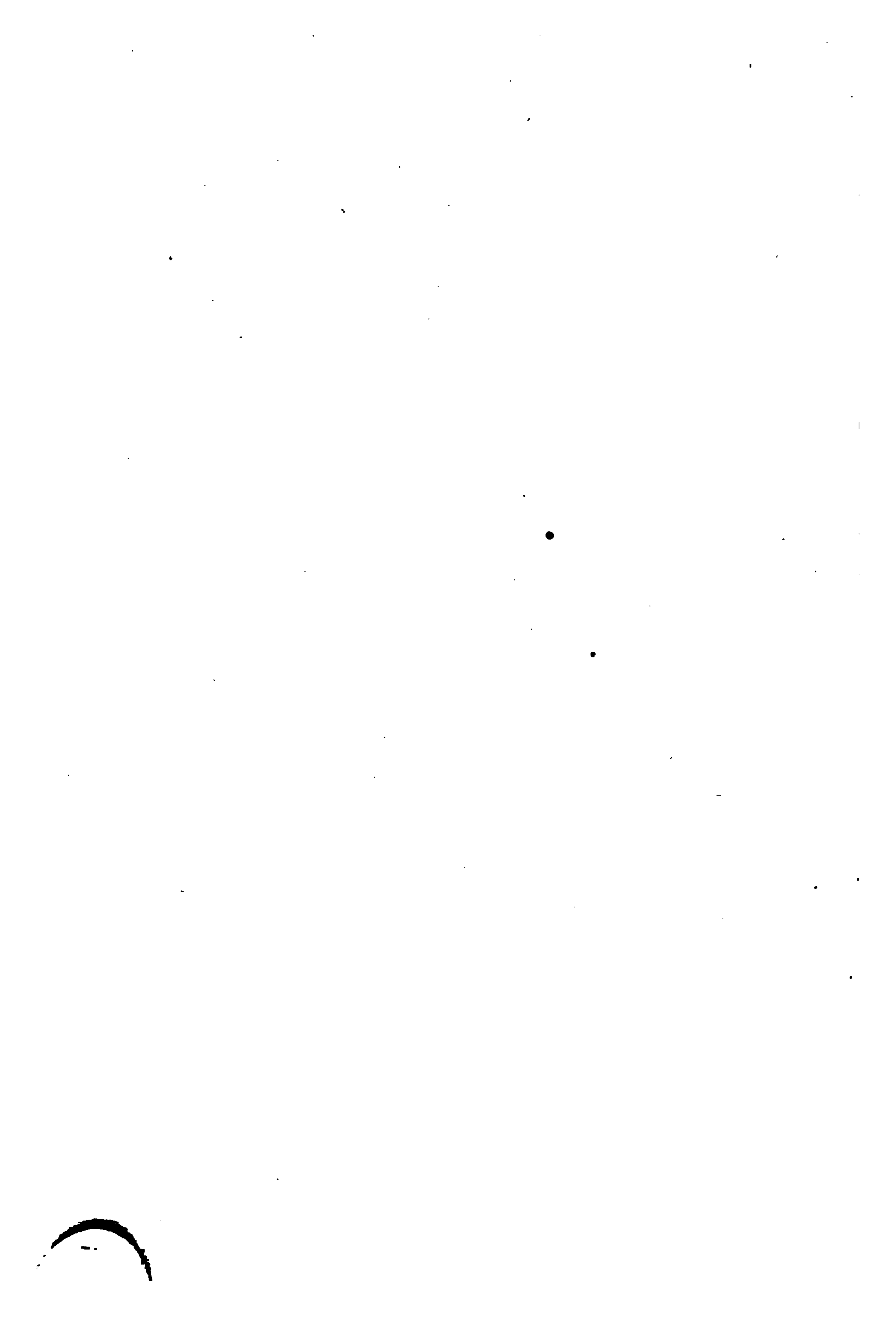

Google



"Saludo"

.4407



DE SANTA ANNA Á LA REFORMA

DE SANTA ANNA

Á LA REFORMA

MEMORIAS DE UN VETERANO

RELATO ANECDÓTICO

DE NUESTRAS LUCHAS Y DE LA VIDA NACIONAL DESDE 1851 Á 1861,
RECOGIDO
Y PUESTO EN FORMA AMENA É INSTRUCTIVA

POR EL

LIC. D. VICTORIANO SALADO ALVAREZ

LA REFORMA

El despotismo de Santa-Anna. — Luchas por la libertad. — Conspiraciones. — Pronunciamientos. — La anarquía. — Los Constituyentes. — La Reforma. — Batallas y encuentros. — La vida de los pueblos cortos. — Fisonomías políticas, militares y literarias.

ARISTA.—ÁLVAREZ.—COMONFORT.—DEGOLLADO.—DOBLADO.—JUÁREZ.
ETC., ETC.

AYUTLA. — VERACRUZ.
PUEBLA. — GUADALAJARA. — TACUBAYA. — ETC., ETC., ETC.

MÉXICO

ESTABLECIMIENTO EDITORIAL DE J. BALLESCÁ Y C.ª, SUCESOR
572, *San Felipe de Jesús*, 572
1903

Imprenta y Litografía de Henrich y C.ª — Barcelona, Calle de Córcega.



LA REFORMA

CAPÍTULO PRIMERO

Desertores

Mi odisea llamaría un pedante á aquella larga serie de idas, venidas, vueltas, escondimientos, entradas, salidas, disfraces y cambios. Quizás algún día referiré despacio todas esas cosas, que por cierto no son las menos graciosas de mi vida.

A principios de Mayo salimos de México entre filas y sirviendo como soldados rasos en las tropas conservadoras, todos los oficiales que habíamos escapado en Tacubaya. Junto á mí, cargando también la mochila y el fusil, marchaba el viejo Chavarría, el profesor de gimnasia que como yo había librado la vida en aquella jornada horrorosa.

Iba Chava con la frente enhiesta, la mirada fija, el

paso marcial y sin dar señales ningunas de fatiga; era, para quien le hubiera visto, un buen recluta que no tardaría en coser á la bocamanga las cintas, las espiguillas, y quizás las charreteras.

Marcando el paso y haciendo como que no me hablaba, me dijo entre dientes:

— No se aflija, amigo, ni le duela el camino, que al fin este dura poco.

— ¡Pero si no me aflijo, mi jefe!

— Pele bien el tomate, porque hay que desglosarnos ahora mismo; al fin no hemos dado palabra ni estaríamos obligados á cumplirla aunque la hubiéramos dado.

El primer día tuvimos que caminar cargando el chopo en medio de un sol abrasador. La tierra era de ascuas, el ambiente de plomo, los contados árboles del camino daban una sombra raquítica que aumentaba el calor en vez de aliviarlo, y el agua verde de las zanjas y los baches cegaba con su reverberación dolorosa.

Los soldados caminaban en grupos ó aislados; pero ya no alegres, dicharacheros é inconscientes, sino tristes, meditabundos y sin humor. Llegaban á la orilla de un vallado, se quitaban los huarachis, se friccionaban los pies, comían algún trozo de *gorda* que llevaba la vieja tutelar, y seguían despacio y sin aliento hasta alcanzar á los compañeros.

Los oficiales, con el paño de sol en la nuca, el caballo

con la rienda floja y el paso á su albedrío, iban viendo aquellas muestras de fatiga, pero sin azuzar mucho á la gente, creyendo en una desbandada.

A la hora del rancho, el cuadro se compuso un poco, y empezaron las chirigotas y los dicharachos.

—Tú, Coyota, le decían á un soldado, *¿queres* darme tu *peazo e carne?*... al fin que traes las bolsas llenas de onzas que le *quitates* al *roto* de Tacubaya la mañana de los trancazos.

—Seré como tú, que andas desvistiendo muertos á media noche, tanto que hasta te han puesto por mal nombre el *Sepolturero*...

—¿Y á ti por qué te dicen la Coyota?

—¿Y á *onde* vamos *ora?*

—Pos á Guadalajara; ¿á dónde había de ser? ¿No ves que dejamos allá apenas mil hombres?

—¡Ah, qué la chicharronera! Yo no quisie á volver á batirme con la chinaca del Sur, que es más mala que el no comer.

—¡Ya verás cómo nos reciben las muchachas tapatías y qué fiestas nos hacen!

—¿A nosotros? Pa el general y los jefes habrá aquello de «Al salvador de la sociedá», y «Al vencedor de Tacubaya y de tal parte y de tal otra» y «Al dino ejército de las garantías»; pa nosotros banco e palos, no pagarnos, y si á mano viene, cuatro tiritos por la espalda.

— Eso sí; el burro ha de seguir cargando *anque* los blusas *trunfen* ó *trunfe* la conserva.

— Y el que es perico, onde quera es verde.

— ¿Pa qué es más que lo cierto?

Cuando pasó el bochorno de la tarde, seguimos la caminata y acampamos poco más allá de Nochistongo.

— A la una de la mañana, me dijo Chavarría, la emprendo; si quiere venirse, no más sígame.

Los soldados se entretuvieron cantando, bebiendo y jugando á la vera del lugar que cada uno había escogido para pasar una mala noche. ¿De dónde salieron las tripas de refino, los jarros de pulque y los naipes? Díganlo las previsoras Hebes de zagalejo colorado, mandil de cambaya, saco de indiana, cara con media docena de chirlos, cabello escaso, ojos enrojecidos y manos que parecían garras de animal carnicero. Ellas caminaban precediendo á la tropa, siempre alegres, siempre atareadas y presurosas, é ignoro por qué medios; pero de seguro que eran malos, sacaban la gallina, la torta de pan, la media docena de huevos ó el *tapique* de calientes é incitantes tortillas.

Ellas, ángeles guardianes del soldado, lo mismo se exprimen el ingenio para dar de comer á su *Juan,* como se arriesgan entre las balas, vendiendo á peso de oro el aguardiente y el agua á los otros soldados, ó recorren el campo de batalla en las noches lóbregas para desvalijar á los difuntos y á los heridos; y casos se han dado en que un

sorbo de agua oportunamente escanciado por *galleta* compasiva, ú operación quirúrgica oportuna como la de amputar un dedo para arrancar viejo tumbagón, hayan restituído el aliento á quien ya se creía difunto.

A las ocho los ruidos fueron cesando, muchas hogueras se apagaron y entró la paz en el campamento. Chava y yo habíamos quedado en escaparnos separadamente, para reunirnos en San Bartolo, debiendo, el primero que llegara, aguardar al otro.

Yo fingía dormir y hasta roncar cerca de la *Coyota*, que envuelto en su zarape gris con el nombre del soldado y del batallón y compañía á que pertenecía, hechos de estambre rojo, descansaba resoplando como un fuelle en los ratos que no lanzaba ronquidos que parecían relinchar de caballos, bramar de becerros, piar de pájaros y aullar de lobos.

Cubierto hasta los ojos con la frazada, veía el reverberar de la hoguera cercana, y pasando junto á ella, en vaivén incesante, á una cáfila enorme de perros, de esos perros vagabundos que marchan con todas las agrupaciones de soldados, de seguro porque abrigan la esperanza de encontrar en tal compañía, carne fresca que devorar.

Había todas las castas y variedades del viejo *ixcuintle* mexicano. El perro amarillento, de flancos blancuzcos y patas con uñas encorvadas, que meditabundo y dócil aguarda con la cabeza gacha, la cola caída, los ojos vetea-

dos de encarnado, las costillas y las vértebras salientes, el trozo de asquerosa pitanza con que ha de matar su hambre atrasada. El *techiche,* pelón, como afeitado á navaja, con las orejas en asa de los criminales, los ojuelos redondos y



el cuerpo gordo de canónigo goloso ó de usurero implacable, caminando con estudiada compostura, como de quien sabe lo que vale su piel para el alivio de la reuma. El horroroso can que ha resultado del cruzamiento del de anas con las castas nacionales, con su peinado botticelesco, sus patas con zapatos á lo mosquetero y su piel sucia en que hallan guarida los insectos y abrigo la mugre. El mastín de las haciendas, de piel lustrosa, dientes blancos y ojos de pupila rojiza como nos figuramos que han de ser los de los asesinos. Y todos esos animales, iban, venían, se entrechocaban, se olían, se lamían, se mordían y acababan por lanzarse á guisa de reto ladridos de encono. Ora parecía objeto de sus disputas una perra pinta de

negro y blanco á la que se acercaba un perrillo galante que no le llegaba al rabo y que era acometido por un mapache que se le plantaba enfrente dándole una soberbia dentellada; ya un chucho alegre que se tumbaba en medio de los combatientes, mordía á un grandullón, éste empujaba á un tercero, el tercero derribaba á un cuarto, y así hasta parecer aquello la venta de los manteos.

De repente uno encontraba, desenterrándolo de un montón de basura, un hueso con tal cual esquirla de carne, y despreciando á la hembra y al decoro, allá se marchaba toda la cuadrilla, lanzando aullidos de rabia contra el que había sabido conquistar tan buena presa. Entre tanto, el afortunado tenedor de la breva se escapaba perseguido por todos los que no se quedaban escarbando en el basurero con esperanza de hallar algo parecido.

¡Con tal furor disputaban el hueso los animales, que llegaban á parecer hombres!

Cuando juzgué que sería la hora convenida, me levanté poco á poco, dejé el chaquetín, el quepis y el pantalón de reglamento, me fajé á la cintura el zarape, y llevando en la mano un cuchillo de monte y cosido al pecho un par de onzas que constituía mi caudal, empecé mi salida del campamento.

Caminaba lentamente, como quien teme despertar al eco, cuidando de no tropezarme con los grupos de soldados que yacían tendidos en las posiciones más extrava-

gantes: éste que parecía un ovillo, cubierto todo con el poncho; el otro que descansaba trenzado con el fusil; el de más allá que yacía tendido á lo largo, con los brazos en cruz y las piernas abiertas; pero lo más común era los soldados cubiertos de los pies á la cabeza, con una almohada por cabecera y cerca de la vieja, cuyo sexo no podía discernirse siquiera por el calzado, pues tan recios y duros eran sus huarachis como los del hombre.

Creí haber pasado el peligro, pues las hogueras que señalaban el final del campamento quedaban ya muy distantes; pero en eso oí una voz de centinela que gritaba con acento de quien acaba de despertar:

—¿*Quen* vive?

Silencio sepulcral reinó un buen rato, y tras él la misma voz repitió:

—¿*Quen* vive?

En seguida sonó un tiro, luego otro, después se oyeron tropel de caballos y voces de gentes espantadas. Me eché en el suelo y me cubrí á toda prisa; pero nadie alzó la cabeza; sentí que el tropel se alejaba y entonces, alzándome de nuevo, emprendí mi camino, saliendo del campo sin novedad.

Caminé toda la noche y la madrugada me sorprendió en una choza de leñadores antes de pasar el río de Tlalnepantla. El hombre era viejo, encorvado, de cara triste y ademán reposado; la mujer, más fea quizás que su cónyu-



... y la madrugada me sorprendió en una choza de leñadores...

ge, era temblorosa, vacilante y de voz acariciadora. Me recibieron con gusto, me indicaron el camino del pueblo que buscaba y me dejaron á la orilla de San Bartolo sin ninguna novedad.

Recorrí el lugarejo, que tenía fama de estar habitado por los más famosos ladrones del contorno, sin encontrar á mi hombre. La calle única del pueblo era larga, triste, con tantas pulquerías como se necesitaban para que aliviaran su sed los innumerables ensabanados que iban saliendo de los jacales á matar el gusanillo.

Mi presencia dió que decir en el lugar, y luego se comenzó á pensar quién sería yo.

— Ese *claco* no es de aquí, dijo uno que parecía capitanear la turba.

— Es *claco* falso, añadió otro.

— ¡Vaya un *güero pistiojo* desgraciado!

— Seguro que ha de andar oliendo para estornudar.

— Hay que echarle fuera del pueblo.

— Pero antes hay que darle manta.

— Hay que apalearle.

— Hay que echarle al río.

Yo oía aquello marchando á la deshilada, queriendo convertir la pared inmediata en enramada, nube ó biombo que me ocultara; pero los bárbaros aquellos estaban interesados en no dejarme escapar. Uno más osado se adelantó, y con ademán resuelto me dijo:

— Amigo, dispense una palabrita.

Apresuré el paso, y entonces el preguntón se me puso delante:

— Mire que le está hablando... otro más hombre que usté. Párese ó le *jinco* un palo.

Y levantó un tremendo *San Antonio* que traía en la mano.

Resuelto á jugar el todo por el todo, me planté enfrente de aquel guapo; pero al mismo tiempo que oía un coro de silbidos, sentí zumbar por los oídos media docena de peladillas.

— No te *abras*, Cecilio.

— Pégale á dar.

— ¡Viva San Bartolo!

— ¡Dale firme que tiene cara de muy *rajado*!

Sin oir más comentarios, aticé un soberano bofetón á Cecilio, que alzó primero las manos, tanteó el vacío, trató de cogerse de la pared y al fin cayó en un bache que se hallaba cerca de él.

No me dieron los demás tiempo de defenderme, ni de huir, ni de seguir atacando. Me rodearon con palos guarnecidos con correas en la empuñadura, me acercaron á la cara manos morenas encallecidas en la mancera y el azadón, me *atrinchelaron* contra la pared, y la habría pasado muy mal, si un indio membrudo, fuerte, bronceado, que llevaba á la espalda un huacal lleno de pollos y en la

mano un palo ferrado, no se hubiera metido en el grupo.

—¡No se lo coman crudo, malajo!... ¿Qué es eso? ¿Cincuenta contra uno?

Y mientras regañaba, esgrimía el chuzo, deshaciendo



la nube y sacándome sano y salvo del poder de aquellos salvajes.

Era Chava, disfrazado de indio pollero, que acudía puntualmente á la cita.

—Está usted muy mal así, me dijo mi salvador; hay que quitarse esos bigotes y esas *polacas güeras*, porque

tiene que disfrazarse como yo; si no, nadie nos lo va á creer... ¿Con que usted resultó sin novedad? Yo apenas saqué esta heridita de soslayo en el brazo derecho, del segundo tiro que me disparó el maldito centinela.

Y desenvainando navaja, tijeras y humo de ocote, me desfiguró rostro y manos en un momento. A poco llegó con otro huacal y otro otate muy semejantes á los suyos, y nos pusimos en camino pasando por Santiaguito, los Remedios, el Rosario, Santa Catarina y Tacuba, entrando á México por la Teja.





CAPITULO II

La leva

El campo estaba fangoso, pero alegre. Las calzadas, que mostraban aquí y allá huellas de carros, pezuñas y pies, reflejaban en cada bache el follaje opulento de los sauces, antes con su festón de *pachtli,* como viejos que dejaran caer la luenga barba sobre el pecho, y ahora jóvenes, lucientes, tremolando al viento su verdura como inmenso estandarte coronado por el airón de blancas flores que lucía en la cima.

Las acequias, cubiertas antes de *chichicastle,* se llenaban de amplias hojas verdes que hacían el efecto de un tapiz riquísimo en que se hundían los pies.

El camino estaba lleno de vendedores de verdura, de *blanquillos,* de carbón y de aves. Los ingenuos indezuelos hablaban entre sí en su lenguaje entreverado de palabras

españolas, unas veces como llorando, otras como cantando, siempre suavemente, siempre con tristeza inmensa, haciéndose de paso zalamas y ceremonias, besándose la mano y diciéndose al retirarse algo que debía ser muy cariñoso y muy fino.

Chava tenía particular cuidado, cuando llegábamos á un grupo de esos, de insultarme sin compasión para demostrar que era yo un mal trabajador.

—¡Bruto, animal! ¡ya verás cómo llegando á la casa te pego de recio!... ¡No puedes con esa carguita!... Vienes pujando como burro matado!... ¡Parece que no comes!

Así llegamos á las orillas de la ciudad, que no eran, como hoy. el albergue de fábricas, el nido de gente obrera limpia, atareada, que ostenta el sello que denuncia al hombre de familia y al trabajador; sello que no pueden contrahacer el pícaro y el holgazán.

Esparcidos aquí y allá, como cúes destinados al culto de la divina suciedad, adorada de nuestra plebe, se veían montículos de basura ricos de color, ricos de olor y de apariencia ricos. Todo había en ellos, desde la lata vacía, que reverberaba al contacto del sol, hasta el pingajo de seda reluciente, el casco de botella grande como enorme esmeralda, el papel roto de un códice apolillado, el trozo de hierro y el trozo de madera fina, la cara de muñeca de barniz y el pie de santo de iglesia; sacando la cabeza en

aquella pirámide, como ídolo votivo, un gato que parecía estar hilando á los pies de su dueño.

El caserío se tendía á lo lejos, primero disperso, separado, sin unión; luego apretado, unido, dejando ver apenas, como arterias que condujeran la sangre del monstruo, calles que se perdían de vista hasta cerrarse con tapiales coronados de torres, cúpulas, espadañas y campanarios.

Salía al paso, como mendigo insolente que se atraviesa en la vía pública mostrando la fealdad de sus llagas, una casona vieja, triste, lacrada y cazoñosa. Todo en ella era feo: la actitud chismosa con que espiaba el camino, como para indicar por donde debían seguir las otras construcciones, que se habían detenido bien lejos de ella; el aspecto de sordidez y de lacería de la fachada, que dejaba á la vista las desconchaduras, hendeduras y cuarteaduras sin que se notara que alguien hubiera tratado de ponerles el apósito de cal y arena y la venda de pintura con que otras ocultan defectos peores; la charca de lodo fétido que estaba á la entrada cerrando el paso al transeunte y pronta para atacarle el olfato si por acaso no cedía á las sugestiones de la vista.

El zaguán, con pavimento de tierra apisonada, tenía en el centro el famoso albañal en que no hace todavía muchos años vertían todas las inmundicias de las casas, en espera de la bienaventurada pipa que se aguardaba como agua de Mayo.

El corredor era *chaparrón,* con el techo lleno de *madres* y los muros de puntales; los cuartos eran obscuros, humeados, con ese hollín lustroso que al cabo de los años semeja las habitaciones á pipas *culotadas.*

Podía haberse estudiado allí, como en libro abierto, la desorganización de la materia: la tierra, que escarbaban dos gallinas flacuchas que por allí se parecían, apestaba á porquería y á humedad: las canteras se desmoronaban; los adobes se venían abajo; las maderas caían apolilladas al empujón más leve; los hierros estaban comidos de orín.

La gente que habitaba la casa correspondía á ella. Los hombres, envueltos en sábanas trigueñas y consteladas de señales de pulgas, bebían pulque ó jugaban á la *rayuela;* las mujeres de cutis negruzco, de cabello lacio, mostrando pantorrillas flacas y tetas que parecían bolsas de goma negra, lavaban las ollas de *nejayote* ó los pañales de sus hijuelos en el arroyo que corría en medio del patio: los muchachos, con sombrero de solideo y camisa hasta el ombligo, se revolcaban en el lodo, diciendo en sus lenguas enteras ó á medias, todas las indecencias que ha inventado la fantasía de este pueblo privilegiado.

Había en la casa, á pesar de todo, alguien que se diferenciaba de la gentuza aquella, y era la familia de Fabiana, la casera, madre de Atanasio y Sebastián Martínez, carpintero el uno y sastre el otro, y muchachos tan cumplidos y guapos que daba gloria verles.

Los dos chicos eran casados: el uno mantenía á siete angelitos, y el otro contaba con cinco criaturitas algo menores que las del hermano. Uno y otro vivían al lado de la madre, sacando todo el jugo posible á su mísera soldada; pero, eso sí, andando ellos y teniendo á sus familias limpias como los chorros del oro, y hasta comiendo carne casi todos los días.

Cuando salían á la calle los domingos, albeantes y llenas de randas las camisas, limpias las calzoneras con botonaduras de plata, bien puesta al cuello la mascada roja, ladeado *á lo maldito* el sombrero con chapetones de plata, llevando por delante á los muchachos que podían andar y de bracero á sus *viejas*, se detenían á verles las gentes llenas de envidia.

Y las viejas no eran ningunos esperpentos: *Todosia* había sido en sus tiempos el encanto del barrio de la Palma, y Nicanora había causado dolores de cabeza á más de cuatro señoritos.

Chava conocía á ña Fabiana desde hacía años, y por cierto que la vieja le había prestado buenos servicios. En tiempo de guerra le había ocultado con cariño grandísimo, hasta exponiendo la vida por él; Chava, en cambio, le había puesto aquella recaudería en que se ostentaban, por orden de jerarquías, las ollas, los cántaros y las tinajas; en que las livideces de las cebollas contrastaban con las coloraciones de los betaveles; en que los *jitomates*,

rojos y rezumando sudor, como gentes atareadas, veían de reojo á los tomates, cloróticos y sensibles, cubiertos aún con la capa que habían traído de la mata, y en que el mango *pachiche*, que parecía la cara de una solterona con pata de gallo, cedía el paso á la manzana *panochera*, insolente con sus chapas de aldeana robusta.

Ña Fabiana se alegró de vernos y puso á nuestra disposición una piececita, á la cual si se le quitaba el ser más húmeda que una tinaja de Ulúa, no tener luz de sol, no recibir aire, no poseer más muebles que un petate desbordado y una silla paticoja, habría sido la estancia más cabal del mundo y habría servido para hospedar no á pobres polleros como nosotros, sino al mismo rey de España. Pero mi compañero, que sabía de estas cosas más que yo, creyó que no debíamos llamar la atención de los honrados habitantes de la casa lanzándonos á los lujos de una cama, una mesa y una cazuela en que lavarnos la jeta.

Dos días llevaríamos en la casa, cuando apareció Fabiana espantada, llorando á moco y baba, participándonos que acababan de coger de leva á sus hijos.

A riesgo de que nos pasara á nosotros lo mismo, salimos Chava y yo á ver qué podíamos hacer. Las calles estaban solitarias, con aspecto de calles de ciudad abandonada. Los obreros que suelen estar de vaya en pulquerías y tiendas, se habían dispersado: los vendedores se habían ocultado; los paseantes habían desaparecido.

Al dar vuelta de San Cosme nos salió al encuentro un golpe de gente del pueblo que pasó á toda prisa.

—Andan echando leva, amigos; ¿qué hacen que no se esconden?

Nos metimos en la primer casa que encontramos y dejamos pasar á los reclutadores, que iban desempedrando calles con las herraduras de sus jamelgos.

Cuando salimos del zaguán nos encaminamos al centro y llegamos á la Santísima, donde estaba el cuartel del segundo ligero y donde metían á todos los desgraciados que caían presos.

Por la calle no se podía pasar. Mujeres de todas edades y de todos pelajes se empujaban á la puerta del cuartel. El rebozo ametalado brillaba junto al pobre rebocillo azul ó negro de *zozopaxtle,* que ya no podía tolerar otra lavada más; la enagua de puntas enchiladas confraternizaba con la humilde enagua de *carranclán;* la camisa de randas se aproximaba al *huipil* de la india y á la camisa de manta de la doméstica, y todo era un ir y venir de manos blancas y morenas, de pies calzados y descalzos, de cabezas crespas y cabezas lacias.

¡Cuántos ojos abotagados por el llanto, cuántas mejillas hundidas, cuántas viejecitas que apenas podían tenerse en pie, cuántos niños y cuántas doncellas que empinándose en los talones trataban de columbrar al hijo, al padre, al esposo ó al amigo!

Al husmo de la ganancia habían acudido las vendedoras de fritangas nacionales, los que expendían baratijas, los que hacían *suertes*, los mendigos y los rateros.

De la multitud salían frases de dolor y gritos de compasión:

— Hijo de mi alma, ¿quién te diría que ibas á dejar sola á esta pobre vieja?

— Se los llevan á pelear con los colorados, porque ya Miramón no tiene gente.

— ¡Maldito sea Miramón y la madre que lo parió!

— ¡Ay, hijitos, ay, hijitos! ¡ya no tienen padre!

— La maldita pulquería tiene la culpa: bien se lo había dicho á Pánfilo.

— El corazón avisa: anoche lo soñé.

En eso salió una patrulla á despejar la calle, y mediante una buena cantidad de culatazos, dejó libre el frente del cuartel. Un chico se quejó de haber recibido algún golpe, y el golpeador le dijo enojado:

— *Cuele* de aquí ó me lo meto *padentro;* ya está bueno pa corneta.

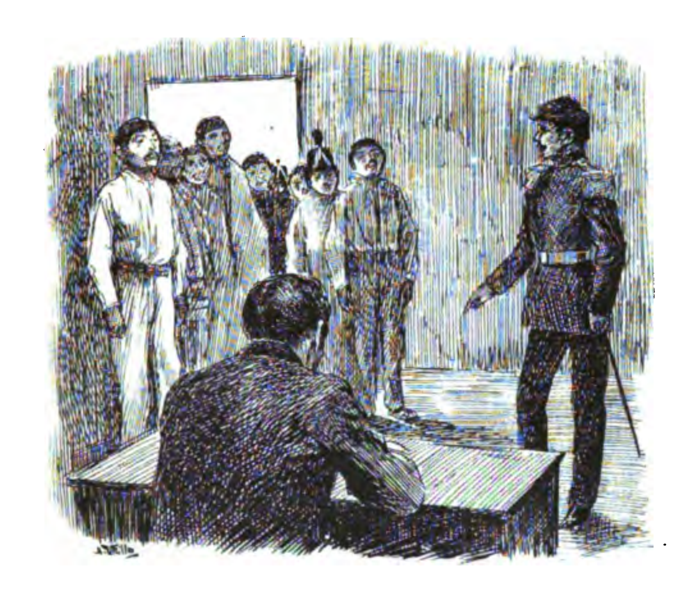
Y el muchacho se escapó más que de prisa.

Con el despejo pudimos ver un poco hacia el interior.

Junto á la fuente había una fila de hombres lívidos, callados, con el cabello cortado al rape, vistiendo el uniforme de lienzo blanco y tocados con el enorme chacó con pompón rojo. Un rábula escribía junto á ellos y varios

jefes interrogaban á los reclutados y daban noticias al escribiente.

— Ya les están pasando por cajas, decía una.



— Me está mirando, gritaba otra bebiéndose las lágrimas; ¡qué raro estás, Crescenciano!

— Miren á mi pobrecito viejo. ¡Lucas, Lucas! ¿no me oyes? Está muy *cáido;* se conoce que lo tiene así la *pinsión* de nosotros.

— Yo le traía el niño á Rudesindo; pero no está por aquí, y la criatura ya se muere de hambre y pide su *chiche*.

Y diciendo y haciendo sacó la teta, la colocó entre los labios del infante y éste comenzó á chupar con bríos que

demostraban lo poquísimo que se le daba del gobierno del mundo y sus monarquías.

— No haga eso, mi alma, dijo á la del mamón una vieja tan flaca que parecía escoba de varas; es alferecía segura; la leche, después de un coraje, es tan veneno como el ahuacate y la chirimoya... ¡Ve que se le acaba de salvar del *mocezuelo* y ahora le da de mamar así!

— Pa lo que el *probecito* ha de pasar sin su padre, más vale que se pele.

— No, hija, no: eso es tentar á Dios de pacencia; el Siñor se lo guarde, y si su Divina Majestá quiere llevárselo, ya se lo llevará sin que usted ponga nada de su parte.

Pero allí nada se podía hacer, y resolvimos volver á la casa de mi amiga, las desconsoladas semiviudas y yo.

— Dicen que el que dizque arregla todo es el viejecito *escribano,* el de los anteojos azules.

— Y el capitán de los bigotes retorcidos.

— Vámonos, que ña Fabiana ha de estar que no le cabe una lenteja.

Llegamos á la casa y encontramos á la vieja con tantos ojos de llorar.

— ¡No sé qué va á ser de mí, no sé qué va á ser de estos inocentes sin un pan que comer! ¡Jesús y divino Antonio, téngame en sus manos! Señor de Esquipulas

bendito, ¿qué pecado he cometido para que me caiga esta desgracia?

Y se mesaba las mechas canosas, y enclavijaba las manos y nos dirigía imprecaciones.

— Chavota ¡por Dios! usté es mi padre; si me quitan á mis hijos, me muero y se mueren estas gentes. Pero ¿qué no miran que son trabajadores y honrados y que no le hacen daño á naiden? Si jueran pulqueritos ó flojos, bueno estaba; pero si estos apenas ganan el real ó la peseta y los entriegan á su casa... ¡Ay, Chavota! yo no quero que me quiten á mis hijos...

El gigante Chava hundía la cara entre las manos y lloraba á lágrima viva. ¿Íbamos á ponernos frente á los mandones, exponiéndonos á que nos fusilaran, sin sacar nada para aquella pobre gente? ¿Ibamos á escribir, á mover influencias, á tratar con alguien de la liberación de los pobres muchachos? Ni pensarlo; habría equivalido á denunciarnos y á empeorar la situación de los desgraciados mozos.

Chava me llamó aparte, me pidió lo que guardaba yo aún en oro, sacó él mismo lo que tenía y dándoselo á las muchachas les recomendó fueran á agenciar la libertad de sus maridos.

Mal comieron Todosia y Nicanora, y echándose encima el fondo del baúl, salieron llevando las oncitas bien atadas en la punta de un pañuelo.

A las oraciones estaban de vuelta: habían dejado el dinerito en poder del licenciado de los anteojos azules y él les había prometido dejar libres á los presos en menos que canta un gallo; todo consistía en presentar un par de reemplazos, que por cierto valían carísimos á aquella hora; pero ya se andaría, y si algún dinerillo más le llevaban, era negocio hecho más pronto.

No sé qué empeñarían ó malbaratarían aquellas desgraciadas; pero algo deben de haber llevado al infecto *coyote,* cuando salieron á la calle. A la tarde regresaron alicaídas: era menester recoger la mar de firmas, mandar *insortos,* tomar *reclaraciones* y practicar *acareos;* pero á los dos días, negocio concluído.

Pasado el plazo, quiso la maldita casualidad que el licenciado de los vidrios azules en los ojos no ocurriera al cuartel, ni el otro día, ni los dos que siguieron; pero en cambio habían topado con un oficialito guapo, de bigote rizado y ojos *chinos,* que ofreció interesarse por los reclutas; sólo que el señor oficial quería ver á solas á Todosia, porque como la muchacha sabía leer, podía enterarse bien de ciertas cosas.

Fabiana se enfadó grandemente.

—¿Y qué puede quererte decir ese lambido que no oiga también ésta? ¿Cuánto van á que si tantas me hace, yo voy á que me dé *crátedas* ese señor? ¡Aiga cosa! A mí me huelen muy mal los secretitos.

Fabiana, Todosia y Nicanora se hicieron seña...

Todosia dijo que tenía razón su suegra; pero seguían presos los muchachos y había que darle solución á aquello.

Una tarde, después de mucho cuchicheo, Todosia salió de la casa con gran estrépito de enaguas almidonadas y crujir de zapatos nuevos. Tornó oliendo á pachulí, hablando de la fineza del señor oficial, de la riqueza del cuarto del señor oficial; y oficial va, oficial viene, oficial arriba y oficial abajo, las pobres se durmieron pensando en que al aparecer el sol ya estarían los secuestrados llamando á la puerta.

Todo el mundo se levantó alegre y dispuesto; pero no tardaron en llamarnos la atención las carreras del populacho que se precipitaba á las bocacalles.

Era un batallón que salía «á escarmentar á la vil canalla», según decía el *Diario de los Avisos*. Iba delante el coronel en su gran caballo negro; seguían la banda, el tambor mayor con su barba moscovita y su porra llena de borlas, los clarines y los tambores, los oficiales al frente de sus compañías y pelotones, y luego muchos soldados tristes, agobiados con el peso del arma y el de la mochila, caminando ya con regularidad y garbo. ¡Tanto había hecho la vara del cabo de escuadra en unos cuantos días!

Fabiana, Todosia y Nicanora se hicieron seña, miraron á dos pobrecillos que les sonreían tristemente, y rompieron en alaridos en que las acompañaron los chicuelos

que estaban á su lado y que también habían reconocido á sus padres, como ellas habían reconocido á sus maridos ó á sus hijos.

El hombre de las barbas meneó en ese instante la porra con ademán cabalístico, y la música rompió á tocar un aire que opacó los gritos de aquellas infelices, y cuyo estribillo decía:

¡Viva, viva el valiente Orihuela,
Su segundo Miguel Miramón!
¡Mueran, mueran los puros malditos
Y que viva nuestra religión!

Las valientes cruzadas de Puebla
No se asustan al oir el cañón.
¡Viva, viva el valiente Orihuela,
su segundo Miguel Miramón!





CAPÍTULO III

Las aventuras de Pancho Zarco

Un día entró Chava, y llamándome aparte me dijo que precisaba fuera á hablar con un amigo á quien podía prestar un servicio. Por calles extraviadas llegamos hasta el Puente de Curtidores, dió mi acompañante no sé qué señas y contraseñas y nos introdujeron á una salita del piso bajo. Allí estaba con su gran nariz, su rostro anémico, su bigote caído y sus ojos chispeantes — ¿quién había de ser? — el espejo de los periodistas, el modelo de los caballeros, el jefe de los graciosos, Pancho Zarco, en fin, convertido en un conspirador de barba postiza y anteojos verdes.

Apenas me vió me echó los brazos al cuello lleno de alegría.

— Hola, comandante: ¿quién diablos había de recono-

certe en ese disfraz? ¡Tú, el ídolo de las damas, el del uniforme impecable, el de los rizos rubios, el oloroso á macazar, convertido en un pollero auténtico!... aquí me tienes más preso que Cristo en la casa de Caifás... He andado escalando azoteas, bajando al fondo de pozos horribles, disfrazado de cien mil maneras, y apenas en este Patmos me deja un poco quieto Lagarde... No me tragan, Juanito, no me tragan ni con cajeta de leche; y todo porque envío unas cuantas correspondencias mensuales á *L'Indépendance Belge,* al *Courrier des Etats Unis* y al *Herald,* de New York, noticiando las cosillas que aquí pasan... Ya habrás visto un folletito que redacté después de lo de Tacubaya... Si hubieras tenido el buen gusto de morirte entonces, te hubiera hecho una oración fúnebre que habría valido cualquier cosa.

Luego, como saben que estoy en correspondencia con la gente de Veracruz, tratan de pillar mi persona ó por lo menos mis cartas; pero no hay tal: les dejo con un palmo de narices con más frecuencia de la que ellos quisieran.

El otro día caminaba por la calle de Zuleta; iba á buscar á Lerdo, á saludar á Ramón Guzmán y á arreglar un negocillo con Michaud, y sobre todo, que este encierro forzado acaba por enervar el ánimo, por entristecer y por hacer daño... Hay veces que se sienten deseos de contemplar el cielo azul, de mirar rostros amigos ó indiferentes, de saber que no está uno solo en el mundo y de que hay

todavía quien hable y discurra para comunicarse con él... Iba ese día de lo más distraído, haciendo proyectos, encontrando que es agradable andar calles cuando se siente un sabroso picorcillo en las espaldas á causa del sol primaveral, y que los hombres no son tan feos ni tan malos como dicen los misántropos... De repente siento en el empedrado el ruido de un caballo con herraduras... Bien anda el noble bruto, pienso para la talma con que me abrigo, que es la misma que hoy me cubre... Se acercan caballo y jinete, y queriendo saber quién montaba un cuaco tan *bragao*, volteo el rostro y miro... algo peor que la cabeza de Medusa: el cuerpo y la cabeza de Lagarde, que caminaba pavoneándose en un penco alazán tostado, que bien valía quinientos duros.

Pero no había acabado de hacer la valuación del caballo, cuando conocí que el maldito polizonte me había identificado, probablemente por esta *pisporria* que llevo en las espaldas... Puso al tranco el caballo, y yo apresuré el paso; le clavó las espuelas, y yo eché á correr... ¿A dónde meterme? En una casa de comercio estaba un alemán de barbas güeras, hablando con un gachupín chaparrito... Se miraron como diciéndose: «¿Estamos seguros? ¿No será un ratero á quien persiguen por haber cogido algo?» Unas señoras que salían á un balcón se recargaron en el barandal para mirar á su sabor la batida que se preparaba... Avanzo en mi carrera y no distingo más que puertas ce-

rradas como fisonomía de prestamista ante pedigüeño insolente... De pronto, en la calle de Capuchinas, hiere mi vista una puerta con gran escudo dorado: dos animaluchos sostienen una elipse que lleva una letra que naturalmente no leo; uno de aquellos bichos tiene en la frente una punta que clava en la mía (en mi frente, ¿eh?), y entre los limbos del miedo, de la desesperación, de lo que tú quieras, oigo una voz interior que me dice: *la legación inglesa;* y al mismo tiempo recuerdo no sé qué fragmentos de Grocio, de Weaton, de los tratados que había ojeado en el Ministerio de Relaciones siendo un chiquillo, y sin esperar á más, me meto por la gran puerta en el momento que Lagarde subía su alazán á la banqueta... Todavía, para reponerme del susto y arreglar un poco mi indumentaria, me detuve un momento en el patio y ví á Lagarde estirándose los pelos de rabia, y á un numeroso concurso de ociosos y plebe que señalaba con el dedo haciendo comentarios... Subo al fin la escalera, pregunto por el ministro, me recibe, y al cabo de ocho días salgo lucio, gordo, relleno y convencido de que la hospitalidad inglesa vale lo que pesa de oro; pocos manjares, pero substanciosos, carne exquisita, grandes papas, pan blanquísimo, mostaza que saca lágrimas á los ojos, té que produce ensueños, famosas legumbres, buena cama, servidumbre excelente y ropa blanquísima.

Una noche salí en el coche de Mr. Otway, y después de

recorrer buena parte de la población, me dejan cerca de aquí y la policía ni me huele...

Otra vez el cuerpo me pedía aire, comunicación, alegría: este maldito carácter mío tan bullanguero y tan amante del trato de las gentes, me había de traer un nuevo disgusto, quizá más gordo que el otro... Era el martes de carnaval; hacía un sol espléndido, que alegraba el alma como una bebida embriagante y reparadora al mismo tiempo... La tardecita no era de invierno porque no hacía frío, ni de verano porque se sentía un airecillo que levantaba las faldas de las chicas que pasaban por la calle y meneaba los vuelos de las capas de los hombres... La ciudad era una sucursal de orates; no se veían sino máscaras, máscaras de todos tamaños, de todos tipos, de todos pelajes: dominós, pierrots, aldeanas, generales, *aguilitas,* caballeros Luis XIV, mosqueteros, todos, todos los disfraces... Los coches pasaban henchidos de gente, desbordantes de risas y de locuacidad; el ruido de cascabeles y panderetas se confundía con el de las carcajadas que lanzaban aquellos bienaventurados á quienes Miramón no perseguía... Bajé la calle del Coliseo Nuevo, y la concurrencia aumentaba; al entrar á Vergara, casi no se podía dar paso... Frente al Teatro Nacional me detuvo la multitud que aguardaba la venta de boletos para el baile, ó la llegada de máscaras lujosos y originales. ¡Qué de bromas y de chirigotas se decían allí, qué de donaires se dispara-

ban sin que se supiera que habían salido á luz!... De repente alguien dice: «¡Bonito moro ese que monta Lagarde!» «¡Y la silla tiene más plata que la Valenciana!» añade otro... ¡Maldito sea de Dios si en aquel instante me



acordaba de Lagarde ni de la madre que le había echado al mundo! Embriagado oyendo gente que esparcía ingenio y gracia por todas partes, no había tenido tiempo de pensar... en quien debía ser mi pensamiento único. Pero ante aquel aviso, no había que dudar: trato de esconderme entre la gente y de hacerme el desconocido; pero ya me ha visto el *cuico* y no hay forma de engañarle: entonces

me cuelo violentamente al teatro, pago á la entrada, cojo el primer disfraz que me dan, me lo planto y en compañía de otras muchas gentes que aguardaban me meto al salón... Veo sentada á una Locura de no mal palmito al parecer, la cojo del brazo y comienzo á dar vueltas en su compañía al compás de una música que se hace rajas... Cuando bailaba con más furia que atención á lo que se tocaba, entra Lagarde y ordena vayan desfilando ante él todas las máscaras y enseñándole el rostro, pudiendo sólo cubrirse cuando estuvieran en el lugar de las que ya hubieran pasado revista. Comienza la inspección, y ¿qué hago? Me llego ante un diurno, le digo que mi pareja es una gran señora que ha dejado su casa y está temerosa de recibir un castigo de su marido, y le confirmo la exactitud de esa noticia por medio de un argumento irrefutable: una oncita de oro flamante que le deslizo entre los dedos. Así pasamos del departamento de los no inspeccionados al de los examinados ya, por el pasillo de entrada á la platea... Cuando Lagarde se convenció de que la caza se había escapado, siguió haciendo investigaciones en el teatro y fuera, y al fin se alejó mordiéndose los bigotes mal humorado. Yo salí al cabo de un rato, dando el brazo á la Locura y resuelto á correrla en unión de otros camaradas...

— Y bien, continuó Pancho, me vas á decir que esto no puede seguir así, y que el día menos pensado me des-

cubren. Claro que sí, y claro también que no debo hacerme ilusiones, porque la he de pasar muy mal... ¡Cómo ha de ser! Si es antes de nuestro triunfo, tiempo sobrará de que mis amigos me salven; si es tras nuestra derrota definitiva, nada me importará que me maten: ¿de qué me sirve la vida sin ideales? Mas no hay que pensar en eso; trabajemos sin descanso, y luego que nos venzan, veremos qué podemos hacer... para levantarnos de nuevo... Pero, vamos á lo tuyo. Nos puedes prestar, si quieres, un servicio grandísimo: el señor Juárez está pendiente de una respuesta mía para la expedición de unas leyes que pueden ser la salvación de nuestra causa: se trata de arrojar el guante á la reacción, de salirle al frente probándole que no puede haber arreglo entre ella y el partido liberal. Mi respuesta al Presidente ocupa tres ó cuatro plieguecillos de letra menuda; pero ¿voy á confiarlos á un correo mercenario que los entregue al primer envite? Nuestros enemigos se enterarían de todo y quizás estorbarían nuestros intentos. Yo quiero que vayas tú llevando esa contestación y ejemplares de mi *Boletín clandestino*, para que se sepa en el puerto el estado de nuestras cosas en el interior. ¿Cuento contigo?

— Como contigo mismo.

— Ya lo sabía, me interrumpió Pancho; pero bueno es que dejes ese disfraz, que sólo al bueno de Chavota podía ocurrírsele. ¡Indio pollero un joven rubio, de ojos como

mi apellido, con manos de señorita y pies finos y chiquitines como niño de buena casa! Es mejor que te presentes como un buen mocillo, dueño de haciendas, que parte para Europa en el próximo paquete, con gran cortejo de maletas y baúles y llevando al lado una bolsita en que vayan carbonato para las indigestiones, chocolate en bollos para tomarle en las malas posadas y cepillos para los dientes, para la cabeza, para la ropa, para las uñas, para el sombrero...

— Son muchos cepillos, dije riéndome.

— Pues ahí está el secreto, insistió Pancho excitado. Las tapas de esos cepillos se desatornillan, en ellas se guardan los papeles, y listos.

— En ese caso, déjame que vaya á casa á prepararlo todo.

— ¡Qué casa ni qué niño muerto! Ya me ha explicado el gran Chava en qué grandes palacios se encuentran alojados. Además, tú no tienes una peseta ni manera de adquirirla legal ó ilegalmente; es menester, pues, que aquí te arregles disfrazándote de persona decente.

Salió, dió alguna orden, y á las dos horas ya estaba yo limpio, afeitado, vestido de nuevo, con un pasaporte y un pasaje de diligencia en el bolsillo, y como lo había dicho Zarco, bien habilitado de maletas, maletines y cepillos.



CAPITULO IV

Para la heroica

—¡Don Ildefonso González Anievas! gritó un vejete de cachucha hasta las cejas, leyendo un papel que alumbraba con una vela de sebo un mozo soñoliento.

— ¡Presente! grité, y me introduje en aquel horrible *in pace,* donde ya estaban acomodados otros seis desgraciados. Dos más penetraron, y la diligencia partió con mucho chillar de herrajes, quejido de cueros, dolor de maderas y blasfemias del mayoral, el sota y el muchacho.

Eran las cuatro en punto de la mañana, anunciadas por la gran campana de la catedral. El coche interrumpió el amable coloquio que sostenían en una bocacalle hasta cincuenta perros de todos tamaños y colores; iluminó el puesto de hojas á que se iban acercando ya algunos *crudos*

con el cuello levantado, las manos en los bolsillos y el paso vacilante; recogió el vaho de pan caliente que se escapaba de una casa y los *han-han* de los atareados panaderos; despertó á los gallos que lanzaron su belicoso *quiquiriquí;* rompió la escala cromática de un grillo que refería sus cuitas á la vieja que avanzaba con una olla de tamales en la cabeza, y se atrajo una mirada de la luna, que parecía más clorótica y moribunda después de aquella formidable trasnochada.

Recorrió el coche las calles obscuras y tristes, los arrabales en que toda picardía tiene su asiento y toda suciedad su propia habitación; pasó por la garita, que los alcabaleros abrieron tarde y de mala gana; se internó en una calzada de pirús y olmos, y salió á pleno campo.

La yerba estaba empapada de rocío; las florecillas campestres, como si fueran los ojos de la madrugada, parecían contemplar nuestro paso, y todo cobraba movimiento y frescura á la aproximación de la luz.

De pronto la diligencia dió la vuelta, y tras el recodo miramos la inmensa montaña, el Popocatepetl, cubierta de nieve que reverberaba al conjuro del sol como una gran masa de plata en fusión, y tras ella, cual rompiente de gloria que realzara aquella sublime epifanía, el resplandor del sol que ya se levantaba triunfante deshaciendo los celajillos de carmín y gualda que restaban del amontonamiento de nubes de la madrugada.

De los lagos se elevaba un vapor frío y denso, que apenas cortaba alguna chalupita veloz, ó alguna trajinera indolente y perezosa que caminaba con el vientre repleto de mercancías.

Ya en plena luz, pasé revista á todos mis compañeros de viaje, y me encontré con la reunión abigarrada que era de rigor en esos casos. No faltaban el par de frailes ventrudos que empezaban á dormir apenas se movía la diligencia; ni la pareja de señoras de respeto que tenían al marido ó al padre en ciudad distante y que se arriesgaban á correr las aventuras de un viaje; ni el señor cura fumador que echaba el humo de su tagarnina sobre los ojos de las gentes mientras rezaba el oficio divino y se limpiaba el sudor con un inmenso pañuelo de yerbas.

Pero quien sobresalía en la reunión era un viejo de faz espantable, que se sentaba cerca de mí, tocando sus rodillas con las mías y mirándome con su único ojo, pues aquel monstruo tenía un ojo tuerto y el otro no muy sano. En el lugar que el ojo ausente debía ocupar mostraba una cavidad rojiza en que la carne viva hacía el efecto de una herida recién abierta. La huella de otra herida le cogía desde la frente hasta la barba, dándole el aspecto de un demonio pillado en el instante de hacer alguna trastada, y una barba hirsuta y espantable que parecía un terreno lleno de *cuamiles*, completaba aquella singular fisonomía.

Vestía largo y holgado levitón, sombrero de alas revi-

radas, chaleco con botones de cristal, pantalón color de romero y zapatones de becerro. Era manía vieja en el vejete, según parece, extender cuan largo era un gran pañuelo rojo que tremolaba á guisa de estandarte, haciéndolo aprobar cuando aprobaba, denegar cuando desaprobaba, y aplaudir y mostrarse contento cuando salían de su gusto las cosas que se decían.

Todos guardábamos respetuoso silencio mirándonos mutuamente, cuando el de lo rojo rompió el fuego, diciéndome con ademán confianzudo:

— Parece que el tiempo aclara, y si así es, tendremos días preciosos en Jalapa.

Nada le respondí; pero muy terne prosiguió él:

— Buena tierra ésta; vea usted cómo se multiplican los árboles en el monte. ¡Lástima que sirvan de abrigadero á los ladrones y gente mala!... Río Frío es ya tan famoso como Ayotla, la Cruz del Marqués y otros lugares donde se roba en grande.

Sabiendo que yo marchaba á Europa, celebró mi buena idea.

— ¡Conque á extranjis! Bien pensado; mientras aquí las gentes se rompen la cabeza, usted se da sus verdes con sus azules en aquellas Europas de Dios. Yo conozco mucho aquello: cabalmente el día que coronaban á S. M. Luis Felipe llegaba yo á París. Aquello es lujo, y vestirse, y darse la gran vida. A los pocos días que el rey subió al

trono me presentaron con él, y por cierto que hice una cosa buena, con que le demostré que poco se me daba de randibús monárquicos: llegué, le tomé la mano, se la estreché, y á vivir.

Todos se rieron ante aquella muestra de desparpajo, y le preguntaron qué había hecho el rey.

— ¿El rey? Nada, reirse. Quienes se incomodaron fueron los grandes, chambelanes, ayudas de cámara ó no sé qué, que me vieron como un criminal.

Y así siguió ensartando sin cesar, hasta llegar á marearnos. Conocía á todo el mundo, había hablado con todo el mundo, todo el mundo le consultaba, sabía detalles secretos acerca de historia antigua y moderna: los móviles de los planes, la causa de los tratados, la razón de las enemistades y de los arreglos entre los grandes eran para él cosas perfectamente averiguadas.

Había tratado á Iturbide, conocido á Guerrero, tuteado á Santa Anna, regañado como un chiquillo á Gómez Pedraza. ¡Jesús, las agarradas que había tenido con don Lorenzo Zavala, las advertencias que había hecho á Bustamante, los reproches que había dirigido á Comonfort! No había mujer á quien no hubiera visto y á quien no le hubiera hecho el amor: la *güera* Rodríguez, la Calderón, la Sontag, doña Melchora, todo el mundo pasaba y repasaba en sus relatos, con traje de casa y traje de corte, alegre ó triste, displicente ó comunicativo, excéntrico ó



D. León Cienfuegos

buen chico, con señales, arrugas, cicatrices, voz y carácter.

Aquel hombre era el *yo* en toda su chocante desnudez, exhibiéndose viniera ó no viniera á cuento, al grado que no había habido de cuarenta años atrás batallas, duelos, amoríos, fiestas, diversiones, muertes ó conspiraciones en cualquier lugar del actual, del antiguo ó del futuro territorio, que él no hubiera visto y juzgado: parecía que los sucesos no esperaban para efectuarse sino la presencia de don León Cienfuegos y Guerrero, que así se llamaba el viejo.

«Estábamos el día de la batalla del Gallinero...» «Cuando el pronunciamiento de Urrea, me encontraba en unión de Bustamante...» «Cuando vimos la estatua de Carlos IV Azanza, la güera Rodríguez, el barón de Humboldt y yo...» Humboldt, me pidió datos sobre Alzate...»

«Yo oculté á Aguilar y Marocho el 19 de Agosto...» «Rafael calculó en mi compañía la situación del dinero de la Mesilla.»

Pero al cabo resultaba divertido aquello, pues el novelista parlante sabía dar tal interés á sus cuentos, que todo el mundo duraba pendiente de sus labios horas y horas. Poseía tal arte para reunir la verdad y la mentira, que al mismo tiempo que sabía referir prolijamente las cosas todas, podía introducir su personalidad haciéndola jugar papel principalísimo.

Así pasamos Ayotla, San Martín y otra infinidad de pueblecillos, vadeamos el puente sobre el Atoyac, miramos la vieja pirámide de Cholula, y entramos á Puebla á la oración de la noche, cuando se volvían locas todas las campanas de los templos y trataban de hacerse oir unas de preferencia á otras en aquella discorde algarabía, que más que á la paz del Angelus se parecía á la bulla de una entrada de obispo.

Esa noche dormimos en la casa de Diligencias, en un gran dormitorio en que las camas pintadas de verde estaban separadas entre sí por cortinas de indiana, y los cuartos metafísicos habilitados con un espejo de ojo entero, una silla y una mesa paticoja de madera blanca.

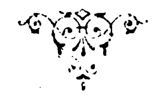
Antes de acostarme tuve ocasión de recorrer en compañía del señor Cienfuegos un dédalo de callejuelas obscuras y tristes que á menudo nos interrumpían el paso, como

centinelas apostados para resguardar sitios á que no debía penetrar la mirada profana, tapias de conventos, atrios de iglesias, bardas que dejaban salir ramas de árboles floridos, que se asomaban como reclusas espiando lo que acontecía por fuera.

De Puebla á Amozoc seguimos durmiendo la parte de sueño que nos había quitado la enorme madrugada; por eso no compramos las espuelas, cuchillos, frenos y bocados que nos vendían los industriosos habitantes del pueblo.

Más despabilados atravesamos Nopalucca y Chapam, bajamos la portentosa cuesta de San Miguel del Soldado, entramos á Jalapa y dormimos tranquila y dulcemente, soñando con las hermosas que habíamos topado en nuestro camino.

Al otro día, á las doce, salimos de la ciudad de las flores; á la oración estábamos en el Puente Nacional; á la media noche remudaba la diligencia en Vergara, y arrullados con el canto de las olas ya cercanas, dormimos tan ricamente en nuestros asientos. A las cinco de la mañana llegábamos á Veracruz.





CAPÍTULO V

Con la familia enferma

TRAS la noche toledana, el primer grito que se oyó fué el de mi estómago hambriento: «Desayuno», pidió con tristes voces, como el herido de muerte pide «confesión».

—¿Desayuno? dijo mi hombre. Lo tendrá usted en seguida. Pues qué, ¿cree usted que estamos en México, donde á las siete ú ocho de la mañana apénas se van levantando legañosos y malhumorados los mozos del café? Aquí se hila más delgado; vamos á la fonda y verá que nada hace falta. Veracruz es una ciudad pequeña y México un pueblo grande.

Nos refocilamos, pues, modestamente, tomamos un cuartito en el Hotel Diligencias, y me salí á la calle para ver de arreglar el negocio principal que me llevaba.

Empecé por preguntar cuál era el palacio que habitaba Juárez y á qué horas daría audiencia. Don León se me rió en las barbas como si hubiera preguntado por la casa del sol.

— ¿Palacio? Pero usted está delirando, compañero. ¡Qué palacio ni qué ocho cuartos! Juárez vive en una casa de tantas, en Puerta Merced, y allí entran y salen *jarochas,* comerciantes, negras de puro en boca, políticos y militares de todas clases. Aquí no hay las antesalas y los cumplidos del Palacio de México, sino que cada cual entra, arregla sus asuntos y se marcha.

Así pasaba en efecto. La casa era amplia, aseada, con sus balcones que dejaban penetrar toda la luz, sus cortinas albeantes, sus baldosas de mármol, sus corredores amplios y su fuente que derramaba agua á chorros, derramando también vida y bienestar.

Eran las siete cuando pasé nada más que á informarme de la hora más oportuna para hablar con el Presidente.

— Ya está levantado su mercé, y voy á pasarle recado, me dijo una negraza que después supe se llamaba Petrona y que era algo parecido á intendenta de aquel albergue.

Juárez me recibió con perfecta amabilidad, tendiéndome la mano breve y bien formada y esbozando un amago de sonrisa que más bien sorprendí en sus ojos negros como capulines, que en sus mejillas y boca, pues le impedía el paso una cicatriz que se avanzaba hacia el



Juárez me recibió con perfecta amabilidad, tendiéndome la mano...

lado izquierdo comunicando al rostro, á ratos, ligero dejo de burla, y á ratos seriedad mayor de la que era natural en él.

Una sola vez había visto al grande hombre (ahora le puedo llamar así, ¡ay! sin que el mote parezca obra de adulación) y en circunstancias tan críticas, que pensé no se acordaría ya de mí ni de mi nombre.

Estaba don Benito sentado en un sillón cercano á una mesa donde se encontraban restos de un frugal desayuno, seguramente ingerido de prisa, y al verme dijo invitándome á sentarme:

— Entendía que el señor comandante la Llana estaba á las inmediatas órdenes del señor Ministro de la Guerra y jefe del Ejército nacional.

Le respondí refiriendo brevemente la causa de mi presencia en la siempre heroica, y al oir que llevaba cartas de Pancho Zarco, me preguntó con sumo interés:

— Y ¿cómo está el señor Zarco? ¿No se ha resentido su salud con la vida que se ve precisado á llevar?

Díjele que el valiente periodista rebosaba entereza; le conté su escapatoria última, que aún no conocía, y le ví dar muestras de grandísimo interés por la persona de mi amigo. Ya había yo sacado del fondo de mis cepillos los pliegos que llevaba para el Presidente, y había él empezado á leerlos con suma atención, cuando se dibujó en la puerta la silueta de un hombre de mediana estatura,

moreno, de cabellera negrísima que le rozaba los hombros, de ojos chicos, nariz roma, boca enorme, pero de labios tan delgados que parecían una herida sangrienta en aquel rostro de líneas acentuadísimas. Era don Melchor Ocampo.

Me levanté del asiento ensayando una reverencia, y Juárez le dijo alargándole un pliego de papel de seda:

— Esto para ti, de parte del amigo Zarco.

Cogió don Melchor la carta y empezó á leerla en pie, acercándose un poco á la ventana por donde se filtraba la claridad insolente de una mañana primaveral.

— Pancho, exclamó Juárez mirándome al rostro, dice que es usted amigo de plena confianza y que le ha dado conocimiento de cuanto dicen las cartas de que fué portador.

— En efecto, señor, respondíle; Zarco me estima y hace justicia á mi discreción y á mi decisión por la causa, y más honor del que merecen mis modestas aptitudes... Por eso dispuso que leyera y si era posible tomara de memoria lo principal de las cartas que dirige á usted y á otras personas para el evento de que cayera la correspondencia en poder del enemigo y que yo pudiera salvarme.

— Zarco no habría dado esa autorización á persona que no lo mereciera.

— Pancho, interrumpió á esta sazón Ocampo, que de seguro estaba en lo que hablábamos Juárez y yo, Pancho opina por el auxilio americano, pues está seguro de que

no implica el paso riesgo ninguno para la nacionalidad.

—Pancho, contestó el Presidente—y parece que le veo con el ademán verdaderamente solemne que tomó,—es un joven lleno de prendas, pero joven al fin. Nuestra causa es justa y sólo es materia de tiempo hacer que se enseñoree del ánimo de las gentes. ¿No hemos dicho mil veces *Dios y nuestro derecho?* Pues aguardemos á vencer sin más que esos dos elementos... No hay para qué llamemos á nadie, con el riesgo de que después nos exija el pago de su auxilio en cualquier forma humillante... quizá en la de la pérdida de nuestra nacionalidad.

—No abundo en tus temores, bien lo sabes, repuso Ocampo; pero ya que tienes esa fe que traspasa montañas y que tan firmemente crees en el triunfo de nuestra causa, cuenta conmigo para acompañarte á donde vayas.

Miró don Benito á su Ministro con cariño en que se confundían los caracteres de jefe, discípulo, amigo y aliado, y dirigiéndose á mí me dijo:

—Señor la Llana, Zarco me asegura que usted cuenta con amigos en el seno de nuestro grupo. Busque á las personas que le sean simpáticas y aguarde á que le llame... Entre tanto, ocupará un aposento en esta casa, pues no sería remoto que pronto le necesitara.

Me incliné, salí del cuarto, pregunté á la patrona por el cubil donde se aposentara Guillermo Prieto, y allá me

dirigí dispuesto á entablar larga y cariñosa charla con aquel viejo y excelente camarada.

A la puerta golpeaba un hombrecillo delgado de cuerpo, enjuto, moreno de rostro, bigote de cola de ra-



tón, nariz delgada y puntiaguda, melena que rebasaba la nuca y cuello larguirucho. Por lo demás, el cuerpo, aunque no muy alto, era bien formado; el pecho y los brazos mostraban, á través de la ropa, convexidades que denunciaban á un Hércules, y los pies y las manos eran finos y elegantes.

Permanecí un rato mirando al muchacho aquel, que denunciaba á leguas en su apostura el tipo de andaluz, y al cabo logré reconocerle sin gran esfuerzo. Él también me vió con cara de gozo y me dijo:

—Uté e de Jalico, ó en Jalico lo conocí.

—De Jalisco soy y en Jalisco tuve la satisfacción de conocer al intrépido Antonio Bravo, el mismo que arrió la bandera del palacio de Guadalajara en aquella horrible jornada del año pasado.

—¿Y don Santito?

—Ya usted lo sabe: trabajando sin cesar y levantando tropas... A bien que ustedes deben estar de eso más enterados que yo, pues desde lo de Tacubaya no sé dónde anda nuestro jefe.

Entre tanto, Bravo había dejado de golpear la puerta aquella; mas en los pocos instantes en que dejábamos descansar á las lenguas, se oía desde dentro un ronquido que empezaba por el *fortíssimo* y concluía en el *largo-assai* ó en el *morendo* más lánguido.

—Ejte maldito e Guillermo no va á tené aquí hajta el año prósimo... Misté que dormí á puerta cerrá en pleno junio y en pleno Veracrú, ni al diablo se le ocurre.

Entonces, perdiendo la paciencia, gritó por la cerradura:

—¡Guillermo, bruto! ¡levántate ó tiro á mojicone tu puerta!

Alguien contestó del interior cualquier cosa que calmó la agitación de Bravo, y á poco vimos salir á Guillermo Prieto con cara de trasnochado, y diciéndonos de jovial talante:

— ¡Habías de ser tú, *gachuzo* de los demonios!... ¡A las cinco me acosté y ya vienes á quitarme el sueño!... Juan Pérez de mi alma, seas bienvenido á esta heroica ciudad, y me estrechó en sus brazos varias ocasiones seguidas.

— Figúrense ustedes, continuó Guillermo, que me he pasado la noche...

— ¿Estudiando? preguntó Antonio.

— Estudiando... humanidades, respondió Guillermo bajando los ojos.

— ¡Ah, perdido!

— ¡Ah, pícaro!

— Cabalmente acababa de llegar y de dormirme, soñando que quitaba á una *jarocha* su *cachirulo* de oro, se lo pasaba por los crespos cabellos, y éstos se iban haciendo suaves, suaves hasta llegar á ser como una seda... Luego se tornaban castaños, después rubios, y al fin se volvían de color de oro, como el propio *cachirulo*...

— Éjate e cachirulo...

— Luego, peinándolos, salían oncitas de oro, centenes, medias onzas, escuditos, reales y medios, todo de oro... como el *cachirulo*...

— ¡Y dale!

—Y con esos dinerales llenaba cajas y más cajas, pagaba haberes atrasados, sobornaba generales, destruía ejércitos y ponía la Constitución sobre toda la mochería... pues ya ustedes saben que el dinero es nervio de la guerra.

—¿Y cuando despertaste...?

—No tenía más que el *cachirulo* de oro fino que me había regalado una hembra de la Caleta... ¿Y al fin te marchas, gachupín?

—Hoy á la dié.

—¿Y á dónde, se puede saber? La Llana es de confianza.

—Aunque no lo juera; llevo órdene reservada, que he de abrir en alta mar.

—¡Caramba, qué misterioso anda el tiempo! *Gachucito, no me jagas rir...*

—Puej ya me verá en camino, y cuando el *Dolphin* sarga er puerto, no deje de encomendarme á Dios.

—Así lo haré aunque indigno... Y tú, la Llana, ¿qué te haces? ¿Vienes á quedarte con nosotros?

—Vé á saber; por de pronto, aquí me instalo; pero será sólo mientras me despachan con la respuesta á los pliegos que traje.

—De modo que eres ahora...

—Correo extraordinario.

—Bien hayan lo mozo crúo y de arrejto.

—Ojalá que te quedaras entre nosotros, Juanillo... Pero ¿qué digo? Ya tengo plan para que nos acompañes.

—Dime el planecito.

—Es mi secreto, como dicen en las novelas... Pero, en fin, si me prometes ser callado, y no ir con el cuento á Antonio Bravo, te diré la cosa... ¿Tienes buena letra?

—Purísima, Torío.

—Y de ortografía ¿cómo te sientes?

—Lo necesario para no escribir arroz con hache y caracoles con ka.

—¡Espléndido! ya está hecha tu carrera.

—¿Mi carrera?

—Sí; has de saber que hace ocho días murió don Mateo Palacios, secretario privado de Ocampo, y está el pobre Melchor que no halla á qué santo encomendarse.

—Pues me convendría la placita.

—Cuenta con ella, que si eso no puedo ofrecerte, no sé con qué te obsequie.

—¿Y pa mí no habría un lugarcito así, gachó?

—¡Qué ha de haber! tú estás malquisto por gachupín.

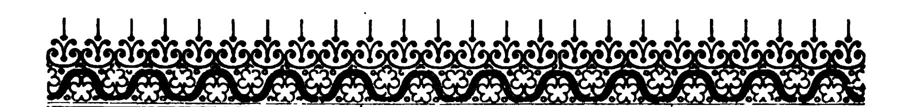
—Y e la verdá que don Melchó me ha cogío tema no ma que por gachupín.

—Y á fe que no tiene razón, pues Quijotes tan sinceros como éste no los habrá: camina buscando dónde se

pelea por la libertad, para ponerse á servirla... Pero déjenme, que tengo que desayunarme, que recoger el acuerdo y que acompañar á este mal sujeto para recomendárselo á los señores tiburones.

Y allí se quebró una taza.





CAPÍTULO VI

Cienfuegos en campaña

Don León había puesto su cátedra en el café de la Marina y en el del Portal. Allí daba lecciones á cuantos querían oirle acerca de todos los asuntos pendientes y de otros que pronto estarían á discusión.

—¿Saben ustedes, nos dijo un día, que pronto aparecerán unas leyes pistonudas en que queda arreglada de una vez esta maldita cuestión frailesca? Hace días le hablé á Manuel Zamora y le planteé la cuestión sin ambages. «Chico, le dije, ó se resuelven á darle la gran patada á la clerigalla, ó todo se lo lleva el demonio. ¿De qué sirve que estemos levantando tropas y más tropas, si hemos de perderlas?... ¡Malajo! si ustedes no se resuelven, díganlo; pero no se anden con chiquitas... Perdidos por

mil, perdidos por mil quinientos; ¿qué nos han de hacer estos bandidos que no nos hayan hecho ya?... El maldito de Manuel me vió con su carita de ángel barbudo, sus ojillos azules y se rió maliciosamente... Manuel es más listo que Cardona y las coge al vuelo; estoy cierto que les fué con el chisme á Juárez y comparsa, que pensaron en que yo tenía razón, y se resolvieron á hacer esa hombrada... Ya se ve, estos políticos son así; no tienen ojos para ver ni narices para oler; pero en cuanto uno más picudo ó más avisado que ellos nota las cosas, ahí van á engalanarse con las ideas ajenas y á pavonearse como el grajo con las plumas prestadas.

Pues sí; según parece, ahora van á salir con la abolición de conventos de varones, la separación de la Iglesia y el Estado, la desamortización de la propiedad raíz de manos muertas y otras cosillas; pero nada de eso me llama la atención, pues si pudiera hablarles á ustedes de cierta memoria que presenté hace años á Gómez Farías acerca de estas cosas, verían que van éstos por camino añdado... Mas no hay que pensar en que les revele lo que ha quedado guardado en los archivos del Gobierno y que sólo se consulta á veces y eso, con suma cautela, por gentes que yo me sé.

Otro día llegaba con algún estupendo notición: «Novedad, hijos, hay novedad... Casi nada, que Ocampo y Lerdo están de monos y se han tirado los trastos á la cabeza...

Don Melchor dice que la ley de 25 de Junio es un tejido de tonterías; don Miguel califica al otro de díscolo y de farolón, de mamarracho y estafermo.

Ayer en pleno consejo, por no sé qué perfil de esas leyes que van á expedir, el de Morelia le plantó una coz al de Jalapa diciéndole que era una especie de capitán Araña, pues mientras la *familia enferma* corría la legua y se exponía á que fusilaran á todos cuantos la componen, don Miguel vivia en México bajo el más riguroso secreto

Andando suelto y remudando traje,
Creyéndose famoso personaje.

Le dijo que durante dos años se había vivido meditando planes para transigir con la mochitanga; que había sostenido que no podíamos triunfar sin traer americanos armados, y otra porción de horrores que oyeron los porteros y los ayudantes... A mí me lo ha referido quien lo sabe, y pueden ustedes contar con que esto es la pura verdad.

— Y Lerdo, ¿qué dijo? preguntaba alguno.

— Contestó por los propios consonantes; también puso á Ocampo barrido y regado.

— ¡Vaya con los hombres públicos!

— ¡Los hombres públicos! ¡vaya si les conoceré yo, que entre ellos he vivido!... Pregúntenme ustedes de Apo-

daca para acá, y les doy razón de todo... Ya verán si sabré de lo que ha pasado en el mundo; ¿quién si no yo llevó á acostar á don Lorenzo Zavala la noche de la Acordada? ¿Quién si no yo descubrió las hazañas del coronel Yáñez, que asaltaba caminantes siendo jefe del Estado mayor del Presidente de la República? ¿Quién le hizo pasar la gran rabieta á don Lucas Alamán, burlándose de las cabras del Tibet y de los camellos que mandó traer para la famosa dirección de industria?

— ¿Y conoció usted á Alamán?

— ¿Que si le conocí? Juntos estudiamos en Minería con don Andrés del Río y don Vicente Cervantes; por cierto que en botánica él sacó lugar después del mío.

— Y don Andrés del Río, ¿qué cara tenía?

— Bajito, de buena cara, bizcaba un poco del izquierdo, hablaba despacio y comiéndose las sílabas. Guapote, Elhuyar: era alto, fornido, moreno, muy alegre, muy despejado... y con una cabeza que valía cualquier cosa. A mí me decía siempre: «Hijo, tu vocación está en las ciencias naturales; deja la metalurgia, porque por ahí no te llama Dios...»

— ¿Y á Velázquez de León, le trató usted?

— No le traté, pero le conocí; parece que le veo con su peluquín, su casacón, su carilla de santo y sus manos de dama. Mi padre sí tuvo con él grandísima amistad, y refería que su modo de hablar era pausado. su paso grave

y su discurso fácil... Era gran tomador de rapé y tenía una colección de cajas con los retratos de la familia real, á personaje por caja... También conocí á Gamboa; era altivo, cabeceador, imponente, ceremonioso, feo como el no comer y con un talento que valía este año y el próximo...

Y así hablaba de Bustamante el memo y Bustamante el Presidente, de Arista y de León, de Valencia y de los Rincones. Los curiosos, por encontrarle en un latín mal continuado, le buscaban la condición con preguntas insidiosas:

— ¿Cuántos años tiene usted, señor Cienfuegos?

— Sesenta y cinco; sesenta y cinco cumplo el día trece de Junio y entro á sesenta y seis.

— Entonces, ¿cómo conoció á Humboldt, á Apodaca, á Velázquez?

— Muy bien; porque te voy á decir, yo nací...

Y se engolfaba en disquisiciones aritméticas que generalmente no le resultaban.

Referían los chuscos que en una ocasión estaba contando alguien rasgos históricos famosos. Scipión, decía por ejemplo, resbaló al desembarcar en Africa y sus soldados tomaron la cosa como mal augurio... Cierto, contaban que había interrumpido don Valentín: yo le ayudé á levantarse...

En distinta ocasión, él mismo ú otro refirió cómo César

había pasado el Rubicón, á pesar de la ley que lo prohibía... «Pero para hacer esa hombrada, contestaba Cienfuegos, fué necesario que yo le animara; él solo á nada se habría atrevido...» Le advertían que la cosa había sucedido dos mil años antes, y sin inmutarse, enmendaba el buen hombre: «En efecto, no estaba allí; pero estaba mi padre, que me lo contó.»

Algunas veces le daba por lo erudito y no por lo anecdótico:

— No me pidan que les cuente ni una sola palabra de mi Memoria que está depositada en el Ministerio de Relaciones, porque sería empeño vano. Eso es un secreto de Estado y á nadie se lo he de revelar, aunque vengan padres descalzos y me lo rueguen... Bien conozco que están ustedes deseosísimos de saber cómo me desenvolví; pero no lo conseguirán... No, amiguitos, esto no es juego de niños; figúrense ustedes la que me armarían los clericales á la hora que supieran que yo era, como quien dice, el autor de las leyes de Reforma que se van á dar... Y no es que yo me asuste de las persecuciones ni me duela de las adversidades: hecho estoy á sufrirlas; pero no se trata de mi persona sino de intereses más altos... Pero noto que ustedes no descansan queriendo arrancarme mi secreto... No, jovencitos impertinentes y curiosos, ó curiosos impertinentes; no diré una palabra que me comprometa y que les sirva á ustedes de guía para buscar en esos archivos...

Recuerdo que consta en la Memoria un trocito suculento, que ustedes me dirán si vale ó no vale..: «Hay que abolir (y aquí la voz más campanuda y enfática que podía sacar del pecho) los *concordatos* y *patronatos*. Estas voces suponen al poder civil investido de funciones eclesiásticas, y al eclesiástico de funciones civiles, y ya es tiempo de hacer que desaparezca esta mezcla monstruosa, origen de tantas contiendas. Reasuma la autoridad civil lo que le pertenece, aboliendo el fuero eclesiástico, negando el derecho de adquirir á las *manos muertas,* disponiendo de los bienes que actualmente poseen, substrayendo de su intervención el contrato civil del matrimonio, etc., etc., y deje que nombren curas y obispos á los que gusten, entendiéndose con Roma como les parezca. Lo demás es dar importancia á lo que por sí misma no la tiene; es exponerse á hacer *mártires* y á que se grite más alto *persecución é impiedad.* Indudable es que se obtendrá el triunfo; pero será sangriento y desastroso, cuando del otro modo se conseguirá lo mismo sin que tengamos *mártires,* que es lo peor que puede suceder á un gobierno. Si se adoptase el principio que proponemos, nadie aparecerá castigado como defensor de sus opiniones, sino como un sedicioso; y entonces las armas de nuestro clero quedarán reducidas á muy pocas, ciertamente menos de las que hoy son. El clero es algo (aquí recalcando las palabras y dejándolas caer como esferas de bronce en láminas de hierro) porque

todavía se le reconoce como autoridad por el hecho de mandarle que haga tal ó cual cosa; el día que el Gobierno lo olvide, no se vuelven á acordar de él los mexicanos y sólo buscarán al sacerdote para sus necesidades espirituales...»

Estupefacción general; nadie ha oído frases tan sabias en boca ninguna, y todos piensan que don León es un nuevo Tostado. Yo pesco algunas palabras que mi buena memoria me hace recordar de dónde proceden, y grito:

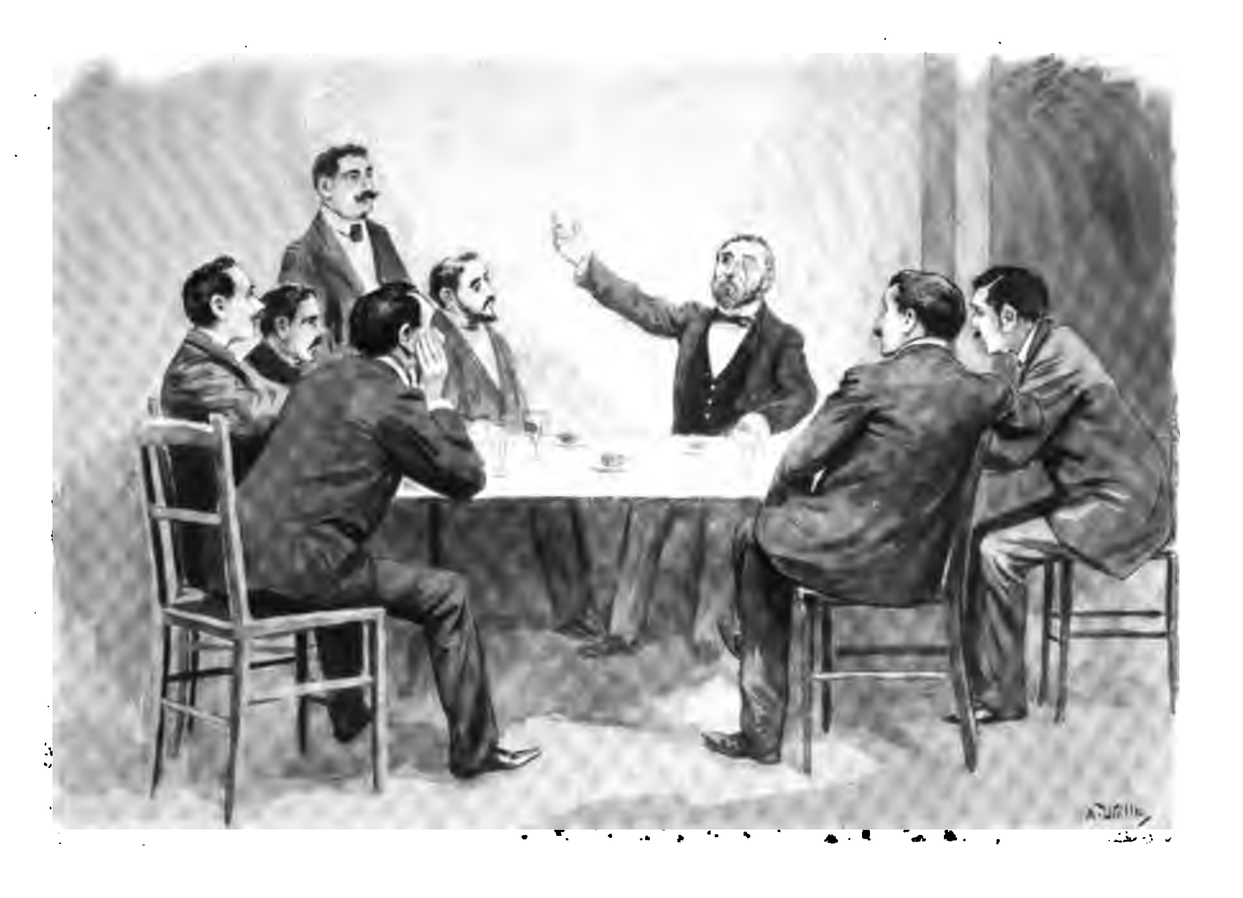
—¡Pero si eso es del doctor Mora, de su libro, copiado, plagiado al pie de la letra!...

Don León me mira con lástima, y sin turbarse ni inmutarse, me dice descansadamente:

—¡Pero hombre, que sea usted tan tonto que no comprenda que Mora me ha plagiado á mí! Estando mi estudio á disposición del público, digo de unas cuantas gentes, el doctor lo vió, le gustó y de seguro robó ese y otros trozos que ha de haber insertado en su libro, que por señas no conozco.

Y el público aplaudía creyendo que era verdad cuanto decía el farsante.





D. León me mira con lástima, y sin turbarse ni inmutarse me dice...



CAPITULO VII

El santo de la Reforma

UN viejo amigo y compañero de mis tiempos de bohemia estudiantil, Jesús Echaiz, desterrado de Morelia á Guadalajara por la suspicacia clerical que le perseguía con motivo de la traducción del *Tata Dios (Dieu Jean)* de Béranger, que había hablado largamente de don Melchor.

Me le pintaba á su regreso de Europa, causando la admiración de los sencillos habitantes de Maravatío, que se pasmaban de las botas de charol, del pantalón *collant,* del sillín inglés y del caballo de media sangre; de los instrumentos de óptica, de los muchísimos libros, de los animales disecados y de los ejemplares de anatomía; y más que de eso de que el hacendado fuera querido de sus peones, les diera trato humano, no les quitara tiras de

pellejo por deudas ridículas y no les robara sus mujeres y sus hijas.

Me refería la vida del sabio, de estudio, de meditación, de esparcimiento mental y de culto acendrado de la naturaleza, herborizando, leyendo á los enciclopedistas del siglo anterior, discutiendo y escribiendo disertaciones doctísimas.

Su viaje á Europa, con el palo en la mano y la maleta á las espaldas, le daba cierto tinte novelesco, aumentado con las circunstancias del éxodo. Se decía que unos ¡qué horror! enmascarados, le habían sorprendido, y bien porque le creyeran enemigo de Santa Anna, que por entonces cortaba el bacalao en estas tierras, ó bien porque le confundieran con algún malqueriente del dictador, los tales enmascarados le habían concedido nada más que el tiempo preciso para recoger ropa y avíos, le habían embarcado casi á la fuerza en un buque, y que cuando se descubrió la equivocación, se habían limitado á darle muchas excusas y á suplicarle continuara el viajecito, ya que estaba en las playas europeas.

Así había nuestro hombre andado por Francia é Italia, volviendo á su tierra pasados tres años de vagancias y meditaciones.

Echaiz refería luego la inmensa actividad afectiva, intelectual y material de don Melchor. Se ocupaba de encontrar un remedio para la rabia, de escribir una carpo-

logía, de tratar la canalización del Lerma y de discutir con *Un Cura de Michoacán* la materia de obvenciones parroquiales y diezmos, obteniendo el triunfo después de una larga disputa en que el *Cura,* tras cuyo seudónimo se ocultaba el propio obispo Munguía, esgrimió los argumentos más detestables que logró hallar.

Se asemejaba Ocampo, según mi amigo, juntamente á Juan Jacobo por su amor á la naturaleza, no por el temperamento lacayuno y mendaz; á Condorcet por su temple razonador, elegante y fino, no por su apasionamiento; á Robespierre por sus citas de los clásicos, no por su crueldad y su deseo de sangre.

Todos sus actos tenían por móvil el bien de alguien.

Su polémica con el *Cura* había tenido por origen la grosería de un presbítero de misa y olla que contestó á una desgraciada que trataba de enterrar de limosna el cadáver de su deudo: «Si no tienes para pagar, sála el cuerpo del difunto y cómetelo... Yo no he de dar caridades á los ministros, sacristanes y monaguillos de mi parroquia...»

Echaiz recordaba todos los pormenores de la acometida de un lobo rabioso y los repetía con horror: la noche obscura, el silencio del campo, un desgraciado labriego que sale á investigar la causa de un ruido repentino y se encuentra al lobo... Lucha con él cuerpo á cuerpo, le derriba, le hace huir, y cuando ya se retira el animal,

torna el ranchero á acometerle para evitar que haga daño, rompe el palo con que le había castigado, y cuando quiere *barbear* al lobo, éste le muerde la mano... Grita el desgraciado Guadalupe pidiendo auxilio, grita su hija, y entonces acuden los menos medrosos de los campesinos. En los tanteos, queriendo huir al monstruo, destrozan la mano sana del heroico ranchero sin que éste abandone á su enemigo... Por fin, tras este combate casi mitológico, el lobo queda muerto y Guadalupe expira entre horrorosas convulsiones...

Ocampo, después de costear el entierro del héroe ignorado, atiende á los otros lesionados, experimenta simples del país, y pone toda su inteligencia y toda su voluntad en el caso, hasta conseguir salvar á aquellos infelices.

En su hacienda desempeñaba ese papel de gran señor campesino, caro á los novelistas ingleses del siglo pasado. Sus libros, que eran muchos y valiosos, los prestaba sin dificultades, y cuando el tenedor se manifestaba un poco interesado en la posesión del volumen, se lo regalaba.

Contaba Echaiz que un día contemplaba, en unión de un primo suyo la biblioteca de don Melchor, y que de repente sus ojos se habían detenido en un volumen de lujosa pasta.

— *C'est votre affaire,* había dicho el sabio, y les había mostrado aquellas aves de plumajes exquisitos, aquellas plantas vívidas, aquellas flores que parecía iban á espar-

cir aromas, aquellos pedruscos que mostraban todos los colores de la paleta, encerrados en un álbum por la mano del artista.



Ocampo leía á los grandes autores que en su época revolucionaban la literatura. Nada le era desconocido de lo que escribían los Balzac, los Hugo, los Dumas; y en otra esfera los Leroux, los Proudhon, los Fourrier y los Considerant.

Pero lo notable era que nada leía en sus autores favoritos, que no creyera, y nada creía que no hiciera. Una ocasión llegó á su casa un estudiantuelo de mala muerte, un sopista de esos que en mis tiempos hacían giras por las haciendas á ver *qué Dios daba*.

Se anunció con el dueño de Pateo y éste le recibió en seguida. Creyó encontrar, á través de los agujeros de la raída chaqueta, de las chafaduras del sombrero, de los flequillos de los pantalones y de la sarcástica sonrisa de los zapatos, un espíritu abierto, sincero, capaz de desechar las necedades ergotísticas de que tenía lleno el caletre el estudiante.

Don Melchor convidó á comer al muchacho, le regaló libros, un par de trajes y dinero; y cuando el caballero andante de las aulas se preparaba á seguir su camino llevado á cuestas su hatillo bien provisto, se encontró un caballito ensillado y enfrenado que le condujo hasta Morelia.

Este muchacho, andando los años, se convirtió en un abogado conservador de los de privilegio y golpe de pecho, y denigró á Ocampo aun después de muerto.

Otra vez estaba el castellano de Pateo presidiendo la faena de la siega. La era estaba llena de trigo, los arrieros acudían en montón llevando sus bestias para cargar el grano y conducirlo á los molinos inmediatos. Un pobrecillo, con un macho paticojo, la *pechera* cayéndose á pedazos de puro usada, un viejo sombrero de palma en la cabeza y un aspecto de miseria triste, de inferioridad resignada, de bondad y mansedumbre que oprimían el ánimo, dijo á un compañero señalando un montón de trigo:

— Yo sería dichoso si me dieran eso.

Le oyó el santo de la Reforma, y encarándosele le preguntó:

— ¿Por qué se considera usted dichoso con tan poco?

— ¡Oh, señor! respondió el pobre, porque con eso tendría para comprar una recua, realizar utilidades y contar con un *punterito* para *mantención* de mi familia.

— Pues lléveselo, es suyo, dijo el grande hombre; y en seguida mandó le pusieran el trigo en sacos y lo cargaran en media docena de mulas que le regaló.

Pasaba un día por el terreno de un pobre mediero, y como era su costumbre, se acercó á saludar á éste.

— Crescenciano, ¿qué pasa que no has volteado tus tierras? Mira que ya se nos vienen las aguas, y ya sabes lo que dicen el refrán: «voltea en Abril tu terreno; en Mayo, siémbralo bien; escárdalo por Santiago, y el maíz vendrá en San Andrés...»

— Ya empecé, amo, ya empecé; pero afigúrese su buena persona, si con esta yuntita voy á acabar á tiempo.

El mismo día fueron treinta yuntas de la casa grande y dejaron el campo listo para recibir la simiente.

Tenía en su habitación á dos ó tres desgraciados idiotas ó dementes, y no sólo satisfacía sus necesidades materiales, sino que les hacía merced de otra moneda más valiosa: la de la caridad. Ocasiones había que el sabio, abstraído en sus meditaciones, preparando ejem-

plares de flores ó de plantas, manejando el microscopio, el hornillo ó la balanza de precisión, consultando á sus autores favoritos, su Voltaire, su Diderot, su Rousseau, su D'Holbach, era interrumpido por alguna de aquellas pobres que iba á importunarle:

— Deme un cigarro, don *Imichor*.

— Deme un peseta, don *Imichor*.

— Déjeme encender en su lumbre, don *Imichor*.

Y don *Imichor* á todo acudía con mansedumbre que llamaría cristiana si no hubiera sido tan poco cristiano el patriarca de aquella tierra.

Echaiz me refería una cena de Navidad en Pateo. Estaba la casa llena con gente de los alrededores: las hacendadas de collar de oro y enagua de linón, se confundían con las rancheritas de poca ropa, y los señores se mezclaban con los peones. Pero los reyes de la fiesta eran los niños, lo mismo los hijos de los pobres labriegos, que los de los propietarios de las cercanías.

¡Y qué cosas tan ricas se habían cenado! Todavía recordaba el poeta una sopa de almendras y una compota de membrillos, con ojos en que relucía la gula. Luego que la cena hubo concluído, fueron á la cama todos los chiquillos — á la cama, que entonces gustó por primera vez la mayoría de aquel enjambre.

Desde los limbos del sueño oyó mi amigo la voz varonil, fuerte y amplia de don Melchor cantar sus canciones favoritas: *La Fe*, que empezaba:

Blanche vision aux ailes jamais tachées.

y *El Contrabandista,* que tenía un estribillo truculento: *feu, feu, feu.*

También supo que ya al concluirse la fiesta, Ocampo había aparecido ataviado á la griega, con clámide y sandalias, recitando los versos de una tragedia, *Mérope,* de Alfieri, que el mismo había traducido.

En fin, que necesitaría capítulos enteros para relatar sólo lo principal de lo que me contaba mi amigo en aquellos días felices de *La Falange.* Baste lo que va escrito para formarse idea de lo que valía el hombre á cuyo lado iba á servir.



CAPÍTULO VIII

Dos hombres de su tiempo

El señor Ocampo se levantaba á las seis en punto, y después de jabonarse y fregotarse empezaba á trabajar hasta que la campana le llamaba á las doce al almuerzo en común. En el resto de la tarde la pieza de Ocampo era el lugar de cita de toda la gente liberal.

Allí iba Prieto, joven, animoso y entero como nunca lo estuvo; allí se encontraba La Llave, callado y meditabundo, pero con la mente siempre fértil en planes favorables á nuestra causa; allí veíamos á Gutiérrez Zamora; allí peroraba Fuente; allí acudía Ruiz, endeblucho y raquítico hasta causar compasión, pero con su inacabable fibra de siempre; allí se veía á Guzmán, á Ramírez, al general Iglesias, á Mejía, á Arizpe, á Serna y á veinte más que se

me barajan en el entendimiento porque todos tenían un distintivo: «valor» y una característica: «entusiasmo».

El señor Ocampo era fino, bien criado y de modales exquisitos. Como todos los que han recibido el contagio de la puntillosa burguesía francesa, extremaba la ingénita urbanidad mexicana, que vive de ceremonias y *caravanas*, y á todo el mundo oía y atendía con cariño. *Mi señor, mi señora,* eran los títulos que daba á las gentes.

Ramírez, *El Nigromante,* era lo contrario: grave, austero, retraído, excéntrico y hasta tímido, solía ocultar adrede su grandísimo mérito y su enorme talento.

Claro era que dos hombres tan opuestos tenían, si no que chocar, sí que estar en constante contradicción. El uno, negativista furibundo, enemigo de todas las instituciones y transigiendo apenas con las más avanzadas; el otro, creyente sincero y convencido en la grandeza de la humanidad, en la gloria de la humanidad y en el culto de la humanidad; el uno, sarcástico, cruel, duro é inexorable, pulverizando con una frase una serie de argumentos y hasta un edificio lógico; el otro, natural, franco, abierto á todos los ideales de verdad, justicia y bondad de que sentía hambre y sed su alma sincera; el uno, afirmando todo con la fe de los girondinos; el otro, demoliéndolo todo con la risa de Voltaire; el uno, naturalista y hombre de ciencia; el otro, metafísico y literato; el uno, adorando la verdad sin afeites y sin vestiduras; el otro, adorando la

fuerza soberbia de la forma... Ni siquiera en lo físico tenían parecido ninguno: Ocampo, criado al aire libre, dedicado á rudos ejercicios de rancho, saludable, entero y vigoroso; Ramírez, metido en el cuarto de estudio, sorteando con paciencia admirable los embates de la miseria; por eso don Ignacio era flacucho y con aspecto de mala salud, y su compañero grueso, de pecho levantado y mirada brillante. Un día, á la hora en que se encontraban en el cuarto unos cuantos de los tertuliantes ordinarios, Ocampo dijo á Ramírez:

— Ya sé, Nacho, que anoche obtuviste un triunfo en casa del Doctor Verendt, y que te aclamaron, desde los chiquillos hasta los viejos, por tu talento y tu facundia... ¡Que sea enhorabuena!

— Este farsante (por Prieto), respondió Ramírez, se empeñó en llevarme á esa casa, donde según parece querían conocerme como á animal raro. Fuí, en efecto; pero como me limitaba, como lo hace toda persona bien educada, á hablarles á las señoras de modas y guisos, á los hombres de negocios y cambios, y á los viejos de las importantes relaciones que existen entre el catarro caído al pecho y los sorbetorios de poleo, parece que no caí bien... Creo que aguardaban de mí alguna oda pindárica, alguna canción herreriana ó por lo menos algún discursito de diez y seis de Septiembre... Decididamente, cuando uno se propone meterse á buen vivir y volverse tan imbécil como el

más imbécil de sus distinguidos conciudadanos, nadie se lo quiere consentir. Es la consecuencia de una vida de desprecio á las sacratísimas fórmulas sociales: como al borracho ó al ladrón no se les cree la enmienda, tampoco se le cree al que una vez ha dado muestra de tener sentido común... Pues señor, que anoche me encontré la casa llena de gente desocupada y danzarina: los muchachos corrían de aquí para allá; los jóvenes bailaban y se enamoraban; los viejos aplaudían y echaban calendarios en los balcones y ventanas, y nadie se ocupaba de mí ni me hacía caso... Llego en esto al lado de un anciano tosegoso, barba triste y ojos ribeteados de encarnado, que miraba todo aquel barullo desde una silla distante... Pegamos la hebra, y de noticia en noticia llegó mi amigo á preguntarme si conocía el Estado de Veracruz... Le contesté cómo quien sabe lo que trae entre manos, y á poco ví que todos estaban pendientes de mí, que los muchachos habían suspendido sus carreras y sus juegos, que los pollos y pollas habían dejado de bailar, los hombres de comunicarse proyectos, los viejos de hacer reminiscencias, y que me rodeaban escuchando mi charla... Yo me avergoncé; pero no había remedio: todas aquellas gentes habían comenzado á aplaudirme... y hoy, *al fin la sangre estira,* mis *paisanos* alemanes me han mandado la mar de regalos...

Don Melchor rió satisfecho y exclamó:

—No hay duda que en nuestra sociedad existe un

germen innato de honradez y de buen sentido. Esos aplausos al talento, esas muestras de cariño al hombre sabio y justo, demuestran...

—No demuestran sino la vanidad burguesa; esas gentes habían oído hablar de mí como de un hombre extraordinario; vino el desengaño cuando vieron que no me daba la gana de exhibirme é irles á servir de espectáculo en sus fiestas; después, cuando se convencieron de que yo no era un idiota, y de que habían tenido razón en llamarme, se sintieron satisfechos... Los aplausos, pues, no eran al *Nigromante;* eran á la culta y distinguida sociedad que le albergaba, y que se convencía una vez más de su grandísima sabiduría.

—Parece mentira, Nacho, que sutilices tanto para sostener cosas tan desconsoladoras y por fortuna tan falsas... Negar que el hombre es naturalmente sensible, dulce, afectuoso, capaz de conmoverse por los beneficios y dispuesto á reconocerlos, susceptible de enternecerse á la menor muestra de interés, é impresionable por todas las delicadezas, es negar la razón misma. ¿No ves esto tan claro como la luz meridiana?

—Yo lo veo con claridades como de las diez y cuarto de la mañana... Esos hombres sensibles, justos, benéficos, honrados, incapaces de decir una mentira ni de robarse un pañuelo, sólo existen en imaginaciones visionarias como la tuya...

—¿Así es que no cuentas, interrumpía don Melchor, con las virtudes morales de los hombres?

—Yo cuento con su incurable picardía... Tú y los que piensan como tú, creen que el mundo es un idilio de Gessner, y que con un airecillo de flauta van á volver á los dominios de la naturaleza y de la razón á todos cuantos ahora se dedican á matar y á robar.

—Claro que contamos con la bondad innata en la naturaleza humana; pero también contamos con la fuerza de un buen gobierno...

—Ta, ta, ta; ya pareció aquello. ¿Conque un buen gobierno? Si todos los gobiernos son peores, como que son un mal en principio... Acuérdate de lo que ha dicho nuestro maestro el ginebrino: no hay ni puede haber ley ninguna que obligue al pueblo todo, ni siquiera el contrato social... Sólo por la usurpación y la mentira pueden llamarse representantes de un pueblo un príncipe, una asamblea ó una reunión de magistrados... La soberanía no puede ser representada, por lo mismo que no puede enajenarse... Desde el momento en que un pueblo se da representantes, ya no es libre, ya no existe... Ley que no ratifica el pueblo, no es tal ley...

—Y yo, repuso el señor Ocampo, te he hallado en contradicción. Si no crees en los gobiernos, ni en la eficacia de la función legislativa, ni en nada, en fin, ¿cómo estás predicando todo el día y á todas las horas, la necesidad de

expedir leyes contra el clero y contra los detentadores de la propiedad?

—Porque el clero es el enemigo común; hay que hacerle la guerra por todos los medios, los buenos y los malos, los legítimos y los ilegítimos... Si se trata de acabar con él, me uniré contigo, y ocurriré al arsenal de tus leyes, me juntaré con Rojas y aceptaré sus teas incendiarias, iré con Pueblita y le pediré sus facinerosos... *¡Ecrasons l'infame!,* digamos con Voltaire; aplastemos esa hidra de mil cabezas, pulvericémosla y aventemos el polvo que de ella reste...

—Y sin embargo, dijo don Melchor, la religión es condición necesaria de las sociedades; una agrupación humana que no mira arder en su hogar, junto á la piedra que le recuerda á sus antepasados, la lámpara que le recuerda á sus dioses, es una agrupación de bárbaros, una horda salvaje, y sin vida civilizada posible... Lo malo es el abuso, la simonía so pretexto del sustento del sacerdote; la opresión del humilde so pretexto de sumisión al dogma; la expoliación y la ignorancia del infeliz so pretexto de la alteza de lo que se enseña... En cambio, luego que estas leyes se expidan, verás renacer todo, prosperar todo: el clero en su lugar, el Estado en su sitio, las conciencias apaciguadas, la libertad triunfante y yo pudiendo volverme á mis *dulcia, dulcissima arva,* que he dejado por servir á mi patria...

—¡Ah, Melchor! ¡lástima grande que no sea verdad tanta belleza!...

Todo el mundo escuchaba embelesado aquello, cuando entró á la estancia un hombre alto, rubio, entrecano, rala la patilla, la papada acentuada, azules los ojos y la mirada inquieta.

—¡Eh, filósofos! dejen sus librotes; hablemos de cosas agradables, que á la hora de ésta el café del Alba está que se viene abajo hablándose de esas Leyes que diz que vamos á echar.

—¡Oh, Manuel Gutiérrez Zamora! exclamó el *Nigromante*; ¡tú sí que estás gracioso! Te enfada que Ocampo y yo discutamos nuestras cosas, y tú te traes como tema alegre las famosas leyes!

—Dicen, alguien refirió, que don Manuel y el señor Ocampo son los autores de las Leyes que todavía nadie conoce; que el señor Juárez se rehusaba á romper claramente con la clerigalla, pero que ustedes, llamándole un día á capítulo, le dijeron: «ó de una vez te resuelves á embarcarte, ó te plantamos fuera del puerto.»

—¡Oh, Veracruz, Veracruz! dijo Ramírez, nido de provincialistas; ¿no te basta con el honor de que en tu suelo heroico se expidan esas Leyes que confiesas no conocer, sino que también pretendes que sean tus hombres quienes las hagan y las sugieran?

—El bellaco que cuente esa tontería, exclamó en esta

sazón Zamora, con el cuello y el rostro congestionados, es un estúpido que merece le plante mis cinco dedos en su inmunda cara. Juárez es el único autor de esas Leyes salvadoras.

— Tan falsa es esa conseja de nuestra violencia, que las Leyes se habrían expedido en Guadalajara, hace más de un año, si no lo hubiera estorbado el pronunciamiento de Landa. Si se ha retardado la cosa, es por el deseo de expedir las Leyes y sus reglamentos, dejando completo y sin lugar á dudas ni á interpretaciones esto, que viene á ser la base de nuestra nueva nacionalidad, confirmó Ocampo.

— Y si alguien es el autor, indicó Prieto, no de la idea de las leyes, sino de la oportunidad de la expedición, es Pancho Zarco, que desde 1856 había dicho: «La experiencia ha demostrado que cuando se trata de llevar á cabo útiles reformas, es menester no retroceder, ni quedarse á la mitad del camino... El progreso excesivamente lento y gradual, es un error de funestas trascendencias. Los mismos esfuerzos hará la reacción contra un amago que contra un golpe certero, y si se comienza por dejarla desarmada, será impotente para promover nuevos desórdenes... La ley de desamortización ha merecido general aplauso, no sólo por su mérito intrínseco, cuanto por ser considerada como el principio de grandes reformas... Hay que decretar el registro civil y facilitar el arreglo de las obvenciones parroquiales. Una vez emprendido este ca-

mino, las circunstancias indicarán otras medidas y podrá consumarse la revolución social que el país espera desde que se lanzó á conquistar su independencia... Contra la ley Juárez estalló la reacción en Puebla, acaudillada por don Antonio de Haro; contra la ley Lerdo estalló el movimiento de Orihuela. Si estas dos leyes se hubieran dado al mismo tiempo, aun cuando fueran mucho más avanzadas de lo que son, habrían producido un solo conflicto en lugar de dos...»

Entretanto paseaba por el corredor, con las manos á la espalda y el andar mesurado, parándose á ratos como para escuchar el *demonio* interior que le aconsejaba todas sus acciones, un hombre vestido de negro, de cutis moreno, de apariencia sencilla, que tenía el aspecto de un dios que meditaba si habría que lanzar el rayo contra el tronco carcomido y enteco que impedía la salida de los brotes nuevos, que apuntaban pujantes y briosos. Al mirarle se sentía el estremecimiento misterioso que se debe de sentir cuando se tropieza con una enorme fuerza de la naturaleza ó con una enorme fuerza psíquica. Era JUÁREZ, el carácter más entero de México y el autor de la Reforma.



CAPÍTULO IX

Hidalguía mexicana y nobleza española

La mañana aquella se aguardaban grandes novedades en la casa de Puerta Merced. Se lavaba el mármol de los pisos, se sacudían los muebles, se abrían balcones y ventanas, y la feroz Petrona, la negra que había regañado á Juárez, repartía pescozones á diestro y siniestro.

¿No he contado eso de la regañada á don Benito?

Pues aquí va, tal como me la refirió Fidel.

Entró el Gobierno constitucional á Veracruz una noche de Mayo, en medio del entusiasmo de aquel grande y generoso pueblo. Las muchachas arrojaban flores desde los balcones, los hombres gritaban vivas en las bocacalles, y una multitud entusiasta y delirante seguía al cortejo... Llegó la comitiva á la casa que de antemano se había



arreglado y se instaló luego que se hubieron marchado Zamora y sus amigos, que un rato acompañaron á don Benito y demás familia... enferma.

Juárez era cuidadosísimo con su persona, como no se acostumbraba en aquellos tiempos, en que se tenía como evangelio lo de «la cáscara guarda al palo»; «de cuarenta para arriba ni te cases, ni te embarques, ni te mojes la barriga»; «vale más que digan: allí va un puerco y no allí va un muerto», y otros axiomas de la tierra que servían para sistemar y arreglar la porquería nacional.

Don Benito, lo mismo entre el hielo en Paso del Norte que en el calor de Veracruz, acostumbraba levantarse á las seis y bañarse luego. La mañana siguiente á la de su llegada, salió á la azotehuela y pidió á una negra que por allí miró, le diera nueva agua; pero la mujerona, al ver

un hombrecillo de mala traza, de tez cobriza, de aspecto humilde y maneras corteses, se figuró topaba con un individuo de la más ínfima servidumbre.

— ¡Vaya, le dijo, un indio manducón que parece el *improsulto!* Si quiere agua, vaya y búsquela.

Juárez oyó impasible aquella letanía, y como se lo indicaba la negra, fué á buscar el agua que no tardó en encontrar.

Poco después, la comitiva toda, que ese día empezó su vida en común, aguardaba á Juárez. La negra procuraba saber quién de todos aquellos caballeros era el Presidente, y á todo el que veía guapo, de estatura elevada ó considerado de los demás, le hacía reverencia poniéndole la jeta más linda que tenía á la mano.

Por fin, sale don Benito de su cuarto, y todos los que se encontraban formados á la puerta le hacen una inclinación de cabeza en respuesta á la que él les dirigió. Petrona, que reconoció en aquel señor el mismo á quien había reñido, se confundió y entró llamándose con todas las frases más feas que halló á mano.

Sorprendidos los circunstantes, preguntaron la causa de aquella confusión, y el señor Juárez refirió, riendo, la anécdota, que sirvió para que distinguiera y favoreciera á la negrita andando el tiempo.

Volviendo al asunto de los preparativos de aquella mañana, diré que la gente empezaba á llegar; pero sin

que supiera qué embajador se recibiría, qué príncipe llegaría de visita ó qué personaje determinaría acompañarnos en nuestro cálido destierro.

Los comentarios comenzaban y no acababan.

— Es un americano que viene á ofrecernos dinero y cañones.

— Es un inglés que quiere conocer nuestras Leyes de Reforma para aplicarlas en su tierra.

— Es un embajador de S. S. Pío IX.

— Aquí no entran de esos.

— Será el loco Luis Terán, que viene de Oaxaca armado del certificado de hombre morigerado que le expidió la priora del convento de Ixtlán.

— Será don Nacho Mejía, que vuelve de recibir el mando de manos de Iniestra.

— Será don Miguel Lerdo, que pide la venia para marcharse á extranjis.

— Que hable el *Tío Cualandas*, decían algunos señalando á Prieto y refiriéndose al saladísimo papel que redactaba mi amigo.

— Que hable Villalobos, y se dirigían á un sujeto delgaducho, piocha de cuatro hilos, bilioso, cara de pájaro y ojos de víbora.

Pero los dichos cesaron luego que hubo llegado el personal del Gobierno. A poco, introducido por Prieto y Ruiz, entró el gachupincillo de marras, el bizarro Antonio



D. Benito, desde lo alto de la plataforma, explicó...

Bravo, llevando en la mano una cachuchita y en el rostro un bochorno y una mortificación tan marcados, que me dió verdadera lástima verle.

Don Benito, desde lo alto de la plataforma, explicó que el Gobierno estaba verdaderamente satisfecho del comportamiento de Bravo, que corriendo mil riesgos y con sacrificio de su bolsillo había desempeñado una misión que se le había confiado, adquiriendo dinero, armamento y hombres en los términos que se le había dispuesto; que no pudiendo por entonces darle una muestra de lo mucho en que se estimaban sus servicios, había determinado el Gobierno recibirle públicamente, haciendo saber que la persona de Bravo le era particularmente grata.

El ibero se turbó y nada pudo contestar á aquellas frases con que él estimaba suficientemente pagados sus afanes. Subió, estrechó las manos á Juárez, y las habría besado si no las hubiera retirado á tiempo el Presidente.

Quiso continuar por la derecha, estrechando las manos que se le extendían y los pechos que le saludaban estusiasmados, cuando se encontró con un rostro adusto y retraído.

—Señor, dijo Ocampo, que era el que hurtaba sus manos del contacto con las del héroe, yo doy mi mano á mis amigos; pero sólo soy amigo de quien merezco serlo, porque le pago en moneda de afecto y consideración los

que él me dispensa... Yo he sido lo suficientemente villano para hablar de un hombre á quien no conocía, sólo porque me era antipático su origen... Si usted quiere hacerme la merced de ser mi amigo, antes me ha de hacer la de perdonarme.

Bravo se había quedado parado y sin saber qué hacer; pero al oir aquello fué más grande su confusión. Trató de coger por sorpresa la diestra de Ocampo; pero éste, previéndolo, la escondió de nuevo y le dijo:

— Veo que es usted tan generoso que conviene en perdonarme; pero yo no debo aceptar su perdón si no es público y claro... Dígame, si quiere complacerme: «Melchor Ocampo, yo te perdono.»

Antonio se resistía, buscaba fórmulas de acomodo, pero al fin hubo de transigir, y de pronunciar con voz de doctrino que recita una lección: «Melchor Ocampo, yo te perdono.»

El grande hombre estrechó entre sus brazos al español, le dió muchas y muy cariñosas enhorabuenas y se ofreció su amigo para siempre.

El concurso aplaudía, lloraba y ponía en las nubes la lealtad de Ocampo y la modestia de Bravo, declarándolos dignos el uno del otro por sus almas hermosísimas.



CAPITULO X

Vientos de Reforma

Cuardo entre mis papeles uno viejo, raído, amarillo, con tachaduras en el texto y anotaciones en las márgenes, sin principio, sin fin y sin enlace. Está escrito de mi letra y enmendado y corregido de otra cursiva, amplia y firme, que me recuerda el espíritu de elección que ordenó á su mano trazar aquellos caracteres.

Dice mi manuscrito: «Hoy, cinco de Julio de 1859, á las once de la noche concluimos el señor Ocampo de dictar y yo de escribir; el manifiesto de «El Gobierno constitucional á la Nación», que venía el señor ministro elaborando desde fines del mes pasado.»

Copio con amor algunos párrafos de ese escrito, que vale más, para mí, que el plan de Iguala que nos libertó

del dominio de España; que el plan de Ayutla, que nos quitó la tiranía de Santa Anna, y que la misma Constitución del 57, que nos separó de muchas cosas viejas.

Debo advertir que el contenido de este manifiesto se había discutido en reuniones de gabinete durante más de quince días, y que era materia de disputa entre todos los liberales desde hacía más de un año.

«La nación, dice el papel, se encuentra hoy en un momento solemne, porque del resultado de la encarnizada lucha que los partidarios del oscurantismo y de los abusos han provocado esta vez contra los más claros principios de la libertad y del progreso social, depende todo su porvenir. En momento tan supremo, el Gobierno tiene el sagrado deber de dirigirse á la nación y hacer escuchar en ella la voz de sus más caros intereses y derechos, no sólo porque así se informará más y más la opinión pública en el sentido conveniente, sino porque así también apreciarán mejor los pueblos la causa de los grandes sacrificios que están haciendo al combatir contra sus opresores, y porque así, en fin, se logrará que en todas las naciones civilizadas del mundo se vea claramente cuál es el verdadero objeto de esta lucha que tan hondamente conmueve á la República.»

Luego entraba á detallar el señor Ocampo lo que el Gobierno se proponía hacer.

«En primer lugar, decía, para poner un término de-

finitivo á esta guerra sangrienta y fratricida que una parte del clero está fomentando hace tanto tiempo en la nación, por sólo conservar los intereses y prerrogativas que heredó del sistema colonial, abusando escandalosamente de la influencia que le dan las riquezas que ha tenido en sus manos y del ejercicio de su sagrado ministerio, y desarmar de una vez esa clase de los elementos que sirven de apoyo á su funesto dominio, creo indispensable:

Primero: Adoptar como regla general invariable la más perfecta independencia entre los negocios del Estado y los puramente eclesiásticos.

Segundo: Suprimir todas las corporaciones de regulares del sexo masculino sin excepción alguna, secularizándose los sacerdotes que actualmente hay en ellas.

Tercero: Extinguir igualmente las cofradías, archicofradías, hermandades y en general todas las congregaciones ó corporaciones que existan de esa naturaleza.

Cuarto: Cerrar los noviciados en los conventos de monjas, conservándose los que actualmente existen en ellos con los capitales ó dotes que cada una haya introducido y con la asignación de lo necesario para el servicio del culto en los respectivos templos.

Quinto: Declarar que han sido y son propiedad de la nación todos los bienes que hoy administra el clero secular y regular, con diversos títulos, así como el excedente que tengan los conventos de monjas, deduciendo el importe

de sus dotes y enajenar dichos bienes, admitiendo en pago de su valor títulos de la deuda pública y de la capitalización de empleos.

Sexto: Declarar, por último, que la remuneración que dan los fieles á los párrocos por sus servicios eclesiásticos, y cuyo producto anual bien distribuído basta para atender ampliamente al sostenimiento del culto y de sus ministros, es objeto de convenios libres entre unos y otros, sin que para nada intervenga en ellos la autoridad civil.»





CAPITULO XI

Llevando la antorcha sagrada

UN día, á principios de Agosto, interrumpió el señor Ocampo el dictado de una carta, y me dijo con el ademán resuelto que acostumbraba:

—Señor la Llana, usted puede prestar un buen servicio á la causa: se acaban de expedir las Leyes de Reforma, que significan la ruptura del último vínculo entre el México viejo y el México nuevo, entre la tradición y la idea moderna, entre lo podrido y lo inútil, y lo pujante y lozano. Nuestros enemigos nos han hecho el inmenso servicio de dar á conocer la nueva obra; si no fuera por la torpeza de los mochos, difícilmente habríamos logrado promulgar las disposiciones nuevas; pero se necesita también alguien que lleve copias autorizadas de las Leyes y las dé á conocer fuera, única manera de que no se tome

nuestro empeño por cínico alarde de destrucción, y las Leyes como cosa inventada para desprestigiarnos... ¿Quiere usted ser el conductor de esas Leyes, quien las lleve á los lugares ocupados por nuestras tropas?

Respondí afirmativamente y don Melchor continuó:

— La primera de las leyes expedidas y la que tiene que



ser la base de la existencia del México moderno, es la relativa á la separación del Estado y la Iglesia con todas sus fecundas consecuencias.

La Iglesia libre en el Estado libre; pero sin que aquélla ejerza preponderancia, ni dominio, ni presión sobre los negocios civiles; las conciencias calmadas; aplacadas las divisiones antiguas, y todas las instituciones girando dentro de su órbita: tal es el plan de nuestra sociedad futura.

Sabemos que se va á gritar «al lobo», que se va á proclamar que fundamos el Estado ateo; pero sería eso un sofisma muy burdo para ser aceptado; el Estado no es deísta ni es ateo; no es católico ni es hugonote; no es partidario del *filioque*, ni enemigo de las imágenes: el Estado es el protector de todas las tendencias honradas, el distribuidor de la justicia y el órgano de la vida colectiva; el Estado juzga por las obras, no por las opiniones, y ese será el papel que en lo sucesivo desempeñe en México.

Han aparecido en el mundo religiones y más religiones, y ninguna ha logrado dominar á todas las otras, ni reunir á la humanidad en una sola creencia; y cuando se ignora los siglos que han de transcurrir aún antes de llegar á tan apetecido resultado, ¿no debemos comenzar á preparar á la humanidad por el amor, que domina como señor sobre todos los otros sentimientos, por la benevolencia que tanto predispone en favor de quien la tiene?

Amaos los unos á los otros, y llegaréis más brevemente que con pretensiones de mayor ciencia y mayor virtud, á fusión de toda la humanidad en una familia, de todas las disensiones en una creencia, de todas las leyes en una moral, de todas las rivalidades en una fraternidad, de todas las discordancias en un acorde supremo: el amor.

Hay, pues, que establecer como consecuencia ineludible de la separación del Estado y la Iglesia, la tolerancia de todas las opiniones mientras no se externen con

manifestaciones contrarias á la moral ó al orden de la sociedad.

Los clérigos han abusado de su poder acaparando bienes temporales que les sirven nada más que para fomentar las disputas entre hermanos. Hay, pues, que quitarles esos bienes á fin de hacer la paz.

Pero aparte de la razón de política, hay otra razón económica de la más alta importancia: los clérigos tienen substraídos al movimiento y á la circulación, valores que no pueden crecer ni prosperar, porque no cumplen con la primera de todas las leyes de los seres creados: el movimiento y la vida... Hay que removerlos, hay que agitarlos, hay que hacerlos entrar en la circulación general.

Esas tierras eriazas, esas haciendas que abarcan leguas y leguas cuadradas, esos caserones que ocupan la parte mejor de las ciudades, deben volver á la propiedad de la nación, de cuyo poder salieron... Hay que desamortizar esos bienes, y luego de desamortizados podemos calcular el gran número de gentes á quien van á favorecer, los negocios que van á vigorizar, la vida que van á impartir á todo el organismo nacional.

Tenemos también que acabar con los conventos de frailes y los noviciados de monjas. De esos recintos han salido la conspiración, el dinero para efectuarla, las armas para ayudarla y las oraciones para implorar por su

triunfo. El más elemental derecho de defensa legítima, pues, reclama su extinción.

Pero si consideramos que en esos antros se extinguen energías que más tarde podrían aprovechar las ciencias y las artes y hasta el simple y natural crecimiento de la población, la necesidad de abolir esas instituciones sube de punto. El gran Kant ha dicho: «Obra de manera que la máxima de tu voluntad pueda servir de regla á una legislación universal.» «Nunca tomes como medio á la humanidad, sea en tu persona ó en la de los otros; mírala siempre como fin en sí propia.» Y es claro que si la máxima de nuestra voluntad nos impulsa á meternos en los claustros, acabamos con la humanidad, que vive de la propagación y el amor.

Si declaramos separados á la Iglesia y al Estado, no podemos dejarle á aquélla el cuidado y la administración de los actos que sirven á la vida social. Comprobar que existe una persona, que es casada, soltera ó viuda, qué murió y de qué dolencia, son atribuciones exclusivas del poder público.

Hemos llegado al extremo de que un ciudadano honesto no pueda unirse con su amada si ha jurado obedecer las leyes de la República; al extremo de que constriña el clero á los habitantes del país á cambiar, por el mandato de un superior arbitrario é ignorante, todo su modo de ver sobre los vitales asuntos de patria, libertad, orden,

independencia, dignidad personal, derechos y garantías individuales, ó á vivir en el concubinato y la prostitución. Hay, pues, que establecer el matrimonio civil, que es la base de la familia ordenada y de la nueva vida social.

Claro que esto no quita á los contrayentes su libertad de ocurrir á los ministros de su culto pidiéndoles su bendición si la estiman necesaria; pero en todo caso, el Estado será quien compruebe que una nueva pareja humana se propone continuar las tradiciones eternas de la familia.

Darse cuenta de que ha habido un ser nuevo que viene á aumentar el núcleo social, es indispensable; pero más indispensable es aún que los cementerios corran á cargo de la autoridad civil. Se expulsa ó se impide la entrada á los camposantos á los herejes, á los excomulgados, á los incursos en censuras; pero existen para nuestros clérigos rapaces, una excomunión, una herejía, una censura peores que todas las fulminadas ó definidas por los papas y concilios: la de la pobreza.

Al pobre se le niegan, para descansar, unos cuantos pies de tierra, y se le dice, cuando lamenta la muerte del marido, del padre, del amigo: *cómetelo,* cuando lo que necesita es ayuda y consuelo.

Si establecemos panteones laicos, desaparecerá también esa notable infamia que se echa ahora sobre la frente

de personas cuyas opiniones sólo puede juzgar Dios, y desagraviaremos la buena memoria de sujetos meritísimos, como don Manuel Gómez Pedraza y don Valentín Gómez Farias, que duermen el último sueño rodeados de esa aureola que para nosotros es hermosa, pero que para muchos parece infame y vitanda.

Luego que el señor Ocampo acabó de hablar, me llevó al aposento del señor Juárez, que leía cerca de su ventana, deteniéndose á ratos para reflexionar sobre el contenido del libro.

— Ya tenemos, dijo don Melchor, el primero de los hombres que necesitamos para propagar y comulgar las Leyes de Reforma: el señor comandante la Llana se compromete á llevar hasta donde sea menester, este código nuevo. ¿Te parece bien?

Don Benito me miró fijamente, y dijo luego de meditar un instante:

— Bien me parece, y ojalá que tengamos muchos amigos que como usted quieran correr esta aventura patriótica... Leía cabalmente, en un autor de historia patria, la descripción de la fiesta del fuego nuevo... Los mexicanos, figurándose que el mundo iba á acabarse, apagaban el fuego de las habitaciones, rompían sus trastos y se encaminaban al rumbo de Ixtapalapa... Los sacerdotes, ya cercana la media noche, subían con pasos de dioses hasta el cerro de la Estrella, y por la situación de las Pléyades

calculaban el momento de la llegada de un nuevo día. Entonces, satisfechos de que la humanidad no se había de acabar, frotaban maderas, sacaban lumbre y bajaban la colina, llevando en la mano las antorchas que habían de encender las hogueras del Templo mayor, y de surtir todos los hogares privados del encanto del fuego... Usted va á ser como esos sacerdotes: lleva la lumbre que ha de encender la hoguera sagrada, la hoguera del altar de la patria; de su antorcha se surtirán todos los hogares, todas las familias, todas las conciencias de los mexicanos... Vaya usted, vaya en paz y obtenga que los mismos que juzgaban que el mundo iba á acabarse por obscuridad, vean que la luz que aquí hemos sacado, la luz que usted lleva, va á iluminar mucho más que todas las que habíamos visto.

Salí de la estancia para hacer los preparativos de mi viaje, y en la puerta me encontré con mi viejo amigo, el invicto Gordoa, transportado de las ciénagas mexicanas á las marismas veracruzanas, por el afán de prosperar, que se le había metido en grande.

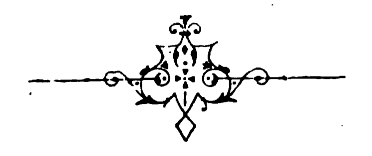
— Ya sé, don Juanito, que se han expedido unas leyes que valen la plata... Vengo á denunciar veintiséis casitas y tres conventos de México, y si quiere le llevo en parte.

— No, Gordoa, le respondí; nadie de los que aquí estamos denunciará bienes de manos muertas.

— Pues yo sí, amigo; no soy de los que lloran si les

dan pan... Ya me sale usted con los quijotismos de Zarco, Prieto, Ocampo, Ruiz y el mismo Juárez... Aprendan á los mochitos que no se duermen. Ya traigo yo varios encargos; pero más traen otra media docena de agentes, que se proponen barrer para adentro.

— ¡Pues buen apetito, Gordoa!





SEGUNDA PARTE

MEMORIAS DE UN MOCHO

(1859-1860)

Si buscas, lector discreto, noticias de la vida y obras del autor cuyas hazañas se cuentan en este lugar, en cualquier Larousse, Vapérau ó Gubernatis de vieja ó cercana data, perderás tu tiempo y tu trabajo, porque en ninguna enciclopedia ni diccionario se hace mención del historiador Buenaventura Ortiz.

Yo he sido quien, con grandes esfuerzos, he logrado obtener las memorias que mi amigo perjeñó para hacerlas entrar en el relato de esta parte de mi vida.

Puede parecer á algunos que presto á Ortiz demasiados adornos retóricos. Confieso que en muchas cosas Venturita habla como yo hubiera hablado; pero consiste todo en

que la forma de mi pobre amigo era más mala aún que la mía, y queriendo enmendar esto y lo otro, rehice todo lo escrito.

Y nadie extrañe que aquí y allá, ésta y las demás partes de mi trabajo aparezcan con cierto viso literario. Se debe tal cosa á que mis estudios no fueron del todo perdidos, y sobre todo á que tengo más de setenta años de vida que he dedicado en su mayor parte á leer, pues como Miguel de Cervantes, suelo enterarme hasta de los papeles que están caídos por las calles.

J. P. de la Ll.

El cinco de Noviembre, á las cuatro de la madrugada, salió el señor Presidente en compañía de sus ayudantes y del joven ministro don Isidro Díaz, con dirección á Querétaro.

No era ya Miramón el muchacho alegre y franco que conocieron otros; se había vuelto reflexivo, meditabundo y grave, como persona sobre quien pesaban tantas y tan enormes responsabilidades. Gustaba, sin embargo, de que otros bromearan y chacotearan en su presencia, mientras él se entretenía contemplando las espirales de humo de los cigarros, el techo del coche, lleno de señales de balas, y el campo, ya quemado por las heladas prematuras.

En vez de encerrarse en México, salió el Presidente á



D. Miguel Miramón

batir á campo raso al enemigo por si acaso Dios se dignaba darnos la victoria. ¡Vaya si la merecía quien tan gentilmente retaba á la fortuna y se ponía al frente de los suyos contra tropas muy superiores en número!

Llegamos á Querétaro, despreciando las gavillas latro-liberales que nos salían al paso, poniéndonos desde luego en comunicación con el señor general Mejía.

¡Qué jefe este Mejía! Callado, discreto, sincero, honrado, y eso sí, valiente como ninguno. Adora á S. E. y cree á pies juntillas que con Miramón al frente se conseguirá vencer á la canalla, aunque tenga cien veces más elementos de los que posee.

Parece que Márquez desobedeció claramente y se rebeló rehusándose á mandarnos auxilios; que Woll anunció no podía salir de Zacatecas antes del once, y que Degollado, Arteaga, Doblado, Alvarez y demás gentuza se acercaron violentamente.

Luego que el sacristán Degollado se avistó, mandó citar al señor Presidente para una conferencia, á fin de inclinarle á que reconociera, ¡qué gracia tiene! el famoso *cuerno de la abundancia,* la terrible *ley nueva de gracia,* la Constitución de 57, en fin.

Partió S. E. acompañado no más de su ministro Díaz, y el infame don Santos llegó con Gómez Farias, hijo del terrible liberal que tanta guerra ha dado en todo tiempo.

Que diga cualquiera si no podía considerarse un tonto

incapaz de sacramento á quien creía embaucar á nuestro caudillo, proponiéndole que aceptara tonterías y maldades que había combatido por años enteros. Sin embargo, Miramón acudió á la cita, no porque creyera, como aseguró después Degollado, que las doctrinas (bonitas doctrinas) liberales eran las mejores, sino porque quería ganar tiempo, á fin de que llegara nuestra artillería.

Salimos de Querétaro al amanecer, con gran silencio y seguros de que los chinacos nada habrían emprendido; pero nos engañamos: ya se hallaban posesionados de un otero que dominaba nuestra izquierda, y tan pronto como nos divisaron empezó el cañoneo, que nos molestaba más de la cuenta.

El Presidente recorrió la posición é hizo plegar las columnas en orden profundo, concentrando los contingentes á la izquierda del enemigo y á la derecha nuestra; allí situó las baterías de doce y de veinticuatro, flanqueando la batalla enemiga.

El campo no es fácil de figurarse, por ser lo más irregular que podía haberse escogido: en medio, el río de la Laja; á la izquierda la loma de la Estancia, que ha dado nombre á la acción; más allá una eminencia en que se acantonan las tropas de Jalisco, Guanajuato y Zacatecas; á la derecha, en unas casas derruídas, las tropas de Vélez, y en una ladrillera vieja los batallones de Sierra Gorda y cuarto ligero.



El fuego de cañón empezó á las siete; á las nueve el enemigo destacó sobre nuestra izquierda una fuerte columna protegida por una nube de tiradores. La contuvieron cuatrocientos caballos de la brigada Alfaro, el batallón de Guanajuato y el de León con seis piezas á las órdenes de Mejía.

Surtió efecto la acometida del impertérrito serrano; pero á poco el enemigo amagó por el centro y por la derecha. Al centro se destinaron el batallón de Sierra Gorda y doscientos cazadores, y á la derecha el batallón de Silao. La huída de los blusas fué inmediata en este extremo.

En el centro no fuimos tan dichosos. Sierra Gorda se dispersó y los *colorados* quisieron hacer un empuje decisivo. El General, con intuición rápida, comprendió que roto el

centro quedarían en desorden los dos costados, y dispuso que entrara en fuego todo el mundo, exceptuando sólo la reserva.

El enemigo, á favor de las cortaduras, cercas y casas de la Estancia, hacía un fuego certero que diezmaba nuestras filas. Repentinamente, vimos que el campo se llenaba de blusas, que los artilleros rompían los atalajes y dejando abandonadas las piezas montaban en las mulas, que los batallones se deshacían y que la resistencia cesaba. Un hombre, probablemente Degollado, recorría las filas acompañado de unos cuantos oficiales, tratando en vano de detener la dispersión. Ni pensarlo: el pánico de las multitudes se había apoderado de aquellos bellacos (sobre todo los de San Luis y Guanajuato), que se dice estaban ya preparados para esa evolución mediante cierto ungüento que salió de las cajas de nuestra pagaduría.

La persecución se emprendió hasta que nuestros caballos no pudieron más. Los de los otros han de haber sido de casta distinta, pues resistieron sin reventarse hasta poner en salvo á los *puretes*.

Un coronel conservador llevaba tan cerca á Doblado, que podía haberle dejado seco de un pistoletazo; pero quiso tener el placer de cogerle prisionero y darle su merecido, cuando la pobre bestia que montaba mi correligionario cayó sofocada.

A las doce horas empezaron á llegar oficiales á Guana-

juato, que dista cuarenta leguas del lugar de la acción; el catorce en la noche entró Degollado, que no ha podido menos de confesar que ésta ha sido la batalla más gloriosa de las que le ha ganado nuestro general. En la mañana salió rumbo á San Felipe.



D. José Justo Álvarez

En Celaya estuvieron el bueno de don Quijote de la Garra y los tres ó cuatro que formaban su *ejército* á punto de morir á manos del indignado pueblo del lugar, que apoderándose de una pieza de artillería abandonada hizo repetidos disparos sobre los constitucioneros.

Parece que entre los fugitivos se halló el bandido Cheesman, el autor de la maldita idea de las minas en Guadalajara: se le mandó fusilar para que se desagraviara un poco la justicia ultrajada por aquel monstruo.

Don José Justo Álvarez, general del ejército y no *lírico* como Degollado y cómplices, debía dirigir la acción; pero la víspera fué víctima de un accidente que pudo costarle

la vida: un ayudante de Doblado bajó de su caballo, el animal se sacudió con los arneses para quitarse el polvo del camino, y entonces cayó de las pistoleras un revólver que hirió á Álvarez arriba de la rodilla.

Se contó que don Justo se había herido á sí mismo para evitar meterse en un negocio cuyo desenlace temía: pero parece que no es verdad, aunque así lo hacía presumir el impertinente don José Gil Partearroyo, que publicó una carta llena de injurias á nuestros periódicos, porque se atrevieron á sostener lo de la herida por mano propia.

Acababa el desdichado Álvarez de sufrir la amputación, cuando llegó á Celaya el señor Mejía. El pueblo estaba empeñado en coger al herido y quitarle la vida, cuando don Tomás ahuyentó á los agresores, que apenas estaban detenidos por las exhortaciones de un eclesiástico anciano.

También Tapia cayó herido; Miramón fué á verle, y el moribundo, porque lo era, dijo incorporándose un poco: «Disponga V. E. de mi persona; pero sírvase tener en cuenta la de mi ayudante, que me ha servido con lealtad.» Y el vencedor le respondió: «No tengo que disponer sino que usted se mejore. Deploro la guerra terrible que divide á la nación en dos partidos, y ansío como el que más que termine esta maldita pendencia para que todos los mexicanos formemos una sola familia. En cuanto á su ayu-

dante, puede seguir al lado de usted, y si usted muere, queda en libertad de ir á donde quiera.»

Al día siguiente salí en unión del señor Mejía para entregar en México las treinta piezas de artillería, parque, carros, fraguas y fusiles recogidos á la canalla. Se nos recibió no como triunfadores, sino como dioses. Llegamos el viernes diez y seis en medio de aclamaciones, vítores, repiques, palomas y miradas de niñas bonitas; el domingo nos ofrecieron una corrida de toros, y el martes siguiente una representación de gala en que los actores hicieron *El Tesorero del Rey,* comedia que me dejó embobado. Muchos echaban de menos á la Zafrané y á José Miguel, que estaban ausentes; pero á mí me parecieron de perlas doña Merced González y el actor Rojas, quizás porque no había visto cosa mejor.

Noviembre de 1859 (México).

¡Maldito sea el dinero, amén! Por él nacen y se destruyen imperios, bajan ó suben gobiernos, se afirman ó destruyen reputaciones, pasan ó permanecen hombres, instituciones y señoríos!

Por la falta de dinero está en guerra esta nación hace cincuenta años; por falta de dinero no puede afirmarse ningún gobierno; por falta de dinero nos maltratan y menosprecian los extranjeros, y por falta de dinero aconte-

cen diariamente batallas... que cuestan el dinero que se gasta en sostener tropas y armamentos, y el dinero que se pierde por lo que las gentes dejan de ganar y de lucrarse.

¡Siempre el dinero! Yo creo que en el país no hay sino un medio millón de pesos á lo más, y que, según que lo posean los puros ó los conservadores, así es distinta la suerte del partido respectivo.

¿Lo tiene los chinacos? Su suerte se llama Cuevitas, Durango, Guadalajara.

¿Lo guardan los conservadores? El éxito ocurre en seguida con ellos y triunfan en Atenquique, San Joaquín y Ahualulco.

El resorte y el nervio oculto de esta guerra consiste en esto: hay alguien que tiene más, mucho más del medio millón consabido: el clero, y hay que quitárselo de algún modo. Los conservadores aguardan sacar la tajada en forma de pensiones, de capitales impuestos á rédito, de regalitos, de administraciones de conventos de monjas y de otros cien mil arbitrios. Los liberales quieren coger esos dinerales y hacer *jura* con ellos simulando un gran bautizo en que el *volo* sea de muchos millones y de muchos millones también la patulea que lo pida.

El clero, en cambio, no se deja esculcar los bolsillos, y á amigos y enemigos les pone cara fosca cuando tratan de meterle la mano.

Otro día de Noviembre (México).

Como decíamos ayer, la maldita cuestión monetaria acarrea y acarreará cada día mayores dificultades.

Nosotros, que echamos en cara á los puros el no tener una peseta, estamos quizás más tronados que ellos.

Se acaba de recibir aquí noticia de que Márquez ha tomado una conducta que pasó por Guadalajara ó que iba á partir de allí para embarcarse en Manzanillo.

¡Qué triste, y, por desgracia, qué exacta situación la que relata el General *consentido* del venerable clero!

Pinta á sus oficiales privados de sus mezquinos sueldos, con los pies descalzos, vestidos de harapos, sin mantas con que abrigarse en la fuerza de las lluvias, sujetos á un escaso rancho y sin socorro muchos días.

Habla luego del excelentísimo señor general Tapia, que muchas veces ha tenido que mendigar de puerta en puerta el socorro de la guarnición; del Jefe de Hacienda, que ha agotado su ingenio para encontrar recursos; de los jefes de los cuerpos, que han empeñado su crédito particular para conseguir el rancho de su tropa, y que ahora no cuentan con quien les preste medio real.

Ocurrió Márquez al cabildo de Guadalajara; pero le contestó que la Iglesia no defiende sus intereses propios y personales cuando propugna los principios católicos, sino los intereses de Dios... que la sociedad está interesada en

el sostenimiento de la Iglesia, entre otros motivos por el instinto de su propia conservación... que no se puede entregar la plata de la Catedral porque sirve para sostener el decoro del culto que se debe á Dios. Como final de cuentas, una oferta ridícula é inaceptable.

El obispo Espinosa, que está aquí calentándose las meninges para saber cómo se ha de acabar con los chinacos por medio de oraciones, pone otra carta gemidora y tristísima al jefe de la división: ha dado, aunque arrancándoselos de las telas del corazón, una cantidad en tiempo de Blancarte, doce mil y pico de pesos en el mes pasado, diez mil pesos en un préstamo, cincuenta mil de unos bonos y algo que tendrá que entregar en estos días. En resumen, que nada está dispuesto á soltar, si se exceptúan párrafos tan alimentosos como éste:

«Por lo demás, V. E. confía, como debe ser, en la Divina Providencia, que le llenará de bendiciones así como al ejército de su digno mando; esto le ruego á Su Majestad diariamente y deseo le colme de felicidades, repitiéndome de V. E. afectísimo amigo y servidor. Q. B. S. M.

†
Pedro, Obispo de Guadalajara.»

Que diga cualquiera si no se puede mantener un ejército con la moneda espiritual que tan liberalmente reparte el reverendísimo de Guadalajara.

Pero á pesar de las irrefutables razones que asisten al señor Márquez, el General le ha dispuesto que devuelva el dinero de la conducta y ha desaprobado su proceder.

Guadalajara, Noviembre.

Como había ido á México sólo en calidad de *prestado*, me restituí á Guadalajara casi en seguida, pues así me lo había prevenido el General.

El día que llegué, me recibió gran novedad; Márquez, que había regresado del rumbo de Tepic, acababa de presentar su renuncia de la jefatura del primer cuerpo de ejército, y había reunión de los vecinos principales para excitar á don Leonardo á que no insistiera en aquel doloroso paso sí, como parecía, el Presidente estaba dispuesto á no aceptar la renuncia.

Estaban en la posada del general don José Palomar, don Dionisio Rodríguez, el tonista Hilarión Romero Gil, á quien en su tiempo llamaban *El retrato de golilla*, el licenciado Corro y muchísimos sacerdotes y seglares que adoraban en Márquez creyéndole la salvaguardia del orden, el sostén de las garantías, el baluarte de la religión y no sé cuántas necedades más.

Hubo mucho de que «V. E. debe hacer este sacrificio... V. E. está obligado á dejar su tranquilidad por la de este pueblo que tanto le ama... V. E. cuenta con la adhesión

de todos nosotros, que deseamos el exterminio de la inmunda canalla liberalesca...»

Y también lo de «he cumplido con mi deber... he dado un paso atrevido, pero lo volvería á dar si nuevamente se ofreciera... la religión tiene en mí un fuerte apoyo... el Excmo. Sr. Presidente es tan firme y enérgico que no levantará cabeza la hidra de la anarquía... amo tanto á esta ciudad, que de buena gana me vendré á vivir en ella cuando la guerra concluya.»

El doctor don Germán Villalvazo, llamado el *Zorrillo* en la época de sus estudios, es un eclesiástico dúctil, amable, complaciente y discreto. Lisonjeó á don Leonardo llamándole nuevo Simón de Monfort, espada de San Pedro, amor de la iglesia mexicana; pero Márquez estaba inflexible. Unicamente se le conocía la emoción en la palidez que le invadía el rostro, y que contrastaba con la negrura de la barba cerrada; pero ni los ojos, ni la actitud, ni el gesto eran de persona contrariada ó que ha sufrido un desaire.

Por fin se retiró la concurrencia comentando el caso y lamentándose de aquella resolución á raja tabla, y determinó pasar á ver á Miramón, por si acaso era menos inflexible que su lugarteniente; pero, ¡oh, vergüenza! prelados y definidores, doctores y maestros, comerciantes y abogados, reverendas capillas, lustrosos bonetes, sesudas borlas, puntiagudas chisteras, limpias chaquetas y elegantes

pantalones flor de romero con trabillas, tuvieron que volverse por donde habían ido, pues el General se encerró en su cuartodel palacio episcopal resuelto á no oir sandeces.



Yo seguí á aquellos particulares prominentes durante algún trecho, y me reí de los comentarios que hacían por el desaire, pues es de saberse que tres y cuatro veces mandaron pasar recado al Presidente.

Un eclesiástico.alto, guapetón, de fácil locuela; ídolo de las viejas y de los tontos (que son otras viejas vestidas

con pantalones), decía á otro mayor que él y con cara de más finchado y más necio:

— No lo dude, señor Doctor Pacheco Leal...

— Doctor y Maestro, interrumpió el otro.

— No lo dude, señor doctor y Maestro; este desaire á la parte más lucida de la sociedad, tiene que producir malos resultados á este joven vano y lleno de orgullo. Se olvida de lo que dice el Espíritu Santo: *coram cano capite...*

— Sí, señor doctor don José María Cayetano Orozco: eso de quitarnos á nuestro único defensor, en tiempos tan críticos como los que atravesamos, es dar la ganancia á los bribones que con estas cosas no dejarán de insolentarse. Yo he de hablar claro, porque al fin, usted lo sabe bien, hay tiempos de guerra y tiempos de paz—*tempus belli tempus pacis*—y un tiempo de hablar y otro de callar—*tempus tacendi, tempus loquendi.*

— Pero, dijo Romero Gil acercándose al grupo y acomodándose el corbatín de dogal; si no se observa la disciplina, todo andará mal.

— ¿Y qué disciplina hay que valga, gritó el gallardo Orozco plantándose en mitad de la calle y metiendo el dedo entre el alzacullo y la sotana morada; qué disciplina hay que valga ante el sentir de una sociedad cristiana que reclama á un jefe amado y bendecido?

— Y luego, rugió el *bombástico* Pacheco Leal, que la disciplina no consiste en humillar al que ha prestado

buenos servicios, al que ha obtenido buenos triunfos, al que es querido y bienquisto... Yo veo en todo esto, huelo más bien (y al decir esto alzó hacia las gárgolas de las canales del seminario la gorda nariz), yo huelo mucho despecho, mucho enojo, mucha envidia, digámoslo claro... *Tempus tacendi, tempus loquendi...*

Siguieron hablando los tres, parándose de cuando en cuando y haciendo grandes aspavientos con las manos; pero no pude oir más. Yo pensé para mi capote militar:

— Buenos están ustedes, ojalateros, bellacos, enredadores, mochos que gritan religión y fueros en el corral de su casa, y que cuando se trata de dar un real ó de exponer una pulgada de pellejo, se espantan y vociferan como si tuviéramos nosotros la obligación de cuidar á los que se visten por la cabeza, como decía mi inolvidable general Osollos.

Diciembre (principios), Guadalajara.

Escrito está que no sólo en la guerra sino también en la diplomacia he de trabajar.

Al día siguiente que pasaron los acontecimientos que he referido, salí para el sur, madriguera y abrevadero del ejército liberal.

Ejército he dicho, pero he hablado mal. Iban estos bárbaros en verdadera y total confusión, sin cuidarse de

arma, de regimiento, de compañía ni de minucias é insignificancias.

Formaban la retaguardia más de cien hombres heridos y cansados, cuales á pie, cuales en caballos matalotes, cuales envueltos en frazadas, cuales en cueros ó con un ligero taparrabo.

Seguía una docena de caballos de silla que debía de pertenecer á algún jefe, y entretejidas con los animales hasta cincuenta *galletas* con los zagalejos recogidos, los pies desnudos ó calzados con *huarachis,* las manos ocupadas con canastas ó productos de hortaliza y las bocas llenas de blasfemias y atrocidades.

Luego venían, mezclados y en confusión, carros de dos ruedas, burros cargando papeles, soldados á pie y á caballo, una señora, ó que lo parecía, montada en silla vaquera, un cañón con la cureña desvencijada, un guayín con las cortinas corridas, un loro de plumas brillantes cantando el *Santo Dios* desde lo alto de una cama de madera pintada de verde, que oscilaba en una carreta de bueyes, y un atajo de mulas que caminaban despacio, cargadas con grandes cajas de parque, mostrando en las gruperas letreros en paño rojo: *¡Adiós, chulas! ¡Viva Zapotlán!... ¡Soy la del amo!... ¡Hagan hilo, púas!...*

Por fin se encontraba á los jefes, de grandes barbas, chaquetas de cuero, bufandas que les cubrían hasta los ojos, mucha pistola, mucha chivarra y mucho vaquerillo.

Y luego seguían las viejas, los carros, los heridos, las mulas, reproduciéndose el espectáculo por diez ó doce leguas.

Me hormigueaban las manos de deseos de traer conmigo quinientos ó seiscientos hombres del dos para dar una escarmentada á estos mamarrachos, á quienes se figuran en todas partes más temibles que el cólera morbus y más valientes que Roldanes.

Pero cabalmente, entonces menos que nunca, me convenía dar á conocer mi calidad. Iba con pliegos cerrados para el general don Juan Nepomuceno Rocha, alias el *Purero,* jefe del 5.° batallón, y tenía orden de abocarme con él en sitio que sabíamos los dos.

Por medio de un sargento llamado Antonio Quiñones y que figuraba entre los federalistas con el grado de comandante, me avisté en el rancho del Platanar con el general Rocha, llevando cartas del general Márquez y del padre don Gabino Gutiérrez, que había servido de paraninfo en este negocio.

¡Qué rancho aquel del Platanar, metido en lo más agrio de la barranca de su nombre, con jacales quemados, viejas sucias y desgreñadas y muchachos héticos confirmados; qué moscos, qué calor, qué opresión, y sobre todo, qué general tan particular!

Era gordo y viejo, con bigotes que parecían un par de cepillos de limpiar dientes, de tez morena con unas

cuantas manchas de *jiricua* negruzca, de esa que «dende lejos azalea». Traía el pelo cortado á rape y á la hora que conversaba y sobre todo cuando se sentía vacilante y discursivo, se pasaba á contrapelo la mano por la cabeza arrojando sobre el interlocutor una lluvia de tamo blanquizco. Usaba gran sombrero galoneado que sin falta se colocaba sobre las dos piernas abiertas, calzonera de ante y botas de becerro con cañón rojo de badana. Completaban su atavío blusa ó chaqueta blanca de dril, pistolas á la cintura, espuelas en los talones, cuarta en la mano y puro de zapatero en la boca.

Iban los pliegos escritos por una de las caras en que se hablaba de la compra de una casa, de la suerte de un enfermo y de algunos otros negocios; pero llevaban en el interior lo interesante, garrapateado con zumo de limón y otros menjurges que hacían el oficio de tinta simpática, cuya composición se había tomado directamente de los *Juegos de manos ó arte de hacer diabluras.*

Sacó don Juan Nepomuceno unos anteojos con cinta de resorte, se los acomodó en la nariz de tablilla de chocolate, y con grandes titubeos empezó á leer como leen los que no tienen costumbre de ello, es decir, en voz alta, vacilando y frunciendo cejas, narices y boca.

«Estima... mado amigo:... he visto la... ca... carta... que usted escribió al presbítero don Gabino Gutiérrez... Estoy muy contesto... muy contento... de su relosución...

resolución, que lo honra... honra... honrará... siempre, porque en ella se relevan... se revelan sus sentimientos de partiotismo... patiortismo, y sus sanas intenciones en favor de la hunamidad... que tanto ha sufrido con la guerra fartricida... fatricida que desgraciadamente sostenemos hermanos contra hermanos, hijos todos de una patria que nos pide á gritos paz y orden...»

Luego que le hubo salido sin tropiezo la última tirada se enjugó con un pañuelo el sudor que la lectura le había hecho verter, y colocándose los anteojos sobre la frente me dijo:

— Pos de veras dice bien este indino; vale más acabar esta guerra que seguirla siempre así...

Luego siguió: «Le confirmo á usted cuanto le dijo el padre Gutiérrez... Es decir, le dejo á usted en posesión de su impleo, con el mando de su brigada; y además lo nombro perfecto... perfeto... ¡Cómo se me atora esta maldita palabra de perfeuto! dijo el chinacate meneando la cabeza... y comandante... de los distritos de Zapotlán y Sayula, con el carácter de jefe de la línea del sur, para que quede bajo sus órdenes, desde Atenquique hasta Santa Ana Acatlán... Y tan luego usted haga su movimiento, como que ya entonces pertenecerá usted á este cuerpo de ejército, yo cuidaré de ponerle á usted su brigada tan bonita... como están aquí todas las que me pertenecen...»

Le brillaron los ojos de gusto al General, figurándose

que en vez de los soldados sin armas, sin rancho, sin vestido y sin prest; iba á tener oficiales chamarreados de oro y constelados de cruces; pero el señuelo aquel no servía sino para encandilar tontos, puesto que nuestros hombres estaban tres cuartos lo mismo que los liberales.

Luego siguió leyendo otras cartas de su amigazo Gutiérrez, y una de Miramón que le llenó de placer. Parece que Rocha se hacía el interesante y el Cincinato, y quería, una vez realizado el paso á nuestras filas, retirarse á la vida privada.

El Presidente le animaba haciéndole ver que se necesitaba todavía de su concurso para que el país quedara en paz.

«Usted se ha resuelto, decía el jefe, á servir á su patria, y no extrañe que en nombre de ella le exija que no se separe aún de la cosa pública: día vendrá en que los trabajos unidos de los que procuramos el bien de esta nación, nos proporcionen gozar de las dulzuras del hogar doméstico. Un poco más de constancia, mi amigo, y Dios premiará nuestros buenos deseos.»

Quedó el hachero vacilante largo tiempo, y después de rascarse la cabeza y arrojarme á la ropa el polvillo de rigor, me dijo perplejo:

— Haiga cosa, amigo; ¿qué será que cuando leo estas cartas y oigo á mi paisano el padre Gutiérrez, que pinta tan bonitos los negocios, me decido á echar la maroma y



— En fin, ya dí mi palabra

á dar la gran volteada, y cuando me quedo á solas hay un diablito que me dice acá dentro: «no te pronuncies, no dejes comprometida á tu gente, no seas traidor ni mal hombre»?

— Es, señor General, respondí yo, que tiene usted escrúpulos de los que asaltarían á cualquiera; pero no haga usted caso; si en esto hubieran pensado todos nuestros generales, en primer lugar no serían tales generales, y luego, aun siéndolo, no habrían realizado todo lo que han realizado. Por otra parte, esta gente no le tiene á usted toda la consideración que merece, no le trata como debía.

— Esto sí que no, canastos: me tratan como á su niño chiquito... También saben que me necesitan y por eso...

— Pero señor, si alguien no se resuelve á empezar, será cosa de no acabar nunca. ¿Hemos de vivir destrozándonos sin pensar en la patria que agoniza?

— ¡Hum! ¡para lo que ha de agradecer la muy puñalera de la patria! En fin, ya dí mi palabra, y lo hecho, hecho está...

Escribió un papelito y me lo dió juntamente con un abrazo.

— Hasta muy pronto, señor General.

— Hasta dentro de quince días á más tardar.

Y metiéndole talones á mi penco, me alejé del campo liberal.

26 de Diciembre.

Hoy vi llegar á un hombre jadeante, fatigado, lleno de polvo, sobre un caballejo trasijado que daba compasión. Ese sujeto era un correo que traía la noticia de la derrota de los chinacos del sur de Jalisco: no quedó de ellos ni quien lo contara, pues unos por un rumbo y otros por otro, han ido á parar quién sabe á dónde. No valieron allí ni las baladronadas de Rojas, ni la táctica de Valle, ni el espíritu militar de Ogazón (á quien llamán general los licenciados y licenciado los generales); todo acabó y probablemente este es el golpe definitivo. ¡Ya era tiempo!

Siento infinito no haber participado de un triunfo tan hermoso, pues en la última combinación se me dispuso quedara de guarnición en Guadalajara; pero en verdad que tampoco puedo creerme extraño á ese golpe, ya que, en gran parte, merced á mis buenos oficios, se realizó el paso ó, hablando claro, la traición de Rocha. Parece que las tropas de nuestro buen amigo se estuvieron quietas y sin disparar un tiro, mientras las otras fracciones de la división liberalesca se hacían cruces sin saber á qué santo encomendarse ni á quién atribuir aquella inacción inexplicable.

27 de Diciembre.

Hoy tuve una noticia que me dejó helado: caminaba frente á la iglesia de la Soledad, cuando ví venir á un eclesiástico vacilante, con la cabeza descubierta, la mirada vaga, el manteo por el suelo y la sotana desabotonada. Se le habría tomado por un ebrio, salvo su estado y el conocimiento que yo tenía de que el padre don Gabino Gutiérrez era incapaz de achisparse. Pasó el padre sin saludarme; pero de seguro recordó que yo podría participar de su pena, y deshaciendo el camino me dijo:

— ¡Jefecito, cosas horribles; nunca ha de acabar esto! Le han muerto, le han hecho pedazos los indios de Pihuamo. Mire lo que me dicen en esta carta: se le encontró con siete heridas de sable y convertido en picadillo á pedradas; no había quien lo reconociera y sólo por un papel mío que estaba tirado en el suelo, sacaron en limpio su nombre y su grado.

¿Y sabe usted qué carta? Aquella que empieza: «Miramón, á pesar de su triunfo del Bajío y de otro mayor aún que ha obtenido en esta ciudad haciéndose obedecer de Márquez, á pesar de esto, repito, está enamorado de ti; tú eres su muchacha bonita, como verás por la que te acompaño, en la que debes entender que no explayo sus sentimientos porque no pareciera lisonja. A más de lo que te dice en la carta, dijo bastantes cosas de ti, que

te ha de ser muy grato saber... ¿Qué irrisión, verdad?

— ¿Pero quién es el difunto, padre Gabino?

— Rocha, hombre, Juan Rocha, el purero, mi paisano.

— ¿Y quién le mataría?

— ¡Vaya usted á saberlo, alma de Dios! Lo mismo pueden haber sido los de acá por no cumplirle sus ofertas...

— ¡Padre, por Dios!...

— Que los de allá por castigarlo de lo que de seguro llaman su traición.

— ¡Qué atrocidad!

— Eso digo yo, ¡qué atrocidad! pero, en fin, ¡cómo ha de ser! el muerto á la sepultura y el vivo á la travesura. Déjeme ir á hablar con Palomar de lo tocante á la recepción del nuevo Macabeo, que mañana sin falta entra á Guadalajara.

— Ya lo sabía...

— Pero lo que no sabía seguramente es que tenemos preparada una sorpresa de lo fino.

— ¿Sorpresa?

— Sí, hombre, una sorpresita que vale la pena. Figúrese usted que los excelsos cacúmenes de Pantaleón Pacheco, Cayetano Orozco y no sé quién más han compuesto una salmodia que es la viva cajeta. Ya verá, ya verá...

29 de Diciembre.

Acaba de pasar la felicitación al señor Miramón, y aunque no sea cosa que debe preocupar á nadie el motivo que me impidió enterarme de lo que se decía, aquí lo apunto para que se vea que no falta, como dicen, un pelo en la comida, ó sea un importuno que eche á perder los actos más hermosos.

El capitán del Hoyo, mi amigo, iba en mi compañía para enseñarme á todas las niñas guapas que llenaban la iglesia — Lunas, Gallardos, Corcueras, Palomares y demás yacimientos de este espléndido panino — y á todos los politicastros de esta ciudad clerical — Orozcos, Ortices, Martínez Negrete, Mancillas, de la Hoz y otros muchos, cuando el órgano atacó una tonadilla eclesiástica.

Al principio se oyó un balbuceo como el de las beatas cuando empiezan á ganguear una oración; luego se escuchó el resoplar de fuelles y el salir de aire confinado, y al fin vino un cántico en latín, con preguntas y respuestas.

Cabalmente entraba por la puerta de enmedio de la Catedral el propio señor Miramón, hecho un *calabazate* y radiante de gozo.

En ese momento se empinaron sobre las puntas de los pies, para ver pasar al triunfador, todas las niñas de mantilla, todas las mamás de peineta á la María Luisa, todos los señorones de chaqueta y sombrero de copa,

mientras el coro empezaba su gori-gori, que me tradujo el amigo Hoyo, gran latino y estudiante de los mejores.

«Puse mi protección sobre el Poderoso y exalté al elegido de mi pueblo.»

«Encontré á David mi siervo y le ungí con mi óleo santo, porque mi mano le auxiliará.»

«Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo...»

Y el coro repetía:

«Porque mi mano le auxiliará.»

Entre tanto un par de viejas, de cabellos lacios, vestidos color de ala de mosca y de tapalitos de escuadra, habían quedado cerca de mí en el trasiego que se produjo á la entrada del General.

Restablecido el orden, el Preste, con voz de salmodia, dijo con fervor:

«Salva, Señor, á nuestro Presidente.»

Y el coro:

«Que espera en ti, ¡oh, Dios mío!»

Las malditas doñas Siglos siguieron entonces la conversación que de seguro tenían empezada:

— ¡Maldito sea, amén, el Presidente, y en la horca más alta le vea! Cuántas infelices estamos sin maridos, hijos ni deudos por las ambiciones de este malvado!

— ¿Qué me dice, *mialma?* Este condenado acabó con nuestra siembrita en el Tepame, mató todo nuestro ganado y se llevó de leva á toda nuestra peonada.

— ¿Y á mí que me mató á mi marido en Atenquique? Iba el pobre como capitán del don Santos, que Dios confunda, y en la segunda vuelta del caracol dejó la vida.

El Preste rezaba:

«Envíale, Señor, auxilio de lo alto.»

Y el coro:

«Y desde Sion protégelo.

«En nada le ofenderá el enemigo.

«Y el hijo de iniquidad no le dañará.»

— Van los pobres soldados por esos caminos, sin vestidos, sin sueldos, sin comida, al rayo del sol, regando la sangre de sus venas para que este y los demás comediantes se den pisto y se llenen de galones y charreteras.

— No hay ni para pagar la comida de los jefes.

El cántico seguía:

«Haya paz en tu fortaleza.»

«Y abundancia en tus torres.»

Callaron un poco las brujas, y vino luego el *Oremus*.

«Oh, Dios, á quien todo poder y dignidad obsequia rendido, da á este siervo tuyo, Presidente nuestro Miguel, próspero efecto de su dignidad, en la cual siempre te respete y se empeñe siempre en guardarte. Por nuestro Señor Jesucristo, Amén.»

Cuando volví el rostro no estaban ya las mujerucas; pero como si estuvieran, oí una voz que decía:

«Se recibe como representante de Dios á quien viene

cubierto de sangre humana. ¡Qué irrisión! ¡Llamar enviado del Altísimo á quien penetra al santuario después de arruinar familias, de matar hijos y padres, de violar doncellas y destruir propiedades! Si Dios fuera capaz de reirse, ¡cómo se reiría al saber que se toma su nombre para honrar esas espantosas carnicerías!... Y si fuera capaz de llorar, ¡cuán amargamente lloraría al ver tanta desolación y tanta ruina ejecutadas bajo su égida!

«¡Qué ruines, qué miserables y qué indignos deben ser los que titulándose sacerdotes del niño de Belem, del vidente de la montaña, del crucificado del Calvario, del Mesías eterno, salvador de las gentes, no tienen reparo en cubrir con la sombra del Justo sus pasiones bajas, sus instintos perversos, sus pequeños propósitos y sus grandes miserias!»

Algo más siguió remugando la voz aquella; pero aunque no lo oí bien claro, me impidió escuchar completos los plácemes del besamano: «que ese día era de gozo para la patria; que Miramón era un nuevo César, que había llegado, visto y vencido; que era el hombre señalado por el dedo de Dios para humillar y confundir á la demagogia, para conservar la religión de nuestros antepasados y para defender la independencia...»

Pero el cuchicheo aquel no me dejó oirlo todo.

¡Malditas brujas!

Méjico, 1860.

Varios oficiales amigos y yo, deseosos de distraer un rato los ocios forzados del cuartel, nos acantonamos enfrente de la tienda «El Puerto de Liverpool», á averiguar vidas ajenas, á enterarnos de lo que nos interesa y de lo que no nos importa nada, y sobre todo á hablar de política, que es nuestro manjar favorito.



Todos los tertulianos somos gentes de buen humor, chicos entre los veinte y los treinta, ninguno casado aunque algunos unidos conforme á la ley Juárez, es decir, en plena mancebía.

Sólo se distingue en la compaña un viejo *ya mayor*, perfectamente rasurado de barba y bigote, con pantalón de casimir claro, chaqueta azul, mascada amarilla, fieltro alemán con chapetones de plata y botas charoladas. Era memorialista, según dicen, y ahora no tiene oficio conocido; yo le tengo por un buen hombre, temeroso de Dios, cristiano viejo y bien quisto con todo el mundo.

Se llama Francisco González Gordoa, y en tiempo de la maldita chinaca, cuando el buen Comonfort quiso hacer

mesa gallega con toda la riqueza eclesiástica, tuvo la aparente debilidad de denunciar la casa en que vivía y adjudicársela. Pero tan pronto como el señor Zuloaga entró al poder y luego que estuvo asegurado el éxito del plan de Tacubaya, se presentó á la autoridad eclesiástica, demostrando que su intención al denunciar aquellos terrones no había sido — ¡qué había de ser! — robar á la Iglesia, desposeyéndola de lo que es suyo, sino impedir que algunos bribones vinieran y se apoderaran de lo que en concepto de Gordoa no había dejado de pertenecer al santuario; por lo cual y pasado el peligro restituía la finca á su único y verdadero dueño, que lo era el convento de Santo Domingo, si no estoy equivocado.

Con ese rasgo tan cristiano y decente, Gordoa se granjeó la amistad de todos los buenos, y ahora no cesa de visitar y recibir visitas, no de personajillos de segunda talla, sino de los verdaderos directores de la política conservadora. El Padre Miranda, Fray Luis Ogazón y el Ilmo. Sr. obispo Madrid van á su casa ó le reciben en las suyas, de modo que Gordoa está en los ápices de las ocurrencias que pasan.

Todos los días llega el buen Francisco envuelto en una capita rabona que no le llega á los tobillos, escupe en su pañuelo de cuadros azules para tener expeditos los órganos de la palabra, y comienza á hablar de cuanto se sabe. Ayer nos contaba:

— Ustedes, jóvenes, están sujetos á la disciplina; pero deben saber, porque ya no es un secreto para nadie, que el señor Miramón no es el hombre que prefieren nuestros amados prelados. Ayer nada menos me decía el Ilmo. de Tanagra: «Gordoa, no hay que creer que sea oro todo lo que reluce; Miramón ha ganado batallas y obtenido triunfos — triunfos fáciles, batallas sin valer, puesto que eran contra un enemigo ya dado; — pero no por eso hay que confiarse: ahora le llamamos Judas Macabeo; Dios quiera que no lleguemos á llamarle Judas Iscariote.

«Miguel se arrimó á nuestra causa, porque creyó que era fácil lucirse con nuestras excelentes tropas; pero no es un buen conservador, casi diría que no es un católico.

«El otro día, en la misa de gracias que me tocó decir por no sé cuál de sus cacareadas victorias, ví con disgusto que se levantó á la hora del Evangelio y que se estuvo en pie hasta mucho después que tocaron el *sanctus*. En el bautizo de su hijo, que como usted sabe fué en Chapultepec, nos dió á los obispos presentes una onza de oro, lo mismo que á cualquiera de los generalillos que se pavoneaban en la mesa del refresco; y al tomar este, con un desparpajo que todavía me indigna, se atrevió á brindar... por la unión de todos los mexicanos, fueran cuales fueran sus credos político y religioso... De aquí á la tolerancia de cultos hay menos de un paso...

«En cambio existe un caudillo valiente como un Godo-

fredo, piadoso como un San Luis, inflexible como un Simón de Montfort, gallardo y brioso como un San Jorge y leal é impetuoso como un San Miguel — he nombrado al señor general don Leonardo Márquez — y con ese no caben componendas ni arreglitos...

«Los chinacos no le pueden ver ni en pintura; pero cabalmente eso le abona; nosotros le tenemos como nuestra esperanza y estamos seguros de que más tarde ó más temprano ha de acabar por imponerse á este chiquillo caprichoso que, porque ha cogido de las orejas á la fortuna, se le figura que es suyo el mundo.

«Hace dos ó tres meses, estando en *pelícano*, recibimos los capitulares una carta del general Miramón pidiendo que le suministráramos dinero para continuar esa eterna campaña que no lleva traza de acabarse nunca.

«Nos pusimos á discutir y terminamos acordando que, como las propiedades eclesiásticas eran sagradas, no se podía tocarlas sin manifiesto riesgo de incurrir en censuras; únicamente se propondría al Gobierno que tomara dinero en nombre de los canónigos, siendo ellos personalmente responsables de las cantidades que se recaudaran. Me parece que la propuesta no podía ser más equitativa.

«Sin embargo, no le pareció así al Presidente, y al otro día, apersonándose en la Catedral, nos significó que necesitaba medio millón de pesos. ¡Medio millón de pesos! ¡Figúrese usted qué pequeñez pedía el angelito!

«Yo me le puse enfrente y con buenos modos le hice ver que no podía salir semejante suma de las arcas de la Iglesia sin dejarla exhausta; y entonces Miramón, golpeando con su látigo (pues venía en traje de montar) en una mesa de la haceduría, alzó la voz y dijo:

«Basta de fingimientos, señor obispo; la Iglesia posee lo indispensable no sólo para pagar esa pequeñez, sino para salvar la situación y consolidar el Gobierno; que no se queje, pues, si mañana triunfan los puros y Juárez entrega las riquezas eclesiásticas en manos del primero que llegue, ó si los yankees se apoderan del país y acaban con el catolicismo.»

«Vanas amenazas: Juárez no puede triunfar nunca, y si triunfa, no puede atreverse á atentar contra los bienes eclesiásticos, por más que lo haya anunciado así en sus llamadas leyes, que no son sino embolismos: ya se cuidaría de ello, pues equivaldría á provocar una rebelión en que hasta las piedras se alzaran contra él.

«Y cuando todo turbio corra, suponiendo que los americanos vengan y se adueñen de esto, la Iglesia quedará en excelentes condiciones y conservará todo lo suyo. Ahora, si no la despojan los moros la roban los cristianos, porque todos son pobres; los americanos, que son ricos, no tendrán que meterse con ella y no sólo le consentirán conservar lo que tiene, sinó aumentarlo. No sería la peor solución.»

Hoy conocí al ilustrísimo Madrid, de quien tanto me habla el amigo Gordoa. Iba por las calles de San Agustín y Don Juan Manuel, acompañado de una turba de pelados, entre los cuales no faltaban algunas beatas rollizas, guapetonas y de buena estampa. La turba gritaba á voz en cuello vivas á la religión, y el de Tenagra marchaba á paso lento y echando bendiciones, seguido del caudatario, que se enrollaba en el brazo el extremo de la capa.

El *Diario de Avisos* pone en los mismos cielos la elocuencia y ardor evangélico del señor Madrid, al cual llama el nuevo Padre Cádiz, pues días hay en que predica diez ó doce veces. Los meses le salen por doscientos y más sermones, y los años por dos ó tres mil.

Grande, ejemplar y nunca imitado celo que demuestra en el señor Obispo el amor que siente por la casa de Dios; pero ¿por qué no se irá á predicar á Tenagra, que dicen cae en tierra de moros, en vez de estar aquí intrigando contra nuestro General?

México, Marzo 1860.

El mentidero languidece cuando el buen Gordoa no ocurre á él. De cuando en cuando se destierra y luego aparece como llovido del cielo, más circunspecto, más satisfecho, más amante de los buenos principios y más enemigo que nunca de la maldita chinaca. Ganas me dan



Ayer nos leyó unos cuadernitos que trae consigo...

de preguntarle dónde se oculta; pero como es tan reservado y tan atento, y como su peseta es la primera que sale en *El Cazador* cuando se trata de pagar un fosforito ó una cajetilla del Monzón, le dejo que vaya á donde quiera, que al fin no ha de ser á cosa mala.

Ayer nos leyó unos cuadernitos que trae consigo y que son lo más gracioso del mundo. Uno de ellos es en verso, y parece obra del numen picaresco y juguetón de Vicente y José Sebastián Segura. Otro en prosa, y trabajo nada menos que de Aguilar y Marocho.

Vale la pena de poner aquí algunos de los trozos más curiosos.

PIROPOS

No te han de valer tus llantos,
Santos,
Ni el nombre de tu patrón,
Nerón;
Pues has de ser castigado,
Degollado.
Te encuentras excomulgado,
Sangre salpica tu frente,
Eres hombre delicuente,
Santos Nerón Degollado.

¿Qué letras, Vidaurri, temes?
Las *M. M. M.*
Se apellida tu *cancón*
Miramón:
Te seguirá aunque te embarques,
Márquez.
¿Quién te causa alferecía?
Mejía.
¡Desgraciada suerte mía!
Porque á los pueblos conculco,
Zurráronme en Ahualulco,
Miramón, Márquez, Mejía.

VELA EN EL ENTIERRO

Dicen que Juárez gobierna
A los bandidos del día:
Pero yo digo que alterna
Con ellos su señoría.
Se robaron la crujía
El Blanco, el Huerta, el Porfirio (1),
Y él aplaude hasta el delirio
Esa criminal acción:

(1) El General D. Porfirio García de León.

Luego es claro que el bribón
Llevó en el robo su cirio.

Dísticos

Lerdo, codiciando el oro,
Imita audaz á Heliodoro.

Quien con bandidos transige,
Sus compañeros elige.

Quien es constitucionero,
Pierde honor, vida y dinero.

Quien roba el templo, es un loco
O discípulo de Antioco.

Anacreóntica Democrática

Cantar quisiera á Juárez
Las glorias de los puros;
Mas ¡ay! que sólo canta
Mi lira el Ahualulco.

Del príncipe Pomoca
Loara los discursos,

Y de Epitacio y Blanco
Sacrílegos los hurtos.

Del asesino Rojas
Dijera que es un... *Bruto*,
Y que sangrientas sombras
Le van siguiendo el bulto.

Alzara la ley Lerdo
Hasta el Olimpo sumo...
Mas cántale á Vidaurri
Mi lira el Ahualulco.

ROMANCE

Del Tártaro salieron
Las infernales furias,
Y aquestas engendraron
A la familia *pura*.
Con animales mudos
Jamás ella se aduna,
A todos hace guerra,
Con todos vive en pugna.
Es sierpe venenosa
El jefe de las turbas;
Tarántula Vidaurri,

Es tábano Zuazúa,
Vampiro es coronado
Y Blanco y su gentuza;
Tarascas insaciables
De Santos son las chusmas;
Jejenes de juaristas
Con trompas de Sanguja
Asidos á la patria;
Tlalajes de zahurda
Pueblita y Zamorano;
Y, en fin, langosta inmunda
Que todo lo devora
Es la familia *pura.*
Cuando Hércules nos mande
Su clava furibunda,
La tierra purgaremos
De la familia *pura.*

—

Ensaladilla de generales intrusos

Es general suplantado
Degollado.
Del mismo empleo se inviste
Alatriste.

Lugar tiene en el festejo
Trejo.
Lleva también su bandita
Pueblita.
Aumenta la inicua plaga
Arteaga.
Es general por su voto
Soto.
Entra volando en la farsa
Garza.
Y nó se queda en la puerta
Huerta.
Y dijo: ¡Yo no me atranco!
Blanco.
¡Vaya una atrevida gente!
Todos de rondón colaron,
Ejército Permanente.
¿Y esa canalla insolente
Que marcha al robo de prisa,
Profanará la divisa
De tan noble institución?
Si los consientes, nación,
Serás de todos la risa.

Boleros

Un hacha por emblema
Llevan los puros,
Que destrucción indica
De sacros muros.
Pero el Eterno
Hará con ella bajen
Hasta el averno.

Alatriste, recuerda
Llevas la frente
De sangre salpicada,
Sangre inocente:
Y que las tumbas
De los que asesinaste
Piden la tuya.

El cielo en sus venganzas
Suele ser tardo;
Pero al fin el castigo
Sufre el malvado.
Sobre tu cuello
Pendiente está una espada,
¡Hombre perverso!

Una Ala-Triste lleva
Cierto caudillo
Que dar quiere á la patria
Honor y brillo.
¿De qué manera?
Con robos, con matanzas
Y horrible hoguera.

Comparo yo á los puros,
Sin grande pena,
A los zánganos viles
De una colmena;
Pues con descaro,
De la miel se alimentan
Que no labraron.

Pretende el demagogo,
Pueblo inocente,
Que del yankee tú seas
Víctima inerme.
¡No lo consientas!
¡Prefiere antes la muerte
Que las cadenas!

Juárez, capitancillo
De inicua farsa.

Hizo audaz con el yankee
Pacto de alianza.
¡Cuánto me alegro!
Indio que mira al Norte
Se vuelve negro.

— — — — —

VERDADES

Antes que el *puro* se enmiende
¡Mira qué comparación!
Ha de calentar la luna,
Y ha de refrescar el sol.

Querer al *puro* quitar
El robo del pensamiento,
Es escribir en el agua
Y es predicar en desierto.

— — — — —

EL CUERNO DE LA ABUNDANCIA

CANTO ENCOMIÁSTICO DEDICADO Á LA FAMILIA ENFERMA

Si el pueblo desesperado
Gime y llora y se exaspera,
Bajo la infame bandera
Del sacristán Degollado,

Con la mayor arrogancia
Don Santos le dice ufano:
«Tal es para el mexicano
El Cuerno de la abundancia.»

Si el indígena de Ixtlán,
Presidente de sainete,
Al yankee jura y promete
Hacerle nuestro sultán;
Aunque á tan grande distancia
Desde Veracruz nos dice:
«A tu amo, pueblo, bendice
Y al cuerno de la abundancia.»

Si el ínclito Don Melchor,
Ministro de *relaciones,*
De Lane á las instrucciones
Se muestra amigo el mejor;
Cegado por su ignorancia,
Exclama con voz de trueno:
«Lo del Norte sólo es bueno
Y el cuerno de la abundancia.»

PALOMO TAPATÍO

— Palomito, ¿qué haces *ai*
Tan triste y atormentado?

— Esperando una proclama
Del *general* Degollado.

— ¿Para qué quieres, palomo,
Esa hipócrita proclama?
— Es que el *ministro de guerra*
Libertadores nos llama.

— Palomito ¿qué haces *ai*
En tan triste situación?
— Espero que Santos grite:
¡«Viva la federación!»

— ¿Qué quiere decir, palomo,
Eso de federación?
— Que vivan los siete vicios
Y muera la Religión.

Boleros

Si en las filas te encuentras
        Del demagogo,
Abandónalas presto,
        No seas bobo.
        Toma el consejo
De un antiguo patriota
        Honrado y viejo.

De libertad al grito
¿Sabes qué quiere?
Pierdas tu religión,
Tu patria y leyes.
No te alucinen
Con el grito de «¡mueran
Los gachupines!»

El demagogo pide
Ya con descaro
Que México del Norte
Sea vil esclavo.
Pues la creencia
Religiosa, le abruma
Ya la conciencia.

Los que agitan la guerra
Civil, que vemos,
Portarán su cadena
De dobles hierros.
Pues los sajones
Las aplican con gusto
A los traidores (1).

(1) A los pocos días de haberse entronizado el filibustero Walker, en Nicaragua, merced á los auxilios de los demagogos, ahorcó á su ministro de la guerra Salazar, que representaba allí el mismo papel que nuestro *Juaritos* aquí.

Mírense en este espejo
Los puros viles
Que se arrastran al yankee
Como reptiles.
¡Salud, traidores!
Que Satán así premia
Sus servidores.

Cuando el yankee domine
En nuestro suelo,
Convertirán á Juárez
Sin duda, en negro,
Para el chicote
Prepare sus espaldas
El guajolote.

Retrógrados malditos,
Sois muy simplones;
A los que embargan templos
Llamáis ladrones.
¡Y bien! ¿qué exceso
Es robar donde impera
Hoy el *progreso?*

Mientras haya ladrones,
Dicen los puros

Que el triunfo de su causa
Será seguro.
Mas creen que falla,
Cuando falte en sus filas
Esa canalla.

Como estamos en tiempos
De vice-versa,
Lo malo para el puro
Es cosa buena;
Y son bribones
Todos los que critican
A los ladrones.

Para el que no lo crea
Vaya el ejemplo:
Huerta, Porfirio y Blanco,
Roban el templo;
Y á estos gandules
Les confiere *Juaritos*
Bandas azules.

A los que no imitan
A tales héroes,
Las horcas les recetan
Y los cordeles.

Blancarte intrépido,
Tu sombra veneranda
Diga si miento.

Las hordas de Pueblita
Van á Ixtlahuaca,
Burlan á las mujeres,
Queman las casas.
¿Y el puro infame
Reniega de estos hechos?
¡No, los aplaude!

De Bravo las cenizas
¡Quién lo creyera!
Hoy se ven profanadas
Por la *Pantera*.
Hasta su quinta
Generación persigue
La fiera pinta.

Tu ilustre nombre, ¡oh Bravo!
No se consiente,
Donde domina el viejo
Tío Juan Machete.
Bravo Correa
Cayó al golpe asesino
Y también Rea.

LOS HÉROES DE MI PATRIA

No en honra á las marciales
Luchas famosas de la Grecia canto;
Mi patria tiene iguales
Valientes generales,
Y por su gloria yo mi voz levanto.

De Aquiles, un Homero
Dejó la vida prodigiosa escrita;
Sobresalir yo quiero,
Y canto al *patriotero*
En Juárez, Huerta, Santos y Pueblita.

¿Dónde hay hombres más dignos
De ocupar de la historia el vasto campo,
Con indelebles signos
Que los puros benignos
Vidaurri, tata Juan y el buen Ocampo?

— — — — —

EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA GARRA

En una calle de Morelia, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo vivía un empleado de exigua estatura, ojos hundidos y cara de contrición. Una olla de algo más vaca que carnero, torreznos las mas noches, buen chocolate todos los días, ningún ayuno los viernes, y no malas comidas los sábados, consumían las dos partes del sueldo eclesiástico que gozaba, y el resto se consumía en tal ó cual pantalón raído y de astrónomo, unos anteojos azules, y alguna casaca de punto de caramelo con cuello de dalmática. Frisaba en los cuarenta y pico, era de complexión endeble, enjuto de rostro, pero de cabeza asturiana. Quieren decir algunos que desde su nacimiento tuvo decidida vocación por la Iglesia; aunque otros afirman que desde antes (que en esto hay alguna diferencia en los autores que de este caso escriben), aunque por hechos posteriores puede afirmarse que unos y otros tienen razón. Pero esto importa poco á nuestro cuento; basta que en la narración de él no se salga un punto de la verdad.

Es, pues, de saber, que este sobredicho empleado, los

ratos que podía defraudar á su destino (que eran los más) se daba á leer libros de fourieristas y sansimonianos, con tanta afición y gusto, que se olvidó de las cuentas de los diezmos y aun de la administración de su casa, y llegó á tanto su desatino, que una parte del sueldo la empleó en libros que leer, y así llenó su casa de cuantos pudo pillar, y, de todos, ningunos le parecían de más grato solaz é instrucción como los que compuso *Proudhon* y aquellas desconcertadas razones suyas le parecían de perlas, principalmente cuando se encontraba con las altisonantes de: «*la propiedad es el robo, Dios es el mal, los bienes de la tierra á todos nos pertenecen,* y otras del mismo calibre, que le sonaban dulce y amorosamente en las orejas, y le hacían escupir más á menudo, por hacérsele agua la boca, considerando todo el lote que en suerte le había de caber más tarde.

No estaba muy bien puesto con la parte que á su vez le reclamarían otros de la presa que hubiera hecho, porque se imaginaba que por muchas riquezas que abarcara, había de haber muchos pedidores que á su vez le dirían que la propiedad es el robo; pero, con todo, alababa la feliz invención de hacerse rico sin trabajar, y muchas veces le vino el deseo de tomar la pluma para poner al pie de aquellas páginas, que la propiedad sería sagrada luego que estuviera en sus manos; y sin duda lo hiciera y aun se saliera con ello, si otros mayores y continuos pensa-

mientos no se lo estorbaran. Tuvo muchas competencias con los hombres de su partido (que son doctos en la facultad) sobre si era mejor caballero el que roba en camino real, sin invocar bandera alguna, ó si tenía más mérito el que á la sombra de una constitución y un partido, despluma por mayor sin andarse con chiquitas.

En resolución, él se enfrascó tanto con su lectura, que leyendo se le pasaban las noches de claro en claro y los días de turbio en turbio; y así del poco dormir y del mucho leer se le vació la mollera, y vino á perder los pocos escrúpulos que tenía. Llenósele el magín de todo lo que había leído en los libros, así de robos y de falansterios, como de sociedades de mutua beneficencia. Y asentósele de tal modo en el caletre que era verdad toda aquella multitud de desatinos, que de su error no le hubiera sacado ni el mismo San Dimas, si sólo por eso hubiera vuelto al mundo. Así es que vino á dar en el más extraño pensamiento que á cabeza humana pudo ocurrir, y fué que le pareció útil, conveniente y provechoso extender en México las doctrinas comunistas, así para el aumento de su hacienda como para la destrucción de las gentes, y determinó por ende hacerse caballero andante y salir por esos mundos de Dios, haciendo lindezas, buscando aventuras y ejercitándose en la honrosa profesión de hacer todo género de agravios, hasta cobrar imperecedera fama.

Imaginábase el pobre, ya dueño de una inmensa fortuna,

y tal vez, tal vez sentado en un mullido sillón, dictando leyes al país y hecho supremo legislador del reino azteca, y con estos pensamientos, se dió prisa á poner en efecto lo que deseaba. Y lo primero que hizo fué encomendarse á Caco con toda devoción, afilar las uñas y aguzar el entendimiento para que ninguna de las doctrinas que había aprendido fuera á olvidársele á la mejor ocasión. Y hechas tales prevenciones, no quiso aguardar más tiempo, y apretándole la falta que él pensaba que hacía en el mundo su presencia, según eran los agravios que pensaba hacer, los derechos que entuertar, sinrazones que cometer, abusos que aumentar y deudas que no satisfacer; y así burlando la vigilancia de las autoridades, y sin despedirse de los que lo habían hecho gente, una mañana antes del día se armó de sus anteojos, cabalgó sobre un flaco rocín, y formando con un risueño capote una hética maleta, salió al campo con grandísimo contento y alborozo de ver con cuánta facilidad había dado principio á su mal deseo.

Mas apenas había andado los primeros pasos, cuando le asaltó un pensamiento terrible, y tal, que por poco le hiciera dejar la comenzada empresa, y fué que le vino á la memoria, que nunca caballero andante se vió en el mundo sin un leal escudero, y así por no faltar á tan cómoda y acertada usanza, acordó de dirigir sus pasos á la casa de un ranchero muy conocido suyo, hombre codicioso y socarrón, con ribetes de bellaco y de poca sal en

la mollera. Hallólo, y tanto le persuadió y prometió, que el pobre patán determinó de salirse con él y servirle de escudero. Decíale entre otras cosas el insigne caballero, que se dispusiese á ir con él de buena gana, porque tal vez le podía suceder aventura que ganase en quítame allá esas pajas, alguna ínsula y le dejase á él (el ranchero) por gobernador de ella. Con estas y otras razones, Pitacio, que tal era su nombre, dejó su mujer y rancho y se asentó por escudero de su vecino.

Así dispuestas las cosas, echaron á andar por donde á los jacos les vino en voluntad, considerando de rigor que en aquello consistía la .fuerza de las aventuras. Yendo, pues, caminando nuestros flamantes aventureros, le ocurrió á nuestro héroe, que para distinguirse de los de su ralea, y habiendo mudado de estado, debía también cambiar de nombre y ponerse uno que le diera á conocer por todo el mundo. Y revolviendo en su imaginación todos los pomposos y retumbantes nombres que pudo recordar, vino á decidir que en lo de adelante llamaríase *Don Quijote de la Garra*, por cuanto, mediante ella, pensaba subir á la mayor altura, y desarrollarla en pro de sus hambrientos bolsillos. Contento de su invención, y no pudiendo por más tiempo contener dentro del pecho sus proyectos, exclamó lleno de júbilo:

—¡Dichosa edad y siglos dichosos aquellos en que saldrán á luz las famosas hazañás mías, dignas de horro-

rizar al mundo, alegrar pícaros, aumentar ladrones y asustar propietarios hasta la más remota generación! ¡Oh, tú, sabio escritor, quien quiera que seas, á quien ha de tocar la gloria de ser mi cronista, ruégote que no te olvides del jumento escudero mío, que es digno por su desinteresado genio de una eterna remembranza! Y tú, venturoso Pitacio, no te quejarás del olvido de este tu señor, porque si no te señalo salario conocido, por no hallar esta costumbre en ninguno de los libros que he consultado, sí te dejo manos libres ahora que tienes las dos, para que las metas hasta el codo en cuanto se te ponga delante; y cuando menos lo pienses, si la suerte me ha soplado bien, te hallarás premiado con el gobierno de un departamento ó con otra cosa equivalente, y quedarás con título y señoría, amén de buenas talegas que sepas reunir, para comprar después la hacienda de Tecacho y Bellas Fuentes, que magüer que cerril, sabes perfectamente cuánto importa ser hacendado.

—Ya verá su merced, señor Don Quijote, si cuando sea dueño de ese desgobernado gobierno puedo dar lecciones al mismo Lincurbo.

—Licurgo querrás decir, majadero.

—Lo mismo da, señor mío.

. . . .

Puestos amo y escudero en la punta de un recuesto, y viendo el caballero que por el camino que iban, venía

hacia ellos una grande y espesa polvareda, se volvió á Pitacio y le dijo:

—¿Ves aquella polvareda que allí se levanta? Pues toda es causada, mi buen Pitacio, por el invencible ejército de la coalición.

— A esa cuenta, dos deben ser, respondió Pitacio, porque de esta parte contraria se levanta otra polvareda semejante.

Y así era la verdad, porque eran dos ejércitos que iban á embestirse. Tanto era el entusiasmo del caballero de la Garra como el de su escudero; mas éste, que había salido poco de su rancho, rogó á su señor le dijera quiénes componían ambos ejércitos, á lo que aquél condescendió y dijo:

— Ese que ves al frente de todos, caballero sobre un corpulento cíbolo, con el rostro algo pintarrajeado, que parece que aúlla cuando habla, es el valiente Fanfarrón Vidaurri, que desde las más remotas fronteras viene á vengar sus agravios, por no haberle dado en casamiento la apetitosa curul. El traer la cara con rayas de color indica su claro origen: ostenta un escudo de águilas americanas, y en el centro una estrella polar con este lema: *Ella me dirige*. A su derecha camina majestuoso el afamado equilibrista Don Calabazate Dorado, señor de la rica Galicia, que tanto en el tiempo de Su Alteza como en el de su *bajeza*, supo bailar en la cuerda, sin caer: sus armas son

tornasoladas, y su escudo de gala representa un sol medio descubierto, con este lema: *Al sol que nace.* A la izquierda se ve un corpulento personaje, medio doblado por el peso del oro que trae en los bolsillos: es el señor de Fuentes de Plata, quien tanto sirve para ayudar á un golpe de Estado, como para deshacerlo luego; quien tanto se alza en pro de los fueros, como ayuda á destrozarlos. Sus armas son obscuras, lo mismo que sus entrañas, y el escudo que luce tiene una orla de mazorcas, y en el centro una finca rústica de mucha extensión, llamada *Tupátaro,* con este mote: *Con ella seré cristiano, sin ella seré turco.* Y de esta manera fué nombrando otra multitud de campeones de aquel lucido escuadrón, y á todos les dió sus armas, colores, empresas y motes, como que á todos los conocía por sus pelos y señales.

Repentinamente, y tal vez por vía de encantamiento, se oyó á un tiempo el estampido de muchos cañones que dispararon del ejército contrario, y amo y escudero, valientes por demás, se lanzaron en la general refriega, para recoger y compartir los laureles de la gloria; pero fué el caso, que no sabiendo ni uno ni otro gobernar muy bien sus corceles, éstos emprendieron la carrera con tal ímpetu, que antes que el fuego cesara, Don Quijote cataba sus heridas en la capital de Jalisco, y Pitacio contaba sus gloriosos hechos de armas al calor de la lumbre do se confeccionaban las sabrosas tortillas.

Llevando Juárez adelante las burlas que había determinado hacer al mundo, aquella misma tarde dispuso que Pitacio con mucho acompañamiento marchara al lugar que había de ser para él la Insula Barataria, quizá por lo barato en que la adquiría. Diósele por ayo, director y mayordomo, á un tuerto de voz flauteada, bellaco por extremo y con barbas de chivo por añadidura.

Digo, pues, que así como Pitacio vió al tal mayordomo, se le figuró en su rostro el mismo de un antiguo secretario íntimo del destronado Gobernador de Guanajuato, cuyo papel había desempeñado *honrosamente,* y así lo comunicó á su señor, que convino en ello.

Salió Pitacio acompañado de mucha gente, vestido á lo elegante, aunque mucho le estorbaban sus movimientos los pantalones verdes que le habían puesto, el chaleco amarillo y la corbata encarnada con una sortija de plata. Detrás de él, caminaba con su lentejuelado zagalejo y su rebozo de bolita su muy cara mitad, que iba á compartir las dulzuras del gobierno, con un zapato en el pie y el otro en la siniestra mano.

Al despedirse de Juárez le besó la mano, y recibió de rodillas la bendición de su señor, que se la dió con lágrimas, y Pitacio la recibió con pucheritos; pero uno y otro se prometieron la mejor armonía en el reparto de los productos del gobierno, y uno y otro se juraron no dejar á los desdichados vasallos de aquel antiguo carretero elevado

al rango de gobernador, ni un alfiler por lo menos, siempre que éste valiera alguna cosa. Llegado que fué á las puertas de su capital, le salieron á recibir sus muy amados vasallos, armados de ganzúas y de hachas, de barras y de cuchillos, de barajas y botellas, y luego se le llevó entre vivas y algazara al palacio del gobierno, donde con ridículas ceremonias le entregaron las llaves de la ciudad, y le dió el mayordomo á reconocer por señor de vidas y haciendas, no teniendo poder para dar aquéllas, pero sí para recoger éstas. Hízosele saber que para calificar el talento de cada gobernador había la antigua costumbre de que al tomar posesión se le hicieran algunas preguntas que debía resolver incontinenti para alegrarse ó entristecerse con su llegada.

— Pase adelante con sus preguntas, respondió Pitacio, que yo las responderé lo mejor que pudiere, ora se alegre, ora se entristezca el pueblo.

Pues la cuestión es la siguiente:

Disputaban un ladrón
Y un pobre desvalijado,
Sobre si un potro robado
Era del diestro campeón
Ó del que lo había comprado.

Era el alegato igual:
Cada uno daba razones

Y señas del animal.
Se pregunta al general:
¿De quién es?
— ¡Es mío, bribones!

dijo Pitacio temblando de cólera. ¡Valiente dificultad por cierto! como si no entendiésemos aquí de versos y de derechos: al diablo vayan todos aquellos que pusieren en duda todo lo que la federación me ha dado. Siga preguntando, señor mayordomo, que no quiero quebrantar usos, siempre que traigan provecho.

Preguntóle en seguida:

Hay un préstamo forzoso
A los vecinos impuesto,
Y hay un causante moroso
Que á todo pone pretexto.
Tiene casa, tiene hacienda,
Y todo se le ha embargado:
¿Qué hacer?
— Que todo se venda
Y venga á mí lo cobrado,

respondió Pitacio sin vacilar y sin rascarse la cabeza, como lo hacen los de su ralea. Todos los presentes admiraron el talento del nuevo gobernador, y presagiaron

para aquella venturosa Provincia una era de pillaje y de robo; todos vieron que el desarrollo de la única mano que Pitacio tenía, era progresivo, contundente, exorbitante; todos salieron de allí escudriñando lo que más les convendría apropiarse bajo las comunistas leyes y ordenanzas de Pitacio.

Obsequiado así el ceremonial, cuenta la historia que llevaron al nuevo gobernador á un suntuoso palacio, donde en una sala estaba puesta una delicadísima mesa, y así como Pitacio entró en la sala, sonaron unas delicadísimas chirimías y guitarrones de Paracho, saliendo Ten, Zincúnegui, Maciel, Porfirio, Ghilardi y otros patrioteros á darle agua para la mano, que aquél recibió con mucha gravedad, enjugándose después en su no limpio paliacate.

—¡Viva el señor Gobernador, luz, farol, norte y guía de cuantos visten

Anchos coletos y calzones anchos!

exclamaron á un tiempo todos los que formaban el consejo de Pitacio; quien, orgulloso de su programa y radiante de júbilo por tales aplausos, repartía apretones de manos á todos sus admiradores. Uno de ellos, discípulo de las musas, no obstante sus cincuenta y pico de años que esconde bajo las canas teñidas y los dientes postizos, llevado del entusiasmo que le causaba la explícita declaración de Pitacio, se alegró, se sintió inspirado, y

tomando un vaso lleno de *charape,* reclamó la atención y dijo recalcando cada una de sus palabras:

«En noche de tal bureo,
Que enajena el corazón,
Yo brindo con emoción
Por la perla de Coenéo.»

Furiosos aplausos resonaron en toda la sala; este brindis abrió el apetito de los otros hijos de Apolo; así es que el mayordomo de Pitacio, empuñando á su vez un vaso que rebosaba *chinguirito,* recitó con su voz de tiple el siguiente:

«Brindo porque llegue el día
En que Vidaurri severo
Convierta en puro dinero
Los cálices y crujía:
Y también brindo á porfía,
Porque dentro de un brasero
Arda nuestro inmundo clero
Teniendo en medio á Munguía.»

Al tuerto mayordomo siguió un indio de abultado abdomen, cara de mascarón, largas guedejas y disformes anteojos.

«Comamos y bebamos,
Robemos sin piedad,
Que á todo nos convida
La santa libertad.
El manto de la patria
De hoy más nos cubrirá,
Comamos y robemos,
Robemos sin piedad,
Gritando á todo trance
Viva la libertad!»

Pitacio, para no quedarse atrás, y como antes había dicho que también se le entendía algo de poeta, arremetió á un vaso del mismo licor, y dijo:

«Aunque mi talento es vano
Y mi mente es un... embrollo,
Brindo por el desarrollo
De las uñas y la mano.
Y aunque ven soy un borrico
De aparejo, lazo y reata,
Brindo porque no haya plata
En las arcas de algún rico.
De hoy más todo mi talento
Procuraré cultivar
Para saber quebrantar

El séptimo mandamiento.
Desde hoy son mis intenciones,
Para adquirir nombradía,
Robar de noche y de día,
Aun á los mismos ladrones.
Protegeré criminales,
Perdonaré desafueros,
Y de hoy más, los bandoleros
Reirán de los tribunales.
Al que mostrare más bríos
En robar la hacienda ajena,
En lugar de una cadena,
Será jefe de los míos.
Mano libre para todo
En mis dominios tendrá,
Y al erario meterá
La mano, el brazo y el codo.
Robaremos sin piedad,
Sin respetar lo que es santo,
A bien que nos cubre el manto
De la augusta libertad.»

Aquí dió fin el sainete por entonces. Ya se puede figurar el benévolo lector lo que sucedería en aquella ínsula; pero si no se lo figurá, yo no le puedo decir por ahora más, porque el tiempo es corto y el manuscrito se acabó.

Haré investigaciones exquisitas para recoger todas las noticias relativas á este Don Quijote y á su denodado escudero; y si Dios me ayuda, que sí me ayudará, porque siempre lo hace con los buenos, pronto emprenderé mis nuevos trabajos de historiador (1).

CIDE HAMETE BERENGENAS.

México, Mayo de 1860.

En el mentidero conocí en estos días á un francés de buena edad — si puede alguna vez ser buena la edad entre los veinte y los sesenta — de barba lacia y rubia, color quebrado, cabello escaso y bigote castaño claro por la nicotina. Los pantalones los llevaba con grandes rodilleras, los zapatos cenicientos y sin betún, la camisa denunciaba á legua que no había tenido tratos, siquiera ilícitos, con el jabón, desde mucho tiempo hacía, y el sombrero llevaba una capa de grasa muy respetable.

Pero lo que daba color á aquella fisonomía incolora no era el tinte ictérico de la cara del sujeto, ni el cigarrillo que portaba siempre en la mano derecha, ni el junquillo resobado que llevaba en la izquierda; su distintivo consis-

(1) Refiérese á los ameritados liberales D. Santos Degollado y Don Epitacio Huerta. Se reproducen esas páginas como muestra del estado de los ánimos en aquellas épocas de lucha en que se apelaba á todos los medios para denigrar al contrario.—*N. del E.*

tía en el gesto, que quizás dependía de tic nervioso ó quizás de pronunciadísima miopía. Ello es que la impresión era que la piel del rostro le venía chica al gabacho, pues si cerraba la boca tenía que entornar los párpados, si abría la boca había de chupar los carrillos ó de inflar la nariz, y si arrugaba la frente ya estaba abriendo los ojos desmesuradamente; y todo con una priesa, con una movilidad, que hacía el efecto de *vieja Inés ó cardillo.*



Llegaba, pedía una taza de café, se recostaba en la mesilla veteada de negro por las quemaduras de cigarro, sacaba del bolsillo un periódico en francés ó en inglés, y se ponía á leer sin hacer caso de nadie.

Nosotros, muchachos y discutidores por naturaleza, seguíamos con nuestras eternas disputas sin hacer caso del franchute; pero él, luego que se hubo familiarizado

con nosotros (se dan casos de estas intimidades que provienen de mirarse sin que los interesados se hayan hablado nunca), se nos acercó y empezó á trabar conversación con nosotros.

¡Qué lengua de maldito y qué noticias se traía! Hablaba bien el español, se preocupaba mucho de los negocios de México, y detestaba al representante de Francia, Mr. Gabriac.

¿Saben ustedes, nos dijo una tarde, que el Ministro francés ha pedido permiso al Gobierno para extraer sin derechos 150.000 pesos, *parte de su capital?* ¿De dónde ha sacado Gabriac esos dinerales? ¡Quién sabe! En nuestra tierra le conocí y era un hidalgüelo sin fortuna; no es probable, pues, que haya traído nada de Francia.

Percibe anualmente 80.000 francos como sueldo; ese dinero lo gasta en su persona, pues ustedes saben que se da la gran vida; pero suponiendo que no lo invirtiera todo en sus gastos personales y de representación, y que ahorrara la mitad, en cinco años que hace está en el puesto podía haber ahorrado 40,000 pesos, á razón de 8.000 cada año.

¿De dónde han salido 110.000 pesos? El diablo lo sepa, aunque yo me barrunto que eso y lo demás ha venido de liberalidades del Gobierno.

¿Que por qué lo aseguro? Por esta carta — y nos mostró un papelillo azul — que escribe el ilustre Gabriac á

monseñor Garza y que se encontró Degollado en el palacio del arzobispo en Tacubaya.

Evita le den gracias por los cortos *servicios que ha prestado al país y á las santas iglesias de esta provincia eclesiástica en el desempeño de su misión;* frase que debe traducirse de este modo: «He dejado que arruinen las bandas conservadoras y liberales á los franceses pacíficos sin meter siquiera las manos por ellos; he dado á mi Gobierno informes favorables á los reaccionarios, y he dejado de cumplir con mi deber. Eso he hecho por las santas iglesias de esta provincia eclesiástica, y por eso me pagan con tanta largueza.»

¡Oh, *mon Dieu!* y que esto vea y que esto sufra Achille de Sard, redactor de *Le Propagateur Catholique* y persona venida á México nada más que á defender los sagrados intereses de la religión!

¡Buena anda la religión en tales manos! ¡Conque 150.000 pesos es la mayor parte de su capital! ¿pues cuánto será el resto?

¡Y á él le dan tanto dinero porque haga picardías, y á mí, defensor de los sagrados intereses de la Iglesia, no me dan un real, para mi diario *La Esperanza!*

Otro día llegó con cara de mil demonios; el tic ó lo que fuera se le había aumentado, de manera que no le dejaba en paz ningún músculo del rostro; era cosa de cerrar los ojos para que no los cegara tanta movilidad.

Otro negocio, otro negocio estupendo acaba de hacer el Gobierno. El suizo Jecker, que estaba más tronado que arpa vieja, acaba de hacer un contrato con Miramón para suministrarle fondos.

Vean si es agudo el maldito. Le ha ofrecido al presidente tomar bonos conservadores por 15.000.000 de pesos. Los tomadores tienen que ir con él y entregarle 25 pesos para que les dé un papelucho que representa cien.

De esta suma da 10 pesos al Gobierno y se queda con 15, comprometiéndose á pagar el 3 por 100 anual á los tenedores.

Si cumple lo prometido, el primer año entregará 3 pesos á los dueños de los bonos, y se quedará con 12 para seguir mangoneando con ellos.

El segundo entregará 3 pesos más y conservará 9.

El tercero dará 3 y conservará 6.

El cuarto hará entrega de otros 3 pesos.

Y el quinto dará lo que le quede, realizando estos milagros: haber tenido durante cinco años poco menos de catorce millones de pesos, destinados á lo que le dió la gana; haber entregado ese capital en abonos cortos y tener la eventualidad de no pagar nada y alzarse con el santo y la limosna, si, como es probable, cae la administración reaccionaria.

Por último, Mr. de Sard nos asombró la tarde postrera que le vimos: iba pálido, sin alientos, más vertiginoso



— ¿Qué le pasa, *monsiur?* le preguntamos con cariño

que nunca y con un trastabilleo de lengua que ponía espanto.

—¿Qué le pasa, *monsiur?* le preguntamos con cariño.

No nos respondió; introdujo al bolsillo de pecho una mano peluda y tiesa que parecía garra de ave de rapiña, se caló unos anteojos que daban á su mirada el aspecto del sol reflejándose en el agua, sacó un periódico y comenzó así:

«La idea católica decae y muere en todos los países; descuidados é indiferentes, al propio tiempo, de sus promesas y de sus amenazas, los pueblos la abandonan y la desdeñan, como se deja un vestido viejo, como se abandona un navío que ha naufragado.

«Y mientras la idea católica se encuentra aquí desdeñada, allá combatida, en otras partes convertida en objeto de burlas, es un hecho general que en ninguna parte emprenden ningún esfuerzo viril para rescatarla los mismos que la representan más directamente.

«Si los gobiernos son ateos, los obispos y los sacerdotes son indiferentes y creen haberlo hecho todo por una religión que elevó á aquéllos al grado de señores y á éstos al de hombres. En ninguna parte se ven entusiasmo, fuego sagrado y abnegación en las filas católicas.

«El pueblo católico se nos presenta en el universo entero como ese necio de quien nos habla el «*Eclesiastés*», *cerrando sus manos y comiendo sus carnes, y diciendo: Mejor*

es comer tranquilamente el hueco de mi mano que tener ambas manos llenas con el trabajo y la inquietud del espíritu.

«Y mientras que el pensamiento religioso católico desaparece así, en circunstancias tan indignas de su pasado, la idea política que le corresponde parece destinada á morir de la misma manera.

«Así como Dios se va, los reyes se van también. ¿Quién podrá indicarnos hoy un verdadero rey? Napoleón III es el representante armado de la revolución.

«Francisco José, vencido y humillado, se abate hasta un inútil concordato, y ve sus cuatro ó cinco coronas temblar al viento revolucionario.

«Alejandro ha tenido que dar libertad á sus siervos.

«Guillermo de Prusia se ha vuelto loco á los acentos salvajes del *Freilligrath* («Los Muertos á los Vivos»).

«Isabel II no es reina sino por la gracia de la revolución.

«El rey del Piamonte es el humilde vasallo de Mazzini y de Garibaldi, y la revolución lanza de su trono á los soberanos de Florencia, de Módena y de Parma.

«Y el soberano pontífice, el obispo de las tres coronas, ha perdido ya las Romañas y habría perdido hasta Roma sin las bayonetas francesas...

«Mientras la vieja sociedad política y religiosa se hunde de una manera tan miserable, una sociedad juvenil se levanta para reemplazarla.

«Esta sociedad es grosera, feroz, licenciosa, enteramente consagrada á los intereses materiales; pero es fuerte, y sea cual fuere su fe, tiene una fe.

«Fe en la destrucción de lo pasado.

«Fe en la libertad del porvenir y en la emancipación absoluta de todo poder.

«Para la satisfacción de sus odios y el cumplimiento de sus designos, ha abolido la diferencia de las nacionalidades y hasta la de las lenguas. Se ha formado un ejército de los hombres más distintos por su origen y por su naturaleza, pero fieles al mismo juramento militar.

«Evidentemente esta sociedad debe vencer, y en efecto triunfa en todas partes.

. . . .

«Desde que fundamos *La Esperanza,* hemos tenido ocasión de conocer más de una vez que hemos sido engañados, y que nos hemos equivocado sobre los hombres y las cosas de México.

«Una especie de fatalidad pesa sobre las ideas condenadas; ellas desconocen á sus amigos; indiferentes á todo esfuerzo, olvidándose de todo servicio, son apellidadas *conservadoras* cuando apenas pueden conservarse á sí mismas.

«No es ahora el tiempo de los periódicos políticos redactados por escritores católicos.

«Se nos aborrece porque tenemos convicciones absolu-

tas en un siglo en que no se cree más que en el dinero.

«Se nos teme, porque nuestra fe nos pone á cada instante en los labios las palabras de Juan á Herodes: *Non licet.*

«Se nos persigue porque nuestro periódico no es complaciente ni cortesano, y porque en una época de tibieza, de debilidad y de servidumbre, es el último asilo de la libertad, que es la de los hijos de Dios.

«El ilustre redactor del *Universo* indica á sus colegas lo que deben hacer en esta época de persecuciones y debilidades.

«Suspendemos, pues, desde hoy la publicación de *La Esperanza.*

. . . .

«Creemos debido dar á conocer los medios con que fundamos *La Esperanza*, establecimos su imprenta, oficinas y despacho y nuestra pobre casa.

«S. S. Ilustrísima el señor Obispo de Michoacán, ha tenido la bondad de darnos . . . . $ 3.500.

«Pero algunos días después de habérnoslos dado nos invitó á confesarnos deudores de semejante suma hacia el banquero señor Guerra, á favor del cual, por medio de una escritura pública, se estipuló una hipoteca formal de la imprenta por los 3.500 pesos con un interés de 6 por 100.

«S. S. Ilustrísima nos dió después 300 pesos y su garantía por suma igual en papel. . . . . $ 300.»

«S. S. Ilustrísima el Arzobispo de México, *deseando ayudar ampliamente á un buen periódico,* tomó una subscripción que ha pagado con regularidad; es necesario hacerle esta justicia . . . . $ 2.»

«S. S. Ilustrísima el señor Obispo de Guadalajara, habiendo prometido ayudarnos, ni siquiera ha pagado las dos subscripciones que hemos tenido la hora de enviarle. Resta, pues. . . . . $ 2.»

«*La Esperanza* ha recibido la misma muestra de interés por parte de S. S. Ilustrísima el señor Obispo de San Luis Potosí. Resta, pues . . . . $ 2.»

«S. S. Ilustrísima el señor Obispo Madrid, á quien tuvimos la honra de ofrecer *La Esperanza*, respondió que sus recursos no le permitían tomar una subscripción; pero que con mucho gusto la recibiría si se la ofrecíamos como un homenaje. Nosotros creímos deber abstenernos de ello.

«S. S. Ilustrísima el señor Obispo de Linares ha dado por las dos subscripciones que hemos tenido la honra de enviarle . . . . $ 16.»

«La Mitra de Puebla se ha manifestado hacia nosotros tan generosa como los Ilustrísimos señores Obispos de San Luis Potosí y Guadalajara.

«Hemos, pues, vivido dos meses con esa magnificencia, redactando solos un periódico diario, siendo á la vez

el impresor, el corrector, casi hasta el repartidor, y vigilar al propio tiempo el modesto puchero que en la noche debía reparar nuestras fuerzas, y componer invariablemente nuestra comida.

«A todas estas alegrías nuestros lectores tendrán la bondad de añadir el fastidio, los dolores, los embarazos, los ataques, los odios y las persecuciones que nos ha valido *La Esperanza*,. y tendrán un total casi completo de toda nuestra dicha.

«En fin, puede que salgamos debiendo, después de haber gastado de nuestro peculio una cosa como 1.500 pesos.»

México, Mayo de 1860.

Ayer nos desayunamos con la nueva de que había otro Presidente, porque el señor Zuloaga, cansado de vivir nulificado, olvidado y despreciado, había amanecido de buen humor y por sí y ante sí se había declarado mandatario supremo, destituyendo á Miramón, á quien había puesto antes.

Sólo en estos tiempos se ven tamañas cosas.

Hoy dispuso su salida el señor Miramón, y desde muy temprano henchían las calles regimientos y batallones. Las músicas llenaban los aires con notas marciales; las banderas rasgaban el azul del cielo con su simbólica tri-

cromía; los guiones parecían incrustarse, como clavos de fuego, en el horizonte límpido, recortado apenas por otro azul más intenso, el de los volcanes; los uniformes de guardias, guías, coraceros y lanceros; los caballos que relinchaban, las viejas que corrían, llevando el desayuno á sus *juanes*; los *juanes* que descansaban sobre las armas departiendo de batallas ganadas, de sorpresas felices, de enemigos en fuga y de tiros atinados, todo inspiraba placer é infundía deseos de gozar, de esparcirse, de luchar y de vencer.

En esas mañanas comprende el verdadero soldado la hermosura de la lucha, en el campo verde, con una atmósfera espléndida, sintiendo en la espalda el picor de un solecillo primaveral y en el alma el estímulo de blandir el sable y hender un rostro ó dislocar un brazo ó apabullar un cráneo.

Apareció el señor Miramón, brioso y alegre como aquella mañana dulce que se nos metía por los poros tocando diana en nuestros corazones.

Venía en su gran caballo negro cuatralbo que llaman *Lucifer,* seguido de su Estado mayor lleno de bordados y de galones. Le saludaba al pasar la aclamación de sus fieles de Ahualulco, Atenquique y la Estancia, y él contestaba como distraído.

Al llegar á la calle de Medinas, nos detuvimos frente al número cuatro; echaron pie á tierra el Presidente,

Ayestarán, y Robles; Miramón se quedó como buscando con la vista en el grupo de su séquito, y repentinamente noté que se fijaba en mí y me le acerqué con premura.

—Ortiz, suban con nosotros usted y Hoyos.

Yo y el compañero que había sido designado, bajamos de nuestros caballos y nos dispusimos á seguir á S. E.

Miramón subía los escalones de dos en dos, nervioso, excitado, alta la frente, temblorosa la pluma del sombrero, sonando los espolines en las baldosas, teniendo con la mano izquierda el puño del espadín y dejando oscilar la banda azul, de rapacejo de oro.

Al llegar á lo alto de la breve escalera, marchamos derechos al comedor. Nosotros quedamos afuera y sólo los generales entraron; pero pudimos notar un espectáculo que habría sido edificante si no hubiera resultado cómico.

Un señor todavía de buena edad, de cuerpo regular, de nariz regular, de ojos regulares, de frente regular y de conjunto insignificante, estaba al frente de una mesa, cubierto con un saquillo ligero y un gorro griego bordado de sedas de colores y que denunciaba á leguas la manufactura doméstica. Puesto en pie bendecía al Señor por el pan que daba á la familia, por el techo que le proporcionaba, por el sol, por la lluvia, cuando vió entrar á los empenachados, que llegaban tirando tiestos, golpeando pájaros cantadores y echando al suelo el agua y el alpiste de las vasijitas que estaban dentro de las jaulas.



La matrona que presidía el desayuno se levantó asustada: la criada que conducía los chocolates en un azafate de peltre se quedó parada y sin saber qué hacer de su carga; un niño que estaba en una silla alta y sobre unos almohadones, se despeñó de aquella eminencia chillando como un becerro al ver que se llevaban á su papaíto.

Desde el corredor veíamos accionar á los cuatro generales, pues el casero era Zuloaga, y por fin salir á los

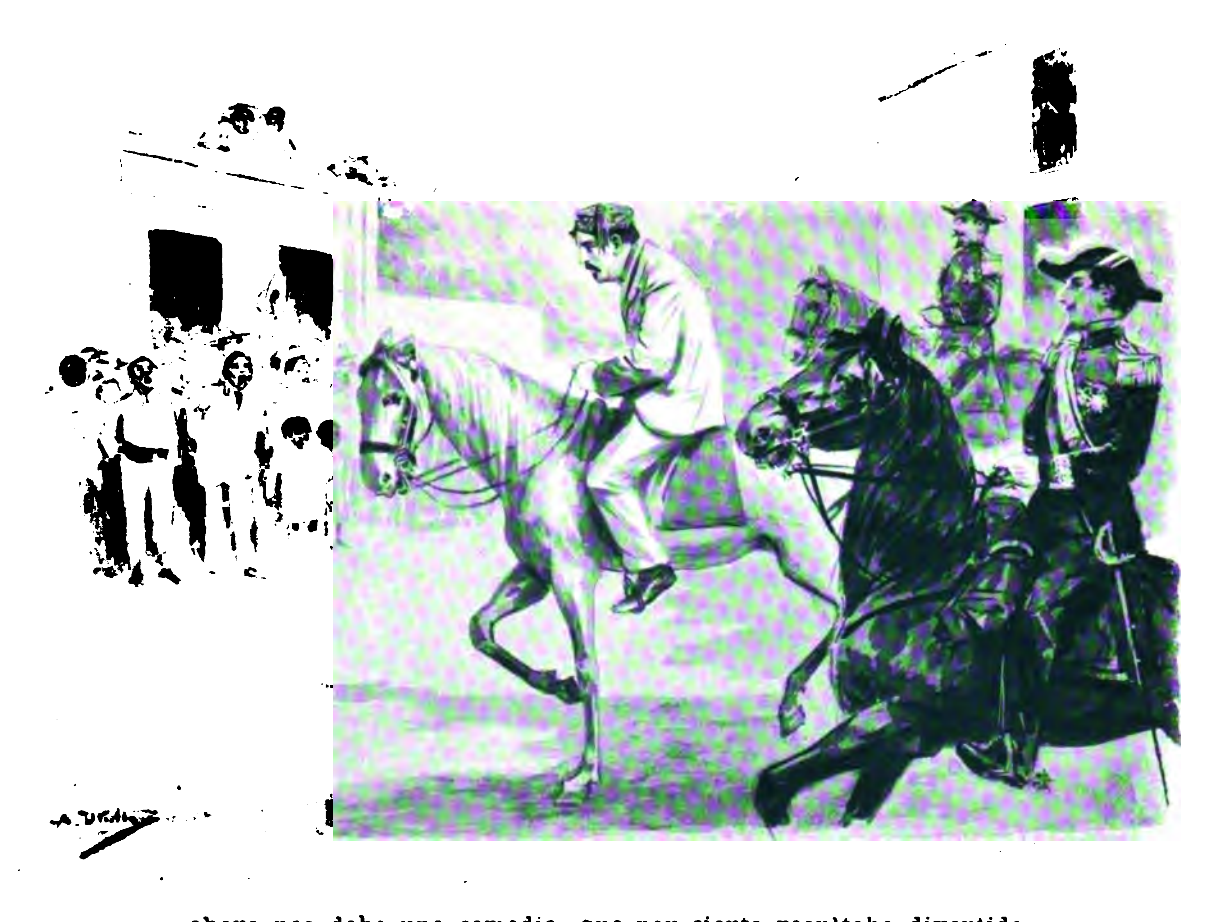
tres que habíamos acompañado llevando á empujones al del gorro bordado, que calzaba zapatillas del más rico cañamazo, con flores verdes y hojas azules, hechas con la chaquira más fina.

Zuloaga manoteaba, se resistía, argumentaba; pero no hubo remedio: le hicieron bajar de mal modo la escalera, le colocaron en la puerta del zaguán y poniéndole frente á un caballejo de mala muerte, le dijo Miramón en voz alta y delante de todo el mundo: «Voy á enseñarle á usted cómo se ganan las presidencias...»

Y Zuloaga, caída la borla del gorro, caído el bigotillo que le cubría el labio superior, caídos los párpados y más caído el ánimo, subió en el matalote, tras de picarle con los talones.

Por donde quiera que pasábamos, la primera impresión era de extrañeza; después era de regocijo y alegría. Miramón nos había dado ya muchas tragedias; ahora nos daba una comedia, que por cierto resultaba divertida y valía por alguno de los otros dramas.

Y cuando las músicas rompieron en himnos, y los tambores asordaron los aires, y los clarines lanzaron su nota aguda y fina como estilete, y los guiones se extendieron en rojas floraciones, y los estandartes mostraron sus águilas relucientes, y dardearon el cielo las espadas, y caracolearon los caballos y la multitud de aceras y balcones aplaudió y gritó vivas, un hombre marchaba, como rey



... ahora nos daba una comedia, que por cierto resultaba divertida...

de burlas, preso, espantado y deseoso de que no le tomaran en cuenta su propósito de ser presidente.

México, Noviembre de 1860.

¡Cuántas cosas ocurridas desde el *rapto de Helena,* como se llamó á la captura de Zuloaga! Los ministros extranjeros declarando que no hay gobierno en México; nuestra estrella opacada; Miramón derrotado en Silao; Guadalajara en poder de la demagogia.

El paso que dispuso hoy el Sr. Miramón, de seguro que obedece á ese afán que dicen tienen los ahogados de patalear á última hora, cuando ya están próximos á sucumbir. El jefe de la policía, Lagarde, llegó hoy á la Legación inglesa, preguntó por el Ministro, se le dijo que estaba fuera y acabó por pedir 600.000 pesos depositados allí... porque no se creía estuvieran seguros si por acaso se acercaba la canalla. El secretario, ó lo que fuera, se resistió diciendo que su jefe ausente guardaba las llaves de las cajas, pero de nada le valió: Lagarde hizo saltar los sellos de la Legación, rompió las cerraduras, tomó la plata y hasta más ver. Claro que no se habla de otra cosa en la ciudad; pero ya me tranquilicé un tanto porque Gordoa, después de oir el parecer del gran obispo de Tenagra, acaba de fallar que esto no es *robo* sino *ocupación.* Sutil es el distingo; pero ello es que no por eso resultan menos robados los británicos...

Otro día.

Acaba de morir el español Rubio, plagiado por Carbajal. ¡Qué horror! Le trajeron de la ceca á la meca, le exigieron un gran rescate, le dieron tormento, y por quítame allá esas pajas, apenas el pobre *gachupín* anunciaba que no se podría juntar la cantidad ó se sabía que se acercaban tropas del Gobierno, se mandaba reunir á los facinerosos, cargar las armas, formar el cuadro y... *preparen, apunten...*

Naturalmente, á causa de tantas desazones, Rubio espichó y los de la uña se quedaron sin jícara y sin miel. Un amigo, contagiado de liberalismo, me dice que el caso tiene fácil explicación. Rubio era agente de Cobos, se entendía con él, invertía sus *utilidades* en negocitos productivos para ambos y á eso se debió la captura; parece que días antes del plagio, Rubio hablaba de emplear 200.000 pesos, sin que se le hubiera conocido antes una peseta.

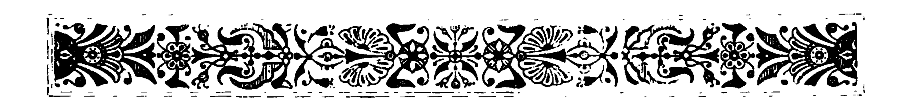
Pero lo triste es que la *chinaca* sólo siga procedimientos nuestros. Días después de la batalla del Platanillo, en que cayó muerto D. Plutarco González, Gobernador del Estado de México, desapareció D. Miguel Buenrostro, diputado muy conocido, sabiéndose á poco que estaba en poder del español Cobos, que exigía una gran suma por soltarle. Fueron y vinieron embajadores; llegaron y volvieron proposiciones, y al fin, de ruego y encargo, se logró que

Cobos disminuyera sus pretensiones, pidiendo sólo diez mil pesos, que los amigos del secuestrado colectaron entre sí y entregaron... al hoy difunto y llorado Rubio...

Algo más hay escrito de mano de Venturita; pero tan disperso, tan ininteligible y tan falto de interés, que no vale la pena de insertarlo. Aquí dan fin, pues, las *Memorias de un mocho.*

Perdonad sus muchas faltas.





TERCERA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

Se describen el pueblo de Tlaxochimaco y su contorno

HAY divergencias entre los autores, y de ellos algunos muy graves, sostienen que el nombre de Tlaxochimaco es nuevo y quizás corrupción de algún otro olvidado ú obscurecido; pero á últimas fechas ha puesto las cosas como un cabello el sapientísimo, diligentísimo y cuidadosísimo historiador licenciado D. Bruno Galicia, probando con textos de monjes y con razonamientos tan delgados y sutiles que valdrían la pena de transcribirse aquí si no fuera por el maldito aquel de la brevedad, que Tlaxochimaco viene de la lengua mexicana, y que significa en la nuestra española tanto como la *florecencia*.

Que haya florecido en aquel lugar, difícil es decirlo, pues el paisaje, en muchas leguas á la redonda, es terroso y ceniciento como una enorme topera vista por el interior. Sólo interrumpen tanta tristeza y monotonía la hilera de olmos centenarios que como verdegueante y movible penacho se parece á distancia, y el río á cuya vera crece la arboleda, hilillo de agua que mísero, raquítico y todo constituye la riqueza de la región.

Tlaxochimaco no tiene escudo de armas, ni ruinas visitadas, ni ha sido nunca capital de Estado, ni cabecera de provincia monástica, ni ha dado varones ilustres á las armas ó á las letras. Su fama única la forman el coraje y el valor de sus hijos, acreditados desde los tiempos de la colonia, y lo agrio y escarpado del terreno en que se asienta el pueblo.

Si hemos de creer á los cronistas franciscanos y jesuitas que de las cosas de la conquista se ocuparon, mi tierra fué siempre famosa por la recia y dura cerviz de sus moradores. El padre Fabriciano Domínguez, al tratar de los orígenes de los tzacatecos, dice que cuando se establecieron en el lugar que definitivamente fué suyo, tuvieron que transigir con los tlaxochimaquenses «que como gentes que eran indómitas y tozudas, les dieron mucho que hacer y les trajeron grandes daños.»

El padre López-Estrada S. J., cuenta muy por menudo el trance en que los de Tlaxochimaco perdieron á su ídolo

y patrono, «por haber muerto á manos de los nuestros más de tres mil indios entre hombres, mujeres, é mochachos, pues es de saberse que entre estos bárbaros también las mujeres, á manera de nuevas amaçonas, pelean hasta



morir, y hacen pelear á sus hijuelos exhortándoles con cantos guerreros y voces en su lengua. Los otros gentiles que defendían los riscos y picachos quedaron como prisioneros nuestros y fueron llevados á tierra de Tezcuco, que como se sabe es plana y á propósito para producir toda suerte de granos; pero estos pecadores tenían tal amor á sus rocas y tanto ansiaban volver á ellas, que todos cuan-

tos no pudieron escaparse, murieron de mal de tristeza con nosotros, entre ellos su jefe, un indio cuyo nombre no se me acuerda y que era la más linda lengua que haya visto nunca.»

En cuanto á lo agrio del terreno, cuanto yo encareciera sería pálido y sin color. Callen los que ponderen á Zacatecas, moderen su entusiasmo los que se espantan de calles guanajuatenses y plazas de Veta Grande, que Tlaxochimaco lleva la ventaja y sobrepuja á todo cuanto se ha inventado é inventará en este ramo.

Quien va por primera vez al pueblo llega á pensar que el equilibrio, la gravedad y hasta el buen régimen del cerebro son mitos y habladurías. Cuando se cree bajar, se sube á un picacho á muchos metros sobre el nivel del mar; cuando se piensa subir, se baja á un cueva que ni la de Montesinos. Tiendas y casas muestran ventanas aéreas, balconcillos que caen á una sima profunda, puertas que debían llevar á la calle y que donde conducen es á un paredón en que se aplastan las narices del ignorante en topografía tlaxochimaquense.

La iglesia principal es de buena fábrica de cal y canto, con cimborrio chato y torre pintarrajeada y llena de labores que la hacen parecer una funda de esas con que se resguardan en las casas de las familias arregladas, las telas de seda ú otras no tan finas.

Además del santuario, en que se venera á Nuestro

Padre Jesús, hay como diez iglesias más entre capillas, ermitas, oratorios y estaciones, puestos bajo el amparo de uno ó varios santos patronos, y encomendado su cuidado á uno ó varios capellanes que no deben llevar vida principesca á estas horas; pero que en los días en que les conocí gozaban de aquellas heredades florecientes y productivas.

La higiene brillaba, como el romano, por su ausencia. Parecía que tantas iglesias y tantos sacerdotes servían sólo para ayudar á bien morir á los pobres vecinos, pues un arroyo que pasaba por en medio del lugar y que conducía todos los detritos hacia el río, el río mismo, que sólo corría en ciertas épocas del año, y los montones de basura que interrumpían el tránsito en las calles, eran parte á mantener el fuego sagrado de las calenturas pútridas, las fiebres intermitentes y otros regalos así.

Que el riachuelo sólo tuviera agua en tiempo de lluvias, era origen de una rara costumbre: los baños se tomaban no más en esa época del año, y en las otras los cuerpos de los tlaxochimaquenses criaban más costras que el globo terráqueo. Las abluciones, conforme al protocolo aceptado, debían ser tres, en nombre del misterio de la beatísima y augustísima Trinidad, y previas grandes santiguadas.

En mi tiempo era Tlaxochimaco la población más quieta y reposada que pueda pensarse. Nadie salía, nadie

entraba, nadie se movía ni siquiera para ir al lugar frontero. «Estátelo con tu nana y no te lo mal impliés», era el evangelio para aquellas gentes sencillas y candorosas.

Los aventureros que habían ido á las bonanzas de Guadalupe y Calvo, y California, se recordaban como si hubieran sido los propios argonautas; en cambio, los fuereños que llegaban tenían que quedarse á vivir para siempre en Tlaxochimaco. Era vieja y común tradición que quien llegaba á beber agua del arroyo de la Zaragata, que queda á la entrada del lugar, ya adquiría título de ciudadanía y derecho de permanecer eternamente en la tierra.

Primero las guerras y luego la paz, cambiaron las cosas. Las guerras, que hicieron salir cogidos de leva é huyendo de ella á muchos que de otro modo habrían envejecido y muerto en el terruño; la paz, que tendió líneas de ferrocarriles, facilitó el transporte, é hizo llegar el husmo de riquezas hasta los puntos más apartados.

Familias nobles ó que se las echaran de serlo, no faltaban en Tlaxochimaco. Amén de la de mi padrino Torres Lares, que tenía el din y el don y de que ya se ha hecho mérito en estas páginas, había la de los pobres mayorazgos de Lara, que apenas tenían lo estrictamente necesario para no caerse muertos de hambre, es decir, una casona con mucho escudo en la portalada, muchos pergaminos dentro de un arca y mucha miseria en todas partes.

Seguían las niñas Celorios de Poblete, cuya ascendencia, al decir del cuadro pintarrajeado que tenían en el testero de su sala de recibir, se remontaba á don Fruela, hermano ó cosa así de don Pelayo, habiendo entre los del linaje nombres que se nos figuran ahora sacados de las



páginas del Romancero: Mendo, Ruy, Lope, Sol, Elvira, Mencía y otros así.

Pero no cabe duda que la famosa ola niveladora había pasado ya por mi pueblo. Si don Crescencio conservaba su carácter de cacique, era porque tenía con qué sustentarlo; pero en cambio de los otros nobles que no contaban con más caudal que sus pergaminos, nadie hacía caso ni consideraba sus pretensiones.

En cambio mi señora doña Sabina, cuyo padre había

sido por luengos años sacristán de la parroquia y conocido con el alias de «Pendoncillo», doña Sabina, digo, era mirada como el último extremo de la discreción, el primor y la elegancia, olvidándose que había acumulado su capital prestando al ocho con dos y desollando á los pobres. Unicamente podía alegar en su abono la habilidad que en otro tiempo había demostrado en los trances de Lucina, merced á la cual destreza había conseguido hacer venir al mundo á muchos robustos ciudadanos.

Otro tanto pasaba con don Francisco Pérez Cano, don Antonio de la Torre, don Manuel de Llona y otros muchos ricachos, de los cuales éste había sido en su tiempo albañil de media cuchara, el otro curtidor, vendedor de jarcia, ó cosa tal...

Entre los honrados vecinos de Tlaxochimaco prosperaban sólo dos ocupaciones: probar y sostener que su pueblo era el primero del mundo, y hablar del prójimo de manera de no dejarle cara en que persignarse.

Tras la interminable serie de aventuras que corrí desde mi salida de la Heroica, hoy perseguido, mañana oculto, el otro día tratado con mimo, pero siempre lleno de fe y de seguridad en que realizaba una empresa útil y patriótica al conducir lo que el señor Juárez había apellidado la *antorcha sagrada,* llegué en mi peregrinación hasta el sur de Jalisco y me presenté al señor Degollado. La herida que había sufrido en Santa Ana Acatlán se me enconaba

más cada día y los físicos aseguraban que un poco de tiempo, cualquier esfuerzo ligero y al hoyo.

Don Santos, que me estimaba, comprendió quizás que el vaticinio de los físicos no tardaría en cumplirse, y queriendo darme alguna tregua, ya que humanamente no podía soportar fatigas, me llamó un día al cuarto del mesón de Techaluta en que vivía.

Acababa de rezar su rosario y de sorber el canjilón de rico soconusco que constituía su regalo, cuando entré á saludarle.

—Mi general, buenos días. Supe que usted me mandaba llamar...

—Hombre, sí; me parece haber oído decir que usted era nativo de Tlaxochimaco.

—En efecto, mi general, allí nací y tengo familia.

—Me parece que usted no está muy católico; ese maldito balazo le ha puesto en calzas prietas, ¡qué diablo! Váyase á su tierra; permanezca unos pocos meses, cúrese y volverá con nosotros *peor que nuevo*.

—Mi general, estimo mucho el cuidado bondadoso que por mi salud se toma usted; pero creería faltar á mi deber si á la hora de esta, en medio de la guerra que asuela al país, fuera á retirarme á cuarteles de invierno. ¿Estoy destinado á morir de esta herida? Pues moriré, que al fin para eso nací; pero moriré al lado de mis compañeros y como bueno.

— No, dijo el jefe meneando la cabeza con energía, no me he explicado; usted puede hacer en un avío dos mandados: descansa, se cura, se repone, y al mismo tiempo está pendiente de los sucesos de todo el rumbo. Mucho me puede servir, y cuando esté listo, vuelve á sus banderas.

— Siendo así, no tengo escrúpulo ninguno.

Desde San Juan de los Lagos avisé mi llegada, y mis hermanas me enviaron avío hasta Villapobre; un grupo de amigos y admiradores (que también tenía admiradores) me recibió en la hacienda de la Tristeza, y desde allí fué engrosándose el convoy, de manera que cuando llegamos á Tlaxochimaco, metíamos más ruido que un ejército en plenas maniobras.

Las mujeres se asomaban á las ventanas, los muchachos suspendían sus juegos en las plazuelas, los hombres se detenían en medio de la calle, y todos decían: «Es Juanito Pérez, que viene al pueblo á ver á su familia.»

Por una costumbre fielmente observada, que obedecía en parte á la curiosidad y en parte á la sencillez, el pueblo todo ocurrió en masa á celebrar mi arribo. Era natural; todos los viejos eran ó se llamaban mis tíos, todos los mancebos de mi edad eran ó se llamaban mis primos, y todos los que tenían menos años que yo eran ó se llamaban mis sobrinos. Los que no entraban en esas categorías se numeraban en las de amigos de mi padre, condiscípulos ó simples conocidos míos.



... el pueblo todo acudió en masa á celebrar mi arribo...

El presidente municipal lo era mi tío don Angel de Luque, hombre de una indigencia intelectual tan grande, que todo su saber en fórmulas sociales se reducía á «¿Cómo está usted? Bien, gracias.» Y luego seguía repantigado en la silla que primero encontraba, sin atreverse á soltar palabra y oyendo. sólo con ademán de espanto las que decían los otros.

No era así don Pedro Ruiz Gómez, el comerciante más rico del pueblo. Cuentan fidedignos autores, que el don Pedro ejerció en sus mocedades un oficio que tiende á convertir á los cerdos en tenores, haciéndolos de paso incapaces de reproducirse en ejemplares de su especie.

Parece que después, merced á su matrimonio con la viuda de don Juan de Rosas, vieja más fea que el golpear á María Santísima y más rica que el galeón de Filipinas, salió de pobre el antiguo castrador de puercos, y que más tarde, por el agio y el contrabando, redondeó sus caudales y llegó á ser el más rico del lugar.

A don Pedro, en sus tiempos de pobreza, le estorbaba lo negro como si fuera espinas que le pincharan los ojos; después se aficionó á la lectura, y pescando aquí un trozo de sermón, allá un editorial de periódico y en la otra parte una frase de conversación fina, había acumulado, como él decía, un léxico verdaderamente rico y pintoresco.

En los primeros tiempos su ciencia se reducía á poca

cosa: *reconozcamos sin apasionamiento, viva quien venza, no hay libertad sin orden, no involucremos las cuestiones, el mundo marcha y quien se oponga será aplastado, abajo caretas*, y otras cosas así, constituían su caudal.

Después, mediante el galeotismo del *Diccionario de la Conversación*, y de la Enciclopedia de Moreri, el hombre se puso insoportable por su sabiduría. Ya empleaba lo del *tonel de las Danaides, la vida es sueño, no se sabe si son galgos ó podencos, vamos á cuentas y no á cuentos*, y algo más.

Cuando le volví á ver en 1856, estaba en la edad de *sans façon, comment ça va, velis nolis, quare causa, coram populo, in illo tempore y amicus Plato sed magis amica veritas.*

En los días de mi llegada se hallaba el hombre ocupado con los antiguos mexicanos—los nahoas, como les llamaba,—y todo era *calpixques, cuauhxicallis, tzompantlis* y no sé qué otros voquibles.

Se fueron retirando de la casa de mi hermana, la mujer de Naranjo, donde me habían alojado, todos los parientes y amigos, y sólo se quedó don Pedro.

—¿Sabe usté, me dijo, que se acaban de descubrir minas muy importantes, aquí como quien dice á nuestras puertas...? Pues sí, señor; parece que se trata de una fortaleza, de una verdadera fortaleza... ¿Y qué se sabe? ¿Es cierto que Degollado ha propuesto á Miramón una suspensión de hostilidades? A mí me parecería muy conveniente, pues la verdad, no juzgo digno ni justo que se

prolongue hasta las *calendas griegas, sine dic* esta guerra intestina que destroza *la parte más floreciente de nuestro rico país*... Porque, *hablemos claros;* la cuestión de principios es aquí incidental, *si se atiende al rápido y enorme menoscabo que sufre la pública riqueza*... Aquí, más que de libertad ó de religión y fueros, necesitamos de colonos hábiles y honrados, de buenos artesanos y de muchas máquinas que hagan prosperar los elementos de esta patria *tan digna de mejor suerte*... Cuando la *mensajera del progreso,* coronada con su *penacho de humo,* corra por las *paralelas de acero,* seremos dichosos, muy dichosos... Yo me inclino á las doctrinas liberales, que vienen de la enseñanza del mártir del Gólgota, de ese hombre insigne que en la cima del monte de la Calavera *selló con su sangre los ideales modernos.* ¿Pero acaso es lo único la libertad? No, no hay que *involucrar las cuestiones* ni que *salirse por la tangente; la línea recta es la más corta que puede trazarse de un punto á otro,* y quien no la sigue caerá al abismo; mire usted á Comonfort, mire usted á Zuloaga; volví la vista y el malvado ya no era... *Digitus Dei est hic*...

Aquí llegaría de su perorata mi elocuente paisano, cuando empecé á sentir que me cerraba los ojos una fuerza invencible; planchas de plomo gravitaban sobre mis párpados y me impedían levantarlos... Al mismo tiempo un letargo poderoso, dulcísimo y acariciador me invadía todo el cuerpo.

Entre los limbos del sueño oí que el maldito organillo decía en tono oratorio: México tuvo reyes legisladores y reyes poetas... tuvo héroes como los de Homero... tuvo artistas... midió el tiempo mejor que los caldeos... levantó pirámides más grandiosas que las de Egipto... sus ciencias y sus artes se las envidian los europeos... es el país que ha producido más plata... sus minas... el barón de Humboldt...

No supe á qué hora se despediría ó si se marcharía sin despedirse el insoportable charlatán; ello es que yo amanecí en mi cama tranquilo y contento, pero teniendo aún en el oído el rumor del moscón que me había dado serenata.

Por supuesto que mis paisanos no se habían descuidado, y al maldito hablador le llamaban con un mote sacado del Padre Ripalda: «don de sabiduría».





CAPÍTULO II

Un cura jacobino

PARECE locura, pero nadie se lo pudo quitar de la cabeza; se empeñó y se empeñó, se le puso como sombrero, y allí tienes á la pobre muchacha metida en lo más agrio de la sierra de Cuauchichila. El rancho se llama la Silleta y es lo más feo, triste y desamparado que hay por ese rumbo.

— Pero don Crescencio, en sus haciendas, podría haber armado una brigada de mozos, y ni quien se le parare enfrente.

— ¿Sus, dices? Si ya no tiene más que Cruces; lo demás está empeñado, hipotecado ó no sé qué. Le debía á la Iglesia miles y quimiles; y prefirió acabar casi con todo por salvar el solar de su padre.

— ¿Y Trini?

— Que no te olvida, y que si tú no la dejas, se ha de



casar contigo... ¿Creerás que le hayan venido con el chisme de que tuviste no sé qué ver con una señora de allá de México, condesa, marquesa ó cosa así? Yo creo que quien le calentó el bocadito fué Nicolás Cuevas, que estuvo aquí por el mes de Enero... Si nunca me pudo entrar el maldito mono de brasero... Pues sí, me le puso tanta cabeza: que tú hacías, que tornabas, que vivías como rey, que ibas á ser esto y lo otro; en fin, que no hablaba más que de ti.

Esto ó poco más hablaríamos mi hermana Manuela y yo, cuando entró, dándome los brazos, el nuevo cura, don Rafael Herrera.

Pluma mejor tajada que la mía humildísima (1) ha descrito con toda la sal del mundo á este personaje, que había substituído en mi pueblo al optimista y pastelero cura anterior.

Era Herrera un mestizo nervioso, de pocas carnes y menos entendimiento. Su flaco, su manía, su debilidad, lo constituía la confesión sacramental. Salvar á las gentes y salvarlas mediante el escucharles sus pecados, y echarles todas las bendiciones imaginables, erà su *títere* constante.

Los rancheros bajaban por millaradas, sonando las calzoneras de bofe y los botones de acero, dando patadas con los zapatones de vaqueta, limpiándose las caras sudorosas con los pañuelos de *holancillo* y se postraban á los pies del bendito Herrera, que les escuchaba sus culpas, á veces tremendas y descomunales, con más priesa que la que demandaría la buena administración del sacramento que lava las almas.

Daba la comunión á las diez de la noche, confesaba mujeres después de la hora que disponen los cánones y no hacía maldito el caso de las censuras de la Iglesia por tener una satisfacción: la de purgar un alma de la fea mancha del pecado.

¿Lo lograba? Díganlo los teólogos; á mí me toca sólo pintar las cosas tal cual eran.

---

(1) La del insigne historiador don Agustín Rivera.

Para dar pábulo á su afán de penitencia, Herrera se metía á los tendejones, y para lograr que los borrachos vaciaran ante él el saco de sus picardías, trincaba con ellos, bebía lo que le ofrecían y hasta solía oir cosas que se parecían poco á confesión.

Confesaba en el sol y en la sombra, de día y de noche, á pie y á caballo; cuando la turba de paganos iba tras él, levantando todo el polvo de los caminos y haciendo todo el ruido imaginable, él iba sentado *pro tribunali* en la silla de su caballo melado, diciendo entre brinco y reparo de la bestia: «¿qué más?» «¿qué otra cosa?», mientras el que desembuchaba iniquidades iba recordando el número de animales que había cogido, la cantidad de adulterios, incestos y horrores de todo género que había perpetrado.

Ya se deja ver que si don Rafael se preocupaba de la salvación de los otros, no ha de haber visto la propia como negocio de poco más ó menos. Le aterraba la muerte súbita, y por más que quien lo sabía ha dicho que para el justo no hay muerte repentina, y que para el pecador todas lo son, él se espantaba á la sola idea de recibir rayo, tiro ó enfermedad violenta que lo imposibilitaran para confesarse menuda y escrupulosamente, como debe hacerlo el cristiano.

Por eso vivía besuqueando los escapularios de todos colores y tamaños que portaba sobre el desnudo pecho,

que por cierto ostentaba una pelambrera que parecía un matorral recién chamúscado.

¿Dónde oyó ó leyó este tipo original las palabras *libertad, igualdad y fraternidad,* que fueron su manía después de la de confesar á las gentes? ¡Quién sabe! ello es que el hombre había encontrado muy de su gusto aquellas cosas y que las traía á cuento en cualquiera oportunidad.

Subía al púlpito antes de la misa, durante la misa ó después de la misa, y esto era disparatar revolviendo á Roma con Santiago, como si hubiera perdido la chaveta.

Estaba entonces en honor aquella literatura apocalíptica y clerofóbica que puso á la moda Pelletan, y la otra que quería unir, como quien nada dice, la religión y la libertad, la revolución y la tradición, lo viejo y lo nuevo. Eran modelo de esa escuela las *Palabras de un creyente*, de Lamennais, del cuál libro existen casi tantas ediciones como periódicos oficiales había en el país.

Herrera, que había leído aquel libro y lo encontraba en maravilloso acuerdo con el Evangelio, lo parafraseaba de modo desastroso.

Veces había que interrumpía la misa, y puesto un pie en la baranda del presbiterio empezaba á gritar con ronco acento:

«Hijo del hombre, ¿á dónde vas?»

Y el hijo del hombre le daba cuenta, con todo el res-

peto debido, de que iba á conquistar el pan para la patulea de hijos que le había tocado en lote.

«Mísera barraca es tu habitación, harapos tu vestido, bazofia que desecharían los lebreles tu comida; y eres el hijo del hombre, el favorito de Dios y la obra de sus manos.»

Y así seguía hasta concluir con:

«Voz que viene del oriente, voz que viene del occidente, voz que viene del septentrión, voz que viene del mediodía, voz que llena todo y que todo inunda, dice: «el hombre sea libre, el hombre viva dichoso, amando á sus semejantes y amado por ellos.»

Era para volverse loco.

El señor cura me llevaba cartas y expresiones de un amigo á quien yo quería mucho, por más que hiciera tiempo que no le veía: Jesús González Ortega.

El *Curro,* como llamábamos á Jesús en el colegio, había subido como la espuma, y era ya general ó estaba próximo á serlo. ¡Merecido se lo tenía!

Después del señor cura llegaron mi señora doña Sabina y sus hijas Lupe, Concha y Lola con sus correspondientes maridos, que eran tres *bocas de palo* sin substancia.

— Ay, señor cura, ¿qué nos cuenta su merced sobre eso que dicen de que el maldito Ortega ha decretado la muerte de todos los sacerdotes? Ese hombre de seguro está tocado, porque de otro modo comprendería que le iba á



— ¡Ay, señor cura! ¿qué nos cuenta su mercé?...

caer fuego del cielo... ¡Matar á los sacerdotes!... ¿Y quién le dice después la misa á su tropa?

—¡Pero no seas tonta, mamá! interrumpió Lupe, morena muy guapa, que se hallaba en camino de buena esperanza. ¿No ves que es protestante y no necesita de sacerdotes?

—La tonta eres tú, hijita; si los protestantes son gentes como nosotros y creen también en Dios; sólo que dicen el rosario por la mañana y la misa por la tarde.

—Pero los padres de sus iglesias tienen mujeres, hijos, levita y sorbete.

—¡Jesús, María y José! pero ¿entonces cómo se atreven á predicar contra los amancebados?

—Contra todo predican, menos cuando la obispa ó curángana está en meses mayores ó menores.

Todas estas necedades las oía el cura repasando las cuentas de su rosario, ó quizás no las oía de ningún modo. De repente, como si le hubieran destapado el tapón que obturaba el chorro, rompió á hablar con gestos y manoteos de epiléptico:

—Sí; mi compadre Jesús González Ortega ha dispuesto que se mate á todos los sacerdotes malos, á todos los sacerdotes insubordinados, á todos los sacerdotes perversos... Yo no voy en eso con mi compadre, porque no creo que haya por qué matar á nadie: todos son capaces de convencerse, y al que no se convence... pues hay que encerrarle.

Pero no; eso sería igualarnos á ellos, á los retrógrados, que creen que no somos racionales... El convencimiento, el convencimiento... Yo le he escrito ya al señor obispo Espinosa... Le he escrito un cuaderno que llamé *Una palabra de paz,* y estoy en espera de que ceda en esta porfía... La libertad, la igualdad y la fraternidad son lo más grande... Cristo fué el primer liberal... Cristo al morir santificó... los dogmas... de su ley... en el Monte Calvario...

Pero al llegar aquí no pudo seguir; se ahogaba, le faltaba el resuello, accionaba como queriendo coger todo el aire respirable y meterlo en su pecho, y al fin rompió en una tos hueca, perruna, sin tregua, que le sacudía como si hubiera sido un vendaval interior que quisiera salírsele por la boca. Sudaba, se agitaba, se hacía aire con la *mascada* y concluía por un horrible espasmo en que no se le oía sino el chillido de los niños enfermos de coqueluche y de cuando en cuando una sílaba: Je... sús... cruz... ter... ni... dad...

Cuando dieron las nueve, cosa que comprobó el señor cura en la enorme cebolleta que traía pendiente de uno de esos asquerosos bejuquillos de pelo que estuvieron en moda cuando Fernando VII gastaba paletó, se fué cada mochuelo á su olivo, pues había que madrugar para oir misa al día siguiente, que era domingo día primero de mes.



CAPITULO III

La aurora boreal

Poco más de un sueño habría dormido, cuando sentí en la ventana golpes tremendos, como si quisieran derribarla. Al mismo tiempo oí gritos y carreras por la calle, y una campana que tocaba con un son extraño y lúgubre, no sé si agonías ó rogativas.

Mi cuñado Naranjo llegó en pernetas, alumbrándose con una velilla de sebo y esgrimiendo con la mano izquierda un sable que debe de haber pesado varias arrobas, según el esfuerzo que hacía para levantarlo aquel jayán, que era membrudo y grandote como un *camichín*.

— De seguro son *tulices;* ya la amolamos; ni quien se figurara que iban á caernos ahora. ¿Tiene armas, Juanito? Si no aquí están mi *yoga*, esta lanza y el trabuco naranjero del mozo... á las alturas...

Pero yo notaba que si parecía ser grande el pánico por fuera, se oían más voces de gentes que pedían misericordia, que gritos de quien pensaba en resistir un ataque ó hacer frente á un enemigo.

Esto reflexionaba, cuando la criada de mi hermana apareció á medio vestir, trayendo en la mano un manojo de fétidas pajuelas de azufre (las cerillas, Dios las diera en aquellos buenos tiempos), y diciéndonos á voz en cuello:

— ¡Ay, señores, por Dios! la iglesia está ardiendo; ¡quién sabe si la *haigan* quemado los malditos *blusas*, que dicen se andaban rodeando!

Me vestí violentamente, y al abrir la puerta me encontré con el espectáculo más extraordinario que hubiera visto en mi vida.

La iglesia ardía, en efecto, pero también ardían las torres y los cimborrios de las capillas que se alcanzaba á mirar á distancia, las paredes del convento de franciscanos, las casas consistoriales, las casas vecinas, nuestra propia casa y hasta nuestras personas.

Todo era de color rojo, lo mismo los rostros, que las gentes, que sus atavíos, lo mismo las piedras de la calle que el embaldosado de las banquetas. Las rejas de las ventanas parecían ascuas que ardían en el hogar de una fragua; el fango de los charcos semejaba sangre; los vidrios parecían dejar salir el reflejo de una hornaza alimentada con inmenso combustible. Llovía; gotas levísimas des-

cendían del cielo y eran como fuego tamizado que ponía espanto en todos los corazones; ante aquel chipi-chipi desconocido, todo el mundo se sorprendía de no sentir que las manos y la cara se le desollaran. ¿Y arriba? Arriba, hacia el norte, se notaba una claridad desusada que ya abarcaba todo el cenit, se extendía al oriente y al occidente y apenas se desvanecía un poco hacia el sur, como si el rojo vivo se bañara en leche. Cuando nos levantamos, la rojez se extendía nada más hacia las siete cabrillas que se miraban como á través



de un crespón de fuego; después subía por todo el cielo.

Ráfagas blancas y movedizas se desprendían del norte y avanzaban hacia el sur; las estrellas aparecían más claras á medida que se alejaban del septentrión.

La villa entera estaba en la calle, suspensa, asustada, llena de horror y de pánico.

— ¡Jesús, Dios mío! gritaba un vecino; ¡el mundo se está acabando!

— Vámonos á quemar con nuestro padre Jesús de Nazareno; ya que arde su santuario, nosotros arderemos con él.

— El malvado Ortega, que acaba de echar á los sacerdotes de sus casas, es quien nos ha traído la cólera divina.

— ¡Bandido! ¡malos piojos se lo coman!

— ¡Ya lo creo! él es el causante de todo; ¿pues no ha derribado conventos é iglesias para abrir una calle que se llamará de la Exclaustración?

— Y otra que se apellidará de la *Reforma.*

— Y otra de la *Desamortización.*

— Y otra de la *Libertad.*

— Pues á mí se me figura, decía un prudente, que esto no es sino el resplandor del incendio que está consumiendo á Zacatecas.

— No hay cuidado, señores, no hay cuidado, gritaba á voz en cuello el sabio don Pedro; este es un fenómeno natural muy hermoso: es la aurora boreal.

— ¿Oyes tú? decía uno de los presentes: es un fenómeno, es como esos puercos que nacen con cuatro cabezas y esos muchachos que sacan seis brazos.

— ¡San Antonio de Guadalupe!

— ¡Virgen de Padua!

— ¡Sagrado Corazón de Esquipulas!

— ¡Madre mía de la Penitenciaría!

— ¡Padre nuestro todopoderoso, criador del cielo y de la tierra... llena eres de gracia... ruega, señora, por nosotros... ahora y en la hora... del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo... A ti suspiramos, gimiendo y llorando... El primero creer que es Dios Padre... Glorifica mi alma al Señor...

Pero había algo que infundía espanto en el ánimo del menos asustadizo: las campanas seguían tañendo sin descansó, como si se hubieran vuelto locas y quisieran convocar á los muertos que reposaban á la vera de ellas. De repente, dominando el desconcierto de los asustados, se oyeron voces que se acercaban poco á poco y que decían:

Dies iræ, dies illa,
Solvet sæculum in favilla.
Teste David cum Sybilla...

Eran los frailes del convento de franciscanos que llegaban en ordenada procesión. Uno de ellos llevaba capa pluvial y leía en un libro con cantoneras de plata, y á su lado iban hasta doce sacerdotes con velas encendidas y entonando el *refrán* de aquel tremendo cántico.

El terror no conoció límites entonces.

— ¡El mundo se acaba! decían todos en el paroxismo del dolor y del miedo.

— Yo te quiero decir, Telesforo, decía la hermosa Lupe dando diente con diente, que tenías razón en tus celos... Este niño no es tuyo sino de...

— ¡Calla, mujer, calla y no digas más! que todo te lo perdono; así nos perdone Dios.

— Acúsome que he engañado á mi marido, decía una voz.

— Acúsome que he sido una mala mujer, gritaba otra.

— Me confieso á Dios de haber faltado á la fidelidad que debía á mi esposa, vociferaba un bárbaro.

— Y yo de haber denunciado una casa del convento...

— Pero, señores, predicaba sin cesar don Pedro, si es un fenómeno natural... raro en estas latitudes, es cierto... pero, natural... Es la corriente eléctrica... la aguja imantada... el polo...

Pero nadie escuchaba á aquel sabio barato, sino á los frailes que cantaban: «Sonará la trompeta esparciendo sonido para que los pecadores comparezcan ante el trono...»

— ¡Misericordia, Señor, misericordia y no me condenes!

— ¡Señor, mira que me duele haberte ofendido!

Y las voces que se alejaban, seguían cantando: «Lloro



—¡Un ladrón! gritó el sabio de mentirijillas...

como un reo; la culpa enrojece mi semblante; perdona, ¡oh Dios! al que te ruega...»

— He faltado á mi marido y me arrepiento...

— No me castigues, Señor, por mis culpas...

— He sido ladrón, fullero y mal hombre.

Y el himno medioeval gritaba en una aspiración suprema: «Me diste la esperanza, tú que absolviste á María y escuchaste al ladrón... Mis oraciones no lo merecen; pero tú eres bueno y no me dejarás perecer en el fuego eterno... Los malvados irán á las llamas; á mí convócame con los elegidos.»

— ¡Pero, señores, decía desgañitándose el enciclopedista, si esto no es nada, si no hay tal lluvia de fuego, si es el efecto natural!...

Pero la voz se le ahogó en la garganta, porque vió como todos vimos que del balcón historiado de su casa bajaba á toda prisa un bulto, un hombre que después de poner el pie en el suelo, echaba á correr como alma que lleva el diablo.

— ¡Un ladrón! gritó el sabio de mentirijillas... Se prevalió de la confusión para meterse á casa y robar la caja...

Cuatro ó cinco emprendimos la carrera tras él; pero yo que llegué el primero, me encontré con que no había tal ladrón: era Vidal López, el marido de Concha, hija de la cacica, que trataba de escurrir el bulto lo mejor que podía...

— ¡Ah, infame! gritó don Pedro, que se presentó echando venablos, ¿qué buscabas por mi casa?... No, no hay tutía; ese es el balcón del cuarto de mi mujer... ¿Qué, ibas con Epitacia la criada? Pero si la Epitacia duerme abajo, en la cochera... Ya nos arreglaremos...

Y volvió al núcleo de espantados, que no se cuidaron de preguntarle una palabra de lo acontecido, á repetir:

— La aurora boreal es un fenómeno muy frecuente en Spitzberg... El siglo pasado tuvieron nuestros abuelos otra quizás más vistosa y nada les pasó, no perdieron pie ni mano... Todo consiste en las corrientes magnéticas...

Poco más había transcurrido cuando notamos que el cielo se empalidecía; que por el oriente aparecían nubecillas que se arrebolaban, no con el matiz de sangre líquida, sino con el rubor dulce y delicado que invade las mejillas de una hermosa al oir frases de amores; y que, por último, el sol, como una moneda reluciente que acaba de salir del baño galvánico, aparecía alumbrando alcores y collados y riéndose de las caras espantadas de los que creían llegaba el *Dies iræ* anunciado juntamente por David y la Sibila.

CAPÍTULO IV

La entrada de Rojas

En principios de Septiembre supimos que Rojas había llegado á Puebloviejo, conocido por su adhesión á la religión sagrada y á los benditos fueros. Excusado es decir que el don Antonio hizo allí de las suyas más que en ninguna parte, y que dejó espantados con sus excesos á los *véteropopulares,* como les llamaba *Don de sabiduría.*

Luego que se tuvo noticia del caso, mi tío don Angel reunió á la parte más florida de la población, á fin de preguntarle qué debía hacer Tlaxochimaco en aquella difícil coyuntura. Todos convinimos en que era mejor recibir de paz al facineroso que entrar en guerra con él, pues no había probabilidades de salir con bien de la aventura.

Luego que se extendió la noticia empezó la alarma y



el trasiego entre la gente: *tápalos* de burato de Ayún y Senquá, con flores vívidas y delicadas, que parecía iban á esparcir aroma y á hermosear, puestas en búcaros, las habitaciones de los ricos; *tápalos* de tres vistas, de gro fuerte como vaqueta; *tápalos* amarillos, verdes, azules, blancos, con enormes rapacejos que les daban aspecto de aves con las alas extendidas; rebozos finísimos que cabían por el hueco de una sortija; sombreros de jipijapa que valían una onza de oro; zarapes impermeables del Saltillo, con águilas que parecían aves de códice; cajitas de laca en que se

guardaban tumbagones y cintillos con piedras ricas; trajes de seda que se transmitían de generación en generación como una hacienda ó una casa; y sobre todo, platos, platones, tazas y cucharillas de plata fina quintada, salieron de todas las casas revueltos en *chiquihuites,* baúles y *petaquillas,* para ocultarse en el curato, en las casas de los ricos ó en las cuevas y pozos de cada habitación.

Tres leguas antes de la entrada á la ciudad estaban apostados los sujetos de más fuste en la jurisdicción, cual en mula, cual á caballo, en un coche contemporáneo del visitador Gálvez, y cual en tartana desvencijada que arrojaba polilla por todos los poros. El señor cura llegó en la estufa de Nuestro Amo, tirada por las mulitas blancas regalo de mi señora doña Sabina.

Se presentó Rojas acompañado de toda su gavilla, que por cierto no pasaba de doscientos desalmados. Todos montaban grandes caballos, relativamente bien atendidos para la faena que llevaban; todos vestían chaquetas de cuero de venado, sombreros de copa baja, chaparreras de cíbolo y armas de agua. En la mano tenían la terrible lanza con bandera ó gallardete, y al cinto, á la espalda, en la ación, en la cabeza de la silla, en las cantinas y pendientes de los *tientos,* pistolas, rifles, sables y otra porción de chismes de matar, que por cierto no permanecían inactivos mucho tiempo.

Rojas era de color blanco, cejijunto, de buenos ojos,

de mirada torva y de cabello negro y abundante. Al padre Herrera y á mí nos recibió de buen talante, y cuando oyó la invitación que le hizo el inocentón del cura para que pasara al coche que le estaba preparado, se rió grandemente.

— No, no, dijo denegando con la cabeza; mire usted que Antonio Rojas ocupando el lugar del Santísimo Sacramento...

Y se quedó como reflexionando un buen rato. Todos los notables rodeaban al capitanejo y celebraban sus chistes, que por cierto no respiraban aticismo ni moralidad; pero ya creían sentir, desgarrándoles las carnes, el puñal que se había esgrimido contra Blancarte, don Felipe Rodríguez, don Manuel Rocha y don José Rubio.

No lo recuerdo bien; pero me parece que hubo algunos disparos de cohetes y morteros cuando entramos al pueblo, y que algunos indios adornaron sus casitas del rumbo de la entrada con ramas y *cempazúchiles*.

Avanzaba la cabalgata por las calles del pueblo, en medio de los repiques de esquilas y campanas, cuando oimos un disparo de rifle y un grito de ¡Viva la religión! Siguieron á ese disparo otros cuatro ó cinco, mientras veíamos caer muertos ó mal heridos á dos de los soldados de Rojas.

La indignación del maldito no tardó en manifestarse ruidosa y tremenda.

— ¡Qué ca...ñones! dijo soltando un taco redondo como una bola. ¡Me *manzanean* para asesinarme! ¡Ahora verán quién es Antonio Rojas!

Y desenvainando la tajante, sin hacer caso de mí ni del cura, se lanzó contra la casa de donde habían salido los tiros.

— ¡Entrenle, negros, éntrenle, que ya se me hace tarde beberles el alma!... A ver, tú, Gallo, vete con ocho muchachos á aquella esquina; tú, Mocho, cógete del garitón; usté, don Apolinar, acérquese con su gente y *rodié* la casa...

Esta era una respetable fábrica de estilo barroco; se le llamaba la *Casa de los Gigantones* por dos de cantera que se aparecían en la fachada sosteniendo no sé qué pajarracos, bandas, morriones y plumeros puestos en un escudo borrado por la acción de la lluvia y de los años. Habitaban allí los señores de Celorio y Poblete, ricachos que por mil setecientos y tantos amarraban los perros con longaniza, pero que poco á poco habían venido á algo peor que la miseria, porque era la escasez con aparato, con escudo en la puerta, y estrado en la saleta.

Eran los Celorios cinco señoras: doña Marta, doña Margarita, doña Antonia y doña Manuela, que hacía mucho tiempo habían pasado *il mezzo del camin di nostra vita*, y doña Guadalupe que á la sazón contaría veinticinco años, casi mi edad, pues me acordaba haberla visto, siendo

niño, pasearse en los corredores de su casa como si hubiera sido persona mayor: quieta, sin enredar ni hacer travesuras. Será una tontería y quizás la memoria me engañe, pero me parece que usaba ó la hacían usar tontillo y cotilla como dama de Lope.

Quien mangoneaba en la casa y llevaba en ella la voz cantante, era mi señora doña Marta, pues los hombres, don Servando y don Martín, eran tan insignificantes y tan opacos, que nada representaban; por eso la familia se conocía por de las niñas Celorios y no de los señores Celorios, como habría sido razón.

Ni don Servando ni don Martín alzaban los ojos del suelo, ni daban opinión sobre nada, ni servían para nada que no fuera ir cada ocho días á su rancho del *Verjel*, como se llamaba una pobre finquilla metida en lo más agrio de la sierra y que tenía tanto de *verjel* como el diablo de santo.

No se extrañó la presencia de los Celorios en la junta de notabilidades del pueblo: representaban tan poco por lo urbano y por lo rústico, que no eran *factores apreciables* en la cotización de riquezas, como decía el bueno de don Pedro. Mas parece que ellos, recatándose de todo el mundo, sobre todo de sus hermanas, empezaron á acumular balas, pólvora y cápsulas y á fabricar *parque* de rifle y granadas de mano.

Con más prisa que la que podía suponerse en dos infe-

lices sin bríos aparentes, los pobres hidalguetes siguieron disparando contra el apretado núcleo que formábamos soldados, vecinos y gentes del pueblo. Una granada que estalló entre el gentío, hiriendo á tres mirones y matando á otro, hizo dispersarse asustados á los que no habían huído por los disparos de mosquete.

La sección Rojas, con celeridad maravillosa, tomó posiciones en las esquinas inmediatas, escaló alturas, se ocultó en los vanos de puertas y ventanas, y comenzó á hacer fuego contra los Celorios.

Poco resistieron éstos, pues su provisión de *parque* era bien corta y no había manera de que la aumentaran.

Cuando quemaron el último cartucho, ya estaban los rojeños posesionados de la casa, donde se habían metido rompiendo á balazos la vieja cerradura cincelada, obra de Pedro Antúnez, y echado abajo la puerta de madera apolillada. Don Martín se volvió *ojo de hormiga*, don Servando estaba en la azotea con el cabello hirsuto, la boca ennegrecida y las manos soflamadas, arrojando un enorme peñasco de los que tenía acumulados, para aplastar á los que subían por la reja llena de calados.

Le habrían muerto los vencedores haciéndole añicos por contera, si no hubiera estado presente el propietario don Antonio, que con aparente calma ordenó que no le mataran.

— No, no; hay que *afusilarle* bien y con todos sus auxi-

lios, dijo esbozando una sonrisa más amarga que el acíbar.

Jamás he visto encolerizarse de modo más terrible que Rojas á hombre ninguno. Tenía las cejas unidas en



una contracción que ya parecía natural de puro ordinaria; los ojos tornados en blanco; el rostro de ordinario apiñonado, se había vuelto ceniciento, y las chapas de color estaban amoratadas como señales de golpes. Las manos que eran bastas, velludas y con uñas largas y sucias, estaban contraídas, y sólo de cuando en cuando se ocupaban de meter los *buches* de camisa que se le salían por el pantalón mal fajado, y los extremos de la bufanda que se le venían á la cara.

Estaba al pie de la escalera, cerca de un poyo de piedra

que sostenía cántaros rojos sentados sobre arena, que rezumaban agua.

Entre tanto las campanas seguían sonando como si las moviera automáticamente algún mecanismo oculto.

— Mira tú, *Delgao*, dí que no toquen más esas campanas, ya *sacan lustre*, y lo que sobre todo me mata es esa esquilita ladina que va á romperme las orejas.

Y siguió retirándose las puntas del embozo, que á mí se me figuraba la cola de una bestia salvaje.

— ¿Y quién repica? A buena fe que será uno de los que me quisieron *amolar* en este pueblo de puñales, diciendo que me iban á recibir de paz...

— Señor, dijo una voz, quien repica es señor don Pedro Ruiz Gómez, comerciante amigo de usted.

— Yo no tengo amigos entre los *sinvergüenzas* moño y remoño; bájenlo y tráiganmelo... No, mejor *afusílenlo* luego, lueguito...

El señor cura, que llegaba en esos momentos, se apersonó ante el gran Rojas, diciéndole meloso:

— Señor coronel; la tropa de usted ha demostrado que en el combate es valiente como ninguna; es menester que ahora pruebe que también es generosa y magnánima á la hora del triunfo.

— Señor cura de todos los demonios, no me venga á mí con generosidades ni *tarugadas*... Le mando que me deje en paz, porque si no también le *trueno*... Sí, bonito

era el hijo de mi madre pa dejar con vida á los *sinvergüenzas* que se le *jueron* encima sobre seguro...

— Usted, señor, replicó Herrera con entereza, podrá mandarme fusilar como dice; pero no podrá impedirme que abogue por la vida de un pobre loco, que no sabe lo que hace.

— Sí, loco, loco; chulo está el loco; á sus *comenencias*, no digo... Y ya que tanto le cuadra confesar, padrecito, váyase á echarles bendiciones á los bandidos, que si no, se van al infierno en pecado mortal...

Salió *espichado* Herrera y don Antonio siguió dando vueltas en la habitación; pero sus paseos eran de fiera enjaulada que recorre su cubículo sin mira fija.

En una de sus vueltas me vió y se dirigió á mí como enojado.

— ¿Y usted qué hace aquí, Peritos?

— Ya le dije, mi coronel, que estoy desempeñando una comisión del señor general Degollado.

— Ah, esto es, una comisión... Bueno...

— ¿Y no sería posible evitar esos fusilamientos?

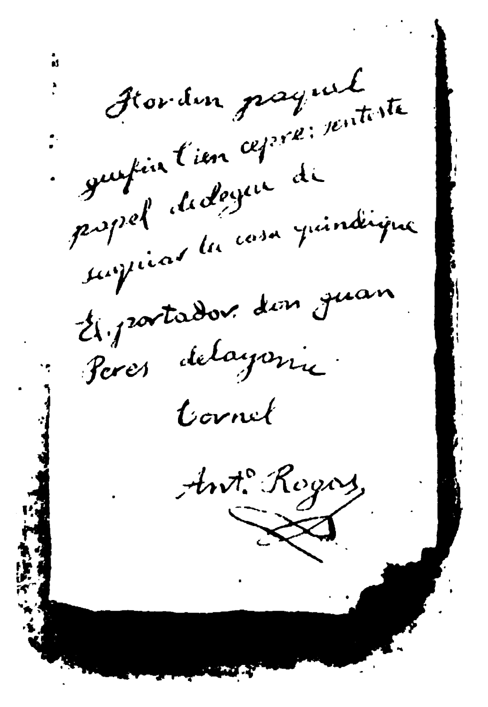
— El del tal Celorio, no; *afigúrese* no más que me ha matado á mi compadre el *Pato,* á otro muchacho colimote que le decíamos la *Tuba,* y á mi secretario Pedro Cos, que me llevaba la pluma y que era un escribano de puritito oro... Pero á ese maldito campanero, sí, que lo dejen... Ya me las arreglaré con él... Mira tú, Barberena, diles á

los que están en la plaza que no *ajusilen* más que al Celorio.

Dió más paseos en la pieza, y al fin vimos venir al mensajero, diciendo:

— *Pos*, mi jefe, ya los dos estaban muertos.

— Buen *joyo* hagan, exclamó Rojas con resignación filosófica; al fin, si su amigo de usté no debía ésta, debería otras... ¡Ah, se me olvidaba, jefecito! les dí á mis muchachos paa que se *devertieran*, unas tres horas de saqueo... Si tiene familia ó casa, vaya á cuidarlas, que yo le daré una ordencita...



Horden paquel
guefia Cien cepre: senteste
papel dedegue de
saquiar la casa quindique
El portador don guan
Peres delayana
Cornel
Antº Rogas

La orden de Rojas decía así:

«Horden paquel guefia Cien cepre; senteste papel dedegue de saquiar la casa quindique El, portador, don guan Peres delayana.

Cornel

Ant.º Rogas.»

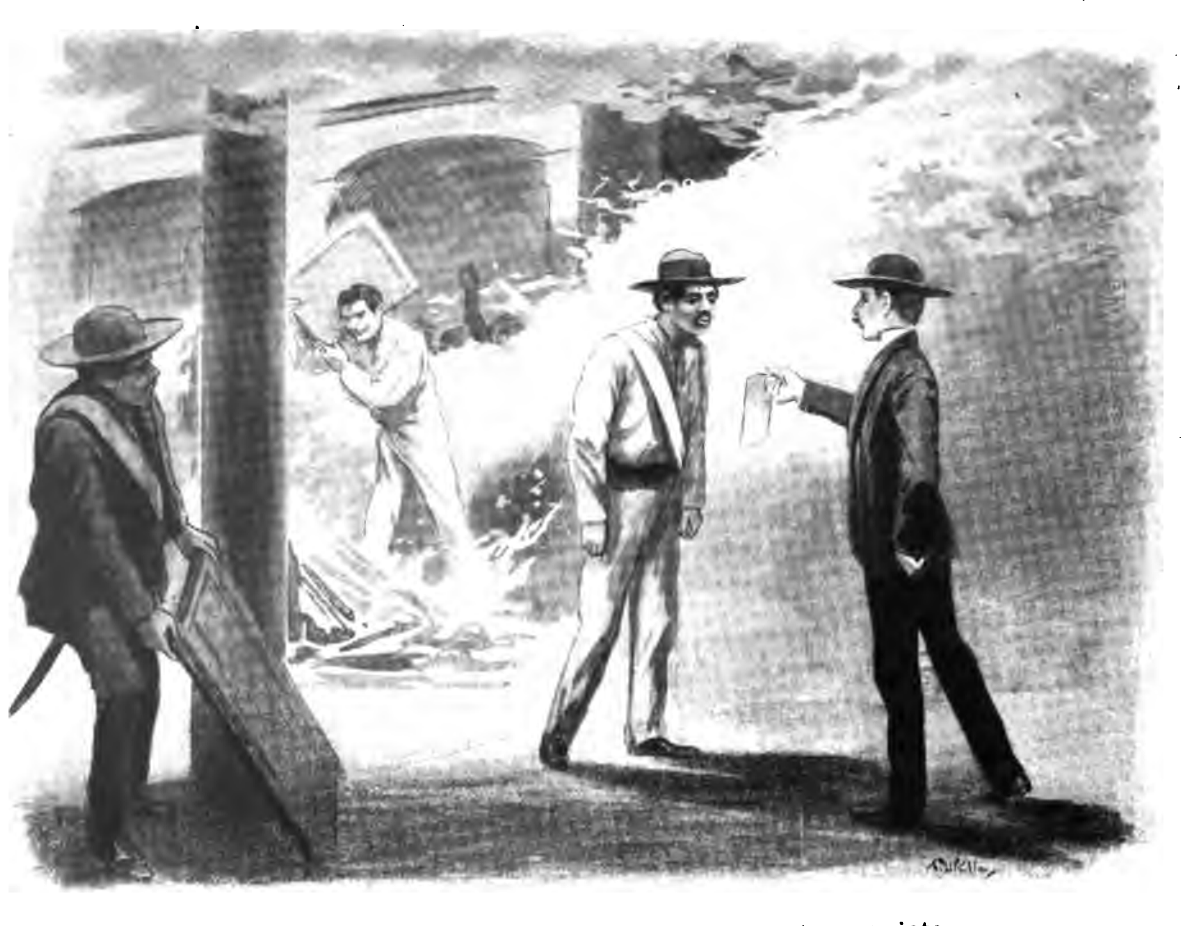
Pensé en ir á mi casa, es decir, á la casa de mi hermana

Manuela; pero recordé que mi excelso cuñado Naranjo era tan hábil, que capaz sería de hacer su amigo al diablo mismo, ya no digamos á su lugarteniente y personero don Antonio Rojas. No había, pues, que temer se llevaran de casa los pocos y pobres muebles que la adornaban, ni que se aficionaran á la carátula de mi hermana Manuela, que no tenía ningún parentesco con la de *la Venus que cinceló Nilo*, como decía mi amigo el malaventurado comerciante.

En cambio, había otra casa indefensa y abandonada que me inspiraba verdadero interés: la casa de los Torres Lares, que podía ser destruída y maltratada sin que nadie se interpusiera; harto tenían que hacer los otros para tener que salir por lo que nada les importaba.

En dos zancadas me puse en el dintel de aquella casa que tenía para mí los recuerdos más dulces de mi vida. Me anunció que la canalla había tomado posesión del inmueble antes que yo, una lengüita de fuego que salía por la ventana en que Trini y yo habíamos hablado por última vez. Ya ardían en el centro del patio baúles vacíos, viejos canapés con patas simulando garras de leones, cajas que al parecer habían contenido ropas ó papeles y sillas paticojas que llegaban trabajosamente, arrastradas por el brazo seglar de los ejecutores.

No se podía saber quién dirigía las cosas en aquella batahola; cada quién obraba por sí, sin dar órdenes ni recibirlas, como si se tratara de acabar de prisa la *labor*.



El jefe dió la orden, y todo el mundo se estuvo quieto...

Con gran trabajo averigüé quién hacía cabeza ó por lo menos tenía el grado superior entre aquellos bribones. Era un mocetón alto, fornido, bien compuesto de rostro y al parecer muy distante de aquel oficio. Le presenté la orden de Rojas, y (caso raro que le regalo á un sociólogo para que demuestre que el gobierno ó algo que se le parezca debe existir aun entre los pillos más desapoderados) al ver el garabato que conocía como firma de Rojas, ordenó cesara la destrucción y que se restituyeran todas las cosas á su primer estado: poco faltó para que besara el papel y lo pusiera sobre su cabeza, como se hacía con las cédulas reales en tiempo del rey mi señor.

Cabalmente un rojeño llegaba á avivar el fuego echando el cuadrote que contenía en extracto la historia de los Torres Lares, desde su origen y florescencia hasta su *menoscabo y vuelco;* otro escondía en la cotona un estuche con alhajas y otro se ponía tranquilamente unas botas de agua que habían pertenecido á mi padrino.

El jefe dió la orden, y todo el mundo se estuvo quieto; pero el del cuadro dijo entre dientes, poco más ó menos:

— *Pos pa* estas gracias, más valía que ni dejaran coger lo que uno quisiera; luego han de venir con papelitos.

— ¿Qué estás rizongando, indino, jijo de la mala vida? ¿Cuánto vas que te doy una cintariza con que se te quite lo hocicón?... El jefe lo manda y ansina se ha de hacer

anque Dios no *quera, cuantimás* tú, pedazo de desgracia.

— Yo nada digo, pero la *verdá* me duele que apenas empiece uno á trabajar y se lo quiten.

— Será lo que don Antonio mande, y tú no te tienes que meter.

Contando con la buena voluntad del mandón apagamos el incendio, recogimos lo que estaba tirado por el suelo, guardamos varios legajos de papeles que tenían en la cubierta la palabra «Importantísimo» y pusimos todo en orden. Lo que habían allegado los honrados ladrones, se lo dejamos, pues como Sancho en Sierra Morena, lo habían adquirido de buena fe.

Notaba que el jefe de los facinerosos no cesaba de mirarme á la cara, como si recordara mi fisonomía y dudara temiendo *pegarse chasco*. Al fin no pudo aguantar y me dijo:

— Dispense, jefe; ¿no es usté un señor oficial que estuvo herido por Cocula hace como dos años?

— El mismo soy, respondí, y tú eres Guadalupe, mozo de don Alonso y mi acompañante en la hacienda.

— El *mesmo* soy, señor, y me alegro de haberlo visto. Mire cómo al fin nos juntó la suerte... Yo, desde que se arruinó la hacienda, porque señor don Alonso *cargó el juicio,* por la *pinsión* de lo de la niña, no vivía ni estaba en paz... Luego se me metió el diablo y me jurté á la muchachona que, dispensándome la buena persona de su mercé,

tenía apalabrada; y como ñor Gregorio, ahora mi suegro, se puso furioso diciendo que me había de matar y que esto y que lo otro, que *jue* y que vino, me encomendé á Dios y zás, lo metí á la *refolufia* á ver qué salía; y ya mira su mercé á esta hora soy *comandante* por favor del jefe.

— Pues somos compañeros, porque yo también soy comandante; pero tú llegarás á general y yo no pasaré de aquí, porque me retiraré á mi casa luego que se acabe la *bola*.

— ¡Ah, qué l'amo! *dialtiro* se burla; ¿pero cómo había de querer ser igual á su mercé, si yo, con perdón de la gente, para ser burro no necesito más que el rebuznido? ¿Qué general voy á ser sin saber siquiera la o por lo redondo?

— Pues general serás, ó no habrá justicia en la tierra.

— *Pos* con licencia de su buena persona nos largamos, que aquí quien sabe si se nos pegue algo en las manos...

Llegaba en esto un mozo llevándome un tazón de chocolate, que había pedido sintiéndome desfalleciente; pero al ver venir el canjilón custodiado por una media docena de bizcochos duros, el general *in fieri* no se pudo contener (como la gata que se volvió señorita, y se precipitó á coger un ratón olvidándose del tontillo y la peluca), y de manos del mozo cogió el vaso de agua clara y la *charola*, y se empeñó en atenderme como en días mejores.

Luego se marcharon los improvisados ocupantes de la

casa, sin que quedaran dentro siquiera los que Guadalupe se empeñaba en dejarme para evitar nuevas agresiones.

El comandante se despidió de mí con todos los rendimientos del mundo, mientras yo repetía lo que el gobernador de la Barataria, al oir que el diablo correo juraba en Dios y en su conciencia: hasta en el infierno debe de haber buena gente.

Nunca me había encontrado tan á mis anchas en la casa de mi padrino. El viejo portero que cuidaba la finca, y que era el mismo á quien había yo conocido siendo estudiante, se retiró á su habitación, y yo me quedé dueño absoluto de todo cuanto pertenecía á los nobles habitantes de aquella mansión.

Primero estaba la sala, con sus muebles de cerda y sus muñecos azules de porcelana; allí miré aquella cajita de música que de muchacho hacía mis delicias, y aquel reloj, ahora parado, que acompañaba el toque de las horas con una sonata que ejecutaban los doce músicos que iban saliendo provistos de sendos instrumentos. Los espejos, que habían reflejado mi imagen de niño medroso y asustadizo, me presentaban ahora la de un tagarote barbudo que se parecía al otro como un huevo á una castaña.

En una de las recámaras estaban el lecho de don Crescencio y doña María Antonia. Era una construcción complicadísima, en que entraban por partes iguales la madera, el latón, el damasco y el terciopelo. En la cabecera tejían

perpetua é inacabable danza dos bandas de pastores con brodequines de raso, sombrero con el ala levantada y sujeta con cintillo, y pastoras de falda de seda y cayado lleno de cintas y flores. Se movían cerca de ríos de leche, sobre flores doradas y bajo árboles azules, rojos y violetas; las ovejitas eran gordas y saludables, como si hubieran sido criadas con trufas y champaña. Allí estaban los retratos de viejos ascendientes de la familia, que antes honraban el salón.

Seguía una recámara pequeña, sin más muebles que una camita de hierro, una mesa de noche y un reclinatorio al pie de una imagen de la Guadalupana.

En un marco dorado, tras un vidrio, estaba un ramito de flores silvestres, ya secas, en que conocí las que había cortado la memorable mañana que salí á espetaperros de la finca de los señores Torres.

Aunque era yo un romántico de los de punta, no bañé con mis lágrimas la cama (el lecho virginal, diría quien se pirrara por las frases consagradas), sino que sencillamente me acosté á dormir en ella soñando cosas placenteras y dulces.

Y al día siguiente, para justificar el nombre que de bandidos y réprobos teníamos los hacheros, me llevé de la casa... ¿un mueble? ¿una alhaja? ¿un documento de los del legajo que decía «Importantísimo»? No, solamente una deliciosa miniatura en cobre que representaba á Trini

tal como de seguro se encontraba entonces, es decir, alta, sonrosada, altivo el continente, brillantes los ojos y recogida la mata de pelo abundoso en un peinado muy lindo.

Salí con mi botín apenas amanecía, dispuesto á pasar en la casa los días que duraran los bárbaros en el pueblo.

¡Qué espectáculo el que me recibió á la salida! La tienda de enfrente estaba abierta de par en par, las puertas quemadas, los cielos rasos rotos y colgando en tiras. La banqueta, el arroyo y todo lo que podía verse en muchas varas á la redonda, estaba lleno de trozos de cristal y loza, tan diminutos, que aunque se hubieran reunido, no se habría logrado averiguar qué había sido vaso, qué plato, qué fuente, qué sopera ó qué salvilla. Estaban también derramados frijol, maíz, granos de sal, pasas, almendras y negro de humo, cubierto todo como máscara hipócrita, con una capa espesa de harina que se pegaba á las suelas de los zapatos.

Todas las casas estaban abiertas, mirándose al través de las rejas baúles vacíos, colchones destripados, tiestos rotos y estiércol de caballerías que habían estado ó estaban todavía atadas á los pilares de los corredores.

Por los balcones de la casa del desgraciado don Pedro Ruiz, se veía la flama de los cirios que alumbraban el cadáver de aquel pobre, inmolado quizás por una equi-

vocación, quizás por un capricho, quizás por una distracción.

Y así seguían viéndose casas abandonadas, tiendas vacías, caras afligidas, gentes que se recataban y apenas se atrevían á hablar en presencia de aquellas cosas.



Por la plaza me encontré al señor cura que volvía con la sotana remangada, el pantalón lleno de barro, el de teja ladeado y la cara de quien no ha probado el sueño.

— Amigo don Juan, ¿dónde se mete que no se le ve para nada? Me ha dejado lidiar solo con esta fiera; y naturalmente, el animal me ha revolcado y en poco estuvo que me matara.

— Señor cura, con malvados como éste no hay gentes ni influencias que valgan. Es una mala vergüenza para usted y para mí, que nos llamamos liberales, soportar el yugo de tal bandido, cuando quien nos lo impone es gente que debería sacudirlo...

—¡Qué horror, amigo! y comenzó Herrera á besar sus escapularios; ¡qué horror! No hay casa que no haya sido saqueada, no hay señora que no haya sido maltratada; las pobres Celorios, que se habían refugiado en mi curato, fueron llamadas por Rojas. Ocurrieron las viejas, las que tienen el apodo de las Chuparrosas, pero las hizo salir más que de prisa... No, á quien él quería ver era á la chica, á Lupe... Le dijeron que no estaba en el pueblo: pero él se *encaprichó* en que sí y que sí; de seguro había tenido soplo el maldito de que no había tal ausencia, y apersonándose en el curato sacó á la pobre niña más muerta que viva... Sin exagerarle, don Juan, parecía una mártir cristiana que iba á que la degollaran las fieras... Estaba blanca como un papel, con los cabellos rubios caídos por la espalda y nos aclamaba á todos con unas palabras tan tristes, tan tristes, que la verdad no podía uno más que dolerse de ella... Yo, haciendo de tripas corazón, me le paré enfrente á Rojas y le dije: «Señor, usted ha matado ya como un perro al jefe de esta desgraciada familia; pero no tiene derecho de quitarles la honra á los que quedan, porque la honra sólo es de Dios...» ¿Y qué piensa que me contestó?... «Señor Herrera, ó señor loco, sépase que ya me cansan sus mojigangas... Si está de humor de decir sermones, váyase á su iglesia y conmigo no se meta; déjeme en paz, porque si no, mando que lo afusilen... Me he comido puercos gordos, *cuantimás*

un costillar... Miren quién se viene escandalizando de Rojas, el tapadera de González Ortega, que le da atolito con el dedo diciéndole que lo va á hacer arzobispo, ó cardenal, ó papa... Lo hará camote...»

«Lleno de cólera y fuera de mis cabales, le respondí entonces: «Lo que el señor Ortega me haya prometido ó dejado de prometer, á usted no le interesa; pero sí puede estar seguro de que el general sabrá lo que aquí ha pasado». «Pues para que usted y él me...» y soltó una blasfemia. La pobre niña salió en brazos de tres de los bribones, uno que le dicen Gallo, otro que le llaman Cigala y otro que le apellidan el Firriche...

Mientras pasaba esto, los demás ladrones se metieron á la iglesia y se sacaron tres cálices, el resplandor y daga de la imagen de Nuestra Señora de los Dolores, un hilo de perlas finas de la misma imagen, una media luna grande de plata de Nuestra Señora del Rosario, un hisopo de plata, cuatro canutos de plata de los ciriales, un rosario de oro de Nuestra Señora de las Angustias, las potencias de oro del Divino Preso y otras muchísimas cosas... De mi casa se sacaron una riqueza en ropa y alhajas. Sólo de doña Sabina se llevaron cinco pares de zarcillos de oro, once cintillos, una pulsera de oro con piedras verdes, un ahogador de oro, un hilo de perlas finas con calabacillas, otros dos mazos de perlas con dos diamantes encasquillados en oro, cinco mil pesos y algo que no recuerdo.

— ¿Sabe, señor cura, que á pesar de ser todo eso tan espantoso, no me quita la fe en la bendita libertad que tanto amamos? Hay una historia que quisiera poder referirle á usted con todos sus detalles. Un gentil hombre florentino, dió en la manía de catequizar á un judío amigo suyo. Aunque éste se rehusó al principio á abrazar la religión cristiana, al fin convino de buen talante en aceptarla luego que hubiera visto á Roma, al Sumo Pontífice y al Colegio de Cardenales... El catequizador se espantó creyendo que no habría manera mejor de evitar la conversión que dejar al neófito hacer lo que quería; pero como no halló manera de impedirlo, lo dejó partir... Cuando volvió el buen hombre, su amigo fué á verle y le preguntó por el éxito de su viaje: «Vengo, le dijo el otro, á recibir el bautismo; he visto las atrocidades que pasan en Roma, y por ellas me he convencido de que la Iglesia católica tiene fundamento divino; pues si no fuera así, de seguro habría acabado mucho tiempo hace con tantos vicios y tantas iniquidades.»

Y así digo yo; algo debe de tener de noble y de santo nuestra causa, cuando á pesar de los crímenes de Rojas y otros que bien bailan, no ha acabado ni se ha desacreditado.

Hizo señales de asentimiento el buen cura, y luego de reflexionar un rato, me dijo:

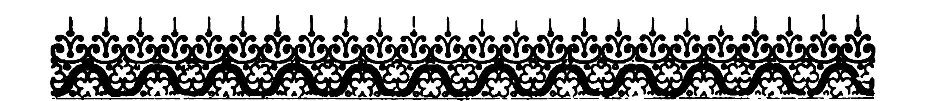
— Lo malo es que los malditos se llevaron á Hilaria,

la hija de Cecilio el rebocero; á las dos muchachas de tía Marcelina; á la nieta de don Amador y á la mujer de Norberto el músico... bien que á esa, antes de que se la llevaran los rojeños, se la había llevado el diablo, pues ya usted sabe que tenía hechos cien mil escándalos.

— Pero, señor cura, me admira que usted se espante de esas cosas, cuando en pleno púlpito recordó el rapto de las Sabinas, y, hablando más á lo divino, á las doncellas extranjeras que los israelitas tomaban para su servicio á condición de raerles el pelo, cortarles las uñas y hacerles no sé qué otras ceremonias... ¿Ó lo que es lícito á los soldados de Ortega, no lo es á los de Rojas?

— Sí, sí, no cabe duda que algo de eso se necesita; pero aquella es otra gente.





CAPÍTULO V

Comienza el viacrucis

Como á las nueve de la mañana me hallé á Rojas con cara de fiesta. Alguien se ocupaba de contar y listar en su presencia todos los primores robados á la iglesia y á los particulares. El botín de Tlaxochimaco se unía al conseguido en muchos otros pueblos, é iba á ser encerrado en unas grandes cajas que acompañaban siempre al jefe. Había allí patenas, rosarios, zarcillos, prendedores, vestidos de gro, casullas bordadas del siglo XV y mil riquezas seculares y eclesiásticas.

— Mire, me dijo, ¡qué *guardotas* y qué *imbutidos!* Y me enseñaba unas espléndidas albas de punto de Brujas, regalo de algún rey de España á cualquier catedral americana; se los voy á dar á Juana la *loba,* mi querida, *pa* que se haga unas *naguas*... Y mire ese trapo bordado (por

un estandarte de labor toledana); yo me *afiguro* que sirve *pa* ribete de un sombrero; digo, quitándole los borregos que les dicen *anusdei* y las caras de santo... ¿Sabe que me estaban dando ganas de llevarme á la *refolufia* á la marquesita ó cardenala ó no sé qué será que me presentaron ayer? Pero es tan chillona y tan escandalosa, que aquí se las dejo... Aunque la *verdá,* es guapa... Sí, lo que sea se ha de decir; como guapa, es guapa...

Y *al propósito,* don Juanito, aquí se le queda á don Agapito Gómez *pa* que cuide el pueblo; es buen jefe, aunque algo *alocao* él; pero cuando no está en su luna, se lo garantizo... Cúidemelo mucho, y á la cosa más mínima, avíseme... Yo le digo todo al señor don Pedro Ogazón; por lo que es su jefe de usted, don Santitos Degollado, me lo echo en la bolsa; casi es un religionero... Epa, tú, *Crespín,* hablando á un ranchero que cargaba; bornea ese bulto que se te va á quer... *Jijos* de un zumbado, como nada les cuesta, poco les importa que todo salga como *salgare...*

En efecto, á las doce ó poco más se retiró Rojas con toda su cuadrilla, dejándonos espantados de su presencia y contentos sin ella.

— ¡La del humo, amigo! decía el cura Herrera santiguando los cuatro vientos con sus escapularios.

Pero entonces, creo que ya lo he dicho, no nos dábamos á las penas; pasaba el mal rato, desaparecía la aflicción, y á otra. ¡Qué diferencia con los señorotingos de ahora,



... organizó un día de campo á los Cipreses...

que porque la novia les hace un dengue, ó porque encuentran que el mundo deja que desear como voluntad y como representación, se dan á las más desoladoras filosofías y las murrias más desesperantes, cuando no toman algún frasquete de rico veneno!

Luego que Rojas hubo salido, el pueblo continuó su vida ordinaria. Faltaban tres semanas para que las *aguas* se despidieran, y había que aprovecharlas.

Mi señora doña Sabina, que era alegre como unas castañuelas, había olvidado ya la pérdida de aquellas cintillas y tumbagones que la hacían parecer una reina Pomaré desterrada, cuando con ellos se ataviaba, y organizó un día de campo á los Cipreses, el único lugar que tenía agua y verdura en muchas leguas á la redonda. Allí moraba aquella Juana, en cuya casa habíamos charlado años hacía Trini y yo.

Se cantó, se bailó, se comió á estilo de la tierra, y volvíamos cansados, alegres y satisfechos al anochecer, cuando oimos truenos hacia el rumbo de la villa.

Ya habíamos los hombres requerido las pistolas para ocurrir á ver lo que pasaba, cuando alguien que llegó á toda prisa nos dijo: «Hay pronunciamiento en la plaza.»

Allá fuimos volando, y averiguamos la verdad del caso.

Sucedió que don Martín Celorio, luego que hubo salido del pozo en que se ocultó temiendo correr el fin de su her-

mano, siguió viviendo en su casa, más triste, más retraído y más callado que nunca.

Se había dejado crecer la barba, cana á trechos, había descuidado más la limpieza de los pingajos que constituían su traje ordinario y había escogido, para usarla diariamente, una gran capa de paño verdoso que le daba aspecto de israelita de retablo. Se encerraba días enteros en su cuarto viejísimo y desalhajado, y allí hablaba solo fingiendo diálogos con el difunto don Servando.

La tarde de aquel día hizo algo que ya puso en cuidado á las señoras: trepó á lo alto de un pretilillo, y allí fingió pasearse, hacer la rueda, hinchar el moco, erguir los corales, erizar la escobeta, esponjar la cola y todo lo demás que los *cóconos* ejecutan al ponerse el sol. Cuando las pobres aristócratas, anegadas en lágrimas, le rogaban que bajara de aquel filo de pared, el pobre loco las miraba lanzando ese cloqueo que parece una carcajada y que es peculiar de los animales que tienen la peculiaridad de morir la víspera. Luego, ayudándose con la capa, seguía haciendo la rueda con majestad de pavo real.

A eso de las oraciones, por su propia voluntad bajó de la pared y quedó en un rincón mudo é inmóvil. Cuando la criada salió á algún recado, don Martín se escurrió poco á poco y llegó hasta la plaza, en que á la sazón se hacía el pobre mercado de la noche. Los soldados estaban sentados á la puerta del cuartel, bromeando ó bebiendo

aguardiente y nada anunciaba una catástrofe próxima.

¿Vió don Martín la cruz que estaba pintada cerca de donde él estaba parado, ú oyó que alguien dijo que en



aquel sitio habían fusilado á don Servando Celorio? No se sabe· pero sí hubo quien observara que al cabo de permanecer allí un buen espacio, el pobre loco prorrumpió en un grito espantoso: «¡Viva la religión!»

Como si hubiera sido por arte mágico, todas las gentes echaron á correr, todas las puertas se cerraron, los soldados requirieron sus armas y monturas y no hubo quien

no entrara en pánico y confusión. Don Martín, muy despacio, cruzó el gentío envuelto con la capa y se metió á su casa, proponiéndose atrancar la puerta con su cuerpo.

Los rojeños, que se figuraron había conspiración, entrada de reaccionarios ó no sé qué, salieron por las calles disparando tiros, y aquí mancan á un hombre, allí derriban á una mujer que corría con un niño en los brazos, y acullá tiran en la carrera de sus caballos á tres ó cuatro desgraciados.

Al pasar por la *Casa de los Gigantones* arrojaron una salva, de la cual una bala derribó en el suelo á don Martín, rompiéndole un brazo á la altura del codo.

De los *Cipreses* volvía Antonio, el marido de la nana de Trini. Subía penosamente la cuesta, trayendo consigo las escopetas con que nos habíamos divertido cazando pajaritos, cuando le encontraron los furiosos.

El pobre hombre, medroso, saltó las tapias de una casa y trataba de introducirse á las habitaciones, cuando se encontró con que los perseguidores se le habían anticipado entrando por la puerta. No encontró entonces más arbitrio que dar vueltas alrededor de un mezquite, tratando de evitar golpes. ¡Vano intento! Mientras saltaba incansable hurtando el cuerpo, escapándose y defendiéndose, los bandidos le alcanzaban, y si algunos machetazos dejaban estampados en el tronco del árbol, más daban en el cuerpo de aquel desgraciado. Allí quedó para que le

alzaran con cuchara quienes quisieran darle cristiana sepultura.

Los bárbaros, en su batida, habían juntado media docena de gentes que les parecieron sospechosas. Sin esperar más, las hincaron de rodillas en una banqueta de la plaza é iban ya á fusilarlas, cuando rompió el cuadro el cura Herrera, y á riesgo de que lo atravesaran las balas, confesó violentamente á los desgraciados y les dió la absolución; apenas se hubo retirado un poco y chasquearon los muelles de los fusiles, salieron las balas, y los pobres á quienes el antojo de unos infames revistió con proporciones de autores de no sé qué delito, cayeron revolcándose en su sangre...

Todo esto, que se refiere en muchas líneas, pasó en un momento, pues eran diferentes partidas las dispersas por el pueblo haciendo atrocidades.

Nosotros llegábamos apenas, cuando supimos todo. El caso me causó indignación por lo que tenía de vejatorio y de inmotivado. Acompañado de seis amigos de los que habían ido á la fiesta, que llevaban por toda arma dos revólvers y un sable, nos presentamos en el cuartel, dispuestos á impedir la continuación de aquella carnicería.

Gómez, el jefe, estaba echado en un banco del zagúan, sin movimiento ni habla: el *pinos* de que se había llenado la tripa le había puesto en aquel estado. No opuso resistencia cuando le introdujimos en el calábozo de la

prisión; pero sus subordinados, que eran más brutos que él mismo, sí trataron de sacar el sable y rebelarse contra nosotros. Pero como llegaban de uno en uno y cuando más de dos en dos, nos fué fácil desarmarlos y ponerlos á buen recaudo; sólo dos se escaparon á uña de caballo, en medio del horror de los habitantes, que pensaban se habían soltado los demonios y que nuevamente andaban cometiendo abominaciones.

Desde ese día mi tío don Angel Luque tomó los dos mandos, político y militar, y aquello tuvo trazas de comunidad ordenada.

Pero era poco envidiable la situación de mi buen tío. No contaba con más tropa que los cuatro soldados y el cabo que cuidaban de la prisión, que se llamaban por la gente *guardiecárcel*, y con media docena de viejos cojos, inútiles, sin bríos ni alientos para nada, que formaban el destacamento de serenos.

Aun me parece ver á éstos mandados por un gracioso y diminuto carcamal á quien le decían el *Agofetiao,* como me parece ver la *guardiecárcel* puesta bajo el cuidado de un indio largo y flaco que llevaba el incomprensible mote de *Violín santo.*

Los serenos con sus linternas cuadradas, sus capas de vuelos y sus sombreros anchos, se ocupaban en encender los cuatro faroles que alumbraban la plaza, que por cierto no quedaba iluminada *á giorno*, como dicen los gacetilleros chirles.



A las nueve apagaban los faroles, y se distribuían estratégicamente por el lugar para cuidarlo y dar aviso del tiempo que hacía. Y así los vecinos tenían la satisfacción de saber, no sólo que sus intereses estaban sin riesgo y atendidos, sino también la de enterarse del tiempo que hacía, pues cuando más dormidos estaban los despertaba el ruido de un garrotazo sobre el alféizar de la ventana, y la voz del *vecino:* «Las doce y media y sereno», «Las tres y nublado,» «Las cuatro y lluvioso.»

Esto en el caso de que no se durmieran como unos benditos, caso que aprovechaban los calaveras y la gente de trueno para tiznar la cara de los representantes de la autoridad, fingiendo bigotes á quienes nunca los tuvieron; para robarles la linterna y hasta para dejarlos atados de pies y manos, sin garrote, ni capa, ni sombrero.

Como tiempo que era de riña y pendencias, batallas y asaltos, complots y combinaciones políticas, todo el mundo estaba ansioso de saber noticias.

En el pueblo no había más periódico que el *Diario de Avisos*, que le llegaba al señor cura (cuando le llegaba) con veinte, treinta y aun más días de atraso, y *El Progreso de Veracruz*, que me enviaban mis buenos amigos de la Heroica.

Diariamente, desde las oraciones de la noche hasta las nueve ó las diez, nos reuníamos en la tienda de «El Rocío,» propiedad del difunto don Pedro Ruiz, á contar y á escuchar los *borregos* más grandes y lanudos que era posible forjar á las desarregladas fantasías de aquellos benditos.

—Juárez y Miramón se han dado las manos y declaran que no habrá más guerra, decía uno.

—No lo crea, compadre, replicaba otro, político más agudo; don Miguel sabe lo que se pesca. ¡Qué iba á darle las manos á Benito de Palermo, cuando acaba de recibir más de quinientos cañones y de trescientos mil fusiles, y de cincuenta millones de cartuchos para acabar con la *chinaca!*

—Dicen que Miramón salió de México, tomó Veracruz y marchó para Manzanillo. Luego seguirá para San Juan Bautista, pasará por Guadalajara y se embarcará para San Luis.

— Pero ¿qué confusiones son esas, don Manuel? Si Veracruz no queda cerca de San Luis, sino de Chilpancingo; de manera que si Miramón tomó ese puerto, no habrá dejado de caer sobre el viejo Alvarez para destrozarle; y es seguro, además, que hallándose ya en aquel departamento, se decida á dar una vuelta por Monterrey y Coahuila, para dejar tamañito á Vidaurri.

— O que contramarche para Aguascalientes, siga para Colima y vaya á parar á tierra adentro, apuntaba otro que había traficado con atajos de mulas.

— Para mí, insinuaba el señor cura, todo se decidirá el día que se encuentren el Miramón y mi compadre Ortega. ¿Que se presenta con sus zapadores y sus lanceros y sus demonios coronados el *mochitango;* que mi compadre, que viene pisándole los talones, llega á alcanzarle; que eligen este cerro, ó aquel valle, ó la otra barranca y que cada quién se pone en facha previo eso de paralelas y fortines y trincheras; que mi compadre manda dos ó tres licenciados de los finos cerca de Miramón y le propone que se rinda con armas y bajages, jurando por de contado la Constitución y las Leyes de Reforma, y todo lo que se quiera; que Miramón contesta que esto y que lo otro, y que fué y que vino y que tornó y que volvió; que mi compadre Jesús le dice que no hay tutía, ni que consultar á México ni dilaciones y necedades; que no se da por buenas y trata de presentar batalla? ¡Pum, pum,

pum! cañonazo va y cañonazo viene, hasta que corran todas sus tropas y él se rinda á discreción. ¿Que se entrega deseando, como ellos dicen cuando no tienen ganas de pelear, suprimir la efusión de sangre? Pues sobre la marcha, acepta la Constitución y las Leyes que de ella emanen, y todos los faroles. Y entonces mi compadre se pone á la cabeza del ejército, los cañones otra vez ¡pum, pum, pum! pero de puro contento, porque ya se acabaron los saqueos de pueblos y las quemazones de siembras, y porque los campos dejarán de estar en barbecho y porque las muchachas podrán llegar á doncellas viejas, si así les conviene, en vez de vivir como ahora, sujetas al antojo de un don Fulano que no las deja de recibo.

En cuanto á eso de que Miramón vaya á dar vuelta de Veracruz por Colima y tierra adentro, me parece... digo... yo creo que es difícil, porque el hombre no es tan lerdo para irse á meter entre los apaches que lo dejarían hecho una miseria... Para mí... Es una idea, una idea mía; más bien, al salir de Veracruz, se le ocurrirá meterse por Tabasco y Yucatán, embarcarse en algún buquecito y luego entrar por Mazatlán, siguiendo toda la sierra hasta los cañones de Juchipila. Pero á buen seguro que me lo dejen los liberales, que andan por allí *sicud leones rugientes, quærens quem devorent,* y que ya tendrán cuidado de echarlo al mar para que allí se ahogue como aquel Faraón de que dice la Biblia que sus escogidos principios cubrieron los

abismos, quedando destruídos el carro, el caballo y el caballero.

Una de esas noches, apenas habrían dado las diez, salíamos de «El Rocío» los ordinarios tertulianos. Dejamos al señor cura en la puerta de su casa, cuando oímos un rumor distante, un rumor que á veces parecía salir de la tierra, á veces venir del aire, á veces alejarse y retirarse á veces como llevado por una ráfaga de viento más poderosa.

Permanecimos escuchando sin lograr darnos cuenta de qué sería aquel ruido que á veces se enfrascaba en disputa con los otros de la noche, y á veces resurgía claro y distinto, pero siempre tenue.

Los perros empezaron á ladrar á través de las puertas cerradas, como si se hubieran vuelto locos, el sereno del barrio levantó la cabeza y cuando hubo pasado algún rato y seguimos observando aquello, dije con recelo: «Son trompetas de infantería y caballería; de seguro viene la trópa.»

—¿Tropa? dijo el sacerdote. ¿Tropa? ¿Pero á santo de qué viene tropa aquí? ¿Y qué casta de bichos serán? Liberales no pueden ser, porque no sé que ande por aquı ...die que valga la pena; luego, tienen que ser mochos.

— Pues para mí, observó uno de los tertulianos, es Juan Chávez, que á últimas fechas estaba en Villaprieta.

— Vamos á ver, insinué, á mi tío Angel, que quizás tenga noticias.

Dicho y hecho; nos plantamos en la casa de la primera autoridad, á la que encontramos en el momento psicológico de disponer su salida del pueblo.

— ¡Cuánto me alegro de que hayan venido! dijo mientras echaba un fuste leonero en los lomos de su caballo colorado cuatralbo; yo me limpio... Me voy porque viene Juan Chávez y nos aprieta el pescuezo—y, mientras, él apretaba el cincho de la montura...—Con ése no hay que andarse con chiquitas, porque es capaz de cualquier cosa; es el Rojas de los mochos.

— Pues yo me voy con usted, le dije, porque aquí me quedo á puro dar dado. No tenemos gente, ni armas, ni municiones, y no vale la pena de que me fusilen por gusto mío.

— Vámonos, hombre, que de más provecho seremos fuera que dentro. Tú, Petronilo, dí que le ensillen á Juanito la yegua cebruna, que se va con nosotros... Pues como les iba diciendo, hace como un cuarto de hora que llegó de mi rancho de las Ánimas mi mozo, Albino Izquierdo, y me dijo que por todo el camino de la venta de Guajolotes, venía una *culebra de caballería* que bajaba por la cuesta de los Otates; me dijo también que detrás venía gente de á pie, y que acababan de quemar Ranchorredondo, los Ojuelos de Santa Lucía, el Sotolongo y la No-

palera de Lucas; que de camino habían fusilado á los dueños de la Albarrada de Ginés, por ser notoriamente chinacos, y que se dirigían para acá á más andar. Ya no me cupo duda de que se trataba de Chávez, y así se lo dije á Florentina, mi señora, y á las muchachas Concha y Luz. Ya les tienen preparados los caballitos de sobrepaso en que han de salir con nosotros.

Ninguno de los compañeros que tenían familia, ni el señor cura que debía cuidar del pueblo y de sus gentes, quisieron ser de la partida; antes bien se retiraron á sus casas á hacer el ordinario transporte de muebles, ropas y muchachas á las casas de respeto.

Listos los caballos, montamos en ellos, las señoras con aquellos sombreritos hombrunos, sujetos con paño de sol, que todavía usan las gentes que viven en pueblos, y nosotros con nuestros trajes acostumbrados, que eran á propósito para subir en el propio Pegaso.

Albino, Galación, Petronilo y Sebastián, mozos que nos acompañaban, iban de respeto envueltos en sus zarapes y montados en sus caballitos pequeños y ligeros.

Ibamos los del grupo preocupados además, sin sentir deseos de atar la hebra conversando, ni de bromear, ni siquiera de hacer calendarios y conjeturas.

Apenas habíamos andado una legua, cuando me sentí acometido de un sueño y una pesadez tan grandes, que no recuerdo haberlos tenido iguales en mi vida. Un ma-

torral se me figuraba montaña; un arroyuelo pedregoso, desfiladero sin fin; un terrenillo blanquizco, laguna de agua mansa.

Dormitaba en la cabalgadura, se me iba la cabeza, sentía que me faltaban los estribos y que la rienda se me escapaba de las manos.

El estornudo de un caballo me obligaba á despertar asustado, las pocas palabras que cruzaban mis acompañantes me ponían en guardia, porque me figuraba que eran voces que venían de otro mundo.

Por la cuenta atravesábamos una inmensa nopalera, cuando heló la sangre á los despiertos y me despabiló á mí un:

— ¡*Altuay!* ¿Quién vive?

Sin esperar á que yo contestara, mi tío Angel respondió atropelladamente:

— La Libertad.., digo... la Religión...

— ¿Qué regimiento?

— Paisanos.

— *Entrieguen* las armas.

No concluía aún el diálogo, cuando sonó un tiro, disparado quizás por alguno de los mozos, pues yo estoy tan seguro como puede estarlo un hombre casi dormido, de que no toqué los muelles de mi pistola giratoria sistema Marsh.

La noche se iluminó de repente con el resplandor de

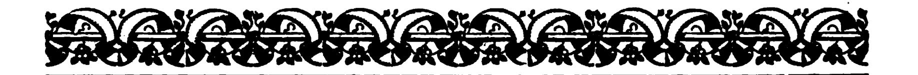


— *¡Altuay!* **¿Quién vive?**

mil fogonazos, y una descarga cerrada cayó sobre nosotros disparándonos en todas direcciones.

Los nueve que éramos tomamos caminos diversos... Pero esto merece capítulo aparte, porque tuvo su miga y su importancia.





CAPITULO VI

Sigue el viacrucis

PODRÍA recurrir, para narrar las cosas acaecidas en el período que no presencié, á muchísimas fuentes que gozan de gran autoridad y crédito, pues la verdad es que si en algunas épocas de la historia local, mis paisanos se distrajeron un tantico y nos dejaron á media miel en materia de noticias, no pasa lo mismo en esta que voy historiando, en que los documentos abundan y la dificultad consiste en la elección del material.

El licenciado don Mauro Rubiales, en su *Defensa de don Antonio Rojas y desvanecimiento de los cargos que se le acumulan,* libro inédito aún, pero que no debe quedar en el limbo mucho tiempo, examina con rara pericia todas y cada una de las exageraciones que la envidia y la calum-

nia han abortado en contra de su héroe, y prueba que si mató, violó, incendió é hizo algunas otras hazañuelas así de insignificantes, fué *ad majorem libertatis gloriam,* y que tales minimeces deben más bien tenerse como heroicos ejemplos dignos de eterna remembranza.

El Cochidiablo tlaxochimaquense, seudónimo bajo el cual se oculta un sesudo escritor, considera también esta faz de la historia del pueblo y dedica largas páginas á describir punto por punto aquel tiempo delicioso.

Pero aun á riesgo de desagradar á esos verídicos historiadores y á don Antonio Azafrán, el fénix de ellos, que tiene por suyo el período de la guerra de tres años y como enemigo jurado á quien lo toca ó siquiera lo menciona, sigo la lección de mi amigo el cura Herrera, que dejó escrito un diario muy concienzudo de lo acontecido en Tlaxochimaco, de Noviembre del cincuenta y nueve á Abril del sesenta que yo estuve ausente.

Ya sé que don Antonio, en la edición que prepara, hace siete lustros, de su *Historia completa y circunstancias de la guerra de tres años, con un apéndice en que constan todos los planes y proclamas que en dicho período se expidieron,* me roerá los zancajos probándome que me equivoqué en decir que la famosa batalla de las Guásimas fué el día catorce de Febrero, cuando de instrumentos y documentos consta que fué el trece á las doce de la noche, ó que asevero que el jefe Uribe tomó para el sur, cuando se dirigió al sur

oeste con ligera inclinación al norte; pero aguantaré cuanto venga á condición de no dejar feo á mi amigo el cura confesador.

Dice, pues, el señor Herrera:

Juan Chávez llegó á Tlaxochimaco el treinta de Noviembre, día del apóstol San Andrés, entre cuatro y cinco de la madrugada. Yo no había dormido en toda la noche, pues era, después de Dios, la Providencia de los habitantes de mi feligresía, dado que las autoridades habían huído temerosas de sufrir atropellos ó quizás la muerte de manos de este demonio desencadenado.

Inmediatamente que llegó me mandó á llamar, y con terribles amenazas me previno le diera cuenta de cuáles eran los caudales más saneados del lugar; y yo, aunque faltando levemente á la verdad, le indiqué de preferencia á los señores del bando conservador, que no son en verdad los que tengan el riñón menos bien cubierto.

En seguida convocó á los principales y decretó contra ellos un préstamo de treinta mil pesos, que sin excusa ni pretexto debía entregarse dentro de veinticuatro horas.

Se le ocurrió pasar á la cárcel, que como se sabe está contigua al cuartel, y averiguando que estaban presos allí los rojeños que habían capturado los vecinos, los mandó fusilar incontinenti, pues dijo no merecían confesión semejantes bellacos. Malos eran en efecto esos hombres; pero la verdad es que no merecían haber muerto sin el sacra-

mento que media entre el enojo y la misericordia de un Dios.

Sabiendo que Rojas había robado la iglesia y llevádose consigo los vasos sagrados, determinó, como represalia,



quemar el cuartel, que se le figuró era el edificio más liberal que existía. Ardió casi toda la fábrica; pero de lo que no quedó ni una brizna fué del archivo, que era riquísimo y estaba muy bien conservado. Había cédulas reales, libros de cabildo antiquísimos, los títulos del pueblo, el libro del becerro y las mercedaciones á los primeros propietarios. Yo rescaté con trabajo un libro viejo de actas del Ayuntamiento, por cierto no el menos interesante.

Como no todos los notables pudieron suministrar la contribución que les impuso, dos de ellos fueron puestos en el cepo, llevándose consigo á seis más, que quizás dejara pronto libres, pero que entre tanto se han visto obli-

gados á caminar diez leguas á pie, pues sé que rindieron su primer jornada en La Laja.

Al padre Martínez y á mí nos reunió diciéndonos que necesitaba le ayudáramos para el mantenimiento de su gente, que batalla por la causa de la religión y de la patria. Martínez y yo le advertimos que no podríamos hacer ningún sacrificio para sostener tropas, aunque fueran las conservadoras, porque apenas lográbamos subvenir á nuestra menguada subsistencia.

Chávez se encolerizó, y llamándonos con palabras muy feas, me recordó la amistad con mi compadre González Ortega, á quien dijo derrotaría pronto.

«Señor cura, me dijo, cuidadito con enredos, que yo sé bien que este pueblo es el abrigadero de los puros, y que no pasa mes, día, ni semana que no ocurran por aquí todos los enemigos de la Iglesia... También sé que la famosa mano anda al trote por estas tierras, y que ya hay muchos *sinvergüenzas* que se han quedado con bienes denunciados.»

Le contesté como pude que nada sabía de la tal mano, y el malvado, todavía más furioso, me dijo á gritos: «Mentira parece que hayan llegado tiempos en que los que no tienen órdenes den cátedra de piedad y buenas costumbres á los curas; pero todo se andará y veremos cómo no se repiten mucho estas cosas.»

Lo apuntado es un bosquejo, hecho con palabras de

mi caletre, de lo que aquel bribón me dijo. Si quisiera reproducir todo lo que salió de su inmunda boca, tendría que manchar el papel con blasfemias y palabras vulgares, pues es de tenerse en cuenta que Chávez no sabe leer ni escribir y es hijo de gentuza ordinaria y basta.

Salió el lunes 3 de Diciembre, llevándose consigo catorce mil pesos, diez muchachas doncellas ó que estaban en honor de tales, y alhajas y ropas de las pocas que dejaron sus antecesores.

25 de Diciembre.—Hoy, día aniversario del nacimiento del Rey de los cielos y tierra, entró el bandido Ignacio Méndez, que traía robados ya sesenta caballos de silla que don Crescencio Torres tenía persogados en las orillas de este lugar.

Entró á la iglesia á la hora que se celebraban los tiernos misterios de la venida al mundo del Dios de clemencia, que bajó á predicar y hacer efectivos los dogmas de la libertad, igualdad y fraternidad que han engrandecido al ser humano.

El maldito Méndez, de seguro aconsejado por el mismo demonio, maniató á todos los hombres, y ya en el atrio, ya dentro de la iglesia y á veces aun sobre los altares, cometieron él y los suyos abominaciones tan espantosas, que mi pluma se rehusa á estamparlas sobre el papel.

Se retiró después de haber exigido un préstamo que no pudo hacer efectivo, aunque se sacó de entre dos ta-

biques de la casa de Romo hermanos, cuatro mil pesos que estaban guardados, y de la sacristía de la parroquia, dos cálices de plata sobredorada, un amito, dos estolas y un roquete.

6 de Enero. La semana que acaba de pasar fué fecunda en visitas de gavillas. El día dos llegó *Pata de palo,* conservador, y se llevó del tianguis una media docena de muchachas que le gustaron. Era lo último que del género nos quedaba.

El 3 le sucedió *Bueyes pintos,* también conservador, y echó, como él dijo, un *empréstamo* de dos mil pesos, que no sé si se le reunieron.

Llevado de su instinto lascivo, requirió de amores á Juana Borrego, hija de tío Galación Borrego, del rumbo del camposanto, y como ella le contestara indignada y se defendiera con entereza, el malvado la forzó delante del marido y luego mandó cortarle los senos. Es un caso espantoso y que horrorizaría hasta á los apaches.

El 5 tuvimos á *Colimilla,* que también defiende la religión y los bienes eclesiásticos. Entró con su tropa, bien escasa en verdad, y echó *realada* por la población, atando á ciento cincuenta y una personas que andaban por las calles. Luego introdujo á sus gentes hasta las casas, y extrajo de ellas lo que más le convino: telas, mujeres, muebles ó alhajas. Era un dolor ver aquello.

27 de Febrero. Esta quincena perteneció á los señores

liberales. Torres estuvo el 12 de entrada por salida, y nada más cargó con media docena de caballos, una vaca y tres muchachas que encontró *desbalagadas* en su camino.

Casales ocupó el pueblo al 15, y dió un espectáculo horroroso: el incendio de las casas de don Marcial Quiroz, que estuvo á punto de comunicarse á los cajones de la plaza y traer una conflagración general. El vientecillo más leve habría impulsado el fuego y acabado con la población al grado de no dejar piedra sobre piedra.



Durante la estancia de este bandido presenciamos la terrible disputa que tuvieron en plena plaza principal Partearroyo y Cancino, dos *lebrones* que por cuestión de robos se dijeron espantosas *insolencias*, echaron mano á los sables y no se hicieron trizas porque la Providencia divina no lo consintió.

El día 25 tuvimos la entrada de Rosa y Lucio, que

que cargaron con toda la cosecha del maíz de la hacienda de Cruces y mataron á los desgraciados arrieros que la conducían.

28 de Marzo. Ha llegado á tanto la falta de bríos en los hombres que viven en este pueblo, que la semana pasada una gavilla de cinco garroteros se destacó por el rumbo del Cerro de la Cruz, envió á pedir dinero y caballos al interior del pueblo, y se le envió cuanto quiso.

A los tres días, un bandido, no sé si titulándose conservador ó liberal, cogió á don José Ortigosa, y porque no pudo ó no quiso darle lo que le pedía, le cortó las orejas.

La gavilla del *Gallo Pitagórico,* que pasó ayer por las inmediaciones, quemó el rancho de los Cuervos y *peló* todo el ganado.

Hoy volvió á repetirse dos veces la escena del pedimento de víveres y dinero por dos bandidos desarrapados, que amenazaron con destripar á todo el mundo si no se les mandaba provisiones y armas. Todo se les envió.

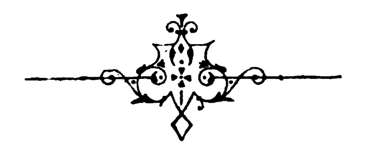
14 de Abril. Hoy hace dos meses que no se enciende alumbrado, y cuatro que no se paga la guardia de la cárcel; bien que tampoco hay necesidad de ella, pues apenas se juntan cuatro ó cinco presos y los partidarios llegan á soltarlos para llevárselos consigo.

Las calles tienen aspecto tristísimo. No se barren, no se limpian ni se cuidan; parece este pueblo un pueblo

abandonado y sobre cuya superficie han sembrado sal, como los que antaño habían cometido traición al rey.

Ayer murió don Martín Celorio, á consecuencia de las heridas que le infirieron los de Agapito Gómez. Tuvo la suerte de recobrar el entendimiento antes de morir, y de recibir al Divinísimo con grandes extremos de devoción.

Don Angel Luque murió en su rancho del Granado después de mucho sufrir por la herida que recibió de las tropas de Chávez. Dios tenga á ambos en su bendito reino





CAPITULO VII

Con los huesos rotos y en tapextle

LA primera sensación fué de frío, de frío que me cogía desde la espalda hasta las corvas, daba vueltas por el estómago y se me aposentaba tenaz y constante en la pierna derecha... Luego sentí un dolor terrible, un dolor que era como si me rompieran en dos toda la pierna, y ya rota la cogieran de nuevo para hacérmela añicos.

Estaba dentro de una nopalera, lejos del camino, pero mirándolo como si pudiera tocarlo. Caía lo que en mis terrenos llaman *helada prieta,* y soplaba un viento que llevaba en sí todas las frialdades de un invierno crudo y triste, como lo es siempre el de aquellas montañas.

Veía transitar de prisa, con las piernas desnudas y los gabanes embrocados, á los indios que iban ó venían de la

población; pero imposible que me escucharan: iban embebecidos calculando cómo engañarían á los *partidarios* (así se llamaba entonces á los ladrones), á fin de que no les quitaran sus pobres zarapes y sus pocos tlacos.

El dolor de la pierna era cada vez más intolerable: sentía los más pequeños guijarros del camino, me herían hasta las más delicadas costuras del pantalón; y luego, aquel peso del caballo oprimiéndome la pierna, era para hacer quejarse al mejor.

Según parece, despavorida la bestia, había echado á correr á los primeros disparos, y herida de muerte se había refugiado en aquellos nopales, cuyos *aguates* me quemaban el rostro y las manos. Al caer la bestia, me había cogido debajo el lado derecho, y estaba entre la montura y el suelo como coyote agarrado en una trampa.

Grité y grité hasta enronquecerme; pero mi voz se perdía entre el *chipi-chipi* de la lluvia que caía en los chaparros del camino. Debo de haberme desmayado, porque no me dí cuenta de mi persona hasta que sentí aliviada de peso la pierna dolorida. Cuatro rancheros caritativos notaron al pasar por una travesía, entre los ranchos de la Silleta y el Refugio, que había un bulto tirado entre la nopalera, y allá se dirigieron. Uno de ellos dijo:

— ¡Bonito cuaco! pero le dieron en la *chapa del alma.* Mira qué *incuentro,* mira qué corvejones; era un animal, la verdá, *chulo*... ¿Y el cristiano estará vivo?

Como si hubiera querido contestar á ñor Perfeuto Antúnez, que así se llamaba mi salvador, abrí los ojos y quise sonreirme; pero no pude menear músculo ninguno del rostro.

— Y bien vivo que está, prosiguió Antúnez; lo que sucede que ha de tener *desquebrajao* todo el cuerpo... Pobrecito; y parece gente decente.

— Dale, dijo otro que le llamaban ñor Natividá, un trago de este pinos, que si no se levanta con él, será porque ya su Divina Majestá lo llama...

— Mejor que pinos es este catalán, interrumpió el tercero sacando de las cantinas una *ánfora* del más rico aguardiente.

El cuarto nada dijo; pero me acercó la *trigueña* á los labios. Debe de habérseme derramado el líquido por la boca y la barba, porque el del auxilio dijo á los otros:

— Tiene las quijadas trabadas; ¿quién sabe si necesite algo *calientito* que le entone el cuerpo..? Pero vamos levantándolo; que sino se nos quedará aquí patitieso.

Quisieron tomarme del brazo derecho; pero debo de haber gritado tan fuerte, que mirándose los tres dijeron al que tiraba:

— No seas bruto; ¿no ves que tiene el brazo torcido y quién sabe si *quiebrado?*

Gemí como un niño enfermo, y con la mano buena señalé mi pierna destrozada:

—Pobre señor, comentó Perfecto; tiene la pierna *quiebrada*... Estos malditos caballos, cuando *voltean,* rompen cuanto encuentran... Por milagro de Dios no se le *quiebró* el pescuezo, que si eso ha sido, ni el *santolio* alcanza.

No sé de dónde trajo Natividad una taza de chocolate, y dándome primero pedacitos de un pan que podría servir para ametrallar plazas fuertes, y luego sorbitos de líquido caliente, conseguí rehacerme un poquito. Estaba poco menos que inconsciente, casi hecho un simple; pero tuve noción sin embargo de que los servicios se recompensaban con algo que yo sentía en la víbora que me apretaba la cintura y tintineaba en el bolsillo del chaleco, y sacando dos onzas las dí á los mozos aquellos.

—*¡Algame!* dijo Natividad; ¡qué cosas tiene el señor! deje su dinerito, que falta le hará para curarse.

Y me metió de nuevo en el chaleco las dos relucientes columnarias.

—*Hora,* dispuso Perfecto, que hacía de jefe entre los cuatro, hay que ayudar al señor á moverse... Haga la lucha, amo; á la una...

—¡Mi pierna! grité con lengua estropajosa...

—*Pos* no puede, amigos; no hay más que hagamos un *tapextle* de ramas y hojas y allí lo llevemos al rancho de la Silleta; vale que está cerquita...

Y entonces se me ocurrió la pregunta que hacen los desmayados de novela: «¿En dónde estoy?»



— Me metieron en la camilla, me taparon...

— En la Puerta de don *Grabiel,* entre la Silleta y el camino real que va á Villapobre.

En un santiamén aderezaron aquellas gentes una camilla de varas, y rellenándola de hojas, trataron de colocarme en ella.

¡Qué tártagos, qué trasudores, qué desmayos los que sufrí! Aunque sea con pena, lo he de confesar; pero ello es que se me salían las lágrimas y me mojaban el rostro.

Pregunté la distancia que habría al rancho que me llevaban; y *Perfeuto,* por consolarme, me contestó:

— No se apure, l' amo; es aquí tras lomita; no hay más que dos cigarros.

Y sacando una hoja de maíz, que tendría bien una cuarta de largo, y echándole tabaco *michi,* lo torció, sacó yesca y eslabón, hizo lumbre y á echar humo por boca y narices. Piense cualquiera qué sentiría yo al figurarme la distancia que teníamos que atravesar.

Me metieron en la camilla, me taparon cuerpo y cara con un zarape, me alzaron en vilo, y á caminar.

No me dí cuenta sino de un espacio corto; á poco comencé á sentir que bullían en mi cerebro ideas extrañísimas y me puse á desvariar como un borracho.

No sé qué tiempo pasarían andando mis conductores; ello es que cuando me desperté estaba tendido en una cama y veía cerca de mí á un ranchero alto, flaco, trigueño, con un ojo bailarín y otro apagado, que decía:

—Necesito puros hombres, porque lo voy á encuerar como su madre lo echó al mundo.

Y tras de hacerme gritar como un becerro que va al degolladero, me dejó en cueros como había anunciado.

Luego cogió un codal de sebo y se embarró bien las manos con él, después se espolvoreó un poco de tabaco, y anunció en voz alta:

—Esto es nada; á don Jesús Romo, el de «La Colmena», le *compuse* cuatro *torcidas* y quedó *pior que nuevo;* si no lo hubiera *ajusilao* Rochín, á esta hora estaría como unas mialmas.

Después comenzó á darme pasecitos suaves por la pierna y el brazo, para sacarme el *aigre embutido,* y á poco, con la seguridad de un Larrey, volteó hacia los espectadores y dijo:

—El codo está salido de su quicio, y el *chocozuelo* anda *juera* de donde debe ser, que este huesito que aquí tenemos... La espinilla está partida en dos, como con hacha... Lo arreglo, le pongo una *bilma* y se acuerdan de mí...

Me dió una fricción más fuerte en el brazo, luego otra, después un tirón, y me quedé, como decía el ranchero, *súpito* y sin movimiento, pues á pesar de que me aplicaron á las narices limones frescos, lana prieta quemada, aguardiente y no sé si agua de Colonia, no pude volver en mí de aquel tremendo síncope.

Parece que el *componedor*, como se llama en nuestro país á los que arreglan huesos y expeditan coyunturas, me traqueteó á su antojo, me colgó el brazo de una *mascada*, me puso en la pata enferma un aparato de tablas,



con otro interior lleno de estopa, aguardiente, incienso, mirra y no sé qué otras cosillas, y me declaró listo bajo su palabra de honor.

Luego dejó ordenado que me dieran una taza de atole cada hora y que me pusieran en el estómago unos pollos ó pichones abiertos en canal. Si la calentura cesaba, debían colocarme unas *sustancias* de cajeta de membrillo para repararme; pero siempre que hubieran salido los malos humores.

No me morí de dolor, ni de fiebre, ni de hambre, ni de los tremendos estrujones del algebrista, y desde entonces me convencí de que estaba guardado para dar mucha guerra en el mundo.



CAPITULO VIII

La vuelta de Trini

¡QUÉ agua tan fría la de aquel estanque! ¡Brr! brr! brr! Castañeteaban los dientes y dolían los huesos de la cabeza como si quisieran desligarse é irse cada cual por su camino. Las piernas y los brazos, cansados de nadar, se agarrotaban como si fueran de hierro; comenzaba á tragar agua y sentía que me iba sumergiendo poco á poco... Ya no alcanzaba plan; dí una manotada y conseguí sacar la cabeza; otra y me hundí hasta el fondo... Seguí bajando, bajando no sé cuántas brazas, no sé cuántas leguas, no sé cuántos minutos, quién sabe cuántos años...

Al fin de aquel descenso me encontré en un campo yermo y agostado; era una tierra blanca como *tepetate,* que criaba aquí y allá unos cuantos matojos raquíticos,

de hojas lanceoladas, puntiagudas como dardos y punzantes como espinas. Una charca de aguas fétidas, verdosas, sin movimiento, dejaba ver algunas que parecían plantas lacustres; pero no había tal: la vegetación se componía de brazos, de piernas y de cabezas, con flores de manos, de pies y de cabelleras...

Me acerqué á cortar unas cuantas de aquellas flores, y salió un líquido viscoso primero, después fluido y sin consistencia: era sangre que teñía de rojo las aguas del canal, rebasaba de él y empapaba el campo, los matojos y las piedras.

Quise librarme de aquella invasión y subí á un paredoncito, que limitaba el campo hacia un lado... De repente, aquella sangre empezó á coagularse, y de ella salieron multitud de viejos, de niños, de hombres y de mujeres que corrían en carrera desenfrenada, lanzando alaridos y atropellándose unos á otros; pero, caso singular, de aquellos monstruos el que tenía manos no tenía pies, el que llevaba cabeza carecía de ojos... Mujeres había con los senos cortados, hombres que tenían los ojos saltados y la lengua de fuera, niños que llevaban, á manera de peto rojo, una sangrienta herida en el pecho...

Pero todos corrían, se buscaban, se entretejían y se chocaban, y á cada golpe brotaba nuevo caudal de sangre que iba á aumentar el que llenaba el valle.

Corrí, corrí desatentadamente, como si me persiguie-

ran; pero mis remos me hacían falta y oía aún las vociferaciones de los que gritaban á lo lejos. Me encontré en un bosque tupido de árboles tan inmediatos que los troncos se tocaban; pero las ramas eran piernas y orazos humanos, y de ellas pendían cien ahorcados, mil ahorcados, un millón de ahorcados.

Tenían la cabeza caída como en actitud de resignación, los brazos caídos como en actitud de desesperación; ninguno tenía pies, ni piernas hasta la rodilla; los coyotes y las zorras habían dado razón de ellos.

Unos estaban frescos y conservaban la carne, que empezaba á desprenderse corrupta y deforme; otros estaban secos y conservaban todavía la piel, que sonaba como el parche de un tambor; otros eran ya puros huesos, emblanquecidos por el sol y la lluvia, y á éste le faltaban las piernas, pero tenía el costillar; aquél se pavoneaba con sus manos descarnadas, pero no tenía piernas ni tórax, y de otro y otros sólo quedaban unas cuantas vértebras y las calaveras que miraban estoicamente por sus cuencas vacías, cómo se pudrían entre hojarasca sus restos áridos y tristes...

El viento, al pasar entre las osamentas, como que se dolía, como que se mofaba, como que se reía y como que aullaba... Pero no, quien aullaba era un perro flaco y con las orejas gachas que atravesaba á todo correr el campo, devorando un hueso de niño que todavía guardaba esquirlas de carne.

Iba tras él un ranchero con la cotona rota, las calzoneras rotas y los *guarachis* rotos, y dejaba de aguijar con la puya á una yunta de bueyes flacos que *asegundaban* unas milpas amarillentas, que no alzaban de los surcos el canto de la mano.

De repente, el labriego echó á correr: sonaban tiros, tiros cercanos que le hacían huir y dejar la heredad, y de entre los surcos de las milpas raquíticas, de todas partes, salían bellacos esgrimiendo lanzas, gritando «¡Viva la Religión!», los unos, y apellidando «¡Libertad!», los otros.

Desperté al fin molido, con la boca amarga y seca, como si hubiera estado mascando paño mugriento, é incorporándome ligeramente en la cama, puse atención á los ruidos de fuera.

No cabía duda; se estaban batiendo, y de mi sueño era verdad por lo menos el tiroteo aquel que asordaba los oídos.

Cogiéndome de la cama bajé al suelo, y ví que delante del atajadizo de petates que habían puesto para resguardarme de la intemperie, estaban muchos hombres jurando, blasfemando y disparando tiros sin cesar. Andando en un pie me aproximé al rincón, que distaba una vara escasa de la cama, y de allí me llegué á un poyo de piedra que estaba dentro de un garitón, de donde salían las voces y los disparos.

Cuenta Cide Hamete Benengeli, digo, cuentan todos



los que me vieron en esa ocasión, que presentaba la más extravagante y singular figura que habían visto sus ojos. Llevaba, según dicen, la cabeza y la cara atadas con pañuelos; sobre la espalda, á guisa de manto real, tenía

una colcha de las acreditadas de *pedacitos*, que todavía suelen verse en alguna casa de respeto, colgadas en honor de un señor obispo; y con los ojos fosforescentes, la parte libre del rostro llena de contusiones y la barba crecida, tenía el aspecto más completo de facineroso derrotado que podía pensarse.

Eramos diez en el antro aquel, amén de cuatro que en aquella hora estaban arreglando su cuenta con el juez de vivos y muertos, y que yacían tendidos por el suelo.

Todos disparaban sin cesar; pero hubo un momento en que el fuego comenzó á decrecer, como si hubieran disminuído el ánimo ó los pertrechos de pelear.

Un viejo á quien yo reconocía allá en los limbos de mi imaginación, guiaba y dirigía á todos; pero ¡qué cano me resultaba, qué barba tan larga tenía y qué agobiado estaba!

El viejo se llamaba..., se llamaba..., no, no podía recordar cómo se llamaba.

Repentinamente apareció (y bien dicho está que apareció, pues no la ví entrar por puerta ni ventana) una mujer, una niña, un ángel ó cosa que lo semejaba, y dijo algo que no recuerdo; pero que era súplica, ruego, inclinación á que se rindieran los que peleaban.

Entonces sentí que me quitaban una venda de los ojos, que me acudían fuerzas al brazo, que recobraba toda mi lucidez y sobre todo que se redoblaba toda mi energía.

—No, Trini, grité, no rendirnos, nunca rendirnos... ¿Qué pueden hacernos si seguimos resistiendo? ¿Matarnos? Pues también nos matarán si nos entregamos... ¡Duro en ellos!... A mí, una pistola, un rifle, una cosa que mate, y no entrarán esos bandidos...

Todos me miraron con espanto y hasta con admiración, y sin comentar el caso ni extrañarlo me dieron un revólver de Colts.

Amanecía, y los ladrones deseaban apresurar los sucesos, á fin de que con la luz no se echaran de ver sus escasas fuerzas. Uno de caballo tordillo y zarape rojo en la grupa, alentaba y dirigía á los otros. En uno de tantos envites subió las peñas que rodeaban la casa hasta ponerse á tiro de mi mano zurda.

—¡Éntrenle, muchachos, que son pocos! ¡Viva la religión!

—¡Toma tu religión, *sinvergüenza!* le grité; y al mismo tiempo hice fuego con tan rara fortuna, que derribé del caballo al capitanejo. El potro corrió espantado por la cuesta abajo, agitando las cantinas y el zarape rojo, y el otro bruto quedó tendido cuan largo era con los brazos en cruz, las piernas abiertas y la cara escorzada.

Cesó unos minutos el ataque; pero á poco volvieron los que quedaban, aullando como demonios. Volví á hacer uso de mi pistola; pero ya no logré hacer blanco, por más

que Perfecto, á quien reconocí entre los defensores, me sostenía apoyándome con su cuerpo.

— Ya no hay más que cien tiros, dijo uno de los muchachos.

— Quitarles los suyos á los muertos, grité mientras seguía haciendo fuego.

— No se juntaron más que cincuenta...

— Seguir disparando y que traigan, mientras, las piedras que están en la azotea... Que hiervan dos ó tres peroles de agua...

Sintieron los bribones que amenguaba el fuego, y quisieron intentar el asalto.

— Que permanezcan todos, ordené, tirando lo que se pueda; vámonos á las piedras...

Treparon juntos un demonio negro y membrudo, que se encaramó por una viga apoyada contra la pared, y un viejo de pechera de cuero y cara de santo.

Dejamos que subieran á buena altura, y ya arriba les arrojamos dos ollas de agua hirviendo. Uno cayó desde lo alto de la viga; el otro cayó á poca distancia del suelo. Luego los tundimos á pedradas hasta que vimos no se movían.

Les sucedieron tres bellacos que imaginaron salvarse de nuestro ingenio poniéndose por la cabeza los zarapes á guisa de turbante; pero no pudieron evitar quemaduras en el pecho y las manos, que llevaban desnudos. También

cayeron, y uno fué lapidado por la mano certera de los peones.

Natividad y otro mozo acababan de hacer un buen tiro desde su atalaya, y celebrando nosotros que el número de ladrones fuera menor, nos descuidamos un tanto de la vigilancia del punto asaltado.

Cuando menos lo pensamos, un bribón de aquellos trepó por la viga; valiéndose de los pies, de las manos, de las uñas, de todo, llegó hasta la barda del corredor, y saltando sobre mí, que estaba recostado en el poyo, entró gritando con todos sus pulmones:

— ¡Ay, poder de Dios!... ¡Éntrenle, pelones, y verán lo que es cajeta!...

Dejó seco de un tiro á uno de los mozos, mal hirió á otro, y cuando iba con la pistola amartillada contra don Crescencio, lo *asegurė* con un tiro certero que le partió la cabeza como mazapán.

Fué la última acometida; los pocos ladrones que quedaban huían lanzando feroces amenazas, dejando en el campo catorce cadáveres y llevándose consigo dos heridos.

Ahora, como historiador fiel y puntual, voy á hacer algunas explicaciones que aclaren y completen lo que no está bien determinado en mi relación, que puede

tachar de inverosímil alguno de esos que les gusta llevar las cosas tan por el cabo que no se les halle.

Debo advertir que muchas cosas de las que cuento pasaron por mis ojos y otras las he oído referir cien mil veces; pero nunca ví que don Crescencio, Trini y doña María Antonia se pusieran de acuerdo, sino que en cada ocasión, ya respecto de la substancia, ya de los accidentes, discrepaban un poco. Voy á ver si consigo formar una relación ecléctica, con las varias lecciones que he escuchado.

La casa es una de esas viejísimas, mitad ventas mitad castillos, que abundan en la serranía de Cuauhchichila, donde hasta muy avanzado el siglo XVIII los indios solían hacer entradas matando habitantes y pasajeros.

Tenía al frente un corredor y dos *garitones* de piedra, y se levantaba en una zona erizada de peñascos. El garitón del lado norte necesitaba ser defendido; el otro se defendía por sí, pues nada menos caía á un barranco tajado á pico y no había miedo que nadie se aventurara á subir por él.

La habitación en que me habían metido comunicaba con el garitón y éste con el corredor; así es que escuché claramente el estruendo de los tiros y el movimiento de fuera.

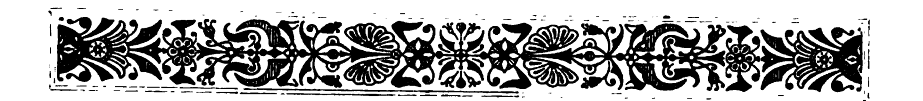
Según cuentan (y aquí empiezan las discrepancias), cuando llegué desvariando y aporreado, llevaba la cara

tapada y no bullía pie ni mano, como si ya hubiera entregado el alma á mi Criador.

Según parece, Perfecto avisó que en la Puerta de don *Grabiel* se había encontrado á un sujeto *desquebrajado* y hecho pedazos y preguntó qué había de hacerse con él. Don Crescencio dió orden para que me metieran á la pieza de los huéspedes, y dispuso llamaran al componedor; aunque gravísimos autores asientan que me vió y estuvo hablándome; pero que no me reconoció por su cortedad de vista y porque llegué hecho un Nazareno.

Sea de ello lo que fuere, diré como los abogados, lo cierto del caso es que me atendieron, me curaron y me permitieron escribir estas cosas, que no sé si á los lectores, pero á mí sí, me entretienen grandemente.





CAPITULO VIII

La libertad y el orden á la greña

La voz más grata que he oído en mi vida, siguió leyendo así:

«Es, pues, el caso que él estuvo quince días en »cama muy sosegado, sin dar muestras de querer »segundar sus primeros devaneos, en los cuales días pasó »graciosísimos cuentos con sus dos compadres el Cura »y el Barbero, sobre que él decía que la cosa de que más »necesidad tenía el mundo era de caballeros andantes y »de que en él se resucitase la caballería andantesca. El »Cura algunas veces le contradecía y otras concedía, por»que si no guardaba este artificio, no había poder averi»guarse con él...

»Dió luego Don Quijote orden en buscar dineros, y »vendiendo una cosa, y empeñando otra y malbaratán-

»dolas todas, allegó una razonable cantidad. Acomodóse »asimismo de una lanza, que pidió prestada á un su ami»go, y pertrechando su rota celada lo mejor que supo, »avisó á su Escudero Sancho del día y de la hora que »pensaba ponerse en camino, para que él se acomodase »de lo que viese que más le era menester; sobre todo le »encargó que llevase alforjas...

»Proveyóse de camisas y de las demás cosas que él »pudo, conforme á los consejos que el ventero le había »dado; todo lo cual hecho y cumplido sin despedirse »Panza de sus hijos y mujer, ni Don Quijote de su Ama »y Sobrina, una noche se salieron del lugar sin que per»sona los viese; en la cual caminaron tanto, que al ama»necer se tuvieron por seguros de que no los hallarían »aunque los buscasen...»

La lectura continuaba; pero la mariposilla de la imaginación vagaba por espacios etéreos, revoloteando en campos incultos, en ciudades abandonadas, tras pelotones de hombres fugitivos que caminaban sin cesar, ya á la luz de un sol reverberante, ya en las tinieblas de la noche cerrada.

Trini cerró el libro enojada y se quejó con mimo:

—¿Lo ves, papá? No hace caso, no se ocupa de mí; me pone á leerle y luego comienza á ver las musarañas...

—Déjale, hija, dijo conciliador don Crescencio; déjale, que cabalmente piensa ahora en la salida equis... Tú no



—¿Lo ves, papá? No hace caso, no se ocupa de mí...

sabes la falta que hace en el mundo su tardanza, según son los agravios que piensa deshacer, tuertos que enderezar, sinrazones que enmendar, abusos que mejorar y deudas que satisfacer.

— Hablando en serio, contesté, sí es verdad que necesito salir, pues ya basta de *vita bona* y de descanso.

— Ya sabes lo que hemos convenido, intervino doña María Antonia; te alivias, te pones en franquía, y á la calle. Es cierto que ya no toses; es cierto que tienes ya los huesos en su lugar; pero todavía tienes una pata más corta que la otra, el brazo está torpe y sin empleo posible, y se te echa de ver la crujía que has pasado en toda tu cara... Por ahora nos vamos al pueblo, arreglamos los negocios que tiene pendientes Crescencio, descansas otro poco, te vas á tus andulencias, y vuelves cuando la guerra concluya, que no puede ser tarde...

— A casarme y á vivir en paz, trabajando en cualquier cosa que no sea matar gente ni ayudar á matarla.

— Para entonces, si, como esperamos en Dios, Chencho y Ramón dejan la bola, nos asociamos todos y veremos de restaurar esta hacienda mía, que tan decaída está... Pero la ventaja es que lo poquísimo que me queda y que apenas me dará para comer mal, no debe nada á nadie, ni está manchado con las picardías del agio ni de la desamortización... Lo que aquí hay es obra de la buena suerte de mis padres y de mi propia honradez...

Y así seguimos echando cuentas alegres, en medio de aquella atmósfera de tristeza.

Inútil es decir que Trini y yo vivíamos en un deliquio constante.

— ¿Te acuerdas, me decía ella, que yo contaba con esto? Claro que no me figuraba yo que habíamos de pasar tamañas penas; pero sí sabía que quien bien quiere facilita, y que quien porfía, mata venado... ¿Cómo Nuestro Señor te llevó á cuidar nuestra casa y los papeles que, según mi padre, demuestran que pagó aquellos miles que debía? ¿Cómo te trajo aquí para que salvaras la vida á mi padrecito y las de todos nosotros?

— Cosas de ese Señor, hija.

— Ahora no hay para ellos más que Juanito. Y Juanito por aquí, Juanito por allá, Juanito por el otro lado, ello es que no tienen más preocupación que tu *indigna* personilla.

Llegamos á Tlaxochimaco á principios de Abril. El pueblo estaba más alborotado que nunca, las familias principales se hallaban ausentes, y las que quedaban temían sufrir peores atropellos que antes.

Había vuelto Rojas, había vuelto Juan Chávez, habían vuelto los cien mil bandidos de todos los colores y de todas las denominaciones, que eran el azote del país.

García de la Cadena había llevado indios de la Sierra Fría; don Carlos Rivas, indios coras y huicholes que

habían dejado tamañitos á los famosos rojeños. Seis días había ardido la población; en las calles y en los templos se había matado y violado, y como coronamiento de estos primores, se habían llevado los llamados conservadores hasta el último átomo aprovechable.



Todavía encontramos cincuenta y dos ahorcados en las orillas del lugar, y nos refirieron un caso que nos puso los pelos de punta: Don José Guzmán, uno de los vecinos ricos, se había rehusado á pagar un préstamo y lo habían colgado atándole los pies de la copa de un camichín, y de la copa de otro camichín las manos y la cabeza; habían soltado los árboles violentamente, y el pobre había quedado hecho pedazos, desarticulado y sin coyunturas. Luego lo habían rematado metiéndole los sables por el cuerpo, mientras pasaban debajo á toda la carrera de los pencos.

Referir el número de los que habían quedado sin ojos,

porque se los habían vaciado con *malacates;* el de los que habían caminado á pie leguas y leguas después que les habían quitado las plantas; el de los que habían presenciado la deshonra de sus hijas ó sus mujeres, sería cuento de nunca acabar; basta decir que uno de aquellos religioneros, que leía diariamente el *Año Cristiano,* sacaba los tormentos que tenía decidido aplicar, de los que los procónsules griegos y romanos inventaban para los primeros creyentes en la fe del Salvador.

Cuando llegamos al pueblo, lo encontramos en un estado de atraso y tristeza que metían miedo. No quedaba de lo bueno que había habido, ni la audacia y el valor que habían sido distintivo del pueblo desde tiempo inmemorial.

Recuerdo como si fuera este momento mismo, que el día que se supo nuestro arribo, estuvo á vernos un sujeto de chaqueta, sombrerillo hongo y chicote en la mano. Montaba en caballejo de mala muerte, ensillado con albarda inglesa, y le seguía un mozo de sombrero ancho con calzoneras y chaqueta de cuero. Ya se comprenderá que hablo del médico del lugar y de su mozo.

Llamándonos aparte nos hizo una confidencia terrible: «Está aquí, nos dijo, el más famoso de todos los bandidos: el *Caimán;* lleva mucha ventaja á Juan Chávez, á *Pata de Palo* y á todos los conocidos, y donde se lo proponga, acaba con nosotros. Su plan consiste en quedarse aquí,

arreglar todo para que entre su cuadrilla, y una vez que haya caído el pueblo, llevarse lo poco que nos queda.»

— Pero, ¿qué necesidad tiene de todos esos preparativos, cuando le bastaría con un avisito para que le mandaran, no sólo los mantenimientos que necesitara, sino hasta cien doncellas como á Mauregato...? Bien que, á la verdad, eso de las doncellas está escaso; pero no faltaría manera de complacer á su señoría ladronesca.

— No, piden los *garroteros;* éste quiere, no sólo que le den, sino tomar; y, por otra parte, lo que desea es constituir al pueblo en lugar de refugio para su mesnada.

— ¿Y qué hacen ustedes que todavía no escabechan á ese bribón?

— Calle usted, hombre, calle usted; ¿quién se atreve á tanto, cuando no hay quien haga cabeza para nada?

— Pues yo hago todo lo que sea menester, y ó nos quitamos para siempre de estos ladrones, ó vemos para qué nacimos.

— ¿Lo dice de vèras, comandante?

— Con toda mi alma. Llame usted á todos nuestros amigos, á todos los vecinos que tengan ó puedan tener armas, y verá cómo en un momento nos convenimos.

— ¿Le parece que los cite para las consistoriales?

— Pero, hombre, no sea usted inocente; ¿no ve que por poco avisado que sea el *Caimán,* se enterará de todo? No, aquí, aquí, y sino á la casa de mi cuñado, donde tengo mi habitación.

— Pues no hay que perder tiempo, porque cabalmente para esta noche está acordado el asalto.

— Vengan ustedes en seguida y verán cómo todo se arregla.

A la hora en punto, ya estaban en la casa de mi padrino don Francisco Pérez Cano, don Antonio de la Torre, don Manuel de Llana, los Moranes, los hijos de don Filomeno de Anda y quince ó veinte personas más, amén del doctor don Lázaro Cervantes, de la Facultad de Tlaxcala, convocante de la junta.

Si yo tuviera un ápice de fantasía, aprovechaba esta oportunidad para llenar muchas cuartillas con una arenga académica que eclipsara á las que de Capoulicán, Coriolano y Maxicatzin andan en los libros; pero en razón del juramento que tengo rendido, he de confesar que no dije sino tres ó cuatro palabras, por cierto de lo menos escogido, excitando á mis paisanos á que se defendieran de esa agresión.

A pesar de mi relativa pobreza oratoria, los concurrentes á la junta se sintieron excitados, y se comprometieron á estar listos para rechazar al enemigo.

Pero á pesar de lo que el doctor nos había prometido, esa noche no fué el asalto, ni tampoco fué en las dos subsiguientes. Mejor; así pudimos juntar buena provisión de *parque,* alistar algunas armas y comprometer á otros á la resistencia.



CAPÍTULO IX

Acaba el viacrucis

¿QUIÉN dice que en los pueblos cortos no se paladean los deleites del arte dramático ni las sublimidades de la música? En el mío, aun en medio de lo más crudo de la guerra, solían anunciarse con grandes cartelones compañías de la legua que esparcían el alboroto en todo el vecindario.

«Teatro.
«Compañía dramática dirigida por
el primer actor mexicano Arcadio Dávila.

(En este lugar la máscara de la tragedia, un puñal y una columna truncada).

Aquí no hay ardid ni treta,
Apuntador ni consueta.

«Esta compañía, que cuenta con los mejores elementos »de personal, de paso para la capital de la República, se »propone dar en esta villa una corta serie de funciones »que le han solicitado los más distinguidos vecinos.

»Para ver de agradar al culto público que la favorece, »la compañía presentará á las notables actrices mexi- »canas

»Antonia Robles y Consolación Bracamonte,

»que han obtenido grandes y ruidosos aplausos en los »principales teatros del país.

«El répertorio se compone de los dramas más moder- »nos, como

El Trovador,
Hernán ó la vuelta del cruzado.
El Torneo,
La Oración de la tarde.
Fe, Esperanza y Caridad.
El Campanero de San Pablo.
Lázaro el mudo, pastor de Florencia.

»y otros que llaman actualmente la atención en las ciu- »dades de Guadalajara y México.

»Si ocurriereis á mi llamado, quedarán plenamente »satisfechos los deseos de un servidor de ustedes,

Arcadio Dávila y Flores.»

Aquella noche, la del dos de Mayo, tenía singular atractivo: se representaba el terrorífico culebrón *La herencia de lágrimas, ó los hijos del pirata rojo*, y como entremés uno que hacía reir enormemente en aquel tiempo: «L. N. B.» Había además el atractivo de que, «entre el primero y el segundo actos, la bella señorita Robles cantaría la afamada canción *Los moños verdes*, y que al terminarse el drama, que no tenía más que nueve actos, el señor Sánchez Garduño ejecutaría «varias suertes de magia y prestidigitación», tales como aparecimiento y desaparecimiento de objetos, trueque de un vaso de agua en otro de tinta, quemar una *mascada* y devolverla intacta á su dueño y sobre todo la inimitable y graciosa pantomima de *las velas brujas*, que tanto ha llamado la atención de todos los públicos que la han presenciado.»

No podía pedirse más por la peseta que costaba entrar al espectáculo.

Tú, lector ciudadano, que quizás desdeñes las vejeces que te ofrezco por irte á aplaudir una función por horas en cualquier teatrucho de los que están abiertos por ahí, te reirás del entusiasmo que en el año de desgracia de 1860 inspiraba en un pueblo de cuarto ó quinto orden la llegada de unos comicuchos hambrientos, que más parentesco tenían con los representantes de Angulo el malo, que con los que ahora se estilan, de grandes polendas y á veces con coronas de marqueses en las maletas.

Pero ello es que no tendrías razón de extrañarte de esos entusiasmos; pues los mismos que en México habíamos oído á la Petuffo, la Zafrané ó la Cañete, y que habíamos aplaudido á la Albini, comentábamos con entusiasmo los arrumacos de la Robles ó los jipios de la Bracamonte.

El teatro no era sino un modesto corral de que se acababa de expulsar á las caballerías de todos géneros y tamaños, pasándolas á algún otro inmediato y no tan honrado como el primitivo. Y veces había, según pueden atestiguar los que lo vieron, que interrumpía el parlamento más animado ó la situación más peliaguda, el intempestivo rebuzno de un burro, que anunciaba que la guía se encontraba en lo más culminante del cenit.

Al rededor del patio había vigas perpendiculares que sostenían otras transversales; allí se colocaba el público de frazada y rebozo.

En el centro se sentaba la *catrinada,* en sillas que enviaba exprofeso de sus respectivas habitaciones. Se defendían del sereno los concurrentes con un toldo ó vela que se hacía pender de la azotea.

En el exterior se colocaban mesas en que se vendían fritangas de las que son propias de las fiestas, y vino que consumían los concurrentes.

A las nueve de la noche empezaban á llegar los que iban á divertirse, ellos con sus sombreros tendidos y sus

chaquetones de astracán, ellas con sus *tápalos* de mil colores y sus miriñaques extraordinarios.

Como á las diez, el gracioso de la compañía, ya de tonelete y jubón acuchillado (acuchillado también ¡ay!



por los años y el mal trato) se asomaba á ver qué cariz presentaba la concurrencia. Si era bueno, hacía seña á la música para que rompiera en una obertura, que generalmente era la de la *Gazza ladra,* que sólo cayó en desuso por haberla desbancado el *Poète et paysan,* que aun está en honor en muchos pueblos rabones.

Si la entrada no era tan buena, se estaba quieto el telón, que tenía pintados una ninfa en cueros y un dístico que decía:

Con culta forma y con afán prolijo,
Divierto, doy placer, domo y corrijo.

Mientras la función empezaba, los concurrentes se entretenían charlando, y hasta solían comprar cacahuates, enchiladas y otras golosinas que entreveraban con buenos tragos de lo caro.

Por fin se alzó el telón aquella noche, é íbamos enterándonos de las picardías de un desaforado bandido que había secuestrado á un niño, vástago no sé si de un senescal de Polonia ó de un boyardo ruso, y le tenía contra toda justicia y razón metido en el subterráneo de un castillo empinado en lo alto de una roca.

Compadecida del infante una niña muy guapa, marquesa, duquesa ó algo gordo, se propone libertar al pobre preso, y apenas empezaba á enterarme de los ardides que tenía meditados, cuando sentí que me llamaba don Manuel de Llona.

—¿Ves, me dijo, á aquel charro embozado hasta los ojos, que se recata entre la gente? Es el *Caimán*, que trata de dar el golpe esta noche.

—No me lo diga usted.

—Lo sé de buena tinta; hoy, como á las seis, descansaron en Aguablanca los ladrones de la partida, y á las dos de la madrugada tienen que entrar aquí.

—Si les dejamos...

—Eso es, si les dejamos... Son como ochocientos.

Cuando empezó el entreacto hablamos con disimulo á diez ó doce vecinos de los comprometidos, y nos marcha-



— ¿Ves, me dijo, aquel charro embozado hasta los ojos...

mos á fabricar *parque* y á arreglar todo lo necesario para la defensa.

Como se extendió la noticia, poco antes de la hora señalada salieron todos los concurrentes á la función, sin haber visto triunfar á la virtud sobre la iniquidad, y como todos estaban despabilados y llenos de ardor por los hechos heroicos que habían visto realizarse en las tablas, asintieron fácilmente á batirse contra quien los atacara, así fuera el mismo don Roldán con los doce de la Mesa Redonda.

Esperamos con terror las dos de la madrugada, sin oir cosa que nos llamara la atención; dieron las tres, é iban á dar ya las cuatro, cuando nos figuramos que todo se había aplazado. Pero en el momento que el campanero de la parroquia tocaba el alba, vimos desde las alturas un cohete de luces que subía pausadamente por los aires describiendo una parábola y cayendo en chispas de oro hacia el oriente de la villa. En ese momento...

Pero aquí dejo la palabra al señor cura Herrera, que en su inapreciable libro *Las nuevas décadas de Herrera, ó sea relación de los sucesos notables que han acontecido en la villa de Tlaxochimaco,* refiere todo con sus puntos y comas y me evita el bochorno de alabarme. Dice Herrera:

«Luego que se extinguió el resplandor del cohete, se oyó un inmenso estrépito que provenía de todos los rumbos; seguramente los malhechores se habían ido introdu-

ciendo hasta el centro á la chita callando, de manera que, llegada la hora, entraron gritando como unos verdaderos demonios:

—¡Viva la religión!

—¡Muera este pueblo chinaco!

—¡Mueran los colorados!

—¡Abajo los de la mano!

Los vecinos, que ya estaban sobre aviso, empezaron á hacer fuego con mucho brío; nada menos en la puerta de mi curato cayeron tres bandidos vomitando herejías.

No me dejaron los que vigilaban la azotea salir á confesarles; pero desde arriba eché bendiciones hasta que me figuré habrían expirado.

Mas no se amedrentaron por tan poco los asaltantes: siguieron haciendo fuego, y del primer empuje llegaron hasta la plaza, donde los recibió nueva granizada de balas.

Se parapetaron en las esquinas, se hicieron fuertes en los vanos de las puertas y siguieron disparando sin interrupción. En las calles había también muchos bribones que se precipitaban hacha ó morillo en mano á derribar las puertas: pero los vecinos, trocados en unos leones merced al arrojo y á las excitaciones de don Juan Pérez de la Llana, les hicieron huir á balazos.

Cuando menos lo pensábamos, oimos un trueno muy fuerte, y luego voces de júbilo de los asaltantes. Era un

cañón que se disparaba contra el cuartel, donde mandaba La Llana así como en todo el cuadro de casas que está anexo. Como respuesta al cañonazo, una música de mala muerte, pero música al fin, rompió á tocar los *Ahualulcos,* tonadilla con que los conservadores nos hacían burla, en memoria de la derrota famosa del señor Vidaurri. ¡Nada menos que artillería y música traían esos bandidos!

No se amedrentaron los nuestros, sino que siguieron tirando sin parar.

La luna era hermosa, tanto que nos permitía distinguir los colores de las cabalgaduras, los de las bufandas y de los sombreros plateados. Recordaré mientras viva á un tipo gordo él, de muchas barbas, de voz horrenda y montado en un caballejo rosillo. Arengaba á los suyos en un lenguaje mechado de insolencias, cuando el certero La Llana le disparó un tiro que hirió al caballo en el encuentro; fué arrastrándose un buen rato el pobre animal, pero al fin cayó en la entrada de la plaza, donde los de las consistoriales acabaron á tiros al dueño. Todavía herido, el pecador lanzaba por su inmunda boca horrores capaces de aterrorizar á cualquiera.

A las cinco y cuarto ó cinco y media, es decir, en pleno día, los bandidos empezaron á retirarse, llevándose los despojos que habían conseguido allegar en las casas de orillas del lugar, por las calles extraviadas y por el arroyo de la Mina.

La Llana ordenó entonces una persecución en regla, en que se cogieron más de veinte ladrones. El resto se escapó ordenadamente, dejando en poder de los nuestros dos esmeriles, todos los instrumentos de la banda, tres mulas cargadas con *parque* y una innumerable cantidad de bultos de ropa, armas, provisiones... y algo que hacía mucho tiempo no contemplábamos: cinco ó seis sacos de dinero: onzas, pesos duros, tostones y demás piezas de plata, cuartillas, tlacos y medios tlacos de cobre.

De los nuestros cayeron el licenciado Gómez, que fué la primera víctima, y dos mozos de la casa de Torres Lares. Prisciliano Ruiz sacó un brazo destrozado con una granada de mano que le hizo explosión antes de tiempo; Manuel López recibió en el pecho una herida que dicen es leve, y Macedonio Ruiz sufrió una caída desde la azotea de las *casas pintas*.

Ellos, es decir, los ladrones, tuvieron cuarenta hombres muertos, entre ellos el terrible *Zancalarga,* que fué reconocido por los que han andado en esas bolas, y el corneta, que no cesó de tocar á fuego durante toda la escaramuza. Este pobre muchacho (porque era casi un niño) recibió un balazo en la boca á la hora que tocaba con más brío; y la trompeta, la boca y los dientes le quedaron hechos pedazos.

Heridos, no dejaron sino seis muy *graves;* les confesé y administré el viático horas antes de que murieran.

En cuanto al *Caimán*, todos están unánimes en que, si hubiera podido dirigir la refriega, quizás habría sido otro el resultado. La causa de no haberse presentado fué ésta: el maldito, durante los días que había permanecido en el *Mesón de Nuestro Amo*, donde se halla la compañía dramática que ahora *actúa* en nuestro Coliseo improvisado, se enamoró perdidamente de una muchachuela, actriz ó representanta, llamada Antonia Robles.

Importunaba á la Robles con mil proposiciones indecorosas, pero la chica jamás le había dado oídos porque es honrada á carta cabal. El domingo supo la muchacha por no sé qué medios que el asalto sería á la madrugada siguiente, y se propuso venir en auxilio de estos pobres vecinos que tanto la quieren.

Según parece, la Robles no tenía más quehacer que cantar una cancioncilla al concluir el primer acto. Ese momento escogió el *Caimán* para importunarla nuevamente, y la chica, fingiendo que accedía á su mal deseo, le dijo que era menester permaneciera encerrado en su cuarto hasta que ella llegara á recogerse.

El ladrón no vió nada particular en la proposición, y desde las once se estuvo encerrado con llave en el cuarto de la Antonia; cuando se promovió el tumulto que hizo se terminara la comedia antes de tiempo, el *Caimán* quiso salir, pero no lo logró. Trató de romper la puerta; pero como era fortísima, de pura madera de mezquite, resistió

las embestidas del ladrón. Gritó, se desgañitó, se mesó los cabellos; pero ni sus gritos fueron oídos, ni sus voces sirvieron de nada, ni por el mesamiento de pelos llegó á separar una línea las hojas de la puerta. Al fin, seguro de que los suyos no tardarían en triunfar, se estuvo quieto aguardando la definitiva.



Como á las seis, en vez de las caricias de la comedianta bonita ó de las aclamaciones de sus compañeros, tuvo la desagradable visita de ocho vecinos que venían con los fusiles preparados á llevarle ante un jurado.

Así fué como la Antonia Robles, nueva y astuta Judit, aunque más recatada que la otra, salvó al pueblo de Tlaxochimaco, después del ardor de los vecinos y de la ayuda de Dios.

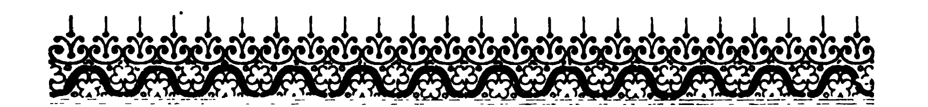
El jurado se reunió presidido por don Crescencio Torres, y previa la aplicación de no sé qué leyes de las innumerables que tenemos, sentenció al *Caimán* y á sus cómplices á la pena de muerte, que se hizo efectiva al poco rato.

El bandido murió echando grandes roncas y sin quererse confesar. Los otros recibieron cristianamente los santos sacramentos.

Los vecinos, que habían sufrido tanto, comprendieron que sólo merced á la unión concertada se había alcanzado el triunfo contra la canalla, y dando muchas gracias á su caudillo don Juan Pérez de la Llana, se propusieron resistir con igual decisión cualquier otra intentona como la pasada.

Y santo remedio; porque las gavillas no volvieron por Tlaxochimaco al saber que no hallaban la buena acogida de otras veces.»





CAPITULO X

De Guillermo Prieto á Juan Pérez de la Llana

De las cartas que por diversos conductos recibí en mi pueblo, mientras en él permanecí por orden del Jefe del ejército, copio ésta que algo contiene digno de saberse.

Veracruz, 1859.

Juanucho muy amado: te envío algo parecido á un diario, que formé á medida que ocurrían los sucesos de que ha sido teatro este puerto. Creo que no te quejarás de que sea breve; y si te quejas, allá te lo hayas, que al fin no he de rebajar ni una sola línea de todo lo escrito.

Desde Febrero teníamos noticia de la aproximación del joven Macabeo, que llegaba poco á poco, con pasos tácitos y acompasados, estudiando las lomas, midiendo

los arroyos, oteando los médanos y avanzando por fracciones infinitesimales.

El día primero rindieron los jefes de etapa su parte á Robles Pezuela: cuarenta metros, seis centímetros y no sé cuántos milímetros se habían caminado; y *Tleinta y tles* felicitó á las tropas por el esfuerzo extraordinario emprendido para apoderarse de la ciudad rebelde.

Parece que el nuevo Judas... Macabeo aguarda las espadas, rifles, sables, pistolas, mosquetes y cañones, sobre todo cañones, que le remitirán de allá, de México; y al almirante don Tomás Marín, que ha salido de la Habana con una escuadra que ni la de Xerxes, y con unos voluntarios españoles que ni los de Flandes, y con unos buques que ni los de la Invencible; sólo el de la insignia tiene más de mil metros de manga y no sé cuántos de eslora y de puntal.

Otros dicen que no hay más que

La escuadra de Papachín,
Dos guitarras y un violín.

Lo que sí resulta indudable, es que el general Voltereta, digo, Negrete, ha llegado á Tejería con dos mil hombres y ocho cañones.

Miramón se baña y aguarda á Marín, *Tleinta y tles* exhibe el brazo en que recibió un ligero rasguño, pues

quiere contestar al reproche que le dirigió su jefe, Miramón, cuando le negó el derecho de tomar parte en los asuntos del país, ya que mientras todos se batían, Robles permanecía en el extranjero dándose la *vita bona.*

Ello es que ayer Su Grosura ostentaba la herida cu-



bierta con un vendaje que bastaría para amortajar á un difunto.

La noche pasada y las otras hubo timbirimba en el campamento del Godofredo mexicano. Las onzas anduvieron de aquí para allá, engordando unos bolsillos y enflaqueciendo otros. Quizás antes de retirarse el grande hombre, porque no le lleguen los auxilios que aguarda de México, embarque para el extranjero, como la vez pasa-

da, algunos miles de duros que sirvan de bálsamo á las penas del pobre decepcionado.

Hoy que me retiré á casa, ví un gran gentío agrupado en las calles que desembocan á la playa. Pregunté qué motivaba aquella curiosidad, y me informaron que acababan de aparecer dos buques que traían aspecto hostil y que no habían izado bandera.

Pedí uno de los muchos anteojos que andaban por las manos de todos, y miré dos barcos que maniobraban á gran distancia del puerto: eran el *Marqués de la Habana* y el *Correo número uno,* rebautizado *Miramón,* ambos mandados por Marín y destinados á batirnos.

Esto lo supe por la boca de un jarochillo despierto, habladorcillo, más *cerrao* que andaluz y gente al parecer bien informada.

—Son loj buquej del Marín, señó amo. Ya Ulúa les dijparó un cañonazo con pólvora y otro con bala; peo como si no. Lo mardito están é siguro arreglaos con er Macabeos pa darnos un dijgusto; pero ¡qué chajco se pegan! Ya verán loj agachupinao como de naá le sirve trairse toó el arsená de la Habana y er Morro y la Cabaneja.

— Cállate, dijo á esta sazón una moza de pelo en pecho, ¿qué sabes tú de estas cosas? No hay tal Marín ni cosa que lo valga. Son unos probecitos pescadores que andan resguardándose del Norte que se anuncia.

— El norte se lo vamo á dar, tía Pancha, cogiéndolej por pirata y po bandidoj. Ya verá.

— Dice bien la Pancha, gritó un viejo tripón, con más cara de lobo de mar que de otra cosa; ansí pasa y no hay talej pirataj máj que en la mente de lo collonej:

— ¡Miau! dijo el otro. Paso á la sabiuría e la marina y á la condicionej e la gente. ¿Conque no son pirataj, tío Chico? ¡Puej si e gente buena, que me la claven!

— Y tú crees, peazo e tonto, que con esa cácara e nué se arrojarían á tomar e puerto? ¿Y tú cree que no se rirían de ello hajta lo pece e la mar? Yo he vijto, y cuando se ha vijto, no se piensan tontería ni méno se dicen...

— Homia, me ha dejao sin habla. Con razón icen lo verso que cantan lo muchacho por la calle, que uté en Jerusalem

Vió con sus ojoj loj rejtoj
Del arca e Noén, laj velaj,
Los paloj, timón y remoj,
El cuerpo entero e Mauma
Y laj botaj de San Pedro.

— Lo que aiga vijto ó no aiga vijto, á ningún bellaco l' importa, y el que lo due, que se sarga á dar conmigo una vuertecita, y verá si soy ó no soy.

— ¡Pero si no lo he dicho por tanto, tío Chico!

— Ni yo por meno, amigo Pepe; pero cuando se trata e señoraj, yo me trenzo á lo gorpe con cuarquera.

— Po no será conmigo, que á Pancha la ejtimo y le tengo máj ley... Y no porquiujté sea marrajo y tenga su ribetej é matrero, me asujto ni me amedrento.

— Naa se ha icho eso, Pepiyo; vamo á refrecar er gaznate con un compuejto fino, y á ver qué sale de esa cacarilla e nué.

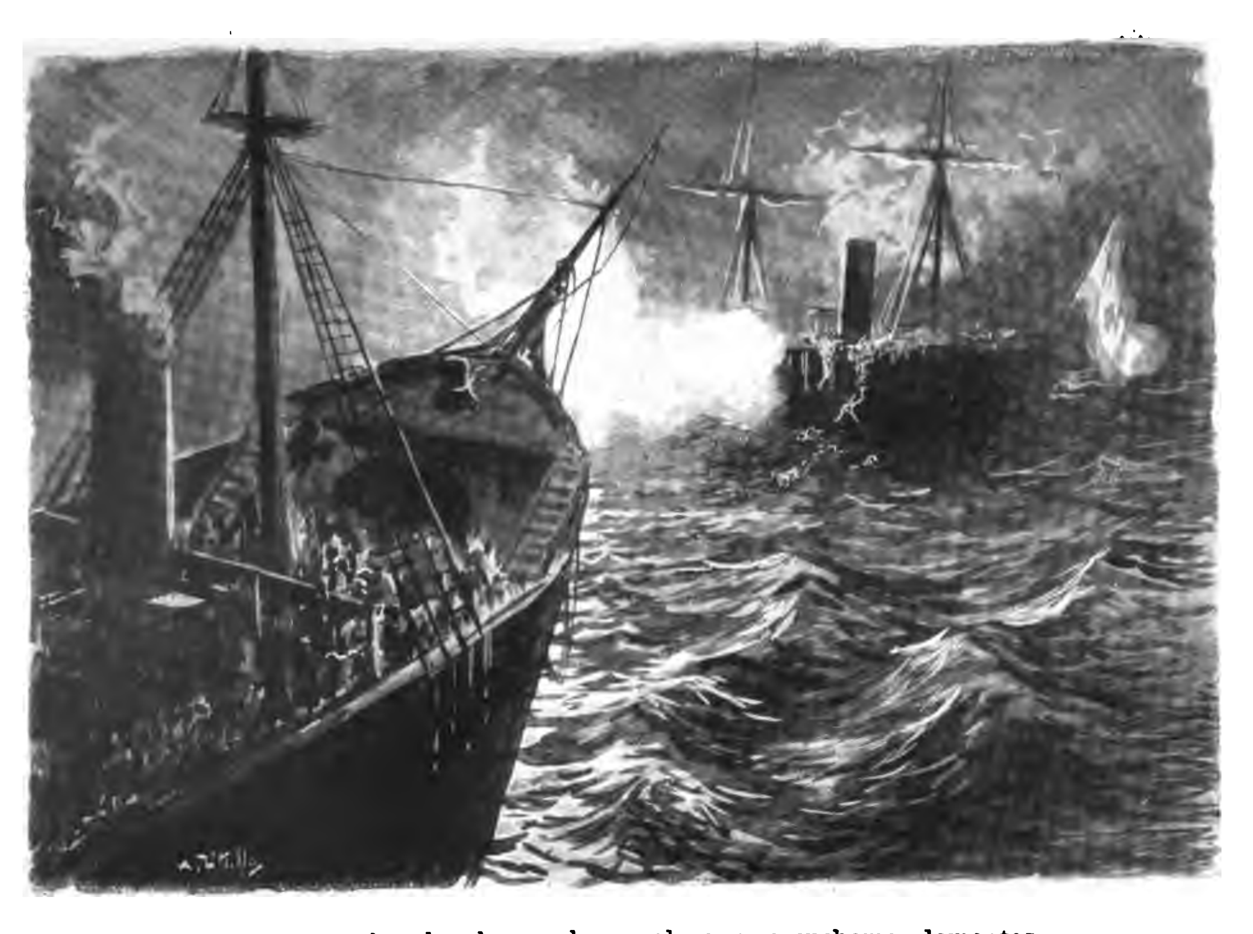
— Pue, vamo, tío Chico, que hablando se entienden la gente.

Y se marcharon á alegrarse.

A las seis, como me lo había indicado antes La Llave, estuve puntual en su casa; luego me mandó seguirle con dirección á la playa. Nos embarcamos en una lancha, subimos la escala del *Wave* y nos instalamos á bordo. Me figuraba que nuestra presencia en el barco tenía que ver con la del *Correo número uno* y el *Marqués de la Habana:* pero no sabía lo que iba á pasar.

El mar estaba tranquilo; se descargaba una goleta, la *Emily Keith;* otra, la *Virginia Antonieta,* acababa de anclar en el viejo muelle. Botes alvaradeños cargados de sal, lanchas pescadoras y de paseo, alegraban la rada. Cerca se distinguían los muros de San Juan de Ulúa, y más lejos, en el fondeadero de Sacrificios, un bosque de mástiles de navío.

A las ocho y media oí voces de mando en el *Wave,* y



... Vimos muchos hombres echarse al agua, escuchamos lamentos...

luego conocí que el vapor empezaba á moverse, remolcando á la *Saratoga*. El *Wave* llevaba como ochenta hombres de tropas americanas y otros tantos el *Indianola,* que sólo servía de transporte.

Poco antes de la media noche, los tres buques llegaron á Antón Lizardo, donde estaban anclados los de Marín, sin bandera, con los faroles apagados y como recatándose para no ser vistos.

Al mirar venir los buques americanos, el *Miramón* echó á andar, pues era el único de los dos que tenía sus calderas encendidas. Vimos al *Indianola* moverse rápidamente y seguir al pirata durante un trecho considerable, luego oimos voces, después nos cegó el resplandor de un cañonazo disparado á nuestra derecha y por último una gran cantidad de balas de fusil nos hizo creer que se había trabado una lucha.

La *Saratoga*, que observó el combate, disparó un cañonazo al *Marqués de la Habana:* vimos muchos hombres echarse al agua, escuchamos lamentos, y al fin, vislumbramos un trapo amarillo y rojo que flotaba en el palo de mesana: era el pabellón español. Entonces empezó el abordaje, que no fué más tremendo por la clemencia de nuestros auxiliares.

El primer aprehendido fué Rafael Rafael, grabador en madera, impresor, diplomático, tercero de Santa Anna y conspirador. Disputaba á grandes voces, aseguraba que

traía poderes del capitán general de Cuba y amenazaba con una reclamación de España.

Pero toda la atención la atraía un sujeto con toda la cara manchada de tizne, la camisa desabrochada y los pies descalzos, y dos jovencitos vestidos de guardias marinas españoles: eran los hijos del Nelson conservador.

El capitán Turner, por medio de intérprete, regañaba á Marín (que no era otro el desharrapado), dirigiéndole cargos por haber hecho fuego sin previo reto. Marín, con voz muy queda y con muestras de suma aflicción, dijo que aunque había conocido que eran buques americanos los que se acercaban, no había logrado detener á la chusma que formaba su *equipaje*, pues si bien la inmensa mayoría de los tripulantes era de españoles, había también franceses, portugueses, malayos, americanos é indios yucatecos. Turner agregó entonces, con voz tremenda: «Ha cometido usted un gran ultraje de que será responsable, porque sobre usted recae toda la culpa de este desgraciado encuentro.» Marín replicó que lo sentía profundamente.

La tripulación permaneció un buen espacio recogiendo los barriles de pólvora y sacos de provisiones que Marín había arrojado al agua en el momento del combate: todos traían las marcas del arsenal de la Habana.

20 de Marzo.—Desde el 14 se acercaron las fuerzas reaccionarias, y aunque las hostilidades iban á empezar desde luego, se suspendieron para tratar de paces. Nada

se consiguió, como era claro, y ayer se disparó la primera bomba. Nos retiramos al castillo de Ulúa, se invitó á las personas pacíficas á que se guarecieran allí, y allí aguardaremos el desenlace de este conflicto.

¿Que cómo irá á acabar? Ya es de presumirse, pues sin el auxilio que Marimón aguardaba por mar, y con la deserción de sus tropas por tierra, es difícil que consiga algo que valga la pena.

Sin embargo, el cañón sigue tronando y destruyéndose multitud de casas del puerto. La población pacífica está aquí atendida con arroz, manteca, pan y demás mantenimientos.

21 de Marzo. — Se creía que el enemigo intentaría un asalto á la plaza en la noche anterior; pero las partidas de exploradores que salieron hoy á la madrugada, regresaron diciendo que los cañones habían sido quitados de las posiciones que tenían ocupadas.

El ejército va atacando la plaza á estilo de los animales que forman su lema, los cangrejos, pues los cañones más cercanos que se notan son los de casamata.

En los últimos días estuvieron los religioneros haciendo el servicio de piezas con soldados de infantería (sobre todo zapadores), á causa de la mortandad que produjeron nuestros cañones entre sus artilleros.

Y como entre los conservadores todo se hace por convicción, rodea á los artilleros improvisados buen golpe

de soldados de caballería, que tiene orden de alancear á los que quieran huir.

La misma fecha. — Fueron aprehendidos José Felipe Ituarte, Francisco César y Francisco Arizmendi, que venían á establecer una aduana marítima en Alvarado, conforme á las disposiciones de Papachín. El guía que habían escogido les entregó al jefe del destacamento de Paso de Ovejas, y de allá fueron enviados á disposición del Gobierno.

— ¡A Veracruz! ¡A Veracruz! repetían esos bellacos en el cínico *Boletín* que redactaban en Jalapa. *Vos dixisti*, majaderos; ya estáis en Veracruz.

La misma fecha. — Se ve alejarse ya, camino de Medellín, al ejército conservador con sus trenes y carros. ¡La del humo!

23 de Marzo. — Decididamente, la familia Miramón está de malas. Se apresó primero al buque que lleva el nombre del caudillejo reaccionario; ahora se acaba de capturar la barca *María Concepción*, que estaba destinada á adular con su dictado á la esposa del antagonista de Zuloaga. Venía la barca cargada de municiones de boca y guerra, que de seguro serán decomisadas.

POST SCRIPTUM. Mayo. — Aquí está un tal Pacheco, embajador que dice ser de S. M. C. ante el desgobierno de Miramón. Es hombre diserto, elocuentísimo y con una mala voluntad para nosotros, como hoy y mañana juntos.

El maldito viejo, que es barrigudo, chato y cojo, resulta más feo que Picio y llega decidido dizque á meternos en cintura. Como las malas intenciones del señor embajador se han traslucido aquí al mismo tiempo que llegaban periódicos españoles que nos ponían de vuelta y media, zurcí como pude unas redondillas de poco fuste en que contesto las diatribas. Ahí te las mando por si te parecen bien.

Cada tiro es un gazapo,
Cada paso un tropezón;
Nos pone ya como un trapo
La España, por diversión.

Jamás faltarán pretextos
A los hijos de la Iberia
Para enviarnos mil denuestos
En prosa burlesca ó seria.

Están á la orden del día
La sinrazón mexicana
Y la morisca porfía
Con lujo de charla vana.

Hasta serios escritores
De mérito, de talento,

Escriben sendos horrores
De este pueblo turbulento.

Donde los hombres caminan
Por un milagro en dos piés:
Y donde todos se inclinan
Hasta ponerse al revés;

Donde perdiéndolo todo,
Hasta la honra y el juicio,
En un océano de lodo
Se vive, por maleficio.

Madre España, ¿á qué ese anhelo
De insultarnos imprudente?
¿No ves que escupiendo al cielo
Te escupes, madre, en la frente?

¿Nuestra desgracia es completa?
¿Fatal es nuestro destino?
Pues danos una receta
Que cure este mal indino.

¿Tus viejos pecados ora
Quieres que solos carguemos?
Eso es injusto, señora...
Tu origen reconocemos.

Es verdad que combatimos
Sin cesar y con tesón;
Pero es porque recibimos
Tu pésima educación.

Y tenemos que extirpar
Muchos abusos y errores
Que dejaron al pasar
Nuestros bárbaros señores.

Ten, Iberia, caridad
Con el que lucha y se afana;
Que el pan de la libertad
Sólo con sangre se gana.

Y tú tienes experiencia
De lo que cuesta el progreso,
Pues, tras tu larga existencia,
Aun estás royendo el hueso.

Tuyo, Juan queridísimo, tu viejo

GUILLERMO PRIETO.



CAPITULO XI

Un asceta guerrero

Dista mi pueblo de la famosa villa de Lagos, obra de veinte leguas de pésimo camino: en caballo de buen andar se empleaba toda una jornada de sol á sol, y se llegaba á buena hora para tomar la colación en una fonducha que extendía su reguero de luz sobre las piedras de la calle, como recamo de oro en el manto obscuro de la noche.

Una carta del señor Degollado, mi buen general, me llevaba á la tierra de Moreno el grande. Me hacía saber don Santos mi ascenso á teniente coronel y me indicaba pasara á verle en Lagos, á donde permanecería corto tiempo. Me despedí de Trini, de sus padres y de todos los vecinos del lugar, que aseguraban pasarían las de Caín luego que yo me alejara, y haciendo á un lado afectos y

hábitos eché á andar mi caballo en dirección al Norte. Mi padrino y el cura Herrera, que fueron mis últimos acompañantes, me encargaron por la *enésima* ocasión que me cuidara y que no dejara de escribirles dando noticias de mi salud y de mis andanzas, y yo dejé al corcel con la rienda suelta y dueño de su albedrío seguir la blanca carretera que se prolongaba polvosa y solitaria hasta donde alcanzaba la vista.

¡Cuán otra mi situación de la de pasados tiempos! Antes ni dolores, ni murrias, ni goces, ni hastíos, ni desabrimientos tenían quien los comprendiera ó se doliera de ellos ó los acompañara; ahora ya mi vida contaba con un objeto, mis fatigas con un norte, mis deseos con un fin. Aquella tendencia que había modelado todo mi ser, que me había producido lo más bueno y lo más malo de cuanto había pasado en el curso de mi tumultuosa vida; aquel amor que parecía haber nacido conmigo ó que, por lo menos, estaba enraizado en el fondo de mi ser, tomaban ya forma y solidez, y de chiquilladas sin consistencia, de tendencias mil veces combatidas y mil veces triunfantes, se convertían en ideal que iba á llenar mi ser entero como sutil y embriagadora esencia que compenetra las paredes del vaso destinado á contenerla.

Todavía faltaba algo, quizás faltara mucho para el cumplimiento de mis propósitos; pero ¿qué importaba si no había de ser tanto como lo pasado, y si, aun siéndolo,

tenía conmigo el secreto para tolerarlo sin protestar ni desesperarme...?

Creo que alguna vez hice pasar por estas deshilvanadas páginas la figura del señor general don Santos Degollado; pero quizás no dije de mi ilustre jefe todo lo que yo pensaba y merecía él.

Don Santos fué, sin duda, después de Ocampo y de Juárez, el carácter más entero y admirable de la Reforma. Había conocido al pobre, había participado de sus ansias, de sus sobresaltos, de sus temores y de sus penas; había estudiado la situación de los propietarios rurales y la de los sirvientes de hacienda, y se había formado idea de todos los grandes problemas que agitaban á nuestro país en aquel período en que todo estaba por hacer.

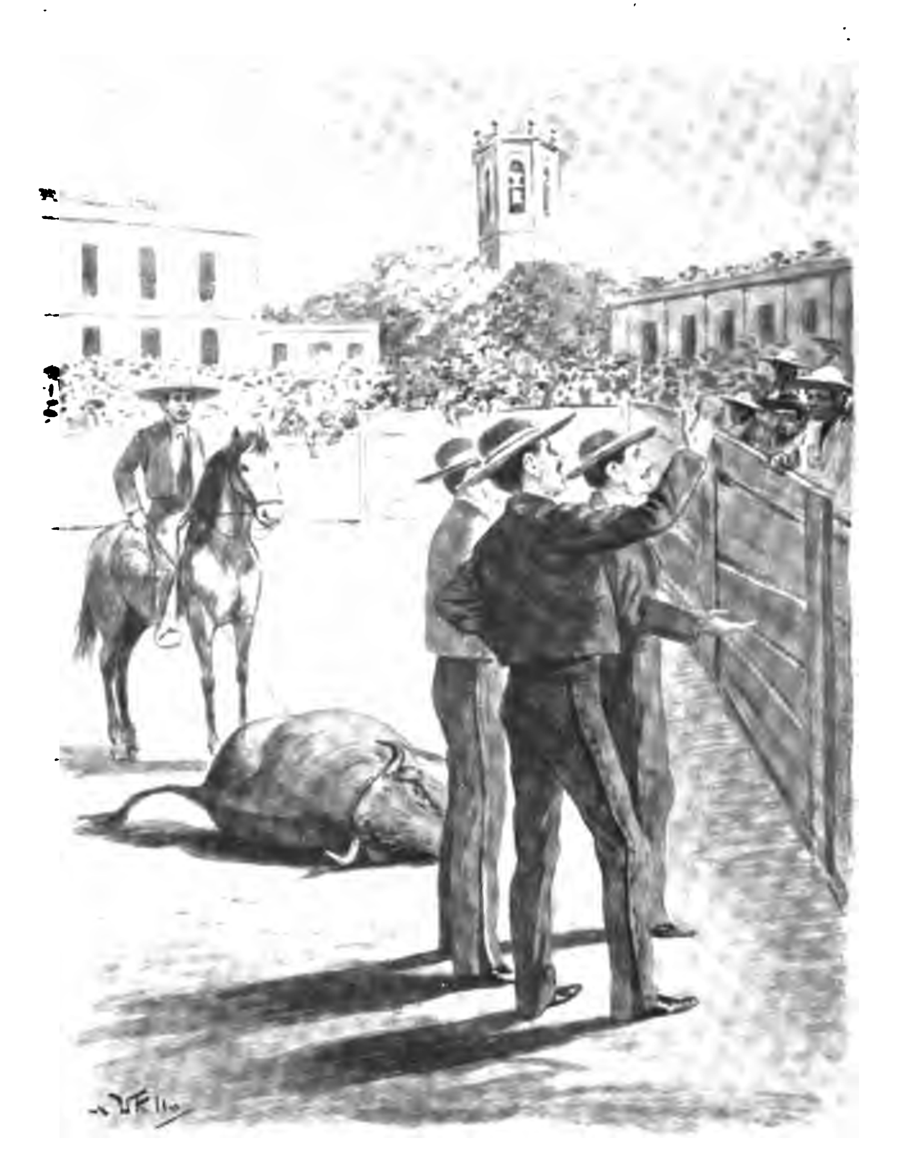
Su única habilidad la constituía la pendolística, y á ella debió su ingreso en la burocracia eclesiástica en calidad de escribiente de la haceduría de Morelia; pero en verdad que no eran aquel puesto secundario y aquellas ocupaciones mecánicas y serviles los que habían de satisfacer el ansia de cosas grandes que sentía don Nemesio Santos Degollado.

Sus ocios, siempre escasos, los dedicaba á leer libros de filosofía, de historia, de ciencias exactas y de literatura; pero sobre todo de controversia religiosa. Conocía á fondo cuanto se sabía en aquellos tiempos sobre exégesis, y para poder opinar por sí y sin necesidad de auxiliares

acerca de esas peliagudas cuestiones, había aprendido latín, griego, hebreo y árabe, así como su poco de geología, paleontología, química y otras muchas ciencias.

Recuerdo que en una ocasión leía delante de él alguno de sus ayudantes una de esas infinitas refutaciones de las leyes de Reforma, que eran el pan de cada día en aquellas calendas. A lo que parece, se había hablado al jefe de aquel escrito como de obra que llamaría grandemente la atención por la enorme cantidad de citas teológicas que contendría, y por el ruido que había de meter entre el pueblo fanático.

Don Santos oyó impertérrito aquel escrito, mechado con frases latinas de Santos Padres y con cánones de concilios; luego que hubo concluído el lector, le ordenó que tomara la pluma y le dictó sobre la marcha una respuesta á aquellas argucias, hecha con tanta habilidad, con tacto tan peregrino, con lógica tan convincente, que no dejaba hueso sano al pedantuelo que había elaborado el fárrago á discusión. Y lo que es mejor, de memoria empedró su escrito con no menos latinajos, con no menor número de recónditos lugares de la Sagrada Escritura y con argumentos no menos aparatosos que los del contrario; siendo grande mi admiración cuando, al día siguiente que leyó aquello un canónigo amigo nuestro, el eruditísimo Verdía, nos dijo con seguridad: «Exacto, exacto, no falta ni sobra palabra: compulsé anoche, por curiosidad,



Los léperos empezaron á chunguear al de los consejos...

todas las citas y las encontré idénticas á las originales; Nemesio podía ser otro Ilmo. Portillo, si se lo propusiera.»

Pero este hombre tan ampliamente preparado para la lucha intelectual, no lo estaba menos para la material. Derribaba un toro de un puñetazo, sofocaba un caballo con la presión de las piernas, *traveseaba* en el campo con la habilidad del ranchero más pintado.

Corre por ahí, escrito en libros, un rasgo que pinta al hombre. Se celebraba la entrada de Comonfort en Zapotlán el Grande. Como era claro, los toros figuraban como número esencial del programa; pero no los toros ciudadanos, con pragmáticas y reglas más complicadas que las que se necesitan para mandar un hombre á la eternidad, sino la diversión campesina, sencilla, ingenua y de verdadero deporte.

Sale un bicho josco, ojinegro, de mucho empuje y que causa en la plaza una espantosa serie de revolcones. Quiere jinetearlo un ranchero y va al suelo con todo y medias botas; otro *le trepa* y cae en seguida.

De repente se oye una vocecilla:

— Más flojo el pretal.

— No le lastimen el *codillo.*

— Ténganlo firme.

Los léperos empezaron á chunguear al de los consejos juzgándole un lego:

— Pos abájate tú; el que da la receta, da el medio.

— Al cabo no duelen los cristianazos.

— Midirás tus tierras.

Como si sólo aguardara esas invitaciones, don Santitos con su camisa aplanchada, sus pantalones de trabuco, su traje negro y su sombrero de copa, bajó á saltos la gradería, se agazapó para pasar la barrera, se plantó junto al toro, rechazando las espuelas que le ofrecían y montó en el bicho.

El animal parecía de resorte; movía el pellejo del lomo como si lo tuviera prendido con alfileres que se le hincaran en la carne, lanzaba enormes *reparos,* se sacudía aquel cuerpo extraño, y recorría la plaza en medio de la algazara de los circunstantes.

— ¡Bien *ayga* lo bien parido!

— ¡Ansina, amo; trábele juerte!

— ¡Déjenlo solo!...

— ¡Mire pa los cuernos del animal!...

— ¡Eche el cuerpo para atrás!...

— ¡Ah, que los hombres! esos son los de Zamora...

— ¡Uy, juy, juy!...

Al fin el toro dejó de *reparar* y don Santos bajó en medio de una ovación indescriptible: no podía el caudillo haber presentado argumento mejor para justificar su valer; y años más tarde, cuando formó el núcleo del que había de ser ejército federal, sus más decididos partida-

rios, los primeros que se encontraron á su lado fueron aquellos rancheros, que se habían quedado prendados de las bizarrías de don Santitos.

Y sin embargo, el jefe no hacía alardes de valor; era



el último en retirarse de las batallas, el que cuidaba con más celo de la suerte de la retaguardia, de la salvación y debido acarreo de los heridos. Una vieja, un guarda-parque, uno de esos sujetos inclasificados que caminan á la zaga de nuestros ejércitos cuasi orientales, le merecían las atenciones más grandes.

Alguien que ahora se engalana y se engalona con el uniforme correspondiente á una alta jerarquía militar, me ha referido que en la mañana de la derrota de Pon-

citlán, cuando los mochos ya habían logrado pasar el río y seguían de cerca á Degollado y sus ayudantes, el general vió correr á toda prisa, por entre los pantanos que llenaban el campo, á un chiquillo (el brillante jefe de ahora), trompeta de uno de los batallones que iban á la desbandada. Detuvo su caballo el santo á la jineta, hizo señas al muchacho y le aupó, montándole á la grupa. Así continuaron juntos recluta y generalísimo hasta un rancho inmediato, en que dió don Santos de almorzar al chico y le obsequió con una media onza para su camino.

Don Santos era inexorable en asuntos de disciplina: pero con nadie era más inflexible que consigo mismo. Se levantaba con el sol, emprendía el minucioso aseo de su persona, escribía cartas á media humanidad, y cuando ya era día claro, hacía que entrara un escribiente para seguirle dictando cartas, proyectos, comunicaciones oficiales y otra multitud de primores.

Se desayunaba parcamente y deprisa, recibía visitas, daba órdenes, comía tan mal como se había desayunado, y seguía trabajando hasta las altas horas de la noche.

Su austeridad confinaba con la miseria, su moderación era parienta cercana de la falta de decoro, y su humildad le daba aires á la insignificancia.

Una botella de vino, un medianejo *Tinto de Navarra*, marbete rojo y cápsula rosa, le duraba hasta quince días.

—No, no, insinuaba meneando la cabeza; ¿qué van á

decir nuestros enemigos? Hay que vivir de los recursos del país; desgraciadamente hay que causar daños á los pueblos; pero si ellos averiguaran que nosotros gastábamos sus recursos, su nervio, su sangre, en francachelas y festines, no tendríamos más su confianza.

Si de cuenta de mi bondadoso jefe hubieran sido las cosas, no se habría gastado un peso, ni se habría impuesto un préstamo, ni habría recibido nadie un rasguño. Pero el utopista, el varón justo, el santo republicano, comprendía bien que uno era el pensar y otro el obrar, y se veía obligado á transigir con muchas cosas, aunque reprobándolas en su interior.

Todavía viven gentes de una honorable familia originaria del sur de Jalisco, que recuerdan cómo acogía los agasajos don Santitos.

Luego que se sabía en Sayula que llegaban las tropas del asceta revolucionario, se le preparaba en la casa de la familia que le alojaba de continuo un cuarto cómodo y decente dotado de cuanto podía necesitar un hombre. Por las mañanas, cuando entraban las criadas á asear la habitación, se la encontraban en el mismo orden que la habían dejado. Llegaron á creer que don Santos hacía personalmente la tarea de las gentes de servicio, pero no había tal; una noche que se oyeron tiros y se creyó en una sorpresa, los ayudantes entraron á despertar al general y le encontraron dormido como un ángel al pie de la

cama en un tapete de cuero de cíbolo, vestido y armado como si estuviera en el campamento. Al ruido despertó, se puso en pie y explicó ruborizado que aquello era á causa de que no quería *mal imponerse*.

Cuando llegaba á la casa y se le invitaba á pasar al comedor, contestaba invariablemente:

— Gracias, señoras; ya es después.

Y sus acompañantes no dejaban de exclamar:

— Pero este don Santos es como la muerte de Apango: ni *chupa*, ni bebe, ni va al fandango.





CAPITULO XII

El martirio del justo

Cuando vi á don Santos, le encontré todavía más demacrado, todavía más endeble, todavía más marchito que le había dejado. La color era como de marfil viejo, los labios estaban exangües, los cartílagos de las orejas se transparentaban cual si hubieran sido de cristal ligeramente rosáceo, el lagrimeo de los ojos (cubiertos con antiparras tan obscuras como de ordinario) era más insistente y más fluido. Daba lástima ver á aquella momia, animada apenas por un soplo interior pujante y brioso, que le consentía hacer frente á las debilidades del cuerpo.

Uno de sus ayudantes, Ramón Miravete, me llevó aparte y comenzó á hablarme con vehemencia que me impresionó.

— Una cochinada, Juan, una cochinada es lo que tiene al jefe así... Más que una, son varias cochinadas, muchas cochinadas, muchísimas cochinadas... La verdad es que yo no toleraba la cuarta parte de estas cosas; soy muy jarocho, y á la primera le habría dicho tres frescas al lucero del alba...

— ¡Pero, hombre, por Dios, cuenta esos horrores! Si no hablas, es imposible que nos entendamos.

— ¡Qué entendernos ni qué ocho cuartos! más vale callar, que así no se desbarra.

— Pues calla hasta la consumación de los siglos... si es que los siglos se consumen.

El cuarto era, entretanto, una olla de grillos, un verdadero y auténtico pandemonium. Oficiales de todas las graduaciones, de todas las armas, de todos los empleos, gritaban con cuanta fuerza guardaban en sus pulmones de hierro; sólo el jefe, retraído y ajeno á aquella gresca, dictaba á un escribiente con voz apenas perceptible entre la gritería.

— Eso no es ley ni vale la pena de decirlo, gritaba un barbudo: ¿se necesita el dinero?... pues se gasta y luego se paga; al fin sobran conventos é iglesias de que echar mano.

— Y luego, para la miseria de un millón de pesos...

— Miseria, y puede hacer triunfar nuestra causa.

— Por eso Doblado estaba de acuerdo.

—Pero no Juárez, que se muere de envidia por los méritos del jefe.

Parecía que don Santitos no se enteraba de aquellas habladurías; pero ello es que tan pronto como oyó la última frase, detuvo sus paseos, irguió la cabeza, miró al que la había pronunciado, y dijo en voz clara y perceptible:

—Suplico á mis amigos y prohibo á mis subordinados, que se expresen del señor Presidente de la República en términos que se alejen siquiera un punto (y diciendo esto enderezaba el índice de la mano derecha y levantaba el menguado cuerpecillo) del acatamiento debido á ese mandatario supremo... Lo prohibo, lo prohibo... y lo suplico.

Todos callaron, se interrumpió la cháchara empezada, y á poco se vió desfilar á los macheteros terror de las comarcas, á los acreditados *tulices,* á los gloriosísimos plateados y á los modestos oficiales del ejército, todos cuchicheando y haciendo comentarios.

También Miravete y yo nos salimos á la sordina á recorrer las obscuras calles del pueblo viendo de paso los figurones de los que pelaban la pava recatándose de cualquier bulto que veían. Mi amigo también era enamorado (siempre lo fué don García), y cerca de una ventana pasó buena parte de la noche hasta que el frío se hizo sentir, y el hombre, dejando de hacer el Macías, pasó á recogerse.



—Pues sí, chico, me decía al retirarnos; hemos aprehendido una conducta de un millón y medio de pesos para poder dar fin á estas cosas. Don Santos, que es muy hombre, lleva el gato al agua y se echa la responsabilidad; pero todo estaba previsto y combinado. Figúrate qué hombres: Ortega quería tomar sobre sí la responsabilidad del paso, diciendo que el dinero se iba á emplear en las atenciones de su ejército; Doblado aseguraba que debía de ser él quien cargara el mochuelo, ya que había sugerido el paso y que por su orden se había hecho el secuestro; y Degollado intervenía sosteniendo que él era el jefe supremo y había aceptado conscientemente las indicaciones de los otros... Además, decía don Santos, el señor Ortega es el soldado del porvenir; lo que yo no logré nunca, *pegarle* á Miramón, él lo ha conseguido amplia-

mente. El señor Doblado, por su inteligencia y su instrucción, está llamado á desempeñar gran papel en el país... Yo, desacreditado por mis derrotas, malquisto por mis contemporizaciones, siempre *con el santo al lado,* nada pierdo si me procesan ó me destituyen: conque, yo seré quien *lleve el gato al agua* y no consentiré que otro se perjudique indebidamente...

Y así quedó acordado.

Apenas se supo que se había hecho la captura, vino más que de prisa el cónsul inglés en San Luis: consiguió le devolvieran cuatrocientos mil duros de sus nacionales y el resto está en casa, custodiado por el propio don Santos... Hemos corrido la mar de aventuras. Figúrate que en días pasados llevé un despacho del señor Degollado para Berriozábal. Me encontré al General en la hacienda de Jalpa y me instó á que descansara mientras leía los pliegos y escribía la respuesta... Jalpa es una gran propiedad rústica: lo que en los ranchos pequeños se llama la cuadrilla, allí es un verdadero pueblo; hay tantos empleados y gente trabajadora, que parece la propiedad una verdadera colmena. Después de comer, salí un rato á la puerta de la gran casa, y ví venir tres sujetos que me llamaron la atención. Uno era trigueño, atezado, joven, de gran barba negra y nariz larga y basta; el segundo, de edad madura, fingía gran desembarazo en cosas de caballo, pero á legua se miraba que aunque quería aparecer

campista, no era sino un tristísimo *saltacurripi;* el último, hombre ya de edad, era objeto de las atenciones de los otros dos, que trataban de mitigarle el cansancio con miramientos extraordinarios... A la cuenta ignoraban que hubiera chinacos en la hacienda, pues con toda confianza se dirigieron á la habitación de los Portillos, desmontaron de las bestias y ayudaron al viejecito á bajarse, mientras acallaban sus lamentos en que decía que el trance de la bajada era para él peor que el de la muerte... Dos cosas me llamaron la atención: que el viejo dijera un latinajo que le contestaron los acompañantes, y que al bajarse, todo encorvado y lamentoso, dejara ver una gran cruz de oro que se apresuró á esconder apenas notó que yo me fijaba en el caso. Al despedirme de Berriozábal le comuniqué mis observaciones, y él, llamándome visionario y tonto, mandó hacer un registro de la casa, diz que para cerciorarse y probarme que no sabía de la misa la media...

¿Y sabes quiénes eran los charros y qué andaban haciendo? El obispo Espinosa, un cura llamado Arias y Cárdenas, y otro padrecito apellidado Parra, que tomaban soleta y se alejaban con dirección á México.

El General les mandó aprehender; ellos quisieron resistir, ocultarse, ponerse en cobro, qué sé yo; pero todo inútil. Cuando entramos vimos á los dos jóvenes hincados en el suelo, y al viejo echado de bruces, rezando

entre dientes, despavorido y besuqueando la cruz con fervor que daba risa.

— ¡Quítense esas barbas, *pélense* esas cueras y bájense esas chivarras, maricones! dijo el coronel Otáñez sacudiendo á Espinosa.

— Sírvase, señor, dijo Arias, no maltratar al señor obispo mi amo; ya vamos á cumplimentar las órdenes de usted.

— Pues pronto, curácuaros indecentes... Quítense ese disfraz de hombres y pónganse el de mamarrachos.

El obispo, sostenido por sus dos familiares, salió de la estancia pálido y trasudando, diciendo entre dientes no sé qué oraciones, no sé qué misteriosas invocaciones, mientras besuqueaba sin cesar la cruz y el crucifijo.

Conducidos los presos á la presencia de Berriozábal, el General les interrogó aparte, y me dijo aguardara comunicaciones para don Santos... ¿Sabes el fin de todo?

Que don Santos mandó poner en libertad á Espinosa y á sus compañeros.

Mientras tanto llegamos al alojamiento del General, y Miravete me dejó para pasar á saludarle.

— Adelante, Ramón; ¿quién viene en su compañía?... Pase, la Llana, que todavía se trabaja por aquí.

Avanzamos, y vimos al jefe sentado á su mesa y cercado de un rimero de papeles.

— ¡Cómo trasnochan ustedes, jóvenes!... Aprovechen

estos días, que pronto saldremos de nuevo á correr aventuras.

— Trabajaba usted, señor, observó Ramón, y eso va á hacerle mal. Esa tensión constante de espíritu, ese afán de dar fin á todo desde el primer día, á la larga ó á la corta han de dañarle.

— ¡Dañarme! contestó impertérrito don Santos. El trabajo no daña ni puede dañar: lo he practicado desde que era niño, y aparte de haberme proporcionado ventajas positivas, me ha dado los ratos mejores que he tenido en mi vida... Ahora hay una razón para que active mi labor, y es que tengo que tomar resoluciones extremas antes de mucho... Y ya saben ustedes la frase del poeta: «Sólo quien se levanta antes de amanecer puede marcharse antes de que anochezca.» Hace mucho tiempo que vengo conociendo que mi cooperación no es necesaria para la conclusión de esta obra nuestra, y me alegro de ello. Pudo quizás algún día, cuando éramos pocos, y de esos pocos unos cuantos pensábamos, ser indispensable ó por lo menos útil á nuestros intereses la persona de Santos Degollado; ahora que la modesta semilla que aventamos al surco es árbol corpulento que nos abriga y nos presta sombra, ya puedo irme, ya puedo obscurecerme, ya puedo pedir que venga la muerte y que me entierren hondo, muy hondo, tan hondo que no sienta lo que pase encima de mí... Ustedes lo ven; hubo ya quien se cansara de oir

que me llamaban justo; pero faltaría á la primera ley de las democracias si quisiera estar siempre á la cabeza de gentes que valen más que yo; los pueblos son como las tribus australianas: matan al que llega á viejo en vez de aguardar á que se muera; yo me siento ya viejo, pues en estas bregas se envejece muy pronto.

— Señor, le interrumpí, usted ve hoy todo negro... quizá mañana...

— No sea usted niño, me respondió. O nada sabe, ó trata de consolarme con lenitivos indignos de usted y de mí. Lo veo, lo siento, lo palpo; me lo dicen las burlas de mis enemigos, la compasión de mis amigos, el desdén de mis émulos; mi tiempo pasó, pasó mi época y no volverán días mejores: ¡ojalá pueda lisonjearme de haber interpretado debidamente el sentir de mi generación, los años en que fuí su vocero! ¡ojalá que haya hecho por ella algo que la haya favorecido un poco!

— Señor...

— Podría proporcionar á ustedes mil pruebas que les demostraran cuán cierto es lo que digo; pero no más les enseñaré este recorte del *Boletín del Ejército Federal.*

¿Hay cosa más rara que se insulte al jefe del ejército federal en el periódico órgano de ese ejército? Pues sin embargo, así es; censurándose la libertad que dí al obispo Espinosa, viene aquí un artículo escrito de mano y pluma de Ignacio Vallarta... No hay injuria que no se me diga,

ni dicterio con que no se me zahiera, ni suposición deshonrosa con que no se me manche... Soy un fariseo atormentador de la letra de la ley, violador de mis propias determinaciones; substraigo de la jurisdicción legal á los enemigos públicos, y nada más estoy aguardando la entrada de las tropas liberales en México para solicitar una aduana marítima ó alguna otra cosa de provecho... ¿Verdad que el retrato es de mano maestra y que se parece maravillosamente al original?... Ahora se entienden las cosas de la revolución de manera distinta de como yo las comprendo. ¡Cómo ha de ser! Quizá tengan razón y sea yo quien esté equivocado... Ya me tachan de retrógrado, de enemigo de la libertad, de *purete* los mismos que antes me consideraban su jefe indiscutido: hay que darles gusto dejando mi lugar á quien más pueda y valga... Se me ha llamado el *héroe de las derrotas:* nunca fuí al combate con la seguridad de vencer, sino con el fin de luchar y cumplir con mi obligación de patriota y de soldado... Pero como lenitivo de todos mis fracasos, como prenda de que mi labor no quedó perdida, dejo á todos nuestros nuevos generales, que son los *héroes de los triunfos:* son mis hijos, y aunque lo pretendan, no sabrán desligar su gloria de mi pobre nombre... Seré el tronco inútil y que se manda derribar, pero que deja retoños lozanos y florecientes...

Acabo ahora de redactar un manifiesto á la nación con

motivo de la captura de la conducta en Laguna Seca: voy á leerles unos párrafos por si acaso creen que valgan la pena.

Y leyó aquel escrito elocuentísimo, enérgico, en que palpitan trozos de entrañas humanas arrancados á la fuerza y ofrecidos todavía sangrando á la voracidad de ese Huichilobos sanguinario é impasible que se llama la popularidad.

«Había reservado para mí y para los míos, dice, un nombre puro que legar á mi familia; pero un día la necesidad, en nombre de mi causa, llamó á mis puertas para pedirme ese nombre y entregarlo á la maledicencia, y yo consentí en entregarme como reo y sufrir ese suplicio peor que el martirio, porque en el martirio consuela la mano generosa de la gloria...»

Al fin entramos al cuarto de Miravete. Luego que nos desceñimos las espadas, mi amigo cogió la palmatoria de cobre con la vela de sebo, y me dijo:

—¿Sabes tú lo que es un millón de pesos? ¿Lo has visto en tu vida?

Y como le contestara que no me figuraba lo que fuera, me llevó á una pieza inmediata, y me mostró una *trincha* de sacos de arpillera alineada en el muro. Al principio las talegas de duros me hicieron el efecto de talegas de arena; pero á poco, á medida que la flama del mísero y apestoso velón pasaba cerca de

ellas, veía á través de las toscas mallas muchos ojuelos brillantes que me miraban como curiosos... Aquellas miradas, ora claras, ora amarillentas, según que procedieran de la plata ó del oro, me parecían las de las monjas que había visto en el convento de Santa Mónica, á través de la reja del coro: llenas de promesas, pletóricas de esperanzas, hablando á todos los sentidos y á todas las potencias; pero ¡ay! tan inasequibles unas como otras.

Descansamos al lado de aquella caverna de Alí Babá, y al día siguiente despertamos á buena hora.

—¿Se habrá dormido el jefe? me dijo Miravete cuando, después de aguzar el oído, se convenció de que don Santos no dictaba al sempiterno escribiente. ¡Bah! estará haciendo oración mental como acostumbra, y por eso no se mueve ni deja entrar á nadie.

Espió un rato por la puerta entreabierta y luego me hizo seña de que acudiera á mirar algo que le parecía muy interesante. El General estaba en la cama; á su lado se hallaba una bolsa que contenía hilo, agujas, dedal, botones, tijeras y mil útiles de costura, amén de esparadrapo, tafetán inglés, ungüento, árnica y otras muchas cosas de aplicación varia. Don Santos, sin los anteojos obscuros, y calados otros que á la cuenta permitían distinguir mejor los objetos, zurcía sus pantalones, sus eternos pantalones negros, que lo mismo le servían

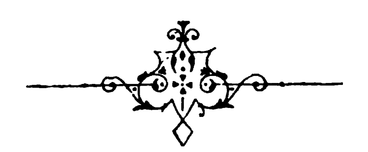


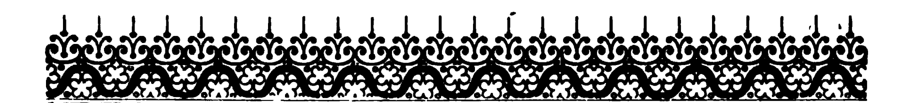
Espió un rato por la puerta entreabierta, y luego...

para las recepciones como para los caminos y las batallas.

Miravete, con los ojos llenos de lágrimas, se retiró de la puerta, y balbuciente me dijo:

— ¡Qué hombre, amigo Pérez, qué hombre! mientras custodia cientos de miles de pesos, remienda su ropa para no ser gravoso á nadie... Si no es esto virtud y heroicidad, no sé á qué se llamará así.





CAPITULO XIII

El plan de pacificación

Los días pasaban y don Santos seguía, aparentemente, en la inacción más completa. Las encerronas eran diarias, y unas veces con y otras sin amanuense, ello es que la escritura le embargaba todo su tiempo, al grado que apenas aparecía el jefe un ratito en la mesa, comía tarde y distraídamente y volvía á su cubil.

— Esto tiene misterio, decía uno de los ayudantes; de seguro está escribiendo al rey de Prusia y á la reina de Inglaterra para pedirles se interesen por la chinaca.

— Creo más bien que estará componiendo una *Summa contra mochos*.

— O una refutación de Aguilar y de Segura.

— Algo muy gordo debe de ser.

Pero si era difícil saber qué hiciera el jefe, no era imposible notar que enflaquecía á ojos vistas, que perdía el color y que contestaba con monosílabos y como distraído á cuanto le preguntaban. Nosotros nos desvivíamos por él, le rodeábamos de atenciones y de cuidados; pero todo igual.

—Está preocupado, me advertía Miravete, por los sucesos de Guadalajara; ha empezado el sitio y el hombre no descansa.

—Eso debe de ser, confirmaba Díaz Salgado; cuando lo de Peñuelas y Silao se puso en peor estado, y sólo cuando averiguó el triunfo de los nuestros, recobró el habla y el humor.

—¡Pobre don Santos!

—¡Pobre *Colmenero!*

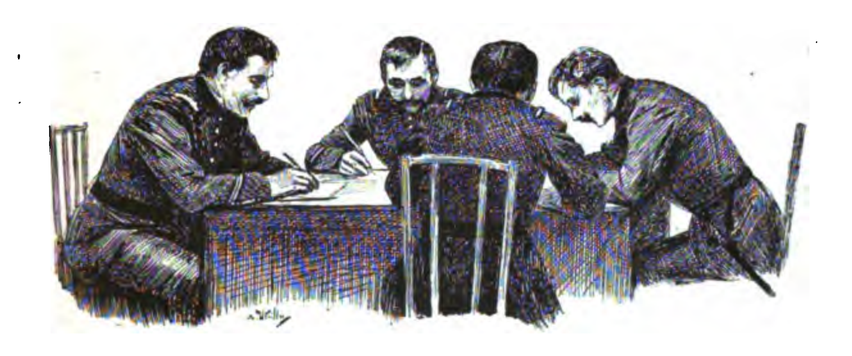
—¡Pobre General nuestro!

Un día salió Medina con un papel.

—Usted, Pérez; tú, Ramón y ustedes, Manuel y Moreno: echen aquí una manita; hay que sacar de esta carta doce copias para mandarlas fuera, y quiere Santos que ustedes se *acomidan*.

Todos nos pusimos al avío, y en un periquete concluimos las copias. He aquí el documento, que inserto á la letra porque guardo un traslado que resultó con raspaduras:

«Cuartel General en Belén.—Septiembre 29 de 1860.—E. S. General en Jefe don Santos Degollado. — Mi fino y querido amigo: Acabo de recibir su apreciable fecha de ayer, la que tengo el honor de contestar en el acto. El plan que me he propuesto para atacar á Guadalajara, es



el siguiente: establecer una línea de fortificación al frente de la del enemigo, con la solidez necesaria para circunvalar el circuito fortificado por aquél; fortificar también, por mi parte, los puntos que ocupan nuestras principales fuerzas, como son Belén, el Hospicio, Analco y la Penitenciaría y horadar las manzanas, para llegar hasta el centro de la plaza con artillería. Mis trabajos están para concluirse dentro de dos ó tres días, cosa que ni yo mismo esperaba; todas mis fortificaciones las he levantado al frente de las trincheras enemigas y bajo los fuegos de fusilería y cañón de aquéllas, sin que de mi parte se haya contestado á dichos fuegos, pues me he propuesto guardar un silencio absoluto, reservándome para imponerme al

enemigo, hacer caer sobre la plaza más de veinte mil proyectiles en las veinticuatro horas que precedan á las del asalto, que será dentro de muy pocos días. Las desgracias que hemos tenido, son sumamente pocas, no obstante el continuo fuego del enemigo y el atrevimiento con que hemos levantado nuestros parapetos y fortificaciones. No llegan á ocho los cañones que ha disparado todo nuestro ejército, y esto ha contribuído para que se aumente la moralidad á proporción que la pierde el enemigo. Los señores generales Valle y Ogazón han levantado algunas barricadas en su línea obedeciendo á su entusiasmo por ocupar la plaza cuanto antes; ya he dispuesto que mañana se les dé más espesor á dichas barricadas para evitar un golpe de mano, pues Castillo tiene más de 4,000 hombres de reserva, de buena tropa, y está dispuesto á salir con ellos al punto que se encuentre más débil, proyecto que he logrado fracase hasta hoy colocando en cuatro distintos lugares de la ciudad, fuerzas bastante respetables, inter se concluye la línea completa de fortificación.

» Tengo trabajando más de mil operarios en la *Escoba*, *Atemajac* y esta Capital, para proporcionarme en gran escala, pólvora, saleros, proyectiles de fierro y bronce, mantas para construir ochenta mil sacos y todo cuanto se necesita para la ocupación de una plaza fuerte como la de Guadalajara. Mañana llegarán 4,500 proyectiles que

me mandó construir el Sr. Ogazón, y que habré de pagar, y tengo ocupada la fundición de Atemajac, de la que me entregarán desde mañana de 100 á 200 proyectiles diarios.

»Con franqueza voy á decir á usted mi modo de pensar respecto de la plaza que asedio: ésta es sumamente fuerte por sí misma, y además sus calles y alturas están perfectamente bien fortificadas, según los inteligentes, y muchos creen que su ocupación no podré obtenerla sino después de un mes de sitio; mas yo creo de una manera firme y absoluta que antes de 10 ó 12 días, contados desde hoy, la plaza estará convertida en escombros y en mi poder. Mis proyectos no creo que humanamente me engañen, y si fracasan será por uno de esos incidentes que el hombre ni remotamente puede esperar, ó por uno de esos decretos de la Providencia ante los que son nada los cálculos de los hombres. Yo tengo fe, mi amigo, y á la Providencia le reservo lo demás. He mandado traer una cantidad de pólvora extranjera que hay en Sayula y que llegará á esta ciudad dentro de seis días; he mandado construir también dos morteros para arrojar bombas de á placa sobre la plaza; éstos, se me asegura, estarán en mi poder antes de quince días. He pagado igualmente 54 tercios de manta, y seguiré pagando en lo sucesivo la que se fabrique en las máquinas de la Escoba y Atemajac: todo esto demanda grandes y crecidos gastos, mas en

cambio nuestras operaciones caminarán con prontitud, pues las dificultades se zanjan con facilidad. Las cuentas documentadas las lleva una especie de Comisario del Ejército que lo es el pagador de la División de Zacatecas, hombre eminentemente probo, el cual no entrega ni un solo peso sin el recibo correspondiente acompañado del *Dése* firmado por mí. Durante el tiempo que me he ocupado en redactar esta carta, el fuego ha sido vivísimo por los puntos de San Diego y Capuchinas.

»Tenga usted la bondad de mandarles á los Sres. Auza y Ávila una copia de esta carta por lo que respecta á las operaciones militares.

»Consérvese usted bueno como se lo desea su verdadero amigo que lo aprecia mucho y le manda un abrazo.

»JESÚS G. ORTEGA.

»Aumento.—Se me han pasado algunos soldados del enemigo, y creo que á proporción que me acerque á la línea enemiga, lo verificarán en mayor número.

»Tal vez arregle la entrega de algunos de sus fortines por uno de los principales jefes que defienden la plaza. Tengo buenos agentes, y creo que este negocio quedará arreglado; mas si no fuere, no importa, pues no me fundo en él, para ocupar los reductos enemigos.—*Vale.*»

Diariamente se recibían correos que de seguro llevaban noticia de las operaciones sobre Guadalajara; pero si

algo mejoraba momentáneamente el cariz de tristeza de don Santos, á poco le veíamos volver á sus murrias incorregibles. Cierto día que llegó un extraordinario á *matacaballo,* el jefe duró encerrado tres ó cuatro horas, y al cabo de ellas le vimos con los ojos hundidos, la mirada vaga, el tinte de la cara terroso, las manos vacilantes, la espalda encorvada, y sólo entero y con la misma cantidad de armónicas el timbre de la voz.

— Acabo, nos dijo luego que se hubo sentado á la mesa, de jugar el todo por el todo. He propuesto al ministro inglés, Matews, un plan para la pacificación de la República, y empiezo á tener ya las respuestas de los jefes á quienes comuniqué mi proyecto... Yo, amigos, que por irrisión de la suerte y mal de mis pecados he sido y soy director de ejércitos, jefe de tropas é instigador de matanzas organizadas, soy un hombre que, como Aarón, ama la paz, comprende sus dulzuras y busca sus frutos.

Yo sueño como ideal supremo de mi vida, en ver suprimida la guerra bárbara y absurda, en sentir que se amenguan y se borran las diferencias entre los hombres, y en saber que todos se unen y se estrechan en un supremo impulso de amor...

De niño odié esas diferencias entre ricos y pobres, fuertes y débiles, buenos y malos, tontos y discretos que ha establecido la vida social; y en mi sincero y desinteresado altruismo, habría querido ver á todos mis prójimos

ricos por felices, fuertes por buenos y grandes por sabios; al contrario de aquel emperador romano, habría deseado que todos los hombres tuvieran un solo cuerpo para estrecharlo con mis brazos, un solo espíritu para identificarme con él y fundirme en él, un solo amor para añadir el mío como combustible á la hoguera inmensa que debían de formar los más puros afectos de los demás humanos... Pero también desde niño me hirió el espectáculo de la injusticia, de la desigualdad, del sacrificio, de la ignorancia, de la pequeñez, de la miseria y del dolor. Mentira parece que cuando se proclama la igualdad de todos los hombres, su derecho al voto, su capacidad para gobernar y la inviolabilidad de su vida, no tenga el pueblo sino hambre, reclutamiento, viviendas infectas, asquerosa mancebía é inmensa tristeza... Estas pobres gentes, que ven correr la sangre de sus venas en forma de contribuciones al Gobierno, medias al hacendado, rédito al prestamista, diezmo al cura, limosna al convento, soborno al *topil,* gratificación al sacristán y obsequios al alcalde ó al prioste, todavía sienten la superioridad del conquistador, del expoliador en el mayordomo que les deshonra las hijas y en el jefe de bandoleros ó de tropas regulares que se los lleva para que sirvan de carne de cañón y abonen con sus huesos el surco donde caen á la ventura, heridos de muerte y sin haber vislumbrado su redención...

Después de contemplar ese estado de tristeza y de angustia, me convencí de que había un factor que era la causa de todas nuestras desgracias: la preponderancia del clero y su poder formidable. Cuando veía á los Belaunzaranes, á los Pérez, á los Portugales, á los Labastidas y á los Munguías constelados de piedras preciosas, reventando de vanidad, de orgullo y de satisfacción; y á sus clérigos, curas y vicarios, mofletudos, arrogantes, podridos de lujuria y encenagados en los vicios, me convencía de que no era esa la Iglesia que Cristo había soñado... Luego, aquellos frailes rozagantes, despreciadores del pobre y aduladores del rico; aquellas monjas holgazanas y chismosas; aquellos cofrades hipócritas y groseros; aquellos fieles amantes de la política religiosa y de la religión política, me persuadieron firmemente de que nada tenían que ver con mi ideal de pureza, castidad y abnegación.

Y no es que me haya emancipado de las creencias que constituyen el consuelo de mi vida y la razón de ella. Precisamente porque las amo demasiado, quiero verlas libres de toda mancha y de toda inmundicia; Dios tomará en cuenta esa buena intención mía, y sabrá que lejos de pretender atentar contra el santuario, quiero devolverle su primitivo lustre y esplendor; yo, como el bienaventurado de Asís, he oído una voz que me manda reedificar la Iglesia del Señor y afirmarla en sus cimientos; y ¡vive Dios que creo haber cumplido con ese mandato soberano!..

Me preparé para faena tan alta como era razón que lo hiciera; pero no sé si acerté siempre... El resultado de nuestros esfuerzos ha sido la rebelión de Belial: la bestia. al ver que se la buscaba hasta en la cueva en que habita, ha salido lanzando bramidos espantosos y esparciendo el terror por todas partes.

Nos hemos defendido, pero ¡con qué dificultades! Y mientras tanto, el pobre pueblo por quien trabajamos, se halla agotado, sin vigor, casi moribundo... No pueden ustedes figurarse los cargos que me hago á mí mismo cada vez que miro las propiedades destruídas, los hombres muertos, la agricultura abandonada, la desolación por todas partes. Entonces me digo: ¿acaso no debemos ser menos intransigentes, menos vigorosos y más contemporizadores, á fin de atraernos á los contrarios, que al fin y á la postre son mexicanos y nada más que mexicanos?... Porque, vamos á ver: ¿Qué es lo que constituye el fondo de nuestro credo?...

Aquí tomó aire el jefe, se levantó de la mesa, se alzó los anteojos obscuros y comenzó á dar paseos en la habitación hasta que, calmado nuevamente, se sentó de golpe en la silla de paja, y arrimando un botellón de barro rojo, se sirvió agua en un vaso y empezó á beber sorbitos.

— ¿Cuál es, siguió, el fondo de nuestro credo? Unos piensan que para ser liberal se necesita haber espan-



Aquí tomó aire el jefe, se levantó de la mesa, se alzó los anteojos..

zurrado como mínimum un centenar de frailes; opinan otros que basta con una docena, y algunos pocos creemos que se puede ser liberal sin haber escabechado á nadie. Pero en lo que todos están conformes es en que el gobierno del pueblo, su representación en Cámaras y Congresos es la base de un gobierno liberal...

Todos le miramos extrañados y creyendo haber oído mal; pero el jefe, sin parar la atención en nosotros, continuó así:

— El derecho de que cada quien adore á Dios según el dictado de su conciencia, la prerrogativa de no ser perseguido por razón de opiniones, la necesidad de que no haya ley, autoridad ni corporación que juzguen la conducta interna; en suma, la tolerancia civil y religiosa, es de seguro otra de las garantías por que hemos propugnado.

Don Santos se excitaba, parecía alterado y nervioso. El vaso le temblaba entre las manos y le repiqueteaba en los dientes; el color se le había vuelto ligeramente rosado, la facies hipocrática le había desaparecido y la voz sonaba tan amplia, entera y briosa como la de un joven sano.

— Si á esas garantías añadimos la de que en todo tiempo esté el poder civil por encima de todos los poderes; que se desvincule la propiedad raíz y que en fin se cumplan todos y cada uno de los principios de las Leyes de Reforma, creo habremos ganado en lo substancial sin

eternizar esta guerra cruenta que tan cara nos está costando.

¿Qué importa la Constitución de 57? ¿Qué importa la persona de Juárez?

Oir aquello de boca de Degollado me produjo sorpresa tan grande como la que me habría causado ver á Satanás haciendo la señal de la cruz; pues en mi concepto habíamos luchado, muerto gentes y ensangrentádolo todo únicamente por alcanzar el predominio de aquel Código. Si nosotros mismos consentíamos en que se derogara, de hecho dábamos el triunfo á los contrarios; y aunque ellos nos acordaran todas las ventajas imaginables, aquella sola que nosotros les proporcionáramos equivaldría á la ruptura de nuestro símbolo, de nuestras tradiciones, de nuestras ideas y de nuestros usos.

Pero mayor fué nuestro asombro cuando el General nos relató la parte práctica de su plan, que consistía en la instalación de una junta compuesta de los ministros extranjeros, y en la convocación de un Congreso que nombraría Presidente provisional de la República. A cada una de aquellas cosas, no podía menos de exclamar para mi capote:

— Que te despeñas, pobre General; que te engaña tu afán de obtener la paz; que sin quererlo das el triunfo á los otros; que contra tu voluntad vas á conseguir eternizar la guerra, que es lo opuesto á lo que pretendes...

Cada vez más excitado, siguió hablando largamente, pródigamente, con profusión de detalles, tratando de probar cada una de las cosas que había asentado. Por fin, nos dijo que estaba tan encariñado con su plan, que acababa de mandarlo á González Ortega, advirtiéndole que si á él y á los demás jefes no les acomodaba el modo de pensar del proponente, se prepararan á elegir un nuevo General, pues él no podía seguir siéndolo.

Luego empezó á leernos las cartas de respuesta. La de González Ortega era respetuosa y comedida: deploraba hubiera adoptado el jefe aquella determinación, y advertía que no elegiría General ninguno, sino que aguardaría lo que dispusiera el Gobierno. Zaragoza insultaba á Degollado, declaraba que no le obedecería más, y hacía saber que mientras el Gobierno designaba un nuevo jefe del ejército, él no acataría más voluntad que la de González Ortega.

Aramberri desconocía también á Degollado, pero su carta era breve y concisa.

Doblado hacía mención de todos los servicios de don Santos á la causa democrática y le anunciaba daría su voto reprobatorio á cuanto proponía el antiguo jefe de los liberales.

La carta de Leandro del Valle era larga, hermosa y noble. Con firmeza y claridad reprobaba el proyecto de don Santos; pero trataba á éste con tanto comedimiento,

hacía tan cumplida justicia á sus méritos, valoraba tan exactamente los móviles que le habían impulsado al paso que daba, que todos nos sentimos conmovidos cuando oimos leer aquella pieza.

Y así seguían las respuestas: la de Ogazón, fría y dura, la de Huerta, corta y enérgica, y las de todos los demás jefes unánimes en reprobar el plan; pero unánimes también en sentir ese paso del jefe querido y respetado.

Todos comentábamos aprobando ó reprobando, pero don Santos callaba. Sólo dos cartas le hicieron quejarse, porque eran indignas de Degollado é indignas de los que las firmaban: Vallarta y Prieto.

«Ha concluído usted como empezó, decía Vallarta; sacristán fué y sacristán será; nada más natural, pues, que busque el auxilio de los sacristanes.»

— Quizá no acabe ese rojo, glosó el General, más piadosamente que este sacristán.

«No tiene nombre tu ingratitud con Juárez, que te sacó de la nada, escribía Guillermo. No mereces que te dé la mano ningún liberal honrado.»

— En cambio, dijo amargamente don Santos, yo le he dado á él no una, sino las dos manos. ¡Cómo ha de ser!

Permaneció perplejo y como amilanado el General mientras nosotros, volviéndonos lenguas, poníamos notas y apostillas á las cartas. Al fin levantó la cabeza y dijo:

— Ustedes comprenderán que no es posible que con-

tinúe al frente del ejército, pues aparte de las mil razones que tendría para no mandar más soldados, no me consentirían que siguiera haciéndolo las disposiciones de mis antiguos subalternos. Aguardo de un momento á otro la orden de Juárez para presentarme ante un consejo de guerra; pero mientras llega, nadie me puede impedir que luche por la libertad. Me reuniré con el primer jefe liberal que encuentre á mi paso, serviré á su lado como subalterno, iré á donde se me mande á depurar mi conducta.

Al día siguiente salimos de Lagos para Quiroga, donde debíamos dejar al jefe.





CAPITULO XIV

El héroe de las derrotas

Aquel año se anticipó el invierno más de lo que solía, y á pesar de que apenas mediaba Noviembre, ya empezaba á nevar y á hacer tal frío, que mal año para el de la retirada de Rusia.

Salimos de Lagos tristes y llenos de preocupaciones; pero creyendo á pies juntillas que la destitución de don Santos era una tenebrosa y horrible conspiración tramada para quitar de enmedio á nuestro General. Ahora, ya viejo, cuando recuerdo que, aunque con disfraces, empezaba el plan por anunciar que los ministros extranjeros nombrarían presidente, comprendo que si hubo intriga y chicana fué de parte de otros hombres que «los del poder, de la fuerza y la fortuna», á quienes atribuía el excelente caudillo su sonado fracaso.

Y he pensado más: he pensado que quizás desde entonces anduviera ya en el ánimo de los diplomáticos europeos el propósito de fabricar aquel indigesto pastel con que más tarde nos obsequiaron y que tan caro salió á unos como á otros. Quizás esos Metterniches de pega pensaron aprovechar como materia disponible el candor, la buena fe, el sincero humanitarismo y la noble condescendencia del señor Degollado, y á eso se debió aquella serie de sucesos que tantos y tan espantosos trastornos trajeron.

Pero si tal pensaron los hombres de cancillería, se equivocaron de todo en todo. Miravete, que fué á Guadalajara á conducir el plan, me refirió muchas veces la sorpresa que le causó ver que no le recibieran con palio, y se manifestaran entusiasmados los generales ante aquel engendro portentoso que iba á acabar con el mal horrible de la guerra. Pintaba mi amigo, que era gracioso, bien entendido, de puntual memoria y de fácil palabra, cómo llegó al cuartel general de González Ortega en Belén; cómo Ortega congregó en seguida á Zaragoza, Doblado, Ogazón, Valle y algún otro, y les comunicó la embajada de mi amigo. Parece que ordenó el vencedor de Peñuelas al ayudante de don Santos que diera lectura á los documentos que llevaba; que temeroso Zaragoza de desmandarse ó de cometer una indiscreción, pidió permiso para salir del cuarto en que estaban, y que habiéndole negado

la venia el general en jefe de los sitiadores, exigiéndole, por el contrario, que diera su opinión franca y neta, Zaragoza tuvo que declarar que sólo por saberlo de buen origen consentía en creer que fuera de Degollado aquel papel que no parecía obra de un patricio, pero ni siquiera de un mexicano. Todos los generales estuvieron conformes con la opinión de Zaragoza, y Ortega concluyó por decir, con toda tranquilidad, que aguardaba esas respuestas; pero que si, por acaso, alguno hubiera querido adherirse al plan, le habría mandado fusilar previas no sé qué ritualidades. Poco después se reunió la junta de generales que dió por escrito y oficialmente su parecer reprobando el plan del caudillo y resolviéndose á terminar con aquella mascarada.

A la salida de Lagos, nuestro grupo parecía un cortejo fúnebre. Nada de conversaciones ni de bromas ni de chanzonetas; nada de la alegría que nos llenaba á todos en aquella época venturosa en que hasta el peligro era placentero. Y en efecto, era aquello un cortejo fúnebre, pues conducíamos con nosotros á un difunto que, como el Durandarte que creó el iluminado de la Mancha, hablaba y hasta pedía por favor que le sacasen el corazón y lo llevasen á donde estaba su Belerma adorada, que para don Santos lo era la *Libertad*.

Aquella carretera de México, que tantas veces había atravesado yendo ó viniendo de Guadalajara, se me quedó

impresa en el alma como si hubiera sido la vía dolorosa del nuevo Cristo, á quien me parecía conducir al martirio.

El aire de la mañana volvía alegre y comunicativo á don Santos, que por gusto había relegado á la retaguardia el carruaje que le servía de ordinario. Personalmente enjaezaba su caballo, recordando que los rancheros consideran la colocación de la silla, la manera de apretar la cincha, el volumen de los sudaderos y la postura del freno, algo tan personal y propio como lo es la fisonomía en el individuo ó el estilo en el escritor.

Pero á medida que el día avanzaba y que los pensamientos tristes empezaban á aletear cerca de la frente de nuestro jefe, éste se ponía más taciturno y más decaído que nunca lo había estado. De repente le veíamos enderezarse en la silla, afianzarse el barboquejo, menear la cuarta y azuzar al caballo, que salía disparado, manchando de espuma el bocado y con los ojos brillantes, como si oliera la pólvora y escuchara el ruido de los disparos.

A veces veíamos la blanca estela de polvo que como nube le envolvía, sin percibir detalle ninguno de la bestia y el jinete. Al fin nos encontrábamos á la una jadeante y al otro más aplanado que nunca debajo de algún mezquite que hacía parecer el suelo piel de tigre que se manchaba á trechos de pintas blancas ó negras, según soplara el

viento meneando las menudas hojas del árbol que se parece á la raza indígena en su apariencia débil, en su facilidad para arraigar en cualquier suelo y, sobre todo, en su humildad y en su potencia para multiplicarse.

Otras veces hacía don Santos galopar el caballo, y á ese paso llegaba al sesteo ó á la jornada sin haberse rendido, sino pareciendo más enhiesto que antes. En ocasiones se quejaba de hambre; pero apenas empezaba á comer, abandonaba los frijoles ó las *gordas* que por todo regalo nos hallábamos en el ranchuelo que se había escapado, por error, de las hordas de unos ú otros contendientes.

Un día, lo recuerdo como si fuera el en que borrajeo estas líneas, habíamos descansado en el rancho de Coyotes. A la media noche los perros empezaron á ladrar, con esa persistencia que indica que han percibido el paso de hombres ó bestias que les han puesto en alarma. A poco silbó un tiro, luego otros dos y luego una serie de ellos. Desde el primer disparo Degollado se había puesto en pie, se había cubierto el pecho y la espalda con la *talmita* que le acompañaba siempre y había salido á examinar lo que pasara tratando de explorar la obscuridad. Uno de nosotros se le acercó.

— Señor, no trae usted arma ninguna... Va usted á dar dado. Si le toca un plomazo, la responsabilidad es nuestra.

— Un tiro, contestó sonriendo. ¡Qué más quisiera que un tiro bienhechor! Pero no haya miedo: los tiros no me hieren porque el destino sabe que desataría un nudo muy bien atado, si pudiera yo morir tan fácilmente.

Y todo aquello con una imperturbabilidad, con una calma, con una frialdad tan grande, que producían verdadero terror.

Un día tuvo de regocijo, el cuatro de Noviembre, al saber la caída de la plaza de Guadalajara, la retirada de Castillo y la derrota de Márquez. Todo fué comentarios y suposiciones, al grado que no parecía sino que estaba viendo, una por una, las peripecias de aquellas jornadas memorables.

— Ciertísimo estoy de que Leandro Valle ha contribuído á este resultado... Créanmelo; si una bala de los mochos no se lleva á este muchacho, tenemos que verle en un lugar altísimo. Tales padres, tales hijos: don Rómulo es el tipo del pundonor y de la lealtad... También en eso de los convenios debe de haber desempeñado el primer papel mi amigo don Manuel Doblado... ¡Ah! de que uno del interior se pone á ser listo, no le da alcance ni un potro de buena rienda... Se acuerdan de mí; don Manuel se va á echar bajo el brazo á todos los políticos y, como le dejen, no va á ser poco lo que de él oigamos decir... si vivimos... Pero el alma de todo es González Ortega. Admírense ustedes de cómo siendo las revoluciones cosa

tan mala, tienen siquera una ventaja: sacar á luz á los hombres que valen, pese á quien pese...

Sólo respecto de Ogazón se manifestaba francamente mal dispuesto.

— Nunca he sido santo de su devoción... ¡Maldita idea esta de creer que hemos de acabar con la clerigalla levantando frente á ella otra clerigalla jacobina!... Un fanatismo contra otro fanatismo, una furia contra otra furia, nada mejoran y nada crean... Y lo peor es que Ogazón tiene á su lado á un consejero desastroso, su pariente Ignacio Vallarta... Y no porque Vallarta sea malo; quizá su defecto consista en ser bueno: cree demasiado en los dogmas, para no resolverse á plantear el reinado de la justicia absoluta... mandando cortar unos cuantos centenares de cabezas de gentes imperfectas...

Y así seguía discurriendo acerca de todos y cada uno de los personajes liberales y conservadores, ponderando sus cualidades, definiendo sus tendencias, haciendo augurios sobre su probable destino y mezclando con sus apreciaciones mansas, su puntita de sárcasmo comedido y urbano. Quisiera recordar todas aquellas opiniones, que de seguro serían curiosas, porque se podría decidir en qué acertó y en qué se equivocó el grande hombre.

Los compañeros habían ido separándose poco á poco, debido á que don Santos les despachaba con comisiones ó simplemente les disponía incorporarse á sus brigadas.

— No quiero hacer el Napoleón que marcha á Santa Elena... Me basta con uno ó dos amigos y no he menester de Estado Mayor... Precisamente deseo que no haya Montholon, ni las Cases, ni Gourgaud que se disputen mi favor... Demasiado han de hablar mis enemigos de mí para que vaya, además, á darles el gustazo de hacerles saber que llevo cortejo...

— Usted, Pérez, me dijo un día, reúnase con las tropas que van á más andar caminando para México. Dese usted el placer de tomar parte en esa lucha memorable: es un bonito recuerdo para un muchacho como usted... Vaya, que al fin no tardaré en encontrar á Benito Farías para que me acompañe. Vaya, señor de Pérez, que no por eso le agradeceré menos sus buenos oficios.

Salí llevando sendas y cariñosas cartas para Leandro del Valle y el general Ortega. Por sierras y montes emprendí mi camino evitando siempre toparme con las partidas de todos colores que merodeaban á mi paso. Si hubiera sido posible que en aquellas circunstancias me diera cuenta de primores de paisaje, no habría dejado de notar aquellas serranías ingentes; aquellos peñones tajados á pico; aquellos barrancos que parecían abiertos por la espada de un Roldán moribundo; aquellas cascadas que, como cristal hilado, se despeñaban desde alturas increíbles; aquellos bosques tupidísimos que semejaban columnatas de algún templo elevado al culto de la Naturaleza;

y aquellos miles de aves de pintado plumaje que iban descuidadas de mata en árbol y de árbol en peñasco sin importárseles un ardite de liberales ni de mochos.



Acompañándome de rancheros, de conductores de recuas, de soldados fugitivos y de todo género de gentes, conseguí arribar, bien mediado Diciembre, á Celaya, ciudad famosa del Bajío que con su hermosura y su riqueza atrae y detiene al visitante.

Al entrar noté cantidad de soldados enfermos que llegaban conducidos en angarillas ó á lomo de mula, y á muchos cansados que se arrastraban trabajosamente. Tenían los pies hinchados como si hubieran padecido elefantíasis, y envolvían sus pobres extremidades en trapos y algodones. Recuerdo de un tipo de aquellos, negro como la tizne, llena la cara de granos, con la es-

clerótica tornada de blanca en rojo, que sentado á la vera del camino donde había dejado un otate en que se apoyaba, consentía que una bruja de huaraches, sombrero de palma y palo en la mano, le diera fricciones en los pies, convertidos en algo que confinaba con la pezuña y casi llegaba á la esfera del tronco de árbol, cuando oí una voz que me dijo en tono apenas perceptible:

— Cúidese usted de ese prójimo en el campo de batalla, porque á la mejor, le degüella: es el jefe de los *pepenadores*.

Volví la cabeza por ver á quien me hacía tan caritativa advertencia y ví... una gran cicatriz, una barbilla escasa, un pañuelo rojo que subía y bajaba en la mano del interesado...

— Señor de Guerrero, grité con ansia y satisfecho de encontrar una criatura algo razonable (pues no es posible decir que mi amigo lo fuese del todo). Él me miró á la cara, notó mi pelaje; pero no tardó su admirable retentiva en sacarle de dudas.

— ¡Peritos de mi alma, qué fortuna de verle!... créame que con todo contaba menos con echarme al rostro á un amigo tan simpático. ¡Vaya con el señor Pérez!... Si viera, amigo, todo lo que tengo que contarle!...

— Lo creo, sí señor; pero antes quisiera echar un largo párrafo con una cama medianamente limpia... Si usted supiera que después de un mes de comer *gordas* de arriero,

andar á caballo y á pie y subir cuestas y quebradas, no ambiciono devorar trufas, ni andar en coche, ni descansar en un canapé, sino sólo dormir en una buena cama y



luego tomar un baño tibio que me quite toda la porquería que he acumuladó en las posadas de los recueros y en los caminos polvosos é intransitables...

El parlanchín movía la cabeza, me hacía señas de inteligencia, abría el ojo que tenía apto para el servicio, y, sin decirme palabra, me llevó hasta un parador que se abría frente á la plaza de armas. La gran puerta con clavos y cerradura de filigrana, el zaguán empedrado con huesos de cerdo, la ancha escalera de peldaños gastados y el escudo que se veía en los capialzados de las ventanas

denunciaban el origen señorial de aquella vivienda; pero si ninguna de esas cosas hubiera habido, habría bastado á dar fe de lo antiguo y ostentoso de la casona, la cama que me destinaron en el piso alto. Era también de dos pisos, tanto que se necesitaba de una mediana escalera para ascender donde se encontraba el colchón, por cierto blando y perezoso y que invitaba dulcemente al descanso. Las sábanas eran bastas, pero blancas y limpísimas: hacían el efecto de un baño suave y reparador en que se mantuviera el cuerpo á una temperatura siempre ascendente.

No ví cuando mi amigo se despidió cerrando suavemente la puerta, dejé á medio devorar un panecillo y un cangilón de chocolate que me habían llevado hasta aquel lecho de honor y me eché á roncar como un bendito. Cuando desperté me dolían todos los huesos, toda la carne y todos los nervios; y no había sitio del cuerpo que no sintiera magullado, macerado y hecho pedazos.

Me incorporé trabajosamente, é iba á reclamar porqué me despertaban habiendo apenas descabezado un sueñecito, cuando la voz de don León interrumpió mis quejas.

—Amigo, ¡qué sueño atrasado debe de haber traído! catorce horas de dormir no me parece un mal descanso.

—¡Catorce horas! grité asustado. ¿Qué hora es?

— Las nueve de la mañana. Como usted se acostó á

las siete de la noche de ayer, no me parece errada la cuenta.

— ¡Malajo! y yo que quería tomar la diligencia de hoy: trataba de alcanzar al general Ortega en Querétaro.

— Pues le alcanzará tomando la de mañana; nada hay perdido.

Me vestí á toda prisa, me eché encima el capote, única prenda militar que poseía, pues soplaba un airecillo que daba el quién vive, y acompañado de don León, salí á recorrer la ciudad.

— ¿Y qué hace usted aquí, mi buen amigo? pregunté al gran farolón.

— Soy todo y soy nada; me ocupan ostensiblemente como pagador de la brigada Valle; pero lo cierto es que intervengo (y aquí bajó la voz) como factótum en las determinaciones de los jefes aconsejándoles, reprendiéndoles, enseñándoles y haciéndoles ver cómo deben caminar... Porque, compañero, hay entre estos correligionarios nuestros cada mula que da horror... Venimos de Guadalajara, que tomamos el treinta del pasado. Amigo, aquello fué batir el cobre y demostrar coraje... Y vaya que los malditos cangrejos son hombres de armas tomar... ¡Ese Santo Domingo, ese Carmen, ese San Francisco! Allí murieron hombres, allí corrió sangre, allí se vió lo que alcanza la gente mexicana. Válgame Dios, ¡qué soldados de Zacatecas, qué jinetes de Huerta, qué valor de Valle,

qué serenidad de Zaragoza!... ¡Y qué lástima daba con los infelices! Pedimos un armisticio para que saliera toda aquella gente; lo concedieron; pero al sonar la primera campanada de las doce, tronó el cañón y los pobres que se retiraban llevando padres, hijos, muebles, animales y provisiones, tuvieron que huir cayendo y levantando no sin que dejaran de alcanzarles balas de fusil y cascos de granadas. ¿Pero, sabe usted lo gracioso? La bromita que les jugamos á los mochos... Pues, señor, que Manuel Doblado, que es de la piel de Judas, no sé cómo demonios se hizo de amistades con un lego, tuerto él, jorobado él, borracho él y mujeriego él... El tal leguito tenía como palillo de dientes en todas sus conversaciones al padre Fray Felipe; — Fray Felipe, no sé de qué — y Fray Felipe por aquí, y Fray Felipe por allá, y la sabiduría de Fray Felipe, y el tino de Fray Felipe, y la habilidad de Fray Felipe; y siempre el frailecito traído y llevado por todas partes... Manuel, con su mónita y su seriedad acostumbradas, hizo creer al borrachón del leguito que si el famoso Fray Felipe consentía en servir de intermediario, se lograría que los demagogos levantaran el sitio. Un día, después que el lego bebió como una cuba en el magnífico alojamiento de Doblado, convino en llevar un mensaje al fraile, suplicándole se pusiera al habla con nosotros. Manuel nos previno á Prieto y á mí que le siguiéramos y así lo hicimos, parando en un cuarto lleno



Un día, después que el lego bebió como una cuba...

de tiestos rotos, tierra para macetas, carretillas volcadas, mecapales de cuero y cien mil zarandajas inútiles; la estancia estaba iluminada por un veloncillo de sebo puesto en el gollete de una botella y sólo se distinguía, como nota brillante y ordenada, un llavero que tenía colocados sendos papeles que decían: «Locutorio — Definitorio — Refectorio — Puerta secreta, etc.»

El fraile era mozo, de gran calva, cabello negro ordenado en bandós, barriga prominente y ojos vivos. Doblado le recibió con unos rendimientos, una reverencia y unas mieles que habrían engañado á cualquiera.

— Señor, empezó á decirle Manuel, me permití rogar á mi buen amigo el lego Villacampa que suplicara á V. P. me concediera el honor de esta entrevista. Créamelo, señor; no estamos separados por diferencias fundamentales: somos hermanos, somos amigos, tenemos sangre, origen, religión, creencias idénticas... ¿Por qué nos hemos de destrozar y de hacernos daño cuando puede cesar ese estado de tirantez y de egoísmo? A personas como V. P. está reservado acabar con esta situación incalificable, que no debe prolongarse un día más.

— Señor General, respondió el frailucho dejándose querer, me confunde V. E. con sus bondades. ¿Qué va á hacer, qué va á decidir este pobre fraile que nada sabe de eso que llaman razón de Estado y modos de gobierno? Claro que me duele el alma al ver estos destrozos; pero

yo, que sé mucho del retiro de la celda, algo de guiar la conciencia ajena, poco de conducir la mía y nada del modo de lograr el gran negocio de la salvación, absolutamente nada alcanzo de la manera de concluir estas tremendas rivalidades, que me limito á llorar en lo obscuro de mi cuarto.

— No, reverendísimo padre, no, señor; eso se lo hace decir á V. P. la grandísima modestia que le llena; pero en verdad que no hay nadie tan abocado como V. P. para intentar esta empresa, para lanzar el *quos ego* en esta deshecha tempestad... ¡Animo, mi reverendo padre, ánimo, señor! y si se empeña, no tardaremos en ver que los bandos, los enemigos, los partidarios, se acerquen para darse el abrazo de hermanos.

Guillermo y yo estábamos admirados; pero nos quedamos positivamente estupefactos cuando vimos que el General abrazaba al fraile con una efusión que rayaba en el enternecimiento. Nos despedimos en los mejores términos, y, cuando empezamos á comentar el caso, le preguntamos á Doblado qué significaba aquel abrazo tan intempestivo. El General no contestó; pero sacando una llave que decía «*Puerta secreta*», nos la enseñó por vía de explicación. Por esa puerta penetraron nuestras tropas la noche del día 29, que tomamos á San Francisco...

Dejé de prestar atención al imperturbable narrador para ver á un carro atascado entre baches. El carretero

juraba con su variado y selectísimo vocabulario, secundado brillantemente por una colección de viejas, soldados uniformados y sin uniforme, y picadores á caballo, que veían el paso obstruído.

— Mire usted á los de Michoacán que llegan ahora; son buenas gentes. Ya les verá usted en el fuego y se convencerá de que de veras valen... En Guadalajara se lucieron, y por Dios que son templados... El día de los convenios... pero no le he contado á usted eso... ¡Vaya que vale la pena! Ha de saber usted que nos hallábamos Prieto, yo y otros varios jugando unas manitas de tute en la huerta de Valle, cuando nos llamó un ayudante de Doblado; fuimos á ver qué se ofrecía, y tras de un preambulito del jefe, éste nos dispuso que entráramos á parlamentar á la plaza. Ya nos esperaban el general don Apolonio Montenegro y Pepe Velázquez de la Cadena, que, al saludarnos, nos exigieron palabra de honor de que no revelaríamos nada de cuanto viéramos. Redundancia, tontería y cosa inútil: como lo primero que hicieron nuestros introductores fué taparnos los ojos con sendas *mascadas* de seda, aunque hubiéramos querido desgañitarnos y poner tablados, habría resultado igual, pues nada veíamos ni podíamos ver... Apenas habíamos empezado á caminar por el recinto fortificado, cogiéndonos de las rejas de las ventanas y tanteando el suelo con los pies, cuando, ¡pim, pim, pim! balazos y más balazos procedentes de las azoteas; las tro-

neras, los fortines y toda clase de aberturas. Gritaban hasta enronquecerse y hacían señas hasta cansarse nuestros Virgilios, que lo eran desde el momento que tenían que sacarnos sanos y salvos de aquel círculo de fuego más tremendo que la Mabelolge; pero empeño inútil: los religioneros se encarnizaban con el grupo empeñándose en probar que había buenas punterías entre los defensores de la fe... Por fin, los valientes mochitangos, desesperando de poner calma en aquel conflicto, nos cogieron en brazos y nos llevaron hasta donde esperaba Castillo. Ya conoce usted á don Severo; está *intico*, que le dejó el 53, salvo que ahora se encuentra más sordo que el que no quiere oir. Nos recibió con cortesía y se puso á nuestras órdenes para la resolución del asunto que nos llevaba... Prieto, ya le conoce usted, le echó un discursito lleno de imágenes en que sacó á relucir la ciudad destrozada, las viudas, los huérfanos, los cadáveres insepultos y la ruina y la desolación que por todas partes reinaban, concluyendo por ofrecer á Castillo y á Cadena cien mil duros por barba á fin de que hicieran cesar aquella situación. Oyó Castillo impertérrito cuanto le dijimos, y concluyó por rechazar una oferta que lastimaba su honra: otro tanto hizo Cadena.

Salimos al fin del recinto y fuimos á dar á Doblado noticia de nuestra comisión. Nos oyó Manuel, celebró que la ciudad se rindiera sin necesidad de ocurrir á aquellos di-

nerales, y, cuando Guillermo se extendía hablando de la integridad, la honradez y no sé qué otras prendas de Castillo y Cadena, el socarrón del General dijo con toda calma:

— ¡Pero, hombre, si has hablado reunidos á esos sujetos!... Si les hubieras llamado á capítulo separadamente, otra habría sido la suerte de tus libranzas.

Y señalaba las letras que nos había entregado para el soborno.





CAPITULO XV

El héroe de las victorias

El 20 de Diciembre llegamos á Arroyo Zarco y supimos que desde tres días antes estaba allí el Cuartel General. Mi primer deseo fué ocurrir á saludar á González Ortega, á quien quizás he dicho ya que conocí en sus tiempos de estudiante, pues apenas había entre nosotros unos cuantos años de diferencia. La recepción que me hizo el famoso *Curro* fué tan cordial y cariñosa como si el día anterior hubiera dejado de embozarse en el menguado barragancillo con que le había conocido y que él terciaba con aire de caballero de las cortes de los Felipes; pero habían pasado tantas cosas que ganas me daban de negar la identidad entre aquel general que simbolizaba las esperanzas de nuestro partido y el muchachuelo tracista y maleante que había conocido en las aulas.

¡Y vaya si era maleante y tracista el gran soldado! Una vez...

Pero procedamos por orden, que quizás exprimiendo la memoria logre decir de González Ortega algo que no ande en los manualitos de historia ni en las biografías oficiales.

Jesús González Ortega había nacido en una hacienda llamada San Mateo Valparaíso, propiedad de los condes de ese título y después de los marqueses del Jaral de Berrio. Resultó el chico avispadillo y modosito, y su padre, don Laureano, se propuso darle educación científica. Ya se sabe; en aquel tiempo no se comprendía que un niño fuera á propósito para las letras sin que se pensara luego en hacerle cura ó por lo menos abogado.

Desgraciada ó felizmente, el padre de nuestro chico acabó con sus cortos recursos ó perdió su colocación de mayordomo de hacienda y fué necesario enviar por Jesús, que tuvo que seguir la triste carrera de estudiante destripado: hoy dependiente de comercio, al otro día empleado en finca de campo y al siguiente curial del juzgado de paz ó secretario del ayuntamiento.

De todos estos destinos el que tocó á González Ortega fué el de curial, y asesorando al alcalde, que de seguro lo era algún tendero de posibles, sorprendió á nuestro hombre la revolución de Ayutla. Todavía recuerdo que cuando volví á Guadalajara, allá por el cincuenta y ocho,

mis amigos me mostraron un periodiquín que se llamaba *El Diablo*. Estaba redactado por Ortega, y contenía razones de tal peso en pro de la causa liberal, que se conocía no era ciertamente un escritorzuelo de tantos quien apenas en los comienzos podía usar aquel estilo nervioso y satírico.

Triunfó la revolución y Ortega cambió el puesto de secretario del juzgado de paz de Santa María del Teul por el de secretario de la Jefatura Política de Tlaltenango, que servía un buen patriota y viejo soldado que se llamaba don Ignacio Méndez Mora.

Como es usanza, Méndez Mora recibió consigna para las elecciones de diputados al Congreso local; mas como no se le alcanzaba nada de negocios de *huizache*, comisionó al rábula que le llevaba la pluma para que hiciera la voluntad del gobernador don Victoriano Zamora. Pero el rábula, como se dice con frase vulgar y gráfica, *se comió el mandado*, y en vez del politicastro provinciano que estaba previsto administrativamente, resultó diputado el propio don Jesús González Ortega.

En Zacatecas, don Jesús no se aplicó sino á dos cosas, las únicas que amó en su vida, la poesía y las mujeres; pues á la gloria y á la libertad que también le atrajeron con su señuelo irresistible, se aficionó no más porque eran dos mujeres.

Llenos ¡ay! están los periódicos del tiempo de ensa-

yos poéticos anónimos, firmados con iniciales ó con seudónimos, producto de la fecunda vena del futuro General; pero son muchos más los que quedaron inéditos para bien de las letras. No bien encontraba el poeta una coyuntura disponible, y á pesar de ser ministro, jefe victorioso ó lo que Dios quisiera, ya estaba enhebrando cuartetas y más cuartetas como si no hubiera hecho otra cosa en su vida.

Pero sí había hecho y hacía algo más, y era amar á todas las mujeres que se encontraba al paso, lo mismo á las guapas, que á las feas, que á las de medianos bigotes: y así como las amaba, era amado por ellas al grado que su nombre era como grito de guerra que congregaba á todas cuantas gustaban del afecto fino y resuelto.

Estaba una vez á la puerta de una tercena, donde se juntaba al chisme y á la chacota la gente baldía de la ciudad, un grupo de liberales resellados, de esos que alternativamente cambiaban de opinión, y que si entraba la mochitanga eran conservadores en razón de que no convenía apresurar las cosas ni marchar contra lo establecido, y que, si subían los puros, se convertían en progresistas, porque había que ir de conformidad con el siglo: pancistas, en términos claros y exactos.

Acertó á pasar una buena moza que el señor diputado González Ortega cortejaba con fruto, y se ocurrió á uno de aquellos desocupados coger un manojo de puros y



Puros *puros*, á mi seno; puros *mochos*, á mis pies

arrojarlo á los pies de la hermosa. La chica vaciló un corto espacio, y luego, cogiendo el haz de tabacos, lo dividió en dos partes: una se la echó al seno con ademán gallardo y decidido, otra la tiró al suelo después de partir en dos cada tagarnina, diciendo con ademán de reto á los guasones y mirándoles frente á frente:

— Puros *puros,* á mi seno; puros *mochos,* á mis pies...

Y se alejó dando la gran *rabiada* con la enagua de castor llena de lentejuelas...

No faltará un sotil y almidonado que al llegar aquí tuerza el gesto y me diga con ademán de quien todo lo sabe: «Pero, señor narrador, ¿qué nos habla usted ahí de enamoriscamientos si los tiempos no eran á propósito para tonterías? Los principios, la discusión de los grandes problemas, la suerte de la patria preocupaban á todos los espíritus, y nadie se curaba de saber si agradaría á un par de ojuelos que columbrara, ni de si dejarían de gustarle los piececitos calzados con media de la patente y zapato bajo que viera debajo de una falda de tarlatana.»

Y yo contestaré al sabihondo: «Señor crítico, entre las cosas que usted sabe, no sabe lo que se pesca. Entienda su necedad, que en este tiempo en que le parece que todos nos dedicábamos á discurrir como lárragos en una perpetua sabatina, ó á cascarnos las liendres como locos, se amó más que en época ninguna. Nosotros, que

nunca nos acostábamos á dormir en cama, que remudábamos ropa cuando buenamente podíamos, que ignorábamos lo que eran el regalo y la ociosidad, teníamos fortunones amorosos que ya los quisieran para sí los barbilindos que guían automóviles y se adoban las manos con pasta de almendras. Aquella *chinaca brava* que olía á macho cabrío, á selva virgen, á camino polvoroso y á fiera en celo, dividió su vida entre Marte y Venus, y ciertamente que no tocó la parte menor á Afrodita. Si esta relación no hubiera de ser leída por gentes que no deben saber siquiera que existe la inmoralidad, contaría cosas no inútiles para la verdadera historia y que servirían para comprobar cuanto aquí apunto.

Y es que la naturaleza, siempre sabia, ya que no podía impedir que nos zurráramos de firme, por lo menos conseguía que nos reprodujéramos con más vigor que nunca.

Esta digresión ó lo que se llame, no es ociosa, pues el tipo de estos chinacates amorosos y valientes lo fué González Ortega, de quien decían sus amigos que era el terror de los hombres y el encanto de las mujeres.

Se hallaba, pues, el simpático diputado en medio de sus goces, cuando la cosa pública empezó á presentar un cariz que causaba miedo. El joven Macabeo había iniciado ya la carrera de sus triunfos, y la derrota que en Ahualulco había infligido al testarudo Vidaurri parecía el

acabóse para los liberales zacatecanos. Don Victoriano Zamora tomó soleta, un licenciado Castro, un licenciado Parra y otros muchos licenciados de diferentes nombres, se sucedieron en el Gobierno; pero su paso fué *velut umbra*, pues el que más estuvo tres días en el poder, y el que menos, veinticuatro horas. Á éste le llamarón *flor de un día*.

Una mañana despertaba S. S. el representante Ortega después de una francachela. Se había tirado de la oreja á Jorge con alburitos de apuesta, se había bebido de lo caro (aunque don Jesús, á fuer de buen enamorado, no lo cataba ni por descuido), y las alegres comadres habían hecho el gasto cantando y diciendo chirigotas de gracia dudosa. Cualquiera puede figurarse el aplanamiento del perdulario después de aquella orgía: veía el sol amarillento, la atmósfera le pesaba, sentía la boca como si estuviera mascando paño y experimentaba en el alma una sensación de vacío y de hartura, de fastidio y de deseo, que pensó nada convenía más que tenderse á la bartola y dormir hasta que la *cruda* (que sin perdón así se llama) hubiera pasado del pobre cuerpo enfermo.

Se preparaba á meterse en el lecho, cuando un amigo pidió permiso para entrar. Le refirió que los notables iban á nombrar ayuntamiento que recibiera á Márquez, entendiéndose con él para que no sufrieran personas ni intereses. Ortega oyó aquello con cólera, sacudió por un

esfuerzo de voluntad el destroncamiento de la orgía, salió acompañado de su amigo y llegó al lugar en que se ade-



rezaba el potaje político en el instante preciso que se tomaban resoluciones.

— ¿Quién trata de entrar en arreglos con los mochos sin contar conmigo, que soy gobernador por ministerio de la ley?

Contestó uno de esos licenciados antojudos y pasteleros que nunca faltan en parte alguna, diciendo que,

como no se sabía que el señor Ortega tuviera intención de asumir el mando, habían creído conveniente hacer paces con los mochos.

— Pues sí tengo intenciones y desde ahora las pongo en práctica.

Y saliendo de Zacatecas empezó su carrera de administrador y de soldado, reuniendo hombres y dineros, decretando medidas extremas contra la reacción y luchando sin cesar por su credo. Y entonces se vió algo raro y que parecía como cuento: el pobre tinterillo, el hijo de un administrador de hacienda, el poetastro abundoso y lleno de verba, se convirtió en un genio de la guerra. Ignoraba lo que eran el flanco derecho y el flanco izquierdo, y había obtenido contra el talento y la ciencia de Miramón, la brillante victoria de Silao, en que con intuición maravillosa adivinó cómo había que vencer al gran soldado conservador.

Su lectura se reducía al Nebrija, el Dmowski, al Lugdunense, á una media docena de novelones y á otra media de tomos de versos románticos, y cuando hablaba, las multitudes se sentían transportadas y llenas de entusiasmo é iban tras su huella como si hubiera sido la de un taumaturgo.

Y es que todo lo tenía Ortega: el ardimiento de los héroes, la clarividencia de los genios, la atracción de los conductores de hombres, la hidalguía de los paladines

y la tenacidad de los férreos zacatecos que detuvieron el paso de los conquistadores por tantos años. ¡Era un nuevo y potente Tenamaxtli, que, mejor aconsejado que el otro, se levantaba contra la opresión y el privilegio!

El señor González Ortega era, en los postreros días del año de 1860, un mocetón de treinta y tres ó treinta y cuatro años, alto, recio de miembros y sin un átomo de obesidad. Tenía blanca la tez aunque pálida y sin asomos de chapas de color; los ojos negros, pequeños y hundidos; la nariz fina, aunque algo arriscada; la boca carnosa y de labios delgados; el bigote corto y atusado con pomada húngara; el cabello lacio de suyo, rizado artificialmente; las extremidades finas, pequeñas y blancas.

Recibió la carta del señor Degollado y me dijo con serenidad:

—¡Pobre don Santos! ¡Vea usted cómo tiene razón mi compadre el cura Herrera cuando dice, citando á no sé quién, que no sólo debemos ser sencillos como las palomas, sino también prudentes como las serpientes! El pobre señor ha sido la víctima de los hábiles, que han querido sacar la castaña con la mano privilegiada de nuestro antiguo jefe.

—Mi general, repuse; fíjese usted en que el señor Degollado está arrepentido de su falta y que la ha expiado ampliamente.

—Arrepentido... ó casi arrepentido, pues, llevado

por malos consejeros, ha ido á Toluca á fin de ponerse de acuerdo con Miramón para tratar del malhadado plan que no aceptan los conservadores ni los liberales... Pero



caro lo ha pagado: á la hora de esta, se encuentra prisionero.

—¡Prisionero! exclamé espantado.

—Prisionero, sí, pero merecido se lo tiene... Recuerdo que hace tiempo leí en la historia de nuestra tierra la caída del adelantado Pedro de Alvarado en el rancho aquel de las Huertas que usted conoce, y desde entonces se me grabó en el entendimiento una frase que allí encontré... Como usted sabe, precipitó en el despeñadero al

pobre Tonatiuh un escribano medroso llamado Baltasar Montoya; y cuando ocurrieron los soldados á auxiliar á su jefe, éste no supo decirles más que: «Eso merece quien se junta con gente como Montoya»; y eso digo yo. «Tal merece quien se reune con gente como Berriozábal»... Según me refieren en la carta, el gobernador de Toluca, en vez de tener consigo tropas ligeras que le ayudaran á salvarse en caso extremo, había acumulado artillería de campaña, carros estorbosos y trenes pesados que le servían para retardar cualquier movimiento... Parece que un joven de México, llamado Agustín del Río, sabedor de que Miramón salía de la capital, se puso violentamente en camino para avisar el suceso á don Felipe; pero éste, lejos de creerlo, pasó el día aún más descuidado que los otros. Miramón disfrazó con blusas rojas á unos cuantos soldados suyos, éstos cogieron á las avanzadas que podían haber dado aviso de la aproximación del enemigo, y cuando menos se pensó, á las once de la mañana y con un sol de justicia que era capaz de derretir el acero, cayó Miramón sobre Toluca, cogió la artillería de Berriozábal y lo batió con ella cogiendo prisioneros además del bueno de don Felipe, al señor Degollado, á Benito Farías, á Govantes y á otros varios... que salían de misa con la tropa.

— ¡Qué desgracia, señor!

— Desgracia, no, ciertamente; pues si Miramón no

nos hubiera hecho este servicio, quizás hubiéramos tenido nosotros que marchar sobre Toluca antes de ir sobre México, pues era menester extinguir este foco de rebelión



en el seno mismo del partido... Mi corresponsal me asegura que Miramón se tira de los bigotes y las barbas al ver que nos dió por nuestro juego, pues cogió papeles que le demuestran lo que pasa... Por lo que á usted toca, preséntese con Leandro Valle y dígale que le coloque entre los mil tapatíos que manda...

Leandro me trató con el cariño de siempre, y me dis-

puso quedara sin colocación inmediata para dármela á la hora que fuera menester.

— De hoy á mañana, me dijo, tendremos la refriega: Miramón acaba de salir de México y viene á buscarnos: el bendito descalabro de Toluca nos evita sitiar la capital con elementos escasísimos, y á la ciudad sufrir los horrores de un asedio... Cree Miguel que todo es presentarse y obtener triunfos; mejor; su buena estrella no puede durarle siempre y es lógico que le batamos otra vez.

— ¿Y cuál es el plan?

— El plan es marchar hasta dar con el enemigo, y una vez encontrado, pegarle ó que nos pegue...

A la mañana del día siguiente salimos á acampar cerca del pueblecillo de San Miguel Calpulalpam, á la vera del camino real, que era la presa que se disputaban los dos ejércitos.





CAPITULO XVI

Calpulalpam

No logré pegar los ojos en toda la noche. Me impidieron conciliar el sueño los gritos destemplados de los centinelas que custodiaban el campo, el aullar de los perros, y el frío intenso que llegaba acompañado de un airecillo que penetraba hasta los tuétanos. A eso de las cuatro de la madrugada, envuelto en mi desairada pañosa, dejé los ociosos terrones en que había pasado la noche, y me dí á vagar por el campo.

Obscuridad completa; al frente formaban una amplia cortina los árboles negrísimos, que como orla de aquella inmensa estribación de la serranía dejaban sus últimos toques en la llanura, donde agonizaba el paisaje. Luego, como exploradores del bosque, ejército de fantasmas que se parecía á lo lejos, una serie de chaparros, huizaches,

ciérra-techina y mezquitillos que semejaban hombres agazapados, espías cautelosos, grupos apostados que trataban de adelantarse, husmeando aquella negrura. Una fila de sauces cercanos á una zanja, que se inclinaban al paso del viento como arcos de Nemrod, formaba un dique fantástico que de cuando en cuando dejaba penetrar algo de claridad.

Aquel punto es el fin de una serie de montañas, y lo que arriba es nieve, cumbre y acantilado, aquí es lomerío gracioso, ligera ondulación y ampliación del paisaje. La montaña, que es una frente ceñuda, va desarrugándose hasta llegar á convertirse en sonrisa que después se cambia en mueca de desconsuelo al mirar el camino, que, como sierpe perezosa, se desarrolla en multitud de anillas que voltean por ríos, collados, montañas y pueblos hasta morir en el mar inmenso.

A poco, el cielo empezó á teñirse en algunos puntos de claridad vivísima, como si alguien hubiera picado la tela de sombra haciendo surgir la luz oculta tras ella. Luego se formaron ligeros *stratus* amarillentos que no tardaron en volverse de rosa y amaranto, como láminas de una cantera riquísima; avanzó una nubecilla azul como las que forman las rompientes de gloria de los pintores místicos, y al fin apareció el sol con su caraza bonachona, dispuesto á tomar asiento privilegiado para ver la función que se preparaba.

No lo decíamos, pero todos pensábamos que aquello era lo decisivo, lo seguro, lo indudable; que íbamos, ó á tener conserva perpetua ó libertad á qué quieres boca; que Miramón ú Ortega no tendrían compasión con el que quedara y que era menester arrostrar lo que viniera, con ánimo sereno.

Apenas sonó la diana, los soldados se levantaron *argentes* y listos, y los trenistas y artilleros uncieron y cargaron el ganado formando batallones, escuadrones y baterías.

El general en jefe, en un caballo colorado retinto que ví ensillar, recorrió el campo recibiendo vivas y aclamaciones de sus bravos, acompañado de un sujeto de mediana edad, blanco, gran piocha rubia y ojos vivos, que ocupaba un cochecillo ligero.

—Es, me dijo un amigo, Pepe Alvarez, jefe de ingenieros, soldado instruído y buen patriota. Anda en ese *buggy* porque le falta una pierna que perdió el día anterior á la acción de las Vacas... Ahora está sufriendo de la herida, pues se le ha abierto y la sangre le sale de la bota.

Y continuó mi amigo:

—Esa eminencia es la de Calpulalpam; aquel campanario que parece de nacimiento es el de la iglesia de San Miguelito; la zanja que echa vaho á nuestro frente corre por el puente de San José... Ese camino que se divide en

dos va de una parte á la hacienda de la Goleta y de otra se reune con la gran carretera nacional... Parece hecho adrede; hemos venido á formar precisamente frente á Miramón y nuestra batalla está opuesta á la suya de una manera casi académica... Usted comprende el golpe;



Miramón tapa la entrada del camino que lleva á México; nosotros tratamos de hacerle á un lado y de entrar á la capital... ¿Hay algo más sencillo?

Entre tanto iba ocupando nuestra gente las ondulaciones del lomerío. Por mucho que se haya leído descripciones de ejércitos europeos, no se tendrá idea del color y del relieve de aquellos chinacates que se reconcentraban para saber cómo habían de romper la cabeza á los conservadores que se hallaban en las eminencias vecinas. Las infanterías vestidas de manta blanca, con el arma al brazo y el paño de sol al aire, parecían (y no resultaba

inexacto decir que lo eran) manadas inmensas de carneros que quitaban color y aspecto á los collados en que se extendían; las caballerías estaban formadas de guapos caporales montados en caballos ligerísimos, bonitos *encuentros*, fuertes corvejones y finísimas pezuñas. Ninguno llevaba uniforme; los jefes vestían chaqueta de casimir, calzonera plateada y sombrero charro, y los de grados inferiores, blusa roja y lanza con banderín. Sólo iba de punta en blanco Leandro del Valle, con uniforme gris de grandes solapas negras, vestimenta que correspondía al cuerpo de ingenieros, que era el suyo.

A la derecha estaban las brigadas de Zacatecas y San Luis, mandadas respectivamente por González Ortega y Zaragoza; seguía Antillón con Guanajuato, Jalisco con Valle, y por último, casi tangente á la Goleta, la brigada de Huerta con Régules al frente.

Desde nuestro punto se miraba el límite del campo que moría en una sinuosidad del camino. El sol, que como una inmensa tela de oro cubría todo aquel espacio, hacía aparecer como de metal fundido á Ortega y á su Estado Mayor que se hallaban en lo alto de una loma limpia de matojos y plantas raquíticas. Era una noble y anticipada epifanía que llenaba de luz de gloria al que ya poseía cuanta pudo ambicionar.

A las siete y cuarto se oyó el cañón, no sé si en el lado liberal ó en el contrario. Luego empezó un zumbido

como de avispas enojadas: era la mosquetería que resonaba con más vigor del que podía creerse para ser el principio del encuentro.

— Es un reconocimiento, decía uno.

— Es contra el ala de Huerta.

— No hay temor; sabrán recibirles bien los morelianos.

— Alguien corre.

— Son azules.

— Sí, son azules; pero corren tras los blancos.

Valle, separando el anteojo del rostro, me ordenó con calma:

— Señor Pérez, avise usted al señor General en jefe que Miramón ha envuelto el ala izquierda y que las tropas empiezan á desbandarse. ¡Corra usted!

Apreté las espuelas á mi caballo, y llegué frente al General en el momento en que ya reinaba ansiedad en el grupo. Oyó Ortega el mensaje y me dijo excitado:

— Cabalmente acaba de salir Zaragoza á informarse de lo que pasa... Avise usted á Margarito Mena, que cargue en seguida.

Volé á cumplir el encargo, y pude ver que ya aparecían á nuestro frente, en la falda de la montaña, vadeando la zanja y en todas partes, uniformes azules que avanzaban primero aisladamente, después formando compañías, escuadrones, regimientos y batallones. Al mismo

tiempo tronaba el cañón en toda la línea nuestra, alzando cada disparo una columnita de humo que se perdía en el aire.

Un general bajito de cuerpo y de gran barba arengaba á dos batallones que avanzaban con el fusil listo para disparar. Blandía la espada, pero no se oían de su peroración más que frases sueltas. Patria... sacristanes... pueblo... Al fin se escuchó un ¡Viva la libertad! que fué contestado ardientemente, y los dos cuerpos salieron á paso veloz para cerrar el paso á la mochitanga.

Mena (que por supuesto difiere radicalmente del joven y animoso capitán Francisco Z. Mena, que se encontraba entre los de Antillón), parece que le veo, moreno, cara ancha y peluda, ojos despavoridos y aspecto de indecisión, oyó la orden y nada dijo. Considerando que no podía volver al lado del General á causa de que el fuego estaba ya generalizado en todo el campo y porque la cosa urgía, alineé mi caballo entre los de aquellos jinetes que aguardaban el momento de la carga.

Salió un disparo de nuestro grupo, sentí que me apretaba las piernas el penco de un charro que se hallaba á mi lado, noté que un jinete caía de rodillas y que la cabalgadura echaba á correr, y cuando aguardaba que se se diera la orden de cargar, ví á Mena bajar la cabeza, hablar con otro jefe que tenía cerca de sí y por fin alejarse un trecho del campo.

Comenzaron las voces subversivas; muchos arrendaron sus bestias, otros quisieron tomar impulso y salir solos contra el enemigo, uno gritó que había de por medio dinero de la Iglesia y otro injurió á Mena llamándole cobarde.

De repente vimos un caballo retinto que llegaba á todo escape, unos ojos ardientes que nos miraban, una mano que alzaba un látigo, y una voz que gritaba:

— ¡Adentro, muchachos! ¡viva la libertad!

Era González Ortega; González Ortega transformado, radiante, lleno de brío y de fuerza, inclinado sobre la cabeza de la silla, dejando ver apenas el ala tendida del sombrero, la mano blanca y nudosa y el látigo relampagueante.

En el momento de salir cayeron varios jinetes, pero nadie hizo caso de ellos; se les oyó gritar, blasfemar, quejarse; mas no hubo quien se moviera á compasión. ¡Viva la libertad! y allá va el tropel inmenso de caballos de todos los matices que se mezclan, se confunden, se reunen, se separan y se vuelven á juntar á manera de vidrios de un kaleidoscopio gigante. Me rompen las piernas los caballos cercanos; pero en cambio me llevan queriéndolo ó sin quererlo.

No percibo más olor que el de las bestias sudorosas y el del polvo que levantamos; pasan ante mí campos, arboledas, terrenos de labranza, un ranchito con ganado que

evoca ¡misterios de la mente humana! el recuerdo del portal de Belem; rebasamos una batería de cañones brillantes cuyos artilleros nos ven pasar como visión diabólica, y nos encontramos en un camino blanquísimo. Me ciega el brillo de los sables; me molesta el subir y bajar de las manos morenas que llevan las riendas; el bullir de las crines de los caballos me produce vértigos; el ir y venir de chaquetas, blusas, chaparreras y banderolas me parece maquinal y convenido.

¡Viva la libertad! El grito que se oía al principio claramente, después se percibe indistinto, fraccionado, sin cohesión; muchos lanzan blasfemias, muchos cantan; pero sólo se les ve abrir la boca sin que se oigan las palabras. Porque hay que decir que en aquella ocasión los que peleaban solían cantar las canciones que entre nosotros se estilaban: *Los cangrejos, Los moños verdes,* las mil tonadillas del campamento.

Caen varios jinetes á una hondonada del camino, revienta cerca de otros una bala de cañón, y veo revueltos, monturas, bufandas, caballos y sombreros. Los *cuacos* corren enloquecidos, arrastrando ponchos y frazadas; uno tira del jinete, que se quedó pendiente de una pierna; otro abandona al dueño que cayó con la cabeza segada á cercén por un casco de granada.

Y mientras, allá vamos furiosos, incontenibles como un alud, como una fuerza de la naturaleza. Me hallo al

lado del General y acuchillo á los fugitivos que me encuentro, que no nos hacen frente y que se escapan despavoridos. Pronto es absoluta la dispersión entre los del Macabeo: arrojan á los vallados, á las zanjas, á las cunetas del camino los fusiles, los tahalíes, los quepis, los sables y las espadas. Los oficiales corren como los soldados; los que tienen caballos los aguijan quitándoles el freno y azotándoles; los de á pie huyen en carrera loca, desenfrenada é inconsciente, presa del contagio del miedo.

Paramos al fin y sabemos que hay miles de prisioneros; las bandas y las músicas tocan diana; los soldados aclaman, llorando, á González Ortega, el vencedor de Calpulalpam, el héroe de la Reforma, el salvador de la libertad. Todo es contento, alegría y satisfacción; los amigos se abrazan, los extraños se dan la mano; todos comentan, discuten y aplauden.

¡Pero qué fatiga tan inmensa! No puedo alzar el brazo ni menear el sable; siento hinchada la mano, llenos de polvo los ojos, congestionado el rostro, despedazada la espina dorsal.

Un dragón tiene rota la cabeza en dos partes y le corre la sangre á torrentes, otro lleva una gran cuchillada que le coge toda la espalda, un tercero perdió la oreja derecha y no sabe dónde hallarla, y un cuarto y un quinto y un décimo están hechos pedazos; pero satisfechos, risueños, seguros de que bastará cualquier remedio

de los que aplican las viejas para dejarlos *peor que nuevos,* pues las cicatrices más hacen gracia que afean ó deforman al guerrero.

Salimos á recorrer el campo, y ¡cuántos horrores vimos! Una fila de soldados con las cabezas cortadas por una sola granada; una vieja con el vientre hecho pedazos, cerca de un oficial, con las piernas rotas. A la cuenta, había querido la maldita robar al muerto, y la granada justiciera había acabado con ella.

Luego venían soldados, conservadores y liberales caídos uno al lado de otro; caballos muertos aplastando á sus amos; cadáveres á los que no se descubría lesión ninguna...

Porque es menester que se sepa que la guerra es cosa horrible; que no consiste en vestirse de mamarracho y oir arengas en que se loa á los que provocan las matanzas; y que el mayor mal que puede caer sobre un pueblo, es este del destrozo, la muerte, el incendio y la devastación. ¡Malditos sean los que la presentan como el fin de la carrera de los pueblos, y mil veces malditos los que atizan estas discordias entre hermanos, que apenas tienen disculpa cuando se trata de intereses tan altos como los que representaban los partidos cuyas luchas he historiado!

Apenas empezaba á levantarse el campo, cuando el general en jefe llamó á un chico, ayudante suyo, llamado

Jesús Lalanne. Estaba el señor Ortega de excelente humor, y dirigiéndose á Chucho le dijo:

—Quiero que el nombre de usted quede unido á esta jornada memorable. Vaya á Arroyo Zarco y telegrafíe al



interior todo lo acontecido, que usted ha presenciado en todos sus detalles...

Ya se alejaba el mensajero, cuando el General le gritó:

—Lalancito, monte en mi caballo pinto; ya sabe que, aunque feo, es animal excelente.

—Mi General, interrumpió el capitancillo, listo y despierto como pocos; mi *cuaco* es bueno y el de usted puede hacer falta aquí...

—Bueno será: pero el mío es excelente; sobre todo, quiero que marche de prisa para que se anticipe á los

desertores, que quizás propalen falsedades por el camino... Además, puede encontrar dispersos de Michoacán ó de los mochos y tendrá que rechazarlos ó que huir de ellos...

Me vió luego el señor Ortega, y me dijo jovialmente:

—Ya he visto que el señor La Llana sabe batir el cobre... Y luego dirán que los poetas para nada servimos... Servimos para lo que sirven todas las gentes, y además para hacer versos... ¿Qué le parecería marchar con la columna ligera que va tras de Miramón?... Pues alístese, hombre, que dentro de diez minutos salen esos valientes...

Cambié mi caballo por otro que estaba de refresco, trepé en él y me incorporé á los que seguían á los fugitivos. Todavía topamos con algunos que huían; pero no había quien diera razón del Macabeo: se había vuelto ojo de hormiga.

Dábamos vuelta á un recodo del camino, cuando divisamos una *culebra* de caballería que llegaba á todo correr. Nos reconocimos tras las formalidades que dispone el protocolo, y vi que mandaba el grupo un joven como de treinta años, alto de cuerpo, moreno de rostro, de ojos negros y penetrantes, de movimientos prontos y de palabra fácil.

—Soy, me dijo, el coronel Porfirio Díaz; pertenezco á la división de Oriente, que manda el general Ampudia, y

llegamos ayer á Tula forzando marchas y aumentando fatigas... Hoy por la mañana oímos cañoneo en dirección de Calpulalpam; varios oficiales nos acercamos al jefe, para suplicarle ordenara siguiéramos caminando hasta reunirnos con nuestros hermanos del interior, que de seguro se batían, y Ampudia respondió que no había tal, que los ruidos que oíamos eran camarazos que se disparaban en estos pueblos por las fiestas de las posadas... Insistimos, sin embargo, y empezábamos á enjaezar cuando vimos venir á todo correr una columna como de doscientos jinetes escogidos. ¡Malajo! Parece que allí venía Miramón y que pasó sin que lográramos cogerle... Hemos podido hacer más de dos mil prisioneros, y eso porque con la gente que usted ve, he registrado todos los caminos.

Llegamos á Tepeji del Río, y, si he de decir la verdad, me sentía casi difunto de fatiga. Ignoro á qué horas arribaría el grueso de las tropas, ignoro cómo se instalaría en las casas del pueblo é ignoro todo. Dormía como una marmota en la fementida cama que honraba el cuartucho del mesón, cuando me despertó rumor de voces y rodar de coches, y me cegó el resplandor de antorchas que llevaban mozos de á caballo.

Detúvose la diligencia en la puerta del mesoncillo y de ella bajaron cuatro personajes. Uno era barbudo, de buena estatura y vestido de general: Berriozábal; otro de buen rostro, aspecto cortesano y ojos apacibles: Ayes-

tarán; el tercero viejo, paticojo, barrigón, antojudo, de cabeza erguida, espinazo inclinado y bastoncillo en la diestra: Pacheco, embajador de S. M. C.; el último, de barba cerrada, nariz de gancho, y frente en que apuntaba la calvicie. Saligny, ministro de Francia.



Los mexicanos iban como salvoconducto vivo para conseguir que pasaran los diplomáticos entre las hordas de cafres que formábamos las tropas liberales. Veía á Pacheco saltar desde lo alto de la diligencia apoyando el bastón en los baches de la única vía pública que forma el pueblo de Tepeji del Río, cuando la mano pesada y con ninguna capaz de confundirse de mi buen amigo don León, se posó en mi hombro *apolismado:*

— Tras usted andaba, pollo; ya sé que se ha portado como un hombre y que pronto se pondrá las charreteras

de coronel... Bien; conque tiene uno amigos héroes y no lo sabe hasta que ellos no pueden tener oculto su heroísmo por más tiempo... Pero *á lo que te truje:* desde que Ortega llegó preguntaba por usted y ya había mandado catear medio pueblo para hallarle... Preséntesele en seguida.

Me dí á buscar al jefe, que estaba ocupadísimo instalando á los diplomáticos y sus truchimanes: pero, luego que me vió, me dijo entregándome un pliego:

— Se marcha usted á México en este mismo instante... lleva esta intimación para Macabeo á fin de procurar que se rinda sin necesidad de sujetar á la capital á los rigores de un asedio, bien que cuenta Miramón con tan pocos recursos, que nada razonable podría intentar...

Oí el recado, pedí el permiso para salir y monté á caballo con las más tremendas agujetas que tuve en mi vida.





CAPÍTULO XVII

Finis coronat opus

El veintitrés á buena hora llegué á la ciudad de los palacios, que me figuraba convertida en una fortaleza de la Edad Media, artillada desde los cimientos hasta los torreones y recibiendo con saludos de plomo líquido al osado que se atreviera á pasar muchas varas á la redonda de ella.

Cuando aguardaba que salieran á reconocerme patrullas y pelotones y que me introdujeran mediante el ceremonial que me había descrito el buen don León, ví que se curaban tanto de mi presencia los guardas de puertas, únicos que pudieron notar que llegaba mi interesante persona, como del arribo del Moro Muza.

Cuando empecé á tomar lenguas acerca del cariz que presentaban los públicos negocios, supe que Miramón

había salido ó estaba próximo á salir, que dejaba la carga á quien quisiera recogerla y que se marchaba Dios sabía dónde, pero siempre asegurando que iba á acabar con la «horrenda demagogia», la «infame traición» y la «chusma vil», que «quedarían deshechas á pesar de sus cacareados y efímeros triunfos»...

A eso de las seis de la tarde regresaron los señores que habían salido á pedir que no se engulleran á México, como si fuera un trozo de jamón, los ogros con un ojo en la frente y cien mil garras en las patas y en las manos, que mandaban González Ortega y compañeros...

Pero ¿qué iba á hacer con el pliego que llevaba? ¡Mala peste! Si Miramón hubiera estado en su palacio rodeado de sus guardias, lleno de gloria y majestad y con medios de cortarme el cuello de un tajo, me habría metido á entregarle la tal intimación; pero hallándose oculto, quizás fugitivo, quizás perseguido de cerca por nuestras tropas, ¿cómo iba á salir con mi embajada á riesgo de que me dijera que ya era después ó que ni siquiera se enterara del papel?

Pensaba en que no había situación más desesperada que la mía y que nadie como yo había sondeado un conflicto tan ridículo ó tan grave, cuando noté que me miraba fijamente un sujeto alto, desgarbado, paliducho, con ojos chiquitines, anteojos con vidrios gordos como suela de zapato y melena lacia y alborotada. El sujeto aquel,

según me lo aseguró después, tuvo tiempo de pasar tres ó cuatro veces frente á mí sin que en mi embobamiento sintiera que me espiaban. Al fin se resolvió, puso la mano en mi hombro y me dijo jovialmente:

— Roto y barbudo os hallo; pero os reconozco por ese vuestro aire infantil, que os acompañará hasta la tumba.

Vacilé un rato; pero me orientaron lo desgarbado de la persona, la ropa que quería escaparse del cuerpo flacucho, la sonrisita picaresca y el dejo estudiantil de la voz.

— Lencho de mi alma, *Genio* bendito, mi buen genio, grité estrechando entre mis brazos á Florencio del Castillo.

— ¿Cómo he de llamaros? General; de seguro sois ya general ó andáis cerca, mientras yo no paso de gacetillero, tan gacetillero como me dejasteis... Eso sí, mi ramalazo de persecuciones no me lo perdonaron: estuve preso en un cuartel y luego desterrado como un caballero en el Molino Blanco...Pero eso no es de este lugar; referidme esa gran batalla que acabáis de ganar, que ardo en deseos de saber cómo corren las liebres conservadoras...

Le conté cuanto quiso, que no fué poco, y luego concluí preguntándole qué había de hacer con mi intimación.

— Pues no encuentro sino uno de dos destinos para tu intimación, dijo humillando el estilo: ó la rompes en pedacitos muy menudos ó la guardas en el bolsillo como

recuerdo que puedes legar á tus hijos, cuando los tengas, de que anduviste en este conflicto con ese importantísimo papel.

— ¿Y se puede saber por qué?

— No hay más que una razón, que no sé si te parecerá decisiva, y es que Miramón anda ahora á salto de mata sin saberse qué será de él. Su magnífico caballo reventó aquí cerca, en la hacienda de Ahuehuetes: piensa la carrera que debe haber llevado. En cuanto á él (el Macabeo, no el caballo), reunió cosa de dos mil hombres, que era lo que formaba la guarnición de esta plaza, salió con ellos, diz que con dirección á Toluca, les acompañó hasta la ciudadela, allí se tapó las narices y regresó á México probablemente á esconderse en algún agujero tan oculto como aquel tabique de la casa de los marqueses de Salinas ó aquella cueva de la hacienda de Tepeyahualco.

— ¿Y la tropa?

— Por ahí va caminando segura de que la llevan á algún Ahualulco ó cosa parecida.

— ¿Pero quién manda?

— Por ahora Berriozábal y Degollado tienen el gobierno de la ciudad.

— ¡Loado sea Dios! ya era tiempo de que esto se acabara...

— No hay que echar tantas bendiciones, que todavía falta la cola por desollar. ¿Crees que vayan á darse

por vencidos estos bellacos que «ni aprenden ni olvidan»?

—¿Y de literatura qué me cuentas?

—¡Literatura! ¿Quién se acordaba de versos cuando sonaban tantísimos cañonazos? Nuestro conciliábulo quedó completamente destruído desde que hace tres años nos dió el golpe de Estado el bueno de tu patrono Comonfort.

—Mío y tuyo: que al fin tú y los tuyos *le calentaron el bocadito* para que lanzara á la porra á la santísima Constitución.

—Siempre has tenido esa creencia; pero yo te probaré...

—No tienes que probarme nada; todavía no resucita de entre los muertos *El Monitor*, para que ya nos metamos á hacer calendarios.

—¡Pobre Juan Díaz! murmuró el Genio.

—Ya te veía venir; no había otro nombre en mi boca desde que te reconocí... Mataron con él una gran esperanza.

—Grande sin duda; pero aun nos quedan muchos. Ahí tienes á un indito suriano de fisonomía dantonesca, de palabra arrebatada, facilísima y colorida, de instrucción enorme en cosas literarias, de retentiva asombrosa, de gran ingenio y de carácter férreo.

—¿Y quién es ese fénix?

—Se llama Ignacio Altamirano y á la hora de esta debe de andar quizás por el sur en compañía de su pai-

sano Alvarez, quizás por el norte con algún tagarno.

—Y como él tienes á otro chiquillo, gran poeta, llamado Flores; á Chavero, una esperanza en flor: acaba de recibirse abogado ó se recibirá en estos días; á...

—Sí, ya sé, al güerito Bocanegra, tu gran amigo... Muchas gracias; que te aproveche.

—Esa inquina que has tenido siempre contra el pobrecillo... No creas, Bocanegra no está bueno.

—Buen *joyo* haga...

—Me figuro que también á mi *Heberto* le querrás mal.

—¿A Gonzaga Ortiz? Le pongo sobre mi cabeza y le admiro por su gran ingenio.

— Temblando estaba de que no alcanzara gracia ante tus ojos.

—¡Genio, por Dios!

Asomó en esto por la calle de la Palma la figura romántica de Benito Gómez Farías. Y digo bien que asomó, porque sacó la cabeza de un simón para ordenar algo al cochero.

—¡Benito, Benito! gritó el Genio.

—Lencho de mis entretelas...

—Luego que ví salir de

Esa que veis rodar máquina lenta
Por perezosos brutos arrastrada,

tu simpática y no menos arrastrada personita, sentí inmenso alivio... Salvo que seas sombra de tu sombra, me convenzo de que no te han fusilado por orden del vencedor de cien batallas.

—A punto estuve, mejor dicho, á punto estuvimos. Govantes, don Santos y yo vinimos conducidos bajo la responsabilidad de Ayestarán... Márquez había querido escabecharnos; pero el Macabeo, que no es tan bruto como el Leopardo, nos salvó la vida ó poco menos. Pero estoy gastando un tiempo precioso en charloteos; voy á la Acordada á libertar á un preso y me están estorbando.

—¿Qué preso, mi caro Benito?

—Pancho Zarco, el escritor, el periodista, nuestro agente en México.

—Vamos contigo, te acompañamos... ¿Vamos, La Llana?

—¡Cómo no! iba á solicitarlo.

—¡Pues arriba, jóvenes!

Y el simón echó á andar por las calles llenas de estorbos y dispuestas para la defensa.

Llegamos á la Acordada. Salió á recibirnos un bicho repugnante, término medio entre proxeneta y empeñero. Llevaba pantalón raído, chaqueta con los codos rotos, sombrerillo de fieltro y botines de becerro agujereados por todas partes.

—Ya esperaba á los señores, dijo limpiándose con el



pañuelo de yerbas el rostro moreno y grasiento, constelado aquí y allá con matojos de una barba de quince días de fecha. Ya sé; vienen los señores á buscar á los señores presos políticos... Sírvanse aguardar, que aquí les mandaré á las personas que deban quedar libres... Aquí está esta sillita, señor... Un momento nada más y viene su preso... ¡Ah! ¿conque es el señor Zarco la persona á quien aguardan? ¡Cuánto me alegro de que quede libre el señor Zarco!... Le llamo en seguida y se va en su compañía; aunque, bien visto, me va á hacer mucha falta... «Avilés, me dice, cuando salga de aquí voy á disponer que te corten las orejas»... Es graciosísimo; pero á veces se ponía insufrible; ya se ve, como uno... naturalmente... tiene necesidad; en fin, el que sirve... ya los señores me comprenden... Yo, con dolor de mi corazón... vamos, con pena, impedía á veces que la familia del señor Zarco... y sus amigos... en fin, todo el mundo viniera

á hablarle... Ya los señores saben; el que manda, manda, y cartucheras al cañón... En este momento toman nota de la orden en los libros de la alcaidía y pueden los señores aguardar á su preso...

—¡Cordones! ¿qué hemos de aguardar? Ya hemos aguardado bastante, gritó Farías...; vamos á sacar al preso de la mazmorra; venga la llave.

—Es arriba, señor, en el piso alto; yo mismo les conduciré.

—¡Pues andando, rufián! dijo Florencio con ademán de rey de tragedia.

Salimos del infecto sotabanco en que habíamos estado, entramos al patio lleno de pelados piojosos, de caras foscas, de rumor de llaves y de golpes de garrote: un antro digno de la pluma del gran Lizardi.

—Pasen los señores, pasen, y no crean que pueda sucederles nada; son buenas gentes y están ya enseñadas.

Después de una escalera en vías de destrucción y de un barandal herrumbroso, seguían varios cuartos numerados. Se paró ante uno el negrero aquel, y dijo:

—Aquí, señores; este es el cuarto del señor Zarco...

Chirrió la llave en la cerradura, salió una bocanada de gases fétidos, mezcla de aire confinado, de albañal y de suciedad humana. Distinguimos en el interior algo que se removía, y de un petate desbarbado vimos levantarse á un espectro amarillento, giboso, extenuado, con la



barba crecida y el aire de sufrimiento resignado: era Zarco.

—Pancho, gritó Benito metiéndose al cuartucho infecto.

—¿Quién es? ¿qué me quieren? preguntó el pobre preso sin saber con quién hablaba.

—Somos nosotros, tus amigos, tus correligionarios; ya se acabaron tus penas...

—¿De modo que ya estoy libre?

—Sí, Segismundo, dijo Castillo en tono declamatorio.

—Sí, Pancho, exclamé abrazando al pobre periodista.

—No me abraces, La Llana; tampoco tú, Benito; estoy desgranándome de piojos, comido de suciedad, con más costras que el globo terráqueo. Llévenme á donde

pueda lavarme, cortarme la barba, ponerme ropa limpia...

— Todo se hará, Pancho, todo se hará, gritamos nosotros enternecidos é indignados, y zarandeando y levantando en vilo á nuestro amigo á pesar de sus protestas.

— Me descuadernas, La Llana; amigo mío, advierte que estoy reumático, hecho pedazos, con las articulaciones llagadas é incapacitado de movimientos... ¡«Ay, mísero de mí, ay, infelice»! — y se puso á toser con tanta priesa que no parecía sino que el débil cuerpecillo iba á quedar hecho trizas... Luego recobró el humor y comenzó á bromear como siempre. Nosotros no podíamos verle sin sentirnos llenos de compasión.

— ¡Pobre Pancho! dijo Farías, ¿has sufrido mucho?

— Sufrir, lo que es sufrir, creo que yo sólo sé lo que es, de entre las gentes de nuestro partido... Pelear de día y de noche, dormir á campo raso, ayunar con más frecuencia que manda la Iglesia, cosas malas son; pero que viva encerrado quien quiere la libertad para todos los humanos, que se consuma en el tedio y la ociosidad de una cárcel quien ama sobre todo el movimiento y la actividad, son cosas horribles... Aquí sabía las horas del día por la llegada de la *remesa diaria,* por los garrotazos de los *presidentes* y por los gritos de los *boqueteros;* conocía el humor de los criminales por la manera con que daban la *culebra:* sabía cómo corría el dinero por la abundancia de las limosnas á la Virgen de los Dolores... Malo es estar

entre estos desgraciados, en el *calabozo de semana*, aspirando olores, oyendo palabras y presenciando espectáculos horribles; pero allá siquiera se comunica con alguien, se puede cambiar el atole por pambazos, y sobre todo, se puede lavar en la fuente estos frijoles talludos y con sabor á caldero de cobre... Pero de lo que no cabe duda es de que yo alcanzaba las preferencias del personal administrativo de esta casa... Veces había que cuando iba á recogerme después de verter en el suelo el atole de mi comida para evitar la aproximación de las chinches y los piojos, sentía á la puerta un ruido ensordecedor: era una banda de cornetas y tambores que no cesaba de ensayar hasta que la luz aparecía... Otras veces, tan pronto como se sabía que había ganado en cualquier encuentro el bando liberal, yo tenía que sufrir una derrota en toda la línea: la batalla de Silao trajo como consecuencia que yo cargara con buena parte de los desechos de la prisión; Peñuelas, que me aplicaran á abrir una zanja para limpiar los albañales; la toma de Guadalajara, que se me disminuyeran los alimentos; y como la acción es conforme á la reacción, esta última victoria que no sé cómo ni contra quién ha sido, iba á acarrearme la muerte. Ayer entró á mi celda el simpático Avilés, mi carcelero, y ordenó me pusieran en capilla. «Gordo debe haber sido el porrazo — pensé para mi camisa rota; — pero no hay que dolerme de lo que me pasa, si al fin se quitan de

encima estos sacristanejos»... Resuelto estaba á hacer mis cuentas con Dios, cuando me sacaron de la capilla y me trajeron de nuevo á mi calabozo; y ahora, aquí me tienen ustedes, salvo... aunque no sano.

—¡Pobre Pancho! dijimos los tres á un tiempo. ¿Y qué médico te atendía en tus enfermedades?

—¡Médico! Dios lo diera. Jamás quisieron llamar al más desdichado curandero, porque dijeron que *me hacía*, que todo mi mal era *maña*... Sopla viento frío, añadió el preso, y yo no estoy para que la gente me vea en estas trazas... Préstame tu capa, Benito, ó más bien regálamela, pues no podría devolvértela después de haber estado en contacto conmigo; estaría perdida de todos los bichos que, según Don Quijote, mueren sin falta al pasar la línea.

Ya salíamos á la calle, cuando el oficioso alcaide nos interrumpió el paso.

—Señor, imploró dirigiéndose á Zarco, yo, usted sabe; es decir, usted comprende... le he vigilado un poco á causa de que así me lo disponían... y como uno tiene familia... y como el hambre es un fuego... le ruego que no me olvide...

—El mayor bien que puedo hacerle, créamelo, es olvidarle, contestó Zarco con displicencia.

Y se envolvió en la pañosa para meterse en el simón que aguardaba á la puerta de la cárcel.

Nos encaminamos al palacio; en la puerta estaba mi insigne jefe don Santos Degollado, recibiendo las partidas de doscientos y trescientos hombres de las tropas de Miramón que iban desertando y presentándose.

— Dichoso Pérez, exclamó dirigiéndoseme el jefe, que logró la dicha de triunfar en compañía del gran Ortega en esa acción de Calpulalpam que viene á ser el término de todas nuestras penas. Tres años de luchas, de dolores, de desesperanzas, merecían un día tan hermoso.

Repentinamente, abriéndose paso por entre el grupo, avanzó un tipo repolludo, bien plantado, con las patillas negrísimas relucientes de pomada, las manos blancas llenas de anillos con diamantes, una gran soguilla de oro al cuello y un aspecto de seriedad, de sensatez, de seguridad que causaban verdadera risa. Felicitó á don Santos, y como me viera mezclado entre los del grupo, me llamó aparte:

— Hola, Juanito, ¿qué tal? Mucho gusto de verte. No te luce el pelo ciertamente, hermano; estás hecho un *chichicuilote,* flaco y desmedrado que das compasión: parece que vas á sacar la carne de la olla... Yo vine á felicitar al señor Degollado, como ayer estuve á despedir al señor Miramón; ya sabes, siempre he sido amante de las autoridades constituídas.

— ¿Y qué haces ahora, Nicolás? pregunté á mi amigo Cuevas: á ti sí que te luce el pelo.

— ¡Psé! no se pasa del todo mal; el secreto está en no dar coces contra el aguijón... Yo me la he pasado muy ricamente haciendo préstamos al gobierno conservador; y como pienso que los liberales vendrán todavía más arrancados que se van sus enemigos, seguiré con ellos, Dios mediante... En fin, si no se puede, ¡cómo ha de ser! ya hay ganado para los frijolitos.

— Pollos, gritó Degollado jovialmente, todos me acompañan á hacer penitencia. Luego irán á recorrer la ciudad en patrullas armadas, pues no hay ahora policía ni cosa que lo valga.

A las oraciones bajamos del palacio unos veinte oficiales. Ya nos aguardaban muchísimos comerciantes extranjeros que estaban dispuestos á acompañarnos á hacer rondas. También había gentes del país, y entre ellas mi grande amigo Gordoa, guapo, serio, circunspecto, con su pantalón flor de romero, su chaqueta de casimir azul, al cuello su mascada roja con cintillo, y en la mano una porra que pesaba algunas libras. Tras de saludarme me preguntó lo que de seguro habría preguntado al mismo Juárez si le halla al paso:

— ¿Cree usted que se declararán buenas las ventas que hizo en Veracruz el señor Juárez?

En unión de diez alemanes armados hasta los dientes, recorrimos el Genio y yo muchas calles; pero no sólo no había síntomas de conspiración reaccionaria, ni siquiera

los había de la borrachera y el desorden que son cortejo obligado de la Noche Buena. Dentro de las casas se escuchaban los cánticos tradicionales acompañados de risas de niños, de bullir de cascabeles y de silbar de *güijolas*: era la perfecta paz en la tierra para los hombres de buena voluntad. A eso de las cuatro de la madrugada se oyeron disparos por el rumbo de palacio: acababa de llegar Aureliano, *el guerrillero duende*, acompañado de su chinaca brava. Los germanos, en vista de que la tranquilidad permanecía *inalterable*, como dicen los documentos administrativos, se retiraron á sus casas á buena hora.

Lencho y yo seguimos recorriendo calles y trayendo á la memoria casos y personas de tiempos pasados. Covarrubias, Sánchez, Comonfort, Parrodi, don Marcos Esparza, García Torres, Cumplido, Santa Anna, los Seguras, todo el mundo pasó por nuestra memoria.

Nos despedíamos á la puerta de la *Gran Sociedad*, donde yo había tomado alojamiento, cuando Castillo me dijo con indiferencia:

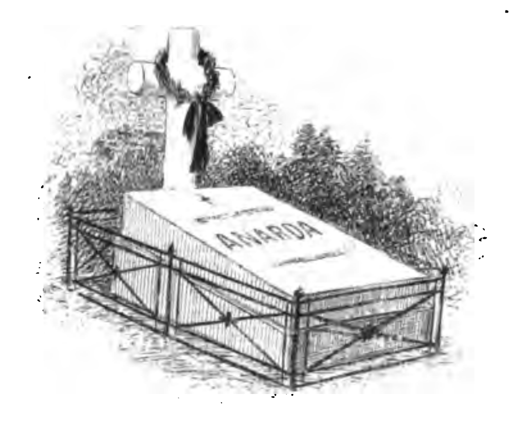
— ¿Sabes á quién enterramos hace menos de un mes? A tu amigaza, la famosa Anarda; murió en olor de santidad y dicen que deja todo á los pobres... El licenciado había muerto no hacía un año, de modo que ese linaje acabó en punta...

Sentí como si me hubieran descargado en la cabeza un golpe de maza, y apenas pude decir á Florencio, que

me apretaba la mano efusivamente, un «hasta mañana» más frío que el airecillo que soplaba en aquel momento.

*
* *

De la mañana aquella no guardo sino un recuerdo vago, como si en vez de haber pasado todos y cada uno



de sus lances, los hubiera oído referir á persona torpe de palabra y de retentiva escasa.

Hacía un frío sutil que penetraba en la carne como la hoja aguda de un puñal; aquí y allá, por la Piedad, por Tacubaya, por la Verónica, se oía sonar clarines y tambores; de cuando en cuando se veía á un ayudante lleno de entorchados correr en dirección de la plaza.

Empezaron á escucharse sones que traía el viento en notas aisladas, que nada decían; luego gritos de entu-

siasmo; después aires sueltos: los *Moños Verdes* lanzando su frase juguetona; los *Cangrejos* llenos de rencor contra todo lo pasado, y la *Marsellesa,* canto eterno de los libres, contra todos los despotismos, todas las imposiciones y todas las infamias.

Porque no hay que creer lo que últimamente se ha dicho, que el himno nacional fuera nuestro compañero en las bregas por la libertad, ni que Bocanegra fuera el poeta que cantara los anhelos nuestros; el himno era el canto de la mochitanga, y Bocanegra, el áulico de Santa Anna, Zuloaga y Miramón. Nuestro poeta, «aquel que vagabundo cuentos fingía y los ecos del pueblo que recogía tornó cantares» se llamaba Guillermo Prieto, el mismo que á pesar de sus errores y de sus defectos, porque no era mejor que el resto de los humanos, tuvo el mérito inmenso de amar á México sobre todas las cosas en tiempos en que ese amor podía traer la muerte ó la ruina ó el descrédito... Luego fueron apareciendo burros cargados con colchones, carros entoldados, de los que en el interior llamaban de *transporte;* viejas con el sombrero de palma en la testa greñuda, una canasta en la mano y el muchacho á la espalda; en seguida los charros de ocasión, que aprovechan la más mínima, para exhibirse, haciendo santiaguitos, y al fin los batallones y regimientos, como inmensa visión roja y blanca que llenaba de gozo las almas.

Entretanto, las calles se habían llenado con el con-

curso inmenso del pueblo; los sombreros chilapeños y los rebozos negros ó azules, se movían, se alzaban, se bajaban, retrocedían y avanzaban como olas de un mar inmenso, apenas surcado á veces por uno que otro simón desvencijado que parecía una barca próxima á zozobrar.

Primero atravesaron los batallones, que parecían compacta y gigantesca mies de blancas espigas que relucían al conjuro del sol, girando al rededor de las rojas flores de los guiones; luego los regimientos con sus chinacates barbudos, sus caballejos de corta alzada y sus banderolas flotantes. ¡Cuánta blusa roja, cuánta chaparrera de chivo, cuántas lanzas y cuántos atropellamientos! Después venía Ortega, modesto y sencillo, rodeado de su Estado Mayor y contestando á todas las aclamaciones.

De repente la comitiva hacía alto, y por más que nos empinábamos en las puntas de los pies ó en los estribos de las sillas, nada lográbamos ver.

— Es que saludan al General los del gremio de carniceros.

— Es que le dice versos un niño.

— Ya se bajó del caballo y escucha á los señores del Ayuntamiento; le entregan unas llaves y un guión.

— No es guión; es el estandarte de la ciudad.

— Va don Jesús entre puros señores de levita.

— Hace señas á unos que están en un balcón.

— Les amenaza.

— Les llama.

— Son Degollado y Berriózabal.

— Dice que Degollado debe llevar el estandarte de la ciudad, porque es el verdadero triunfador por su constancia y su fe...

— Muy merecido.

— Ya no se oye una palabra; todo es aplaudir y gritar vivas.

— ¿Has visto cantidad mayor de flores que las que nos arrojan?

— ¡Vaya una catrina chula la de aquel balcón!

— Vuelta á detenernos; así vamos á llegar mañana por la mañana.

— Bajan otros señores.

— Son Ocampo, La Llave y Mata.

Y lentamente, entre arcos, flores, aclamaciones, repiques y vivas penetramos al fin á aquel palacio de que nos había echado, tres años antes, la astucia clerical. Ya estábamos allí; mas ¿duraríamos mucho tiempo en aquel puesto? Más tarde... pero, pluma queda. Basta ya de borronear cuartillas, que la edad y las fuerzas apenas me han consentido llegar hasta aquí; mas como juntamente con el drama colectivo, se ha desarrollado mi drama individual, en breves palabras diré lo que me falta.

A los pocos días de nuestra entrada, pedí permiso al señor Ortega para retirarme á mi pueblo y dejar la



... me casé con Trini á satisfacción de sus padres y en medio del contento general

carrera militar. En Tlaxochimaco sabían de mi próxima llegada por carta que llevó el correo, en esa vez menos remiso que otras muchas. Me recibieron con grandes halagos, me llenaron de ovaciones y aun se determinó en cabildo mudar el nombre á la antigua plazuela del *Chimole* y ponerle el mío benemérito.

A la hora que escribo estas líneas, el sol redora las letras de la lápida de mármol que señala el sitio de la *Plaza Juan Pérez de la Llana,* como el sol de los recuerdos da un poco de brillo á mis pobres y desmayados escritos.

Pasado apenas el término de las publicatas, me casé con Trini á satisfacción de sus padres y en medio del contento general. Dí el ejemplo, después universalmente seguido, pero entonces único por su rareza, de contraer matrimonio conforme á la ley del Estado civil.

Tuve el dolor de perder á mis bondadosos padrinos, don Crescencio y doña María Antonia á fines del setenta: dos meses nada más sobrevivió la excelente señora á su dignísimo esposo el mayorazgo; pero uno y otro tuvieron el placer de ver levantada su casa al ápice de su primitivo lustre y esplendor, debido á mi previsión, mi economía y mi buena voluntad, ayudadas por la excelente disposición de mis dos cuñados Crescencio y Ramón, que hallaron una fórmula que zanjaba maravillosamente sus diferencias en política: el trabajo, el trabajo bendito, fuente de la conformidad, la alegría y la riqueza.

Pero no todo había de ser goces: el ochenta y nueve perdí á mi animosa y amantísima compañera, que partió llevándose toda mi alegría; el noventa y seis murió Andrés, mi hijo mayor, y el año siguiente se casaron mis dos hijas, Trini y Delfina. La mayor, que es el retrato de su bendita madre, se unió á un ingenierillo bulle-bulle. que se propone llenarnos los alrededores de este viejo pueblo de canales, ferrocarriles, fábricas y no sé qué otros primores que han hecho subir el valor de las tierras en una proporción que habría causado espanto á mi suegro el mayorazgo. Sí hará, que bríos le sobran al chico. Delfina tiene por marido á un niño de buena familia, que cifra su aristocracia en no hacer nada, absolutamente nada más que gastar los dinerales que yo reuní con tanto trabajo.

Se me olvidaba decir que días después de mi llegada al pueblo, recibí el despacho de coronel y que todavía el sesenta y dos, sesenta y tres, sesenta y cuatro y sesenta y siete, cumplí con mi deber de hombre y de mexicano. rechazando la más cruel, injusta y violenta de las agresiones; pero ya estoy cansado, y ese tiempo heroico y grande

Otro lo cantará con mejor plectro.

PAUTA

PARA LA COLOCACIÓN DE LAS LÁMINAS

ÍNDICE

El éxito que ha alcanzado la primera serie de *Episodios históricos mexicanos,* que el Sr. Lic. don Victoriano Salado Alvarez escribió por encargo de esta casa y á cuya publicación damos aquí punto, satisfechos de haber enriquecido así nuestra Biblioteca con una obra de arte exquisito, nos anima á continuar el pensamiento que nos guió al emprender esa obra. Tenemos la satisfacción, pues, de anunciar á nuestros favorecedores que está en preparación la *Segunda Serie,* la cual abarcará el interesantísimo período de la *Intervención y el Imperio,* y resultará, si cabe, un libro aun más importante que el que en estas páginas termina.

Los Editores.

